UN THRILLER DEL INSPECTOR CALLANACH



RESTOS PERFECTOS

HELEN FIELDS

UN THRILLER DEL INSPECTOR CALLANACH



RESTOS PERFECTOS

HELEN FIELDS

Restos perfectos

Helen Fields
Restos perfectos
Título original: Perfect Remains
Copyright © Helen Fields, 2016
Copyright © Skinnbok ehf, 2026
Traducción: Bárbara Vaquero © Skinnbok ehf
Cubierta: koitz.dk
ePub: Skinnbok ehf

ISBN 978-9979-64-966-3

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

Capítulo 1

Preparó su cuerpo con un cuidado casi paternal, abriéndole los brazos y las piernas para que el aire pudiera circular libremente. Estaba cenicienta pero serena, sus pestañas destacaban sobre la grisura de su rostro y sus labios no tenían color. La prefería así en comparación a cómo era la primera vez que se habían visto. La desnudez era poco atractiva en aquella posición, pero necesaria. No debía quedar nada de ella. Ninguna pista de su pasado, ningún vínculo con la vida que dejaba atrás. En muchos sentidos, era una purificación. Apoyó el pie a mitad del húmero izquierdo, con una precisión quirúrgica, y dejó caer todo su peso sobre el brazo de ella, sintiendo cómo el crujido de los huesos rotos vibraba en su pierna. Solo cuando consideró que la pira era perfecta, sacó el saquito de seda del bolsillo de su pantalón. Dejó caer los dientes nacarados en su mano, los pasó hábilmente entre los dedos y la palma, valorando el contraste entre las partes lisas y las afiladas, y finalmente se los metió en la boca, como si fueran monedas arrojadas a una fuente, y se quedó solo con uno. Era una lástima quemar un trabajo tan bien hecho, pero no podía salvar ni un solo pedazo de carne. Había empapado el cadáver en acelerante durante toda la noche —lo había adobado, como decía de broma—, por si alguien lo encontraba antes de lo

previsto; aunque era poco probable, porque él no era un aficionado.

Como último toque antes de abandonar la casa de piedra, dejó caer al suelo un fragmento del pañuelo de seda ensangrentado y colocó una pesada piedra encima. Tras el crujido de una cerilla encendida, el chirrido de las viejas bisagras oxidadas y el aullido de las llamas consumiendo oxígeno, todo estuvo listo. Llevó el bate de béisbol metálico a una distancia razonable y lo cubrió con un montón de piedras. Lo había limpiado para eliminar las huellas dactilares, pero en el mango quedaba una pequeña mancha de sangre, inapreciable a simple vista, destinada únicamente a la luz de una lámpara ultravioleta. Un par de metros más adelante abandonó en el suelo el último diente, con unos cuantos trozos pegajosos de tejido gingival adheridos, y levantó la arena de una patada para cubrirlo con un velo de polvo. Con eso sería suficiente.

Debía recorrer a pie en la oscuridad un tramo de camino no muy largo pero peligroso, por el que tenía que avanzar despacio. Las temperaturas estaban bajo cero incluso en las colinas. Su aliento empañaba el nítido resplandor de las estrellas. Pensó que le había proporcionado una buena tumba. Había tenido suerte. Pocos abandonaban el mundo frente a un paisaje tan hermoso. Los Cairngorm empezaron a desvanecerse en la niebla, a sus espaldas. Al aparecer los primeros rayos del sol, sus siluetas grises y púrpuras se recortarían contra el cielo, desnudas y rocosas, como si fueran un paisaje lunar. Miró por el retrovisor la vasta formación montañosa enclavada en un mar de colinas bajas. Pensó que nunca volvería allí. Era un último adiós. Había resultado ser una zona perfecta.

Estaba a más de una hora en coche de Edimburgo y la previsión era que llovería, aunque no lo suficiente como para

apagar el fuego. Cuando cayera la primera gota, el calor sería tan intenso que solo una inundación podría detener la destrucción. Su prioridad era llegar pronto a casa, pero con precaución. No le quedaba mucho por hacer.

La mujer se había rendido más fácilmente de lo que había imaginado. En su lugar, él habría luchado hasta el final, recurriendo a cada gramo de ira y bilis para resistir. Ella le había suplicado, rogado y finalmente se había puesto a lloriquear y a aullar. La vida valía poco porque la mayoría de la gente no valoraba su importancia. Estaba seguro de ello. Él siempre se llevaba al límite de sus capacidades, esforzándose por aprender cada vez más, por superar nuevas metas. Ardía por la sed de conocimiento como otros deseaban la riqueza, y era difícil encontrar a alguien que se le pudiera comparar. Por ello se veía obligado a matar. Sin su sacrificio, habría estado rodeado para siempre de mujeres incapaces de satisfacer su intelecto.

Mientras conducía, escuchaba un CD en otro idioma. Le gustaba aprender un idioma nuevo cada año. Era el turno del español. «Más fácil que la mayoría», pensó con un vago sentimiento de culpa, pero tenía una cantidad agotadora de información en la cabeza. No se podía esperar que eligiera algo más complejo mientras hacía tantos viajes e investigaciones.

—No he tenido mucho tiempo libre. —Un conejo se lanzó desde el borde de la carretera. Frenó bruscamente, no porque quisiera evitarlo, sino por la sorpresa del movimiento en su visión periférica—. ¡Maldita sea! —Se había distraído y había vuelto a hablar solo. Solo le ocurría cuando estaba muy cansado y estresado. Las discusiones lo habían hecho trasnochar. Si alguien pensaba que era fácil convencer a una mujer inteligente de que hiciera lo que más le convenía, era un

necio. Era un reto, incluso para un hombre con sus facultades. Cuanto más perspicaz era, más difícil resultaba, pero mayor era la recompensa final.

Se detuvo a las afueras de Edimburgo y bebió un café aceptablemente caliente de un termo. No podía arriesgarse a entrar en un bar. A pesar de la falta de interés que probablemente habría despertado —casi nadie se quedaría mirando a un hombre de mediana edad con barriga y una antiestética calva—, habría sido estúpido que lo hubieran grabado en una cámara de seguridad cuando regresaba a la ciudad por esa carretera.

El zumbido de la voz española continuó de fondo hasta que apagó la radio. Había sido un día largo, ¿por qué no tomarse un descanso, solo por una vez? En casa lo esperaba una mujer que necesitaba muchos cuidados y atenciones. No podría hablar bien durante un tiempo; de hecho, probablemente necesitaría algo de terapia del lenguaje. Pero tenía suerte, porque él dominaba muchos campos. Ayudarla sería un placer y un privilegio para él.

Capítulo 2

El inspector Luc Callanach se preguntaba cuándo terminarían de hacer bromas, y ni siquiera habían empezado. Era su segundo día en el Departamento de Investigación de Delitos Graves de la Policía de Edimburgo y se encontraba en un edificio gris y deprimente que no parecía un centro de investigación criminal de última generación. El día anterior había sido una primera jornada de trabajo bastante sencilla, compuesta solo de sesiones informativas y reuniones con los superiores, demasiado políticamente correctos para arriesgarse a hacer algún comentario sobre su acento o su nacionalidad. Sus subordinados no iban a ser tan amables. Parecía improbable que la Policía de Escocia hubiera tenido que acoger alguna vez a un detective mitad francés y mitad escocés.

Debía reunirse con el equipo y pronunciar un discurso de presentación, explicar cómo pensaba actuar y cuáles eran sus expectativas respecto a los hombres y mujeres que estaban a su cargo. Lo único que tenía que hacer para cavar su propia tumba era aparecer; era el típico europeo de pelo oscuro despeinado, ojos castaños, piel aceitunada y nariz aguileña. Y lo peor iba a llegar en cuanto abriera la boca. Miró su reloj, consciente de que estaban aguzando su ingenio colectivo. Hacerlos esperar no habría mejorado las cosas; tampoco era

que le importara especialmente lo que pensaran de él, pero intentaba hacerse la vida más fácil cuando podía.

—Silencio. Vamos a empezar —dijo, escribiendo su nombre en la pizarra e ignorando las miradas incrédulas—. Me he mudado hace poco desde Francia y nos llevará un tiempo acostumbrarnos a nuestros respectivos acentos, así que hablen despacio y con claridad.

Siguió el silencio, hasta que alguien dijo desde el fondo de la sala: «No me lo puedo creer, joder», pero había demasiada gente para entender quién había hablado. Una voz claramente femenina lo hizo callar al instante. Callanach se rascó la frente y contuvo las ganas de mirar el reloj mientras se preparaba para las inevitables preguntas.

—Disculpe, inspector, pero ¿Callanach no es un nombre escocés? Es que no esperábamos a una persona con un aspecto tan… europeo.

—Nací en Escocia y crecí bilingüe. No necesitan saber nada más.

—¿Bi… qué? ¡¿Eso es legal por aquí?! —exclamó una mujer rubia para hacer reír a sus colegas.

Callanach la observó mientras ella miraba a los demás, esperando su reacción, y comprendió que intentaba causar buena impresión, integrarse en el grupo. Esperó imperturbable y aburrido a que dejaran de reírse.

—Espero actualizaciones periódicas sobre los casos. Gestión rigurosa de la cadena de mando. Las investigaciones se ven afectadas si alguien no comparte su información con los demás. Un rango superior no es excusa para culpar a los subordinados y la inexperiencia no justifica la ineptitud. Vengan a verme para discutir tanto los avances como los problemas. Si quieren quejarse, llamen a su madre. En este momento tenemos tres

casos abiertos, en los que ya se les han asignado tareas. ¿Preguntas?

—¿Es cierto que trabajó en la Interpol, señor? —preguntó un detective. Callanach supuso que no tenía más de veinticinco años y que estaba lleno de curiosidad y entusiasmo, como él a su edad. Parecía que eso había pasado hacía una eternidad.

—Sí, es correcto —dijo—. ¿Cómo se llama?

—Tripp —respondió.

—Bien, Tripp, ¿conoce la diferencia entre colaborar en una investigación de homicidio internacional con la Interpol y dirigir una en Escocia?

—No, señor —respondió Tripp, mirando nervioso a su alrededor, como si temiera que aquella pregunta fuera el inicio de un examen sorpresa.

—No hay ninguna diferencia. Hay un cadáver, familiares en duelo, más preguntas que respuestas y presiones de las altas esferas para resolver el caso lo antes posible con los mínimos costes. A pesar de las limitaciones de los recortes presupuestarios, no toleraré ninguna negligencia. Lo que está en juego es demasiado importante como para permitir que la insatisfacción con la remuneración de las horas extraordinarias influya en el esfuerzo que están dispuestos a realizar. —Hizo una pausa para mirar a todos a los ojos para que el discurso quedara claro—. Tripp —dijo finalmente—. Escoja a un colega y vengan a mi despacho.

Callanach se marchó sin despedidas ni cumplidos. Sin duda, Tripp ya estaba sufriendo las consecuencias de haber resultado elegido y el equipo se estaría quejando del nuevo inspector y de la Policía de Escocia por no ascender a sus propios agentes. El trabajo policial era igual en todo el mundo. Lo único que cambiaba era el café. No se sorprendió en absoluto cuando

descubrió que allí era terrible.

La mejor palabra para describir su despacho era «funcional». Tendría que esperar a recibir otro ascenso para poder hablar de verdadera comodidad. Sin embargo, era silencioso y luminoso, y había dos teléfonos, como si pudiera dividirse por la mitad y atender dos llamadas al mismo tiempo. En el suelo descansaban un par de cajas con objetos personales a la espera de ser trasladados a cajones o estanterías. Tampoco era como si hubiera algo vital ahí dentro. Se había ido a Escocia para empezar de cero. Su país natal parecía el lugar más lógico para echar raíces, y uno de los pocos donde podía solicitar un puesto de policía gracias a su doble nacionalidad.

Tripp llamó a la puerta; iba acompañado de una joven.

—¿Podemos pasar, señor? —preguntó.

Callanach les hizo una seña para que entraran.

—¿Y usted es…?

—Soy la detective Salter. Encantada de conocerlo, señor — dijo la chica, que se puso a mirarse los zapatos a mitad de la presentación. La previsibilidad de su vergüenza era irritante. Callanach sufría la rara lacra de ser atractivo hasta el punto de distraer a quienes lo miraban, con una cara que podía parar el tráfico — había ocurrido—. Era muy poca la gente que entendía que en esos tiempos era más una carga que una bendición.

—Salter, detálleme los procedimientos seguidos a partir del primer informe criminal, ordenando las pruebas para la preparación del juicio. Tripp, quiero notas comprensibles sobre los procedimientos adoptados, los expedientes y el trabajo realizado. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Tripp parecía encantado de ser útil. Lo único que Salter pudo emitir fue un débil murmullo que Callanach tomó por un sí.

—¿Pueden dejarnos solos, agentes? —preguntó alguien detrás de ellos. En la puerta había una inspectora vestida con uniforme.

Salter y Tripp huyeron, y la mujer entró y cerró la puerta de una patada.

—Soy la inspectora Turner. Ava, ya que tenemos el mismo rango. —Le dedicó una gran sonrisa; a diferencia de Salter, no tenía ningún problema en mirarlo a los ojos. Era delgada y medía aproximadamente un metro sesenta y cinco. Tenía el pelo castaño y rizado recogido en una coleta. No era una belleza, al menos según los estándares publicitarios modernos, pero llamarla guapa sería un insulto. Sus rasgos eran delicados y sus ojos grises estaban bastante separados.

—Callanach —respondió él—. Por tu expresión diría que sabes algo que yo ignoro. ¿Quieres compartirlo conmigo o debo adivinarlo?

Ava Turner ignoró el tono despectivo y respondió, impasible.

—Bueno, he oído a uno de los agentes preguntar por qué nos han enviado a un modelo de ropa interior en vez de a un policía de verdad.

—Ya entiendo…

—Supongo que estás acostumbrado. Si te sirve de consuelo, la mayoría tolerará más tu acento francés que el mío.

—¿Eres inglesa? —preguntó él mientras cambiaba la posición de un archivador.

—Escocesa de pura cepa, pero mis padres me enviaron a un internado inglés a los siete años, de ahí mi acento. Gracias a ellos soy tan bienvenida como la peste. No te preocupes. Si les gustaras en esta fase, estarías condenado al fracaso. Supongo que tienes la piel curtida. Llámame si tienes algún problema; encontrarás mis números en la hoja de contactos que hay en tu

escritorio. Ahora será mejor que vaya a cambiarme. Acabo de regresar de una entrega de premios en la ciudad y no soporto llevar uniforme. Tienes un buen equipo, pero no dejes que se te suban demasiado a la chepa.

—No voy a dejar que nadie se me suba a la chepa —respondió; cogió uno de los teléfonos y comprobó si había señal. Cuando volvió a levantar la vista, se dio cuenta de que le había hablado a una habitación vacía con la puerta abierta. Se desplomó en la silla que había detrás del escritorio. Sacó su teléfono móvil, guardó algunos de los números más importantes de la hoja de contactos y estaba considerando si debía vaciar una de sus cajas, cuando entró Tripp.

—Perdone, señor, pero acabamos de recibir una llamada de un agente de Braemar. Han encontrado un cadáver y quieren hablar con alguien.

—¿En qué parte de la ciudad está Braemar?

—No está en la ciudad, está en las montañas Cairngorm, señor.

—Por el amor de Dios, Tripp, deje de decir señor al final de cada frase y explíqueme por qué este caso pertenece a la Policía de Edimburgo.

—Sospechan que se trata del cuerpo de una mujer que desapareció de aquí hace un par de semanas, una abogada llamada Elaine Buxton. Encontraron un trozo de tela que coincide con la descripción de un pañuelo que llevaba la última vez que fue vista.

—¿Eso es todo? ¿No hay ninguna otra conexión?

—Todo está quemado, señor… Perdón, lo siento… En Braemar pensaron que nos gustaría participar desde el principio.

—Muy bien, inspector. Reúna todo lo que tengamos sobre Elaine Buxton y llame a Braemar. Quiero información detallada

en mi mesa en quince minutos. Si la mujer desapareció en Edimburgo, ya llevamos dos semanas de retraso con respecto al asesino.

Capítulo 3

Callanach colgó el teléfono. Se sentía agotado y decidió que dependía de su esfuerzo descifrar el acento escocés. Solo tenía un vago recuerdo de su padre, y aunque su madre había insistido en que aprendiera a hablar inglés además de francés, no lo habían preparado para una inmersión total. El sargento de Braemar se las arreglaba para mezclar la cadencia cantarina con una buena dosis de expresiones coloquiales. Callanach sospechaba que hablaba así a propósito y, tras un par de frases, dejó de preguntarle el significado de lo que no entendía. Tripp iba a tener que hacer también de intérprete. Mientras tanto, aceptó actuar como consultor sobre un caso que técnicamente no era de su jurisdicción. No le iba a granjear la simpatía de nadie, ya que costaría dinero y mano de obra que podría haberse ahorrado, pero desde luego parecía que el cadáver encontrado en las montañas era el de la mujer desaparecida en Edimburgo.

Vio a Salter pasar frente a su oficina y se asomó a la puerta.

—¿Cuál de los casos que tenemos sobre la mesa está más cerca de una solución? —le preguntó.

—El asesinato de Brownlow, señor. El culpable ya ha sido detenido y estamos terminando de preparar los archivos para dárselos al fiscal. La vista preliminar es la semana que viene.

—Bien. Los quiero a usted, a Tripp y a un par de agentes del equipo del caso Brownlow en la sala de reuniones dentro de diez minutos. Ocúpese de todo. ¿A qué distancia están los Cairngorms?

La mirada que le dirigió Salter fue respuesta suficiente. Tendría que preparar una bolsa de viaje para pasar la noche.

Fue una sesión informativa muy tensa. Evidentemente, el equipo que se había hecho cargo del caso Brownlow no estaba contento con el viaje de dos horas que tenían por delante ni con tener que ocuparse de más papeleo cuando aún no habían terminado con el primero. Los detectives Tripp, Barnes y Salter estaban liderados por el sargento Lively, que lo observaba como si acabara de salir de una cloaca. Callanach lo ignoró y, tras explicar lo más rápidamente posible lo que iban a hacer, le cedió la palabra al agente que habían enviado para ponerlos al corriente de la investigación de la persona desaparecida.

—Elaine Margaret Buxton, de treinta y nueve años, divorciada y sin hijos, trabajaba como abogada mercantilista en uno de los mayores bufetes de la ciudad. Desapareció hace dieciséis días. El último avistamiento confirmado fue el viernes por la tarde, cuando salió del gimnasio para ir a casa. Su madre denunció su desaparición la tarde siguiente, después de que su hija no se presentara a comer y no estuviera localizable ni en su teléfono fijo ni en el móvil. El coche estaba en el garaje, no faltaban ropa ni maletas y el pasaporte sigue allí. Era inusual que no hubiera revisado su correo electrónico el sábado por la mañana. Las llaves de su casa se encontraron en el portal del edificio. La describen como una persona muy organizada, casi una adicta al trabajo; no ha faltado ni un solo día por enfermedad en los dos últimos años.

—¿Algún novio o sospechoso probable? —preguntó la

detective Barnes.

—El exmarido, Ryan Buxton, trabaja en el extranjero y tiene una coartada a prueba de balas. No salía con ningún hombre, al menos que sepamos. Todas las personas con las que hablamos nos confirmaron que estaba completamente obsesionada con el trabajo. Siempre estaba en la oficina, en casa, o en una clase del gimnasio. No teníamos ninguna pista antes de esto.

—¿Por qué la policía de Braemar está tan convencida de que es nuestra mujer desaparecida? —preguntó Callanach.

—La última persona que vio a la señora Buxton tenía una foto de ella en su móvil. Había pasado por el bar del gimnasio para tomar algo en la fiesta de cumpleaños de una amiga. Difundimos la foto y enumeramos la ropa en detalle. Así supieron que era ella.

—¿Alguien ha avisado ya a la familia? —preguntó Tripp.

Callanach le respondió inmediatamente.

—No, y será mejor que mantengamos la boca cerrada hasta que hayamos visto el cadáver y la escena del crimen con nuestros propios ojos. También serán necesarias pruebas de ADN antes de confirmar que es ella.

—El caso de la desaparición es nuestro, pero el del homicidio no. ¿Qué sentido tiene ir hasta el fin del mundo cuando ni siquiera tenemos una identificación positiva? —preguntó el sargento Lively—. Como si no tuviéramos suficientes casos de los que ocuparnos y no hubiera allí inspectores capaces de trabajar sin la intervención de un antiguo pez gordo de Interpol.

—Si se trata de Elaine Buxton, fue secuestrada en Edimburgo, por lo tanto, hay muchas posibilidades de que fuera asesinada aquí. No pienso perder la oportunidad de inspeccionar la escena del crimen solo porque usted no quiere molestarse en

coger el coche. Y en cuanto al trabajo que tienen pendiente sobre el caso Brownlow, será mejor que aprendan a hacer varias cosas a la vez. —Callanach cogió sus notas de la mesa—. Tenemos un largo viaje por delante, muévanse.

De vuelta en su despacho, metió el cepillo de dientes, el chubasquero y las botas en una bolsa de viaje. Reflexionó sobre si no sería mejor marcharse sin el sargento Lively, en lugar de aguantar su cara larga durante los dos días siguientes, y luego cambió de opinión. Prefería lidiar con él a que se saliese con la suya. Los miembros de su equipo debían aprender desde el principio que no toleraba la pereza ni la insubordinación. No importaba lo que pensaran. Durante al menos seis meses criticarían cada una de sus decisiones, acertadas o no, hasta que encontraran una víctima más interesante.

Capítulo 4

Se reunieron con los agentes locales en una pequeña estación rural de Braemar y llegaron a las montañas en un cuatro por cuatro. Para acercarse al lugar del crimen era necesario alejarse bastante de la carretera y el tiempo estaba empeorando. Tardaron otra hora en llegar. La temperatura había bajado drásticamente cuando Callanach vio las luces y las tiendas del equipo de investigación. La única suerte, gracias a la peculiaridad del lugar, era que no había rastro de periodistas.

—¿Quién lo encontró? —preguntó el conductor.

—Un par de excursionistas vieron las llamas desde un pico lejano, pero tuvieron que caminar durante quince minutos hasta que consiguieron señal. Cuando los bomberos lograron localizar la casa, ya estaba destruida por el fuego. Me temo que no hay mucho que ver.

Callanach sacó una cámara. Siempre hacía las fotos él mismo en la escena del crimen. Más tarde, esas imágenes cubrirían las paredes de su despacho.

La cabaña, más un refugio que una verdadera vivienda, se dejaba abierta para los excursionistas que se quedaban atrapados durante una tormenta o necesitaban descansar, y constaba de una sola habitación, con la pared trasera excavada en la roca. Callanach sospechaba que el edificio original tenía al

menos doscientos años. El tejado había desaparecido por completo, derrumbado a causa del incendio, lo que complicaba el trabajo forense. Incluso las grandes losas de piedra del zócalo se habían desplazado debido al intenso calor. Callanach oteó el horizonte. No era un lugar al que se llegara por casualidad. Quienquiera que hubiera llevado allí a la mujer lo había elegido cuidadosamente y se había asegurado de que no estuviera cerca de los senderos más transitados después de al menos una inspección previa.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó.

—Ya han recogido los huesos, pero han marcado su posición.

—¿Solo huesos? ¿No quedan otros restos?

—Me temo que no. Los tejidos blandos se han convertido en cenizas. No sabemos cuánto duró exactamente el incendio, pero sin duda varias horas.

Llegaron a la puerta del refugio, bien iluminado por los focos portátiles, y observaron a dos agentes de la Policía Científica que se movían con cautela entre los escombros polvorientos. Era un lugar triste para morir. Alguien le puso una mano en el hombro e impidió que su imaginación profundizara en los detalles.

—¿Inspector Callanach? Soy Jonty Spurr, uno de los forenses de Aberdeenshire. Me temo que aquí no ha quedado mucho para ustedes.

Callanach negó con la cabeza.

—Me han dicho que ha encontrado una prenda de vestir. ¿Cómo sobrevivió cuando todo lo demás se hizo cenizas?

—No es una prenda completa, solo un trozo de un pañuelo, pero el diseño bastante peculiar permitió a uno de nuestros agentes reconocerlo como perteneciente a su persona desaparecida. Quedó atrapado bajo una piedra y la falta de

oxígeno lo protegió. Ya lo hemos enviado al laboratorio para que lo analicen; parece que había un poco de sangre.

Callanach frunció el ceño.

—¿Eso es todo lo que tienen? Debe de haber algo más.

—Esas son las cartas con las que nos ha tocado jugar, inspector. El fuego es el peor enemigo de la escena del crimen. Por lo general, un acelerante puede identificarse con bastante rapidez, pero, por desgracia, el suelo de turba de esta parte de los Cairngorms echó literalmente leña al fuego. Sin él, estoy seguro de que el incendio no habría sido tan largo e intenso. Los huesos están muy dañados.

—¿Han encontrado huellas de neumáticos? Tiene que haberlas.

—Eso sería lo normal, pero los bomberos llegaron primero y arrasaron la escena. No tenían ni idea de lo que había dentro. Mañana volveremos con los perros y registraremos a fondo la zona, pero esta noche corremos el riesgo de no conseguir nada, no hay suficiente luz.

Callanach volvió a coger la cámara y empezó a acumular imágenes del montón de escombros carbonizados que había en el suelo.

—¿Murió aquí?

—No puedo decirlo con certeza y, dado que solo quedan los huesos, tampoco puedo determinar una causa de muerte, a menos que el cráneo me sugiera algo. La mayoría de los huesos están rotos; la mandíbula está destrozada. Tengo la impresión de que los daños se hicieron para deshacerse del cuerpo. El asesino no quería que quedara nada, probablemente esperaba que fuera inidentificable —señaló el patólogo; se quitó los guantes y estiró el cuello.

—¿Cree que la asesinaron en otro lugar y luego la trajeron

aquí?

—Usted es el detective. Le corresponde a usted averiguarlo. Si se va a quedar a pasar la noche, mañana por la mañana puede venir al depósito para ver lo que hemos encontrado.

—Allí estaré —respondió Callanach, mirando a su alrededor en busca de Tripp. Lo encontró bebiendo un sorbo de café del termo del sargento Lively—. Tripp, hay que interrogar a los excursionistas y marcar su ubicación exacta en el mapa y la hora a la que avistaron el fuego. Quiero oír la llamada que hicieron a los servicios de emergencia, y habrá que ir al lugar donde estaban para fotografiar la vista que tenían del refugio.

El sargento Lively lo interrumpió.

—Ya les han tomado declaración, así que no entiendo qué utilidad puede tener eso.

La actitud de alguien que lleva demasiado tiempo haciendo un trabajo era molesta, pero ni mucho menos inusual. Callanach reprimió el deseo de reprenderlo y se concentró en los asuntos más urgentes que tenía entre manos.

—Averiguar cuántas horas duró el incendio nos ayudará a determinar cuándo abandonó el asesino el lugar. La altura y tal vez incluso el color de las llamas cuando las vieron los excursionistas podrían ayudar a establecer la cronología del fuego, lo que nos permitiría interrogar a los lugareños sobre los vehículos inusuales que avistaron en un período de tiempo determinado.

—Usted es el jefe —murmuró Lively, sin molestarse en disimular su falta de respeto.

—¿Dónde pasaremos la noche, señor? —preguntó Tripp; pisoteó el suelo y se metió las manos aún más al fondo de los bolsillos. A pesar de su habitual entusiasmo, Tripp claramente parecía incómodo en medio de la naturaleza salvaje y el frío

gélido.

—Pregunte a los policías qué hay por aquí. Seguro que disponen de algún sitio a una distancia razonable. Dígale a Salter que tendrá que venir conmigo a la morgue mañana por la mañana, y quiero a Barnes en la escena hasta que haya recopilado toda la información. Quiero un informe de cada uno de ustedes cada dos horas.

—¿Y si no es Elaine Buxton? Será una completa pérdida de tiempo…

Callanach fulminó a Lively con la mirada.

—Sea quien sea esta mujer, sargento, sin duda fue asesinada, y si podemos ayudar en la investigación, solo un imbécil lo consideraría una pérdida de tiempo. Así que, a menos que tenga que informar de algo relacionado con el trabajo, a partir de ahora, haría bien en callarse sus opiniones.

Capítulo 5

Sonó el teléfono fijo y King miró el número antes de contestar. Era un prefijo local.

—Doctor King —contestó bruscamente.

—Hola, soy Sheila Klein, de Recursos Humanos. Me han pedido que lo llame para saber cuándo piensa regresar. La política de la universidad exige un justificante médico para las bajas por enfermedad de más de tres días consecutivos.

Reginald King suspiró. Odiaba las normas y los reglamentos mezquinos que lo encadenaban a su banal existencia pública. La mujer que estaba al teléfono nunca habría entendido que había aspectos de su vida que requerían más atención que su mal pagado, infravalorado y decepcionante trabajo.

—Conozco las condiciones de mi contrato de trabajo.

—Entonces, ¿puede decirnos cuándo podremos verlo o cuándo recibiremos la confirmación de su médico? —preguntó Sheila, bajando la voz hacia el final de la frase.

King sacó una llave de su bolsillo, gimiendo.

—Necesito unos días más —dijo—; tal vez una semana. El virus llegó a mis pulmones y me provocó un ataque de asma.

—Vaya, eso suena terrible. Ya sabe que tenemos una política de puertas abiertas. Llame si cree que necesita unos días más de descanso. Estoy segura de que el responsable del

departamento será comprensivo.

«La directora del Departamento de Filosofía no será nada comprensiva», pensó King. Era una mujer ignorante y, como la mayoría de las personas ignorantes, no le tenía mucho aprecio. No estaba interesada en él porque era un administrativo y no un académico, porque sus cualificaciones provenían de una universidad ella consideraba poco importante y porque no había ascendido en el escalafón gracias a las relaciones sociales ni a hacer contactos. Pues bien, el Departamento de Filosofía le pagaría el sueldo mientras se tomaba un tiempo para sí mismo. Seguro que la profesora Natasha Forge, la directora de departamento más joven de la Universidad de Edimburgo, ni siquiera había notado su ausencia.

King desenchufó el teléfono. Bajó los doce escalones que llevaban hasta el sótano, encendió la luz y deslizó un panel de madera que había en la pared para dejar al descubierto el ojo de una cerradura. Abrió la puerta oculta, entró y subió otros doce escalones, paralelos a la primera escalera, pero ocultos tras una capa de yeso, ladrillos y aislante acústico. En la parte trasera de la casa había un espacio secreto, sin ventanas y silencioso, donde el tiempo parecía haberse detenido. Era un lugar lleno de belleza. Se felicitó por la elegancia con que lo había decorado, con suaves colores pastel, hilo musical con música clásica y cuadros en las paredes. Nadie podría haber imaginado la existencia de ese espacio si no hubiera inspeccionado la casa por dentro y por fuera. Era su isla. Recitó unos versos de John Donne mientras cogía la llave de la última puerta. El poeta supremo tenía razón. No podía ser un hombre completo si permanecía solo. Por eso había permitido que una persona afortunada lo acompañara en su viaje. En cuanto abrió la puerta, la mujer que había en la cama empezó a gritar.

Elaine Buxton, recientemente dada por muerta, con los huesos atribuidos a su cadáver ya colocados sobre una mesa de autopsias y hebras de ADN en forma de código viajando por el ciberespacio para el registro formal de su muerte, gritó hasta quedarse sin voz.

—Las encías se están curando —dijo King. Le habló en voz baja. Para él era un orgullo no perder nunca los nervios, ni siquiera cuando ella gritaba como una loca. No había sido así con la otra mujer. Cuando la había capturado, lo había arañado, mordido y pateado tan fuerte que la ingle le dolió terriblemente durante una semana. No le hizo falta tratarla con delicadeza. No estaba a su nivel.

—*Po favo, dea e me mache* —gimió Elaine, echándose a llorar de nuevo. Eso lo molestó, como le habría molestado a cualquier otro hombre, pero tenía que ser paciente durante un tiempo. Tenía que aprender a apreciarlo.

—En una semana tu boca estará lo bastante curada como para que puedas llevar dentadura postiza, y después empezaremos la terapia del lenguaje. No será fácil, pero eres una mujer inteligente. Necesitas otra inyección de antibióticos y tendrás que seguir tomando esteroides. Por favor, no te resistas, solo intento acelerar el proceso de curación.

Elaine empezó a temblar, aunque el movimiento no tuvo el menor impacto en los grilletes de metal y las esposas sujetas a la cama con unas cadenas cortas. King sacó dos jeringuillas. La tocaba con mucho respeto y nunca le habría hecho daño si no hubiera sido necesario. Ella seguía sin entenderlo y, obviamente, creía que en cualquier momento recibiría el mismo trato que la mujer que él había utilizado para confundir la investigación. Por desgracia, tuvo que matarla delante de ella, pero eso formaba parte del proceso educativo. Elaine tenía

que entender que él podía ser muy estricto. A todos los alumnos había que enseñarles el palo y ofrecerles la zanahoria. Saber que el profesor no toleraría faltas de respeto era un incentivo muy poderoso.

Frotó el brazo de Elaine con su mano pálida y suave. Ella se estremeció por el contacto, pero no le pidió que parara. «Quizás ya está aprendiendo», pensó. Por eso la había elegido. Durante meses la había estado observando, había estado esperando, había consumido sus días y sus noches en las sombras. La había estudiado. Había sido un estudio meticuloso y realizado con el máximo empeño, no la burda imitación que aceptaban las universidades en esos tiempos, y había dado sus frutos. Era perfecta. Se adaptaba muy rápido porque no tenía marido ni hijos que la distrajeran. La había visto coger una serie de documentos jurídicos a las seis de la tarde y trabajar toda la noche, con la única compañía del café, para presentarse en el juzgado a la mañana siguiente tan fresca como si hubiera dormido diez horas. Después del trabajo, iba al gimnasio a descargar la tensión del día. No se permitía excesos. Era disciplinada, como él. En constante mejora.

Por eso la elección de la otra mujer había sido tan irónica. No podría haber encontrado una persona más radicalmente opuesta. Solo necesitaba que tuviera más o menos la misma edad, altura y constitución. El hecho de que fuera una prostituta, seca como una escoba —presumiblemente por años de adicción a las drogas—, apenas capaz de formular una frase con sentido, había hecho aún más fácil deshacerse de ella. Podría haber sido más amable, pero ella no había querido escuchar mientras intentaba explicarle el servicio que le estaba prestando al darle una compañera de vida que era su alma gemela perfecta.

Ni siquiera le había preguntado su nombre. Sería para siempre la desaparecida Elaine Buxton. La verdadera, eliminada del mundo de los vivos, le pertenecería completa y exclusivamente a él.

—Podría darte otro nombre —dijo—. Sería una parte importante del proceso de adaptación. Piensa en tres o cuatro. Me explicarás los motivos de la elección de cada uno y luego yo seleccionaré el que me guste más. Será una buena manera de dar un paso adelante, juntos.

—*Estáz* loco —susurró ella cuando él le sacó la aguja del brazo.

—No deberías usar expresiones tan básicas, pero estás alterada, así que seré indulgente por un tiempo.

—¿Qué has *heto* con la *cica*?

—No tienes que preocuparte por ella. Al final, su sacrificio ha compensado su vida desperdiciada.

Elaine se quedó mirando el lugar donde había extendido la gran sábana de plástico para el cuerpo de la chica. King había utilizado un coche viejo, alquilado a un traficante lo bastante infame como para no ponerse nunca en contacto con la policía, y lo guardaba en un garaje lejos de su casa. Una noche había ido a Glasgow, había recogido a la chica que estaba buscando clientes en el sitio de siempre —ya había estado varias veces allí para elegir a la adecuada— y había conducido un rato hasta encontrar un lugar tranquilo donde ella pudiera ganarse el dinero. Ese concepto le pareció divertido incluso mientras le acercaba el trapo empapado en cloroformo a la cara. Ganar dinero. Las jóvenes modernas creían que no tenían que hacer nada más para sacarse unas libras, que los hombres existían para mantenerlas, que bastaba con ponerse una minifalda y pintarse los labios de rojo. Qué pena. Y quería sacarle treinta

libras por meterle su asquerosa lengua dentro de los pantalones. Estaba librando al mundo de una plaga. Tal vez había detenido la propagación de una terrible enfermedad al envolver su cuerpo inconsciente en una lona y alejarlo del próximo cliente.

Le había costado un inmenso esfuerzo físico arrastrarla hasta la habitación secreta. La doble escalera, una para bajar y otra para subir, le había parecido una idea brillante cuando la había concebido, pero, en realidad, complicaba las cosas. Le había golpeado la cabeza contra los escalones varias veces, aunque no le importaba. Había mantenido su cuerpo envuelto en plástico, pero le había permitido respirar. La asfixia no entraba en los planes.

A Elaine no le había gustado que llevara a la chica. King había pensado que tal vez había un atisbo de celos tras la melodramática hiperventilación y los ojos muy abiertos mientras negaba con la cabeza. ¿Cómo iba a creerse que había llevado a sus vidas a una criatura tan asquerosa e inferior?

Había hecho que la mujer recobrara el conocimiento para obtener detalles sobre las fracturas que había sufrido en el pasado. Las viejas heridas podrían convertirse en espías delatores. El adelgazamiento de los huesos mucho tiempo después de la curación podía contar una historia que corría el riesgo de perjudicarlo, incluso habiendo destruido todo el ADN. Ella había sido de mucha ayuda. Le había bastado con prometerle que la dejaría vivir si le daba la información que quería.

En realidad, no había mucho de qué preocuparse. Un dedo roto en la puerta de un coche y un hombro dislocado no se verían. Sin duda, lo más importante era asegurarse de que el brazo izquierdo de la chica quedara fragmentado donde Elaine

se lo había roto al caerse de la bicicleta cuando era pequeña. Si ese hueso hubiera permanecido intacto y el forense era minucioso, todo su duro trabajo habría sido en vano.

Cuando tenía todo lo que necesitaba, le pidió a Elaine que mirara y le prohibió que cerrara los ojos. Cuando se puso las gafas protectoras, la prostituta solo pareció intrigada. Pero cuando se puso guantes y una mascarilla, empezó a suplicar. Elaine, por una vez, se había mantenido en silencio. Cuando había cogido el bate de béisbol, la cosa había cambiado. No recordaba cuál había sido la reacción de Elaine en esos pocos minutos. Por primera vez en su vida, había experimentado lo que suponía que era la visión de túnel. Había sido un episodio impresionante. Todo había desaparecido excepto el montón de carne que gritaba, gemía, sollozaba y se retorcía. No había visión periférica que lo distrajera. Solo había oído los gritos bestiales. Nunca había experimentado una concentración tan intensa.

Cuando se había despertado, y había sido un auténtico despertar, de pie frente a ella, con el bate sujeto entre las manos, se había dado cuenta de que su pulso se había acelerado como si hubiera corrido una maratón. Había sido una descarga de adrenalina descomunal. Durante un rato se había hecho el silencio y luego habían comenzado los sollozos intermitentes de Elaine. La cara de la chica era un desastre, como había predicho. Para que el intercambio de identidad funcionara, había tenido que hacerle saltar todos los dientes y dañarle la mandíbula para invalidar cualquier comparación con radiografías. No había previsto, sin embargo, que se dejaría llevar tanto y había sentido crecer su vergüenza ante el placer pecaminoso que había sentido, al ver su obra en los moratones del cuello y los pechos; suponía que también había algunos en

el vientre y las piernas, pero no se había atrevido a levantar la repugnante ropa para comprobarlo. Había perdido el control y no se sentía orgulloso de ello, ¿pero no merecía desahogarse? Mejor dejarse llevar con ella que con Elaine. No tenía ningún deseo de estropear su premio.

King se despertó de aquel recuerdo y miró fijamente a la mujer cuya identidad había tomado la prostituta muerta.

—¿Cómo vas con las cintas? Estoy seguro de que te ha gustado tener algo para distraerte. Sé que ya hablas francés, así que pensé que el ruso sería un reto más emocionante. Cuando consigas pronunciar bien las palabras de nuevo, te pondré a prueba y podremos avanzar de verdad.

Pulsó un interruptor en el equipo de música y una voz empezó a recitar palabras que Elaine no tenía ganas ni de escuchar ni de repetir. Después de darle un cariñoso beso en la frente, King le dejó al lado una bebida proteica y salió.

Capítulo 6

La mesa de autopsias parecía más cómoda que la cama en la que había dormido, pero cambió de opinión cuando esta fue ocupada por los restos del supuesto esqueleto de Elaine Buxton. Había sido una noche dura. Callanach se habría curado de buena gana con una buena botella de vino tinto, pero la única que había encontrado llevaba una etiqueta que solo habría hecho las delicias de un alcohólico. Braemar era un pueblo poco turístico pero bonito, que no ofrecía mucho en cuanto a alojamiento, y las mejores opciones ya estaban reservadas. A falta de un buen vino, se había conformado con una decrépita televisión con muy mala recepción, una sopa que solo valía la pena mencionar porque podía batir un récord por lo mal cocinada que estaba y un café medio decente.

Jonty Spurr, el forense, trabajaba en silencio. Callanach lo agradeció. Había asistido a demasiadas autopsias y los cadáveres ya no le causaban ninguna impresión. Le resultaba más inquietante la alegría forzada de ciertos forenses demasiado habladores y demasiado decididos a animar el ambiente. Spurr era lento, no de una manera fastidiosa, sino en el sentido de que no tenía prisa y probablemente permanecía imperturbable incluso bajo la peor de las presiones.

—La víctima era una mujer, adulta, de entre treinta y

cuarenta años, y diría que medía aproximadamente un metro sesenta.

Callanach miró a la agente Salter. Era joven, pero no inexperta, y no parecía afectada por lo que veía.

—¿Se ha identificado ya el acelerante? —preguntó ella.

—Para saberlo tenemos que hacerles más pruebas a los huesos. A lo mejor los bomberos han cogido algo que pueda ayudar a descubrirlo. —Spurr seleccionó un fragmento de hueso y se lo mostró a Callanach para que lo examinara más de cerca—. La intensidad y la duración del incendio han destruido cualquier posibilidad de obtener ADN de la médula ósea. El cráneo, la mandíbula y el tórax sufrieron daños no provocados por el fuego. Se aprecian patrones de fracturas que indican el uso repetido de un arma contundente bastante pesada. Debió de requerir bastante fuerza.

—¿Cuál es la causa de la muerte? —preguntó Callanach.

—Apostaría a que estas heridas fueron infligidas antes de la muerte. El traumatismo craneal resultante podría ser lo que la mató. Sin tejido blando, no puedo aventurar una suposición mejor que esa. Dada la cuidadosa planificación de la eliminación del cadáver, no veo ninguna otra razón práctica para desfigurarle el rostro después de la muerte.

—Qué hijo de puta —dijo Salter.

—Y tanto —se hizo eco Spurr—. Estamos cotejando los dientes con los registros dentales de Elaine Buxton. Algunos tienen empastes o carillas, por lo que no debería ser difícil.

—¿Cuándo estarán los resultados? —Callanach estaba ansioso por marcharse. Los depósitos de cadáveres le producían claustrofobia a pesar de la luz brillante y el aire acondicionado. Parecían una celda y le traían malos recuerdos.

—Tal vez mañana mismo. ¿Seguirán aquí?

Callanach no tenía intención de pasar otra noche en aquel hotel.

—No, estaremos en Edimburgo. Vamos a regresar a la escena del crimen para verla a la luz del día y luego nos vamos. ¿Puede llamarnos cuando tenga más información?

Spurr asintió, se quitó un guante y le tendió la mano. A Callanach le resultó desagradable el contacto con aquellos dedos secos y manchados de talco, como si la muerte fuera contagiosa.

—¿Han llegado más noticias de la escena del crimen esta mañana? —preguntó a Salter cuando estuvieron en la calle.

—No. He intentado hablar con el agente Tripp, pero el móvil no tenía cobertura. Se ha ido con el sargento Lively a interrogar a los excursionistas, pero supongo que estarán de vuelta cuando lleguemos.

—No la mató allí —dijo Callanach.

—Creo que es demasiado pronto para saberlo —comentó la joven agente.

—¿Por qué iba a molestarse en llevarla tan lejos para matarla? No tiene sentido. Puede que sea el lugar perfecto para deshacerse de un cadáver, pero no es cómodo ni práctico para escenificar fantasías sobre la muerte de la víctima. Pasó demasiado tiempo entre la desaparición y el hallazgo del cadáver; y ese tiempo, el asesino lo pasó con ella en otro lugar. Quien la secuestró eligió este lugar hace semanas, o meses.

Una hora más tarde estaban de regreso en el albergue. Los policías científicos estaban hablando a en voz alta, claramente excitados. Callanach saltó del coche antes de que Salter pusiera el freno de mano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a un agente.

—Los perros han encontrado un arma enterrada bajo un

montón de piedras no muy lejos de aquí. —Callanach observó a los adiestradores, que se felicitaban mutuamente.

No habrían encontrado huellas dactilares. Un hombre que encontraba un lugar tan perfecto para destruir un cuerpo no dejaba huellas.

—¿Buenas noticias, señor? —dijo la voz de Tripp detrás de él.

—Dígame lo que ha descubierto —respondió Callanach. Tripp borró la sonrisa de su cara y bajó la vista hasta su cuaderno.

—Los excursionistas repitieron lo mismo que en su declaración. Oliver Deacon y Tom Shelley, ambos poco mayores de veinte años, llevaban caminando alrededor de tres horas y habían llegado a la mitad del trayecto cuando vieron las llamas desde… —Miró a su alrededor, identificó el pico y lo señaló—, desde allí. Llevaban prismáticos e hicieron fotos con sus teléfonos móviles, aunque solo se ve un punto naranja lejano. He dibujado un mapa de su trayecto.

Callanach asintió.

—Volveremos a Edimburgo esta noche —dijo—. Si autorizo más horas extras, me quedaré sin trabajo.

Dos horas más tarde, estaban inmersos en el tráfico de la ciudad.

—¿Le ocurre algo, señor? —se aventuró a preguntar Tripp tras dejar a Salter en casa.

—Sí —respondió Callanach—, pero todavía no sé qué.

—Nos haremos cargo del caso, ¿no?, si se demuestra que los restos pertenecen a Elaine Buxton…

—Tan pronto como tenga la autorización del comisario. Llévame a la comisaría.

Las oficinas estaban casi desiertas. A Callanach le gustaba estar solo. Le resultaba más fácil concentrarse sin que le molestaran los portazos, los siseos y gorgoteos de las cafeteras y

el zumbido constante de las voces. El silencio carecía de complicaciones y retrasaba el regreso a su piso. El acto de abrir esa puerta por primera vez haría real la transición al trabajo y a la vida en Escocia. Echaba de menos Francia por la cultura que llevaba en la sangre. Tener un padre escocés y hablar bien el idioma no sustituía al país que había sido su hogar durante toda su vida, salvo los cuatro primeros años. Ni siquiera el cielo sombrío que había el día de su partida había contaminado sus recuerdos de Lyon.

Abrió una de las cajas y empezó a colocar el contenido en los cajones.

—¿Al final ha valido la pena tu viaje a los Cairngorms por los quebraderos de cabeza que te vas a llevar? —preguntó alguien desde la puerta. Callanach se sobresaltó y dejó caer una carpeta, lo que provocó la risa de su colega inspectora—. Lo siento, no quería asustarte. Al parecer, es fácil pillar desprevenidos a los agentes de la Interpol.

Callanach recogió la carpeta del suelo y frunció el ceño mientras reordenaba los papeles.

—Inspectora Turner, pensaba que estaba solo. —Consultó su reloj—. Es casi la una de la mañana.

—La noche es el mejor momento para adelantar el trabajo de oficina. No hay nadie metiéndome prisa. Además, he hecho tantos turnos de noche que hace mucho tiempo que mi cerebro dejó de distinguir la luz de la oscuridad —respondió—. ¿Cuál es tu excusa?

—He pensado que es mejor desembalar las cajas antes de que me despidan.

Ella sonrió.

—Tengo güisqui puro de malta en mi despacho. Podemos hacer un brindis de bienvenida y despedida. —Callanach se

apretó el puente de la nariz e inspiró lentamente, consciente de que estaba apretando los dientes mientras buscaba las palabras menos ofensivas con las que responder—. No te preocupes —dijo Ava—. Has tenido dos días muy difíciles. Lo dejamos para otra ocasión.

—No, es que no creo que sea prudente socializar en el trabajo. Es importante mantener los límites profesionales.

—Entendido —sonrió—. Has empezado con buen pie. Lo mejor es que me marche para que puedas seguir vaciando cajas.

Callanach se pasó una mano por el pelo y estiró el cuello.

—Mira, tienes razón. Necesito un trago.

—No, creo que tenías razón tú. No deberíamos estar aquí a la una de la mañana. Me voy a casa. Y, a jugar por tu aspecto, tú también deberías marcharte. Buenas noches. —Cerró suavemente la puerta y él maldijo en voz baja. Podría haber gestionado mejor la situación. Era el momento de enfrentarse a su piso y de aceptar que su vida había cambiado y que debía pasar página.

Capítulo 7

Edimburgo era la ciudad más cercana a Lyon que Callanach había encontrado en Escocia. Tenía el ambiente de una pequeña ciudad, a pesar de su tamaño y fervor económico, y una historia celebrada por sus habitantes. Era una ciudad fácil de amar, con su encantadora mezcla de arquitectura antigua y moderna, y una población que parecía haber acogido razas y culturas diversas manteniendo al mismo tiempo sus propias tradiciones. Si además hubieran conseguido tener el viento helado bajo control, habría sido ideal. Callanach había alquilado un piso en Albany Street. Un siglo antes probablemente era una gran casa adosada de cuatro plantas, hogar de una de las familias más ricas de la ciudad. En ese momento, los inquilinos eran profesionales ocupados que iban y venían por el pasillo central y señalaban la similitud de sus vidas con unas cejas enarcadas o un saludo brusco. Consideraba que era un verdadero desperdicio la escasa comunicación que había entre los vecinos. Ese era el motivo de que los cadáveres solo fueran descubiertos por el olor insoportable, y la violencia doméstica pudiera perpetrarse sobre la misma víctima durante años sin que nadie interviniera. La buena vecindad permitía mantener eficazmente el orden público.

Se sirvió una buena copa de vino tinto y cogió un libro. Leer para dormirse era un hábito que siempre había tenido. Era lo único que lo distraía de su trabajo, pero esa noche le resultaba difícil concentrarse. Cada vez que pasaba una página, volvía a ver el paisaje desolado de las montañas Cairngorm, con sus picos escarpados y amenazadores. Se acercaba el invierno. El camarero de Braemar le había dicho que el pueblo se llenaría de gente que iba a hacer esquí y *snowboard* en cuanto cayeran los primeros copos. Quedaban todavía un par de semanas, pero diciembre llevaría nieve a las cumbres. Las multitudes de excursionistas estivales hacía tiempo que se habían marchado; los fuertes vientos y la lluvia desalentaban a todos salvo a los más duros. Así que, o el asesino había calculado los tiempos a la perfección, o había tenido una suerte increíble.

Callanach se levantó temprano, se dio cuenta de que su nevera y su despensa estaban vacías y se acordó con nostalgia del pequeño café que había en la esquina de su calle, muy cerca de su antiguo piso, donde podía comer cruasanes recién horneados y leer el periódico en francés. Corrió al único lugar abierto en las inmediaciones, una tienda de alimentos ecológicos de Broughton Street, donde encontró a unos dependientes sorprendentemente amables, y compró frutos secos, yogur y pan de centeno.

Conectó su ordenador mientras comía, preguntándose qué encontraría en su correo personal. Los correos electrónicos llevaban una semana acumulándose y estuvo tentado de borrarlos todos en bloque antes de leerlos.

Había mensajes burocráticos de parte de la Interpol relacionados con su salida, solicitando una dirección nueva para enviar los documentos, nada importante. Luego estaban las actualizaciones de los eventos de Lyon a los que solía asistir:

una feria del vino, reuniones deportivas, la inauguración de un nuevo restaurante… Hizo clic en «eliminar» con un sentimiento de resignación. El resto eran los habituales correos basura, pero entonces la vio, escondida entre una suscripción con oferta a un club de vinos y el boletín de su último gimnasio. Era la notificación de un correo electrónico devuelto desde la dirección de su madre. Había pasado de ignorar constantemente sus mensajes a cambiar su dirección de correo electrónico, como ya había hecho con su número de teléfono. Le devolvían las cartas sin abrir y sus llamadas desde teléfonos fijos no obtenían respuesta. Callanach tiró los restos del desayuno al cubo de la basura y cerró bruscamente el portátil, arrepintiéndose inmediatamente de su reacción. Enfadarse no iba a servir de nada. Ya se había mudado. Tenía que concentrarse en Elaine Buxton y en nada más. De lo contrario, ese nuevo comienzo no iba a funcionar. Ofender a la inspectora Turner la noche anterior había sido un comienzo bastante flojo, un error que desde el punto de vista táctico le convenía corregir lo antes posible. Todavía tenía que terminar de vaciar las cajas, así que se quitó la sudadera, se puso la camisa y los pantalones, y se fue a la comisaría.

Tripp lo esperaba a la puerta de su despacho; parecía entusiasmado y descansado. Eran las ventajas de estar en la veintena: eras inmune a la falta de sueño y al estrés. Durante un par de segundos estuvo tentado de enviarlo de regreso a Braemar, pero luego pensó que sería cruel. Al menos el sargento Lively no estaba cerca.

—El sargento Lively quería hablar con usted, señor. —Callanach puso los ojos en blanco—. Teniendo en cuenta lo que averiguamos en Braemar —continuó Tripp—, he pensado que le sería útil una visita al piso de Elaine Buxton, así que la he

concertado para hoy a la hora de comer, y el teléfono de su exmarido está en su mesa. —Tripp se había puesto manos a la obra. Callanach se reprochó querer enviarlo de vuelta a Braemar. El joven detective ignoraba cándidamente que parecía demasiado entusiasmado. Era una cualidad que rara vez se encontraba en un policía.

—Gracias. ¿Dónde está el sargento?

—En la sala de reuniones. ¿Voy a llamarlo?

—No, iremos nosotros, así tomaremos un café rápido.

Al acercarse a la sala de reuniones, Callanach escuchó exactamente la conversación que temía oír. Habían dejado la puerta abierta —la confidencialidad no era prioritaria—, y la voz de Lively resonaba por todo el pasillo.

—¿Cómo demonios ha conseguido el puesto de inspector? Me gustaría saberlo. No faltaban otros candidatos, personas que conocen la ciudad y entienden a la gente. Se rumorea que algún cabrón ha movido más hilos de los que hay en una red de pesca para traerlo. No lleva ni diez minutos aquí y ya nos está sacando de nuestra jurisdicción para involucrarnos en la investigación de otro distrito.

—Déjelo ya, sargento. Solo hizo lo que consideraba correcto para la víctima —intervino una voz femenina. Callanach tardó un segundo en identificar a la agente Salter. Tripp se adelantó valientemente para interrumpir la discusión, pero él extendió un brazo para impedirlo.

—Para, Tripp.

—Pero, señor… —objetó el joven antes de que Lively volviera a hablar.

—Vamos, Salter, dinos lo que piensas de él. ¿Crees que es una especie de genio solo porque estaba en la Interpol? La pregunta que debemos hacernos es por qué se ha trasladado aquí. Quizá

nuestro inspector no estaba hecho para jugar en la primera división y pensó que aquí sería más fácil.

Callanach abrió la puerta de una patada y dejó el café sobre la mesa.

—¿Ha pedido hablar conmigo, sargento? ¿Hay novedades? —Callanach miraba fijamente a Lively, ignorando a los demás.

—Había sangre en el bate de béisbol y algo de tejido blando en un diente encontrado cerca. El ADN coincide con el de Elaine Buxton. El caso ha pasado oficialmente de desaparición a homicidio. El informe del forense llegará hoy más tarde. Y el jefe quiere hablar con usted.

—Salter, prepare una pizarra con mapas, fotos, informes forenses y todo lo que tengamos —dijo Callanach mientras se dirigía a la puerta.

—¡Todavía no es nuestro caso, inspector! —gritó Lively.

—Está a punto de convertirse en mi caso. Si no quiere participar, hay una enorme mesa vacía en mi despacho donde puede dejar su carta de dimisión —replicó Callanach.

Lively se levantó. El inspector sabía que era mejor dejarlo pasar y esperar a que la tensión disminuyera, pero la conversación que había escuchado en el pasillo aún le ardía en las venas.

—Quiere deshacerte de mí, ¿verdad? Apuesto a que sí, porque he oído lo que hizo. ¿Quiere saber lo que les hacemos a los de su calaña en Escocia? Ustedes los malditos comedores de ranas, a lo mejor piensan que no hay nada de malo en… —Lively se adelantó y pronunció las últimas palabras dándole una palmada en el hombro a Callanach. No pudo llegar más lejos. El inspector lo empujó tan fuerte que salió volando hacia los brazos de un compañero, que amortiguó su caída y probablemente le evitó una fractura de coxis. Lively ocultó su

vergüenza con una risa forzada que resonó en la sala—. Controle su mal genio, inspector —dijo el sargento con una sonrisa malévola—. Lo meterá en problemas. Aunque, claro, ya está acostumbrado a…

Callanach dio otro paso hacia Lively y el grupo que lo estaba sujetando, muriéndose de ganas de pegarle un puñetazo a aquella sonrisa de suficiencia, y se mordió la lengua con tanta fuerza que pudo sentir la sangre en la boca.

—Señor, el comisario Begbie lo está esperando —la voz de Tripp sonó suave e insegura, pero rompió la tensión que había. Al sargento ya se le habían quitado las ganas de discutir. Había expresado su opinión y sin duda la repetiría en el bar delante de un público al final del turno. Tripp cogió las carpetas y la taza de café de Callanach y le abrió la puerta.

Para seguirle el ritmo tuvo que correr.

—El sargento Lively no sabe tratar con la gente y era muy amigo del inspector anterior. Yo no le haría mucho caso —explicó Tripp.

—Si necesito su ayuda o su consejo, se lo pediré. Vuelva con Salter y ayúdela a organizar esa pizarra. Quiero ver todos los elementos del caso en orden y no permitiré más distracciones. La cita con el comisario fue agotadora, como era de esperar. Begbie se acercaba a la edad de jubilación y era un detective a la antigua usanza. El trato con los superiores nunca le había supuesto un problema en la Interpol. Confiaban en su criterio y lo habían visto ascender en su carrera. Allí, como le acababan de recordar, aún tenía que demostrar su valía. No le importaba tanto que el jefe lo tratara como a un niño rebelde; lo que de verdad lo avergonzaba era tener que defender su postura cuando se basaba principalmente en el instinto de que Elaine Buxton había sido asesinada en Edimburgo. Parecía una excusa

bastante pobre, pero al final el comisario cedió, aunque de forma limitada. Le permitió registrar el piso de la víctima, hablar con los testigos y dibujar un panorama lo bastante bueno como para demostrar que merecía llevar la voz cantante en la investigación. «No es mucho, pero es un comienzo», pensó Callanach.

El apartamento de Elaine Buxton estaba impecablemente limpio y se encontraba en un barrio muy codiciado, detrás de Albyn Place, con vistas a Queen Street Gardens. Estaba decorado con muy buen gusto y solo una ligera capa de polvo delataba la desaparición de la propietaria. Era la casa de una persona que vivía en otra parte, la encarnación perfecta de la profesional que nunca cometía un error. La única habitación que mostraba signos de vida era su despacho, en el que había dos libros fuera de lugar, apoyados sobre el escritorio, tan grandes como enciclopedias y ambos relacionados con el Derecho Contractual. Probablemente la noche de la desaparición estaba revisando el caso en el que estaba trabajando, pero no parecía plausible que un ámbito tan aséptico del Derecho pudiera desencadenar un crimen tan violento.

Callanach se sentó en la enorme silla de piel y se apoyó en el respaldo. No estaba nada cómodo. El reposacabezas era demasiado rígido y parecía poco usado. Elaine Buxton no era una mujer que utilizara su despacho para relajarse. Cuando se echó hacia delante para abrir los cajones, el cojín sobre el que estaba sentado se movió ligeramente. Ahí estaba; su postura solía ser con la cabeza inclinada sobre los libros o los informes. Siempre trabajando, concentrada. El interior de los cajones estaba tan ordenado como todo lo demás. Había una pluma estilográfica Montblanc en su estuche, subrayadores guardados

en su contenedor de plástico y una caja a medio usar de analgésicos, también cerrada. Bajo un pisapapeles de cristal negro, suave y agradable al tacto, descansaba un ordenado montón de cartas y facturas. Callanach alargó una mano para tocarlo, imaginándose a Elaine haciendo lo mismo mientras leía o llamaba por teléfono, sintiendo la fría quietud bajo su palma. Era sencillo y elegante, y hacía su trabajo a la perfección. Como su dueña. Elaine Buxton amaba el orden y la rutina. Lo que faltaba era una vida personal. No había fotos a la vista ni tampoco plantas; ningún ser vivo que pudiera requerir cuidados y atención. En el frigorífico se apilaban prácticas raciones individuales de comida casera sana, cada una con su etiqueta. Toda la casa parecía desprovista de un toque humano.

Callanach volvió sobre sus pasos y entró en el dormitorio. La cama estaba desnuda, ya que los forenses habían retirado las sábanas y las mantas en busca de rastros de actividad sexual y ADN. Solo habían encontrado rastros de ella. En los cajones había algo de maquillaje y en el armario del baño solo tenía dos frascos de perfume. Abrió el armario y encontró dos filas de zapatos, divididos entre los de deporte y los de trabajo. Resultaba irónico que la existencia de alguien tan dedicado al orden y la limpieza hubiera terminado de una forma tan caótica y traumática. ¿Cuándo se había dado cuenta de que algo iba mal? Quizá en cuanto había salido del gimnasio. ¿El asesino la había seguido o la estaba esperando en casa? Buxton era una mujer sana y atlética. Seguro que se había defendido si no la había pillado desprevenida. Sin embargo, no había signos de lucha.

Finalmente, entre dos sudaderas pulcramente dobladas, Callanach se dio cuenta de algo que se le había pasado por alto. Un oso de peluche andrajoso surgió del estante superior; por su

aspecto parecía muy querido y era tan valioso que no había tenido el mismo destino que los demás objetos infantiles. Era algo que miraba por la mañana y por la noche, cuando se vestía o desvestía. Un fragmento de calidez en un hogar frío y formal. Cerró la puerta del armario ante la mirada desconsolada del oso, que esperaba en vano a su dueña. Detenerse a llorar la pérdida de una vida humana no iba a ayudarlo a encontrar al asesino ni a aportarle ningún progreso. Solo la ciencia, la lógica y la investigación resolvían los casos. El apartamento de Elaine no tenía nada más que ofrecer. Callanach cerró la puerta, contento de dejar atrás el silencio y la quietud.

La llamada a su exmarido Ryan fue bastante decepcionante. No había estado en contacto con ella desde hacía más de un año. Una vez recibido el informe de la autopsia, la policía le comunicó la noticia a la madre de Elaine esa misma tarde. Callanach agradeció que no le hubiera tocado a él. Los años de formación y experiencia no le habían hecho más fácil el anuncio de una muerte. La prensa hizo pública la información poco después, renovando la solicitud de información. Callanach localizó a la amiga de Elaine que había celebrado su cumpleaños en el bar del gimnasio y descubrió que apenas se conocían. Iban a la misma clase de pilates y hacían ejercicio juntas los miércoles y los viernes, pero no se veían para nada más. Le dijo que Elaine nunca había mencionado a ningún chico, aunque no hablaban de esos temas. Eso estaba en consonancia con su estilo de vida. Los compañeros de trabajo decían lo mismo. Sin duda se habría dado cuenta si alguien se hubiera interesado por ella y hubiera empezado a seguirla y a espiarla, reflexionó Callanach. Era abogada. Sabía que el tribunal podía dictar una orden de alejamiento para protegerla. ¿Era el asesino tan reservado que nunca había hecho acto de

presencia?

La agenda y la correspondencia de Elaine fueron incautados como pruebas. Callanach se los llevó a casa para examinarlos, aunque no esperaba que fueran más que recordatorios de reuniones y listas de tareas. Ya los había inspeccionado el equipo de Personas Desaparecidas, que no había encontrado ninguna información útil. La agenda era de tamaño A4, con un día por página, y solo contenía anotaciones profesionales.

Tres semanas antes del secuestro había una nota: *Revisión de socio sénior. Buenas estadísticas de resolución. Se ha solicitado un aumento de las horas facturables.*

Buxton era ambiciosa, pero no tenía mucho talento para los negocios, así que no lograba sacarles mucho dinero a sus clientes. La paradoja de un abogado muy querido. Callanach hojeó las páginas restantes y solo encontró a una profesional bien organizada que planificaba cuidadosamente su jornada y no se permitía ningún descanso.

Las páginas de la agenda no revelaban nada que no supiera ya, pero en la última había una postal enviada presumiblemente por una vieja amigo, que anunciaba el nacimiento de una niña y ponía a Elaine al corriente de las últimas noticias: una mudanza, una pausa profesional para dedicarle tiempo a la paternidad y una broma sobre un amigo común. Nada indicaba si se habían visto en los últimos meses o en los últimos años. La dirección del remitente estaba en Londres. Detrás de la postal había una carta de respuesta dejada a medias. Como era de esperar, empezaba con felicitaciones, comentarios sobre las fotos de la niña y preguntas sobre la mudanza; pero después cambiaba el tono. *Siento haberme perdido la fiesta premamá y me temo que tampoco podré ir al bautizo. Últimamente estoy hasta arriba de*

trabajo. Siempre me dices que me tomo la vida demasiado en serio y empiezo a pensar que tienes razón. Haré todo lo posible por ir a verte a Londres cuanto antes. Quizá te sorprenda cogiéndome vacaciones, como siempre me dices que haga. No he salido de la ciudad desde mi divorcio. Quién sabe, quizá conozca a alguien (que será más amable contigo que Ryan, seguro). Es hora de sacar la cabeza de los libros.

Callanach cerró los ojos. Nunca había nada positivo en un asesinato, no había ninguna circunstancia justa o razonable por la que se pudiera quitar la vida a alguien, pero a Elaine Buxton se la habían robado cruelmente. ¿Cómo se había sentido cuando se había dado cuenta con insoportable claridad de que la estaban secuestrando? ¿Había captado la ironía de aquella carta inacabada, con el sueño de irse de vacaciones y de conocer a otro hombre, o el pánico lo había empañado todo? ¿Había conseguido gritar pidiendo ayuda? ¿Había luchado por su vida?

Callanach dejó la carta. Más tarde, mientras caminaba inquieto por el pequeño salón de su casa, se llevó distraídamente una mano al bolsillo y encontró allí, como de polizón, el pisapapeles de Elaine Buxton. Lo cogió, sopló un trozo de algodón de su impoluta superficie e intentó recordar el momento preciso en que lo había cogido y cómo había justificado ante sí mismo aquel pequeño hurto, pero su memoria estaba nublada. Lentamente, con calma, como si lo estuvieran observando, deslizó el pesado trozo de cristal bajo la almohada.

Capítulo 8

King temblaba de rabia ante la falta de cooperación de Elaine. Normalmente, no caía tan bajo como para recurrir a obscenidades, pero si se hubiera visto obligado a utilizar una expresión vulgar, habría dicho que estaba siendo una zorra. Había intentado ponerle la nueva dentadura postiza, pero ella había empezado a gritar en cuanto se la había metido en la boca, quejándose del dolor de las encías y diciendo que aún estaban demasiado inflamadas. Esa criatura repugnante había comenzado a sacudir la cabeza y a babear como un perro rabioso, intentando impedir el procedimiento. Había previsto que tendría que tolerar su saliva y se había preparado poniéndose los guantes. Pero mientras sacudía la cabeza, ella le había salpicado la cara con mucosidad que le había salido de la nariz. Sintió ganas de vomitar del asco.

Elaine tenía que aprender a respetar su nueva situación. Si no lo hacía por voluntad propia, tendría que enseñarle. Un poco de disciplina no le vendría mal. Ni siquiera los batidos de proteínas que le preparaba eran de su agrado. Media docena de veces había tenido que taparle la nariz y metérselo a la fuerza en la boca. Le había quitado de la cabeza la idea de que podía dejarse morir de hambre. King cogió una vieja regla de madera de un cajón de su despacho y en el último momento decidió

llevar también el portátil, y repitió el recorrido habitual bajando por las escaleras principales y subiendo por las secretas. Tenía que alisar un pequeño arañazo que había en el borde del panel que ocultaba la cerradura. No podía permitirse ser descuidado cuando todo lo demás había ido según lo previsto.

Elaine frunció el ceño en cuanto lo vio entrar. Parecía una adolescente malhumorada, pero eso no iba a durar mucho. Si pudiera ayudarla a progresar durante esta etapa, entraría en razón. Se acercó a la cama sin hablar. Habría sido inútil interactuar con ella. Solo habría provocado otra escena. La ayuda que estaba a punto de darle, esa severa forma de amor, debía administrarse de forma rápida y silenciosa. King comprobó que las cadenas y las esposas estuvieran lo bastante apretadas para evitar que se sacudiera y se hiciera más daño. Ella cerró fuertemente los ojos y apretó aún más la boca, creyendo sin duda que iba a intentar ponerle la dentadura postiza otra vez. Su comportamiento demostró que la persuasión no bastaría para hacerla cooperar. Era un remedio inevitable que él no había elegido ni provocado. Ella había tenido la culpa de todo.

Cuando le apretó aún más las cadenas de los tobillos, obligándola a abrir las piernas, empezó a gritar. Sin embargo, notó complacido que las manifestaciones de su histeria no movían las cadenas ni un solo milímetro. Había sido astuto al pensar tan rápidamente en las restricciones necesarias para la habitación de invitados. King emitió una risita estridente. Elaine dejó de gritar y se quedó mirándolo como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—La habitación de invitados —murmuró en voz alta.

Un momento después, volvía a lloriquear como una mocosa.

«No hables con ella», se aconsejó a sí mismo. Estaría en silencio hasta que le hubiera dado la lección que se merecía. Pero en ese momento se puso a suplicar. Él sabía que lo haría.

—*Po favo, no e viole. Ponme a denaura. Eré buena.*

King giró lentamente la cabeza de un hombro al otro, para deshacerse de la tensión provocada por sus patéticos lloriqueos. La miró fríamente a los ojos. Podría haberla tranquilizado si hubiera querido. Después de todo, no tenía intención de violarla. No era un animal. Solo los asquerosos canallas que no podían satisfacer sus deseos de otra manera recurrían a la violación. Pero pensándolo bien, si la perspectiva la asustaba lo suficiente como para inducirla a cooperar, ¿por qué no usar esa amenaza como parte de su arsenal para someterla?

—Para someterla no —susurró—, para educarla. ¡Joder! —exclamó. ¿Por qué hablaba solo? Ella lo había desestabilizado con el comentario sobre la violación. Tenía que concentrarse. Levantó la regla y golpeó con fuerza la planta del pie izquierdo de Elaine. El estallido fue como una luz blanca y limpia. King contó mentalmente los segundos y llegó a cuatro antes de que ella empezara a gritar, ya que las innumerables terminaciones nerviosas tardaban un rato en comunicarse con el cerebro. Ya podía hablar—. Ha llevado más tiempo del que había previsto —dijo—. Los alemanes lo llaman *Sohlenstreich*, que significa literalmente golpear la planta de los pies. Un método correctivo antiguo y bien establecido, utilizado en diferentes culturas de todo el mundo. Mi padre me lo enseñó cuando era pequeño. Era un educador con mucho talento. —Le golpeó el otro pie con la regla. Esa vez Elaine sabía lo que se le echaba encima y empezó a gritar incluso antes de que la madera tocara su piel—. Es eficaz porque es extremadamente doloroso, pero no deja muchas marcas ni daños permanentes. Tendré cuidado de no

romperte ningún hueso de los pies, aunque a veces ocurren accidentes. —Volvió a golpearle la planta izquierda con la regla —. Y en cuanto a la violación…, deja de pensar mal. No estoy tan desesperado como para necesitar recompensas tan triviales. —El volumen de sus gritos se estaba volviendo insoportable—. Si no dejas de hacer ruido —dijo, enfatizando cada palabra con un golpecito en un pie y luego en el otro—, ¡no pararé! — Fueron once golpes rápidos. Más de los que había planeado propinarle. Sin embargo, ella empezaba a controlarse y lo miraba con los ojos muy abiertos, sollozando en lugar de gritar. Temblaba violentamente. Era por la impresión, pero se recuperaría. El cuerpo humano era más fuerte que la mente—. Te haré algunas preguntas para comprobar tus progresos. Si respondes bien, pararé y podremos volver a ser amigos. ¿Vas a dejar que te ponga los dientes sin resistirte? —Elaine asintió inmediatamente—. Bien. ¿Y te beberás los batidos de proteínas sin quejarte? —Volvió a asentir—. ¿Cuál era la palabra alemana para este método correctivo? —Silencio. Levantó la regla.

—No, no, estoy intentando recordarla —susurró con voz ronca. Incluso sin dentadura postiza, se esforzaba mucho por hablar con claridad, interpretando el papel de buena alumna.

—No estabas prestando atención, ¿verdad, Elaine? —Golpeó su planta derecha con la regla con suavidad, según pensaba él, pero ella lanzó otro ataque a sus oídos. Probablemente, como la zona ya estaba magullada, resultaba más doloroso—. Venga, concéntrate…

—No puedo pensar. No me hagas más daño —sollozó.

—*¡Sohlenstreich!* —gritó él, golpeando con fuerza su pie izquierdo—. *Sohlenstreich*, repite conmigo. —Siguieron más golpes, tantos que perdió la cuenta, pero entonces ocurrió un milagro; empezó a repetir la palabra con él, sin parar, cada vez

que le golpeaba el pie. Ya no lloraba. Elaine había aprendido. Sintió que estallaba de felicidad; estaba casi eufórico. La conciencia de haber triunfado, de haber tenido razón desde el principio, era más poderosa de lo que había imaginado. Un canto de júbilo vibró en su interior. Se había completado el primer paso. La había cambiado, la había acercado a la perfección, a él. Tiró la regla y se acercó a su lado—. wBien hecho —le susurró al oído, apartándole el pelo de la asquerosa mezcla de sudor y lágrimas que le cubría la frente—. Esa es mi niña. No ha sido tan difícil. La obediencia será recompensada, pero debes aprender a comportarte. Tienes que entender que solo quiero lo mejor para ti. Pasemos página. —Decidió ser indulgente, le aflojó las esposas de los tobillos y volvió a ponerle las piernas sobre el colchón con ternura. Ella se llevó las rodillas al pecho y se mordió el labio inferior—. Mira cómo te esfuerzas por quedarte en silencio por mí. Pondré analgésicos en el próximo batido. Te ayudarán a dormir. —También le aflojó las cadenas de los brazos para que pudiera relajarse—. Quiero enseñarte algo más. Creo que te gustará.

Cogió el portátil, colocó una silla junto a la cabeza de Elaine y se sentó a mirar la pantalla con ella. Abrió un archivo y puso en marcha un vídeo. Al principio, el sonido crepitaba un poco y las imágenes estaban oscuras y pixeladas, pero pronto cesó el ruido ambiental y apareció una gran pantalla con una multitud de cabezas en la parte inferior.

—¿Qué es? —murmuró ella. King sonrió. Ya había olvidado el dolor de pies. Eso iba a ser muy divertido.

—Espera un poco —respondió.

Un órgano de iglesia empezó a tocar la melodía de *Abide With Me* y la pantalla se iluminó. King observó la cara de Elaine cuando su madre fue a sentarse delante, con un pañuelo

apretado sobre la boca y gafas negras. La cámara giró lentamente, mostrando filas de personas vestidas de luto, con la cabeza agachada, en silencio. Elaine ahogó un gemido.

—No entiendo… —balbuceó.

—No te hagas la tonta —respondió King; le cogió la mano izquierda y le acarició el dorso con el pulgar—. Es tu funeral. Aunque, por supuesto, tu cuerpo sigue bajo custodia policial. Quién sabe cuánto tiempo más permanecerán pegados a ese montón de huesos. Pero esta es tu despedida. Tus quince minutos de gloria.

—No quiero ver más —dijo ella, apartando la vista.

—Pero yo quiero que lo hagas. Insisto.

Ya no apartó la mirada. Aprendía rápido. Por eso la había elegido.

Su familia estaba sentada en la primera fila. King los conocía a todos por su nombre y enumeraba algunos detalles sobre cada uno, para que Elaine pudiera apreciar la minuciosidad de la investigación sobre su vida. Era un cumplido notable que le hubiera dedicado una parte tan amplia de su valioso tiempo.

Maureen, la prima de Elaine, leyó un pasaje del Evangelio seguido de otro himno. Luego vino el discurso fúnebre, brillantemente recitado por un hombre que King no conocía. Habló de ella cuando era más joven, describiendo a una persona a la que King no reconocía, que trabajaba duro, pero también sabía divertirse; relató unas desastrosas vacaciones de esquí e hizo algunas bromas que solo algunos íntimos pudieron entender. Parecía que su vida ya era de dominio público. Eso lo había irritado mientras grababa el funeral. Había asistido demasiada gente y la iglesia estaba tan llena que habían tenido que poner una pantalla fuera. Estaba lleno de policías.

—Ha sido un poco redundante —comentó King al final.

—Michael —murmuró Elaine, como si hablara en sueños. King le pellizcó la mano con fuerza.

—¿Quién es?

—Un amigo de la Facultad de Derecho —respondió Elaine—. Perdimos el contacto cuando se mudó a Nueva York. —La miró y vio que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas. No podía con ella.

—Deberías estarme agradecida. ¿A cuánta gente se le permite ver y oír esas cosas? Eras una persona respetada, querida, admirada y has podido descubrirlo sin ni siquiera tener que morir. ¡Te he liberado!

—Deja que me vaya —suplicó Elaine en voz baja—. No se lo diré a nadie. Fingiré que me di un golpe en la cabeza. No creo que seas una mala persona, solo estás un poco confundido…

King empezó a jadear. Sintió que sus mejillas se ponían rojas y calientes. Apretó los dientes y el sonido resonó en su cráneo. Luego olfateó su aroma sucio e infecto. Ya llevaba veinte días pudriéndose en aquel colchón y nunca le había pedido que la dejara lavarse. Había instalado una ducha en una esquina de la habitación exactamente con ese propósito y habría estado encantado de vigilarla si se hubiera portado bien. Solo tenía que pedirlo. Era una zorra asquerosa. Lo había engañado, no había aprendido nada. Odiaba que se burlaran de él. La había juzgado mal. Muy mal. Tal vez no era la adecuada, después de todo.

King levantó el portátil y lo estampó brutalmente contra la cara de Elaine, haciéndola retroceder horrorizada.

—¿Estoy confundido, zorra estúpida? No soy yo quien está confundido. ¡Ya no existes! ¿No lo entiendes? Todo el mundo piensa que estás muerta. Tienen tu sangre, tu ropa, un cadáver y tus dientes. Eres historia. ¿Sabes lo que eso significa, abogada

de pacotilla que se cree más lista que yo? —La agarró por el cuello de la camiseta y acercó su cara a la de él—. Significa que eres mía. Me perteneces y así será siempre. Así que harás lo que te diga, cuando te lo diga y aprenderás a que te guste. Nadie vendrá a salvarte. El luto pasará y se olvidarán de ti. Ya nadie te está buscando. —La empujó sobre la almohada y se estiró la ropa, sabiendo que tenía que calmarse.

—Tienes razón —siseó ella desde la cama—. A mí ya no me están buscando, pero a ti sí. Nunca encontrarás un momento de paz, nunca dejarás de mirar por encima del hombro. Un día te estarán esperando en la puerta cuando vuelvas a casa y eso será…

La abofeteó con fuerza en la boca, haciéndole girar la cabeza y salpicar sangre. Se calmó inmediatamente. Era lo que ella quería, caer en el olvido. Pero no tenía que matarla, aún tenía planes importantes para ella. Quizá tendría que improvisar un poco. King dejó su cuerpo retorcido donde estaba y se fue. Cuando despertara, Elaine podría meditar sobre su propio destino.

Capítulo 9

La falta de progresos estaba volviendo loco a Callanach. Había asistido al funeral de Elaine Buxton y había visto a la gran multitud reunida fuera llorar a una mujer a la que la mayoría no conocía personalmente, pero a la que se habían llevado de su ciudad. Sabía lo que estaban pensando: que podrían haber sido ellos o una esposa, una hermana, una hija, una madre... Tales crímenes dejaban a una comunidad con heridas tan vivas como la tierra quemada que antaño había sido un refugio de montaña. La multitud no había ido al funeral solo para llorar a la difunta, sino para experimentar juntos esa verdad no dicha: «Gracias a Dios no me tocó a mí». Y Callanach creía que no había nada malo en pensar eso, que era una expresión de apego a la vida. Además, ese era el propósito de la policía: proteger, mejorar y salvaguardar una existencia demasiado corta, demasiado frágil.

En las dos semanas siguientes, las horas empezaron a pasar más despacio. Su teléfono sonaba cada vez con menos frecuencia. Las solicitudes públicas para obtener información habían resultado inútiles. La policía había examinado los archivos del ordenador de Elaine, su agenda, sus correos electrónicos y sus casos anteriores y actuales. Nada había hecho saltar la alarma. Elaine no utilizaba mucho las redes sociales,

prefería llamar a un amigo antes que enviarle un mensaje de texto y nunca había usado ninguna aplicación de citas. Las vías habituales de investigación no habían conducido a ninguna parte. Callanach no solo había encontrado tiempo para colocar el contenido de sus cajas en los cajones, sino también para darles cierto aspecto de orden.

—¿Es un mal momento? —preguntó Ava Turner, asomándose por la puerta de su despacho.

—No estoy ocupado, si eso es lo que quieres saber —respondió. La había visto varias veces en las dos últimas semanas, pero nunca en circunstancias en las que pudiera disculparse por cómo se había comportado. Ya había pasado demasiado tiempo y le parecía ridículo mencionar la reacción negativa que había tenido cuando ella le había ofrecido una copa.

—Necesito la ayuda de un par de agentes para un caso. ¿Me prestas a alguien de tu equipo esta semana? —Se sentó en la silla que había frente a la de él.

—Por supuesto —respondió Callanach—. Les vendrá bien trabajar en otra cosa.

—¿Ningún progreso? —preguntó ella—. Qué mala suerte.

—Algo no cuadra —murmuró Callanach—. Un asesino tan meticuloso en la preparación, tan previsor… Es un contraste absoluto con el caos y el fanatismo necesarios para matar de esa manera.

Ava se adelantó en la silla, pasando de colega a detective mientras reflexionaba sobre ello.

—Lo que pasa es que estás buscando a un asesino bien organizado. Has dejado de pensar en él o ella como en una persona. Quienquiera que sea, no puede haber sacado tales habilidades de la nada. La persona que buscas siempre ha sido

meticulosa, probablemente también obsesiva, por lo que es alguien que nunca se ha perdido una cita ni un episodio de su programa favorito de radio, que a final de mes revisa el tiempo que ha dedicado a las distintas actividades y que anota en su diario la última vez que cambió las sábanas. Busca primero a la persona. Te encontrarás con el asesino más tarde. —Ava se levantó—. Entonces, ¿puedo coger prestados a un par de agentes de tu equipo?

—Sí, pero uno de ellos tiene que ser el sargento Lively.

—Ni hablar —dijo ella.

—¿Tienes tiempo esta noche para ir a tomar algo? —le preguntó Callanach mientras ella se dirigía hacia su despacho. Ava volvió a entrar antes de contestar.

—No.

—Si es por lo de la última vez… —Se encogió de hombros—. Ha sido muy difícil para mí trasladarme aquí.

—Circulan varios rumores sobre tu traslado de la Interpol. Nunca faltan los cotilleos cuando se asigna un puesto a alguien de fuera en lugar de a alguien de dentro. Entiendo que quieras aclimatarte aquí antes de empezar a socializar, es perfectamente razonable —dijo Ava.

—En realidad ese no es…

Entró el agente Barnes y Ava aprovechó su llegada como motivo o como pretexto para irse; Callanach no sabía cuál de los dos era. El rostro del agente estaba animado por una mezcla de preocupación y adrenalina.

—Creemos que hay otra víctima, señor. Una mujer lleva desaparecida desde anoche. Nos ha llamado su ayudante.

—¿Cuál es la conexión con Elaine Buxton? —preguntó Callanach.

—La mujer salió del trabajo como de costumbre, pero nunca

volvió a casa. Tiene la misma edad que Elaine y es soltera y sin hijos. Desaparecer de forma que nadie pueda encontrarla no es propio de ella. Nos van a dar toda la información relativa a la desaparición en la sala de reuniones y la ayudante está de camino por si nos puede proporcionar algún dato adicional. Hemos enviado un coche patrulla al domicilio de la mujer y estamos llevando a cabo los interrogatorios habituales a los compañeros de trabajo.

La sala de reuniones bullía de actividad. Callanach se sentó en una silla al fondo y se dispuso a escuchar la información recopilada, cuaderno en mano. Ava Turner abrió la puerta y miró dentro con expresión interrogativa. Él le hizo una seña para que entrara.

—Venía a buscar a mis agentes —susurró—. ¿Qué está pasando?

—Ha desaparecido otra mujer —respondió.

—¿Te importa si me quedo a escuchar? —preguntó. Callanach asintió y ella se sentó a su lado.

La cara de Jayne Magee apareció en la pantalla. Los presentes contuvieron la respiración un momento. Callanach no entendía qué era tan chocante, pero sin duda el motivo de la sorpresa era lo que la mujer llevaba al cuello. El sargento que se había encargado de la denuncia por desaparición empezó a hablar.

—Es la reverenda Jayne Magee, treinta y seis años, blanca, de nacionalidad escocesa. Su ayudante, Ann Burt, ha llamado para denunciar su desaparición cuando Jayne no se ha presentado esta mañana a una reunión en la catedral de St. Mary, en Palmerston Place, una de las sedes de la Iglesia Episcopal Escocesa. Lo que ha encendido las alarmas es que, al parecer, anoche no regresó a casa. Su ayudante dice que Jayne no tenía planes para la noche. La reverenda estaba deseando refugiarse

en casa con un buen plato de curri. Es su único vicio, al parecer. Al ver que esta mañana no se ha presentado a la reunión y que no era posible localizarla por teléfono, la ayudante se ha dirigido a su domicilio. Tenía una llave y ha entrado. No había rastro de Jayne. No estaban ni su abrigo ni su bolso, y el curri del que habían hablado seguía intacto en la nevera. Ann le había enviado un correo electrónico a las siete de la noche anterior para hacerle una pregunta, pero no ha recibido respuesta. Normalmente, lo último que hacía la reverenda antes de irse a la cama era revisar los correos electrónicos y contestar. Ann Burt dice que le ha parecido extraño, pero ha pensado que había surgido un imprevisto, un dolor de cabeza o una visita inesperada, y que por eso no la ha llamado.

—¿Dónde vive? —preguntó Lively desde el lado opuesto de la sala.

El sargento se desplazó por las imágenes y en la pantalla apareció un mapa de la ciudad. La catedral estaba marcada con una cruz azul, mientras que un punto rojo indicaba presumiblemente su piso.

—Vive en una casa algo aislada en Ravelston Park, en la orilla opuesta del río desde la catedral, en la parte noroeste de la ciudad. Siempre va andando al trabajo desde casa, incluso con las peores condiciones meteorológicas, y nos han dicho que ayer también fue a pie.

—¿A qué hora salió de la catedral? —preguntó Callanach.

—Hacia las siete de la tarde. Acababa de concluir la misa vespertina y se había quedado hablando con las pocas personas que habían acudido antes de regresar a casa. No hay signos de entrada forzada ni de forcejeo y no falta nada que la ayudante pueda identificar.

—Sí, hay algunas similitudes —dijo Callanach—, pero ¿no

tienen algo más tangible que relacione este caso con el de Elaine Buxton?

—Solo esto —dijo cuando otra foto llenó la pantalla. Los presentes se echaron hacia adelante como un solo cuerpo para averiguar qué estaban viendo en la maraña verde que había en la foto—. Ahí, en el fondo, se encontró el teléfono de Jayne Magee. Estaba dentro de su jardín, al pie de un arbusto. No sabemos si se le cayó o si su agresor lo tiró. Lo hemos enviado al laboratorio para analizar las huellas y los datos.

—Quizás se dio cuenta de que la estaban siguiendo y estaba intentando hacer una llamada telefónica, pero algo la interrumpió y lo dejó caer —sugirió Salter.

—O quien la secuestró no quiere que rastreemos la señal y encontremos su ubicación —murmuró Ava—. Me las arreglaré sin tus hombres —susurró a Callanach—. Parece que ahora tienes trabajo que hacer. —Se marchó.

No había muchas pistas que conectaran ambos casos. Lo único que sabían era que, si se trataba del mismo secuestrador de Elaine, a Jayne Magee probablemente no le quedaba mucho tiempo de vida. Callanach se levantó y avanzó hacia la parte delantera de la sala, pasándose una mano por el espeso cabello. Bastaron dos segundos para que el ruido alcanzara un volumen intolerable.

—*Arrêtez!* —gritó Callanach, cambiando al francés por la frustración—. Ya está bien. No hay tiempo.

Alguien se burló de aquel arrebato de ira, pero el sargento Lively intervino.

—Tenemos trabajo que hacer y el inspector está intentando organizarlo todo. Así que, si no podéis comportaros, marchaos de esta sala, ¡maldita sea! —gritó.

Callanach lo miró por un instante, luego abrió el cuaderno

para revisar la lista que había elaborado durante la reunión, preguntándose si a Lively le había cambiado la personalidad por culpa de un golpe en la cabeza. Aunque no pensaba que fuera a durar mucho.

—Necesito las grabaciones de las cámaras de seguridad para ver si captaron alguna parte de su trayecto de regreso a casa. Hablen con los vecinos por si alguno la vio cerca de su casa anoche. Supongo que la Policía Científica ya estará allí. —El agente que había convocado la reunión respondió con un gesto de asentimiento—. Encuentren a la última persona con la que habló antes de dejar la iglesia y pregúntenle de qué humor estaba, de qué hablaron y qué llevaba puesto. Quiero los diarios, las agendas y el ordenador. El teléfono móvil debe ser una prioridad. Tripp, usted y Salter busquen cualquier cosa que pueda vincularla con Elaine Buxton. Quiero que investiguen a fondo su pasado, desde su nacimiento hasta el día de hoy. ¿Está todo claro? —Los agentes asintieron. La ausencia de bromas pesadas se hacía notar, lo que demostraba que todos pensaban lo mismo: que el tiempo se estaba agotando—. Muy bien, pongámonos a trabajar.

El equipo salió rápidamente, tembloroso por la combinación de adrenalina y presión. Las veinticuatro horas siguientes eran cruciales.

Lively consiguió llegar al despacho de Callanach antes que él.

—Me gustaría interrogar a los testigos de la iglesia —dijo. Estaba congestionado y respiraba con dificultad; no había ni rastro de su obstrucción desafiante anterior.

—¿Por algún motivo en particular? —preguntó Callanach.

Lively asintió, mirando al suelo.

—Porque ahí es donde voy a misa. Conozco a la reverenda Magee. Personalmente no, nunca hemos hablado, pero la he

visto en los servicios religiosos. Es una buena persona, y si estamos buscando al mismo hombre que secuestró a Elaine Buxton, me gustaría encargarme de los interrogatorios. Señor. —No lo miró a la cara mientras esperaba la respuesta. El humillante añadido de aquel respetuoso epíteto fue todo lo que Callanach necesitó para comprender la intensidad de las emociones de Lively.

Le habría gustado contestarle que no para castigarlo por las groserías y amenazas anteriores apenas disimuladas. Pero si le permitía concentrarse en la iglesia, se lo quitaría de encima. Además, sabía que había ido demasiado lejos al darle aquel empujón; aunque un hombre como Lively era demasiado orgulloso para presentar cargos, era mejor tener un rival en deuda que irritarlo más. La razón se impuso a la ira.

—Me parece bien, siempre que no se involucre demasiado. Necesito que esté concentrado —dijo.

—Lo estaré. Le agradecería que esto quedara entre nosotros —murmuró el sargento.

Resultaba bastante irónico que Lively, tras amenazar con revelarle a todo el mundo los trapos sucios que había descubierto sobre su expulsión forzosa de la Interpol, le pidiera que respetara su vida privada.

—Elija a un agente y empiecen de inmediato. Ya llevamos demasiadas horas de retraso con respecto a ese bastardo —se limitó a decir Callanach.

Jayne Magee era el objetivo más improbable que podían imaginar. Nada sugería que Elaine Buxton fuera a la iglesia con regularidad, por lo que la religión no era el vínculo. El forense no había podido establecer la hora de la muerte de Elaine, por lo que no había patrones habituales que seguir, solo la información de que había estado desaparecida durante

dieciséis días antes de que se encontrara su cuerpo. Esa vez, el secuestrador podría mantener viva a Jayne durante semanas, o tal vez ya la había matado. En su mente, el asesino era un hombre. No tenía ninguna evidencia sólida, solo su experiencia de varios años y lo que era aterradoramente evidente. Tal vez el asesino no actuara solo, pero Ava tenía razón: primero debía analizar su personalidad. No lograba imaginar a un personaje tan obsesivo trabajando bien en equipo.

Callanach conoció esa tarde a Ann Burt, la ayudante de Jayne Magee. La mujer dejó un paraguas empapado en la papelera de su despacho y dobló el pañuelo que llevaba en la cabeza antes de sentarse. Callanach ordenó instintivamente el escritorio mientras ella se acomodaba. Delgada como una escoba, con voz estridente y cercana a los sesenta, Ann Burt no tenía pelos en la lengua. Le recordaba a su abuela, aunque hacía mucho tiempo que no la veía.

—Entonces, estoy hablando con el inspector, ¿verdad? —dijo —. Usted es la tercera persona a la que tengo que contárselo todo desde el principio hoy. ¿Podría explicarme qué está pasando?

—Es el procedimiento habitual, señora Burt. Estamos evaluando todas las hipótesis posibles.

—Puede que sea vieja, pero no estoy senil. Me han dicho que hay tres policías en St. Mary y un equipo entero en casa de Jayne. Piensan lo peor, estoy segura.

—Por el momento no hemos encontrado ningún rastro de la reverenda y nadie se ha puesto en contacto con nosotros diciendo que sabe dónde está, así que solo estamos siguiendo los procedimientos de investigación normales.

—¿Y no ha surgido el nombre de Elaine Buxton? —Callanach permaneció en silencio. Una cosa era seguir los procedimientos

y otra cosa era mentir—. Lo sospechaba —dijo ella—. Debería saber que la reverenda Magee tiene el corazón de un león. Puede hacerle frente a cualquiera. No la dé todavía por perdida. —Hablaba con valentía, pero tenía los ojos vidriosos. Callanach fingió tomar notas para darle tiempo a serenarse.

—No sabemos quién la secuestró, pero la experiencia nos ha enseñado que en todos los casos es esencial iniciar rápidamente la investigación. Esperemos que aparezca, que haya sufrido solo una crisis personal por la que necesitara pasar un tiempo a solas. Pero si no es así, debemos considerar todas las posibilidades.

—Organizó una vigilia por la señorita Buxton justo después de su desaparición. Vinieron cientos de personas y encendimos velas, rezamos y guardamos un minuto de silencio. Por supuesto, no teníamos ni idea de lo que le había ocurrido a esa pobre chica. —Esa vez, cuando empezó a llorar, Callanach no fingió no darse cuenta.

—Haremos todo lo posible. Usted nos ha traído su agenda y su ordenador, y eso nos será de ayuda. Háblame más de ella; ¿qué tipo de persona es? —le preguntó Callanach.

—Es encantadora. No le gusta aparentar ni llamar la atención; es una bellísima persona, sin más. Aunque también tiene un sentido del humor algo perverso. Nunca me lo habría esperado de una mujer en su posición. Eso demuestra que nunca hay que juzgar por las apariencias. Es muy accesible, siempre tiene tiempo para hablar con la gente. Y también es muy inteligente. Jayne hizo un máster en Oxford. Siempre tenía un libro en la mano.

—¿Y no le mencionó si le preocupaba algo? ¿Si había alguien que estaba demasiado interesado en ella?

—No —respondió Ann—. Si alguna vez tuvo un pensamiento

desagradable sobre alguien, no lo expresó en mi presencia. —Cogió su bolso—. La encontrará, ¿verdad, inspector? Antes de… —No pudo terminar la frase.

—Haré todo lo que esté en mi mano para encontrarla —prometió él. Ann Burt le dio una palmada en la mano, un contacto que Callanach toleró por un segundo antes de retirarla y levantarse para acompañarla hasta la puerta.

Al final del día, no habían avanzado nada. El laboratorio había confirmado que las únicas huellas dactilares que había en el teléfono pertenecían a Jayne Magee. Las conversaciones con los vecinos fueron homenajes a la mujer de gran corazón que vivía al lado y manifestaciones de lo disgustados que estaban por su desaparición. Callanach se rindió. Cogió el expediente de Jayne Magee y se fue a casa, parando por el camino a comprar curri. Si ese era el único vicio de la reverenda, era una buena elección.

De regreso en Albany Street, cenó delante de la televisión. Las noticias de la noche le mostraron la cara de Ava Turner e hicieron un llamamiento a cualquiera que supiese algo sobre un recién nacido abandonado en un banco de un parque, que por desgracia había muerto de frío antes de que lo encontraran. Parecía que Ava se sentía fatal, igual que él. No le había contado nada sobre el caso, pero un accidente en el que estaba implicado un bebé era difícil de digerir.

Sin pensarlo, marcó su número. Cuando comenzó el mensaje del contestador, pensó en colgar, pero luego se obligó a sí mismo a continuar. Era el momento de buscar aliados.

—Ava, soy Callanach. Soy consciente de que estarás cansada y ocupada, pero me vendría bien una segunda opinión sobre el caso y me temo que tú eres la primera de mi lista. En realidad, el tuyo es el único nombre que hay en la lista. Así que déjame

disculparme y empezar de nuevo; ¿qué te parece mañana por la noche, si los dos estamos libres? Hazme saber tu respuesta.

Demasiado saturado de cafeína para dormir, abrió la agenda de Jayne Magee. Al parecer, le esperaba una larga noche.

Capítulo 10

La decana del Departamento de Filosofía había llamado a King a su despacho cuando no habían transcurrido ni cinco minutos desde que había llegado. Al menos podría haberle dado tiempo a ponerse al día con su trabajo atrasado. Después de tres semanas de ausencia, la cantidad de trabajo acumulado era frustrante. ¿Por qué nadie había ocupado su lugar durante su ausencia? Por supuesto, no había estado enfermo de verdad, pero sus colegas no lo sabían. Nadie había llamado para ver cómo se encontraba, y sus colegas del Departamento de Administración ni siquiera le habían preguntado cómo estaba esa mañana. Pero siempre había sido así, así que no tenía motivos para esperar nada mejor. Mientras él se demoraba deliberadamente en hacerse un té, obligando a Natasha, o a la profesora Forge, como insistía en que la llamaran, a esperar unos minutos más, se preguntó si se comportaban así por envidia o para intimidarlo.

Cuando abrió la puerta, ella estaba hablando por teléfono y levantó el dedo índice como si él fuera un alumno rebelde al que había que mantener callado y quieto mientras terminaba sus asuntos. Natasha llevaba un traje verde que resaltaba sus ojos de color avellana y su pelo rubio. King odiaba cómo lo hacía sentirse. Aunque le resultaba intolerable estar en su

compañía, no había manera de escapar de su belleza. Admiró su cuello largo y esbelto, con una piel digna de una veinteañera. Después de treinta y seis cumpleaños, seguía inmune al paso del tiempo. Pero no iba a dejarse perturbar por ella como de costumbre; en casa lo esperaba un mundo nuevo que ella jamás podría concebir. Como en una gran aventura de Julio Verne, recorrería su reino secreto, dándole forma hasta completar su utopía. Se imaginó a Natasha allí —podría haber insistido en que la llamara profesora, pero en su cabeza le ponía muchos otros nombres, algunos de los cuales no le gustarían nada— y lo invadió un deseo tan intenso que la taza empezó a temblar en su mano. Finalmente ella colgó.

—Siéntese, por favor, doctor King. Ha hecho bien en volver al trabajo. Me gustaría que buscara un orador para la próxima conferencia nocturna. Solo faltan dos semanas, así que vamos retrasados con los preparativos. ¿Puede organizarlo con tan poco tiempo? —Lo miró con las cejas enarcadas. Hubo un tiempo en que le había encantado esa expresión, ese aire pensativo. Estaba equivocado. Era irritante. Por aquel entonces, no se fijaba en las pequeñas arrugas que se formaban entre sus cejas ni en la actitud condescendiente con la que ladeaba la cabeza mientras esperaba una respuesta.

—Por supuesto —respondió él.

Ella inspiró como si estuviera a punto de añadir algo, pero cambió de idea y cerró su agenda.

—Perfecto. Tendrá que hacer una presentación sobre uno de los títulos de la lista de este semestre, y necesitaremos un borrador de la conferencia siete días antes, así que el tiempo apremia.

—Conozco el procedimiento —respondió él, disfrutando de su nerviosismo. Ella tenía los brazos cruzados sobre el pecho, en

postura defensiva. King pensó que no tenía ni idea de lo apropiada que era esa actitud. Si tan solo hubiera podido ver lo que había hecho, en lo que se había convertido… Los trajes hechos a medida, los tacones altos y el peinado corto e inmaculado de una auténtica mujer de negocios no habrían sido tan intimidantes en su territorio.

—Bueno, tendrá mucho trabajo atrasado que hacer, puede marcharse —dijo mientras se giraba hacia la pantalla del ordenador. Lo estaba echando. Lo había ninguneado, como siempre. Una vez había presentado un trabajo que le había costado meses de investigación, ofreciéndolo para su publicación en la revista del departamento, pero ella lo había rechazado sin ni siquiera leerlo. Tres veces había solicitado puestos académicos en el departamento. Las dos primeras lo descartaron de inmediato. La tercera había conseguido llegar a la entrevista. Recordó la exultación que sintió al recibir la notificación con una vaga sensación de vergüenza. Había trabajado durante horas, devorando todos los volúmenes de Filosofía que había encontrado, estudiando los planes de estudios, la historia del departamento y cualquier cosa que pudiera impresionar al tribunal. Por fin recibiría el reconocimiento que se merecía. Estaría a la altura.

El día de la entrevista estaba en el baño de hombres, echándose agua fría en la cara para calmarse, cuando oyó a aquellas imbéciles riéndose como tontas en el baño de mujeres, creyendo que él no podía escucharlas.

—¿Cómo se les ha ocurrido entrevistarlo? Me pone la piel de gallina y no sabe tratar con los estudiantes, ni siquiera los mira. ¿Te lo imaginas enseñando? Me marcharé de aquí si se pone a escribir y a organizar su agenda en la facultad. Seguramente nos obligará a todos a llamarlo «señor» —soltó la recepcionista,

una mujer desagradable con el pelo rubio de bote. Siempre la había odiado. Personificaba los peores defectos de las chicas jóvenes, preocupadas solo por su aspecto y su vida social, dispuestas a venderse al mejor postor e incapaces de escribir una frase sin faltas de ortografía.

—Tendremos que hacer una reverencia cuando entremos en su despacho —había dicho otra. Era la voz de una mujer mayor. «Deirdre», pensó King. Esa era todavía peor. Siempre había sido educada con él, incluso amable. Qué rápido le daban la espalda las mujeres. Mientras arrojaba un trozo de papel a la papelera, intentó dejar de escuchar, sabiendo que era una tontería, que dañaría su confianza en sí mismo antes de los treinta minutos más importantes de su vida, con el riesgo de perder la oportunidad de tener la carrera académica que siempre había soñado. Pero no había podido. La necesidad de saber lo peor, el deseo destructivo de ver qué se siente al tocar fondo era algo innato al ser humano. Se había acercado a la pared para oír mejor. Estaban hablando en voz baja, así que contuvo la respiración para captar las palabras.

—No creo que debamos preocuparnos —había siseado Deirdre, la muy falsa—. Natasha ni siquiera quería entrevistarlo, pero los de Recursos Humanos la han obligado. No querían que se cuestionara la imparcialidad del proceso de selección. Su currículum es impresionante.

—¿Cómo sabes tanto? —había preguntado asombrada la rubia de bote—. Madre mía, yo nunca me entero de nada.

—Tuve que pasar a ordenador las notas de su reunión con Recursos Humanos. La profesora Forge me pidió encarecidamente que no le contara nada a nadie, así que mantén la boca cerrada. En mi opinión, a ella también le pone los pelos de punta. No le dará el trabajo, eso está claro.

—Claro que no —comentó la zorra rubia.

King no se movió hasta que terminaron de cotillear y salieron del baño, riendo maliciosamente mientras caminaban a paso ligero por el pasillo. Cuando sus grotescas carcajadas se apagaron por fin, se rindió a la furia y le dio un puñetazo al espejo que reflejaba su propio rostro sonrojado y los ojos llenos de lágrimas. Lo había golpeado una y otra vez hasta romper el cristal, sin sentir dolor porque lo veía todo negro, tenía un zumbido en los oídos y ya no sabía qué hacía allí ni por qué había ido. ¡Solo sabía que tenía que salir, salir, salir…!

Había cogido un rollo de papel higiénico y se lo había envuelto alrededor de la mano para ocultar la sangre, se había metido el puño en el bolsillo, se había secado el sudor y otros líquidos impensables de la cara y había echado a andar por el pasillo. Se había obligado a aminorar la marcha, manteniendo la cabeza alta y pareciendo digno, como si llevara un casco, y había salido del edificio. No recordaba cómo había llegado a casa ni el momento en que había abierto la puerta y tirado sus notas, todo su trabajo, al cubo de la basura. No recordaba haberse lavado y vendado la mano, que necesitaba atención médica, pero que seguía sin sentir, a pesar de toda la violencia que había sufrido. Ni siquiera recordaba haberse quedado dormido en el suelo de la habitación, bocarriba, con las manos en la cara, como para aislarse del mundo que lo había ofendido tan gravemente, en la misma habitación donde su madre había pasado horas enseñándoles pacientemente a él y a su hermana Álgebra, Francés, Química y todo el saber humano. Había toda una vida en esa casa. Quería que sus padres estuvieran orgullosos de él. Estaba convencido de que incluso en la muerte estarían orgullosos de él por ese gran avance en su carrera. Pero lo habían engañado. No le habían contado más que

mentiras. Se habían burlado de él. Lo que recordaba, con una claridad pasmosa, era despertarse con la certeza de que era mejor que ellos. Les demostraría a todos lo superior que era, los avergonzaría con su inteligencia. No huiría ni dejaría que se enteraran de la humillación que había sufrido. Reginald King había nacido para ser admirado, incluso adorado, y no se rendiría hasta conseguir lo que le correspondía.

Sonrió al recordarlo. Qué momento tan increíble; qué instante tan crucial en su existencia. Sin embargo, había trabajo que hacer antes de seguir adelante. El trabajo que le daba para vivir. No podía permitirse holgazanear. Tenía bocas que alimentar. Redactó una carta falsa del médico de cabecera para Recursos Humanos, justificando su baja con una gastroenteritis crónica, y luego envió una serie de correos electrónicos para buscar un orador. Tenía especial interés en conseguir que hablara algún representante de Profesionales Contra el Aborto. Quería poner nerviosa a Natasha, que no perdía ocasión de parlotear sobre los derechos de las mujeres desde lo alto de su pedestal. Era poco probable que recibieran un aluvión de invitaciones para hablar en una institución tan prestigiosa como la Universidad de Edimburgo. En un par de días, los llamaría por teléfono.

Pasó el resto de la tarde ocupándose de otras tareas mundanas antes de pasar por el supermercado de camino a casa. Tenía que comprar algunos artículos femeninos. Era una tarea desagradable pero necesaria. Pagó en la caja de autoservicio para evitar que una cajera entrometida prestara demasiada atención al contenido de su cesta, ya que también había cogido una botella de vino blanco bueno —incluso estaba dispuesto a ofrecerles una copa a las señoras si se portaban bien—, y se dirigió a prepararles la cena. Sería una velada

interesante. Tenían que conocerse mejor.

Capítulo 11

Quedaron en un bar de York Place, un lugar sugerido por Ava, a la vuelta de la esquina de su casa. No había querido decirle el nombre del local, explicándole que sabría cuál era cuando lo viera.

Tenía razón. Callanach vio el Conan Doyle calle abajo e inmediatamente supo que era el lugar adecuado. Ava le había prometido llevarle a algún sitio donde no corrieran el riesgo de cruzarse con ningún colega; el cotilleo era un precio que ninguno de los dos quería pagar por ir a tomar algo. Era un lugar cálido y acogedor que huía de la pretenciosidad de las vinotecas de moda ofreciendo sillas cómodas y un ambiente relajado. La inspectora Turner ya estaba allí revisando correos electrónicos en su teléfono con una taza en la mano.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó Callanach.

Ella sonrió.

—No, siéntate; invito yo. Perdona por haber pedido antes de que llegaras, pensaba que me iba a costar más encontrar aparcamiento y he venido antes.

—¿Qué estás bebiendo?

Ava levantó la taza de cristal y él percibió un aroma a manzanas y especias.

—Es sidra caliente —respondió—. Me encanta. ¿Quieres una o

prefieres otra cosa?

—Una copa de vino tinto, por favor —respondió. Mientras ella estaba en la barra, sostuvo su taza entre las manos, aprovechando el calor mientras observaba el lugar. Un retrato monumental del creador de Sherlock Holmes colgaba sobre las escaleras de la entrada. Se preguntó qué demonios personales lo habían llevado a concebir un héroe tan excéntrico.

—¿Eres fan? —le preguntó Ava, tendiéndole una copa grande de cabernet *shiraz*.

—Cuando era joven. Devoré todos sus libros. Creo que subconscientemente contribuyeron a mi decisión de convertirme en detective. ¿Y tú?

—Debería leer más, lo sé, pero al final del día me encuentro tan cansada que cuando intento concentrarme en un libro siento que sigo trabajando. Me encanta ir al cine. Voy a menudo, normalmente a la sesión de medianoche; me siento allí sola comiendo palomitas. Me ayuda a desconectar.

Callanach levantó su copa y Ava brindó con él. Permanecieron bebiendo en silencio hasta que apareció un camarero y colocó despreocupadamente una carta sobre la mesa.

—Me has dicho que querías hablar del caso —dijo Ava—. ¿Querías discutir algo en particular?

—La verdad es que no. Sigo preguntándome por qué no avanzamos, si es culpa mía. Quizá el traslado a Escocia me ha hecho perder la concentración. Si hubiera encontrado al asesino de Elaine Buxton, quizá esta noche Jayne Magee estaría tranquilamente en su casa.

—No se sabe con seguridad si se las llevó la misma persona —señaló ella.

—Hay demasiadas similitudes para que sea una coincidencia.

Hoy he estudiado sus perfiles. Excelente trayectoria escolar, licenciadas con matrícula de honor, muy reconocidas en sus respectivas profesiones, trabajadoras y concienzudas. Y ambas desaparecieron de su casa sin dejar rastro.

Ava dejó la taza sobre la mesa.

—Seguro que cuando estabas en la Interpol te ocupaste de casos que estuvieron estancados durante meses y de repente pasó algo, apareció una pieza del rompecabezas y de pronto pudiste ver el panorama completo. No eres responsable de la falta de avances si aún no hay nada que encontrar.

—¿Pero no es nuestro trabajo buscar las respuestas en lugar de esperar a que las soluciones vengan a nosotros? —Parecía que Ava prefería no contestar. Callanach se dio cuenta de que había dado una respuesta presuntuosa a un simple intento de consolarlo y decidió cambiar de tema—. ¿Por qué te hiciste policía?

—Cuando tenía cinco años, alguien envenenó a mi tía abuela y me robó la herencia, así que juré que encontraría al asesino.

—*Je suis désolé*, lo siento, no tenía ni idea… —tartamudeó Callanach.

Ava comenzó a sonreír y aunque intentó controlarse, las risas acabaron imponiéndose.

—No puedo creer que hayas picado —dijo ella, echándose a reír de nuevo y Callanach esperó a que parara, mirándola con las cejas arqueadas—. Ser policía me parecía todo un reto cuando tenía veinte años. Y probablemente quería dejarles claro a mis padres que no tenía ningún deseo de casarme y celebrar fiestas interminables hasta que tuviera un par de nietos para ellos. Si pudiera volver atrás, no sé si elegiría el mismo camino. ¿Y qué me dices de ti? Dejar la Interpol para incorporarse a la policía de una ciudad es una decisión bastante

radical. Sospecho que no tenemos el mismo glamur que tus colegas franceses.

—El glamur está sobrevalorado —respondió, apurando su bebida—. Tengo hambre. ¿Qué se come aquí?

—El filete es excelente —dijo Ava—, y también está muy bueno el *brie* al horno, que es lo que voy a pedir yo.

A Callanach se le escapó una sonrisa. Era una sensación inusual, pero Ava Turner era tan franca y abierta que resultaba desconcertante. Pidieron la cena y charlaron un rato mientras esperaban.

—Vamos, dímelo, todo el mundo tiene un motivo. ¿Por qué la policía? —preguntó Ava mientras mojaba un trozo de pan en queso fundido. Callanach se arrepintió inmediatamente de haber hecho una pregunta tan personal. Debería haber previsto que después le tocaría a él responder. Su largo silencio permitió a Ava calibrar su reticencia antes de que volviera a cruzar su mirada con la de ella—. No tienes que contestar. No es una trampa. Y dime si lo estoy entendiendo mal o si no lo he entendido, pero así es como suele funcionar. Tú me haces una pregunta y yo te hago otra. Nos vemos en el trabajo, terminamos conociéndonos mejor y aumenta la confianza. Si tenemos un mal día, sonreímos para recordarnos que forma parte del juego.

—Sé cómo funciona —replicó Callanach. Había sido más brusco de lo que pretendía y se arrepintió de inmediato. No quería que la noche tomara ese rumbo. Se preparó para disculparse.

—No —dijo Ava—. No vuelvas a disculparte. Yo acepto a las personas tal y como son. En lo que a mí respecta, intentar meter una pieza cuadrada en un agujero redondo es una pérdida de tiempo. Pero deberías aprender a comunicarte mejor. No tienes

que caerles bien a los miembros del equipo, pero tienes que hacerte respetar. Y si no dices gracias y por favor a tus agentes, seguirán haciendo lo que les has pedido, pero no estarán dispuestos a esforzarse al máximo por ti. Si sigues tratando mal a todo el mundo, destruirás el equipo. Y si no permites que nadie te conozca, ni yo ni nadie, no tendrás motivos para quedarte aquí, porque carecerás de lealtades y de un círculo de gente cercana. Y eso es lo único que puedes tener cuando eres policía. Es lo que te anima y te da fuerzas. Es lo único que hace tolerable el trabajo al final del día. No dudes en interrumpirme para decir que ya sabes todas estas cosas.

Ava se levantó, cogió su bolso y se fue. Callanach se dio cuenta de que había olvidado su cazadora, así que la cogió y corrió tras ella. Buscó con la mirada el pequeño pasillo con escalones que conducía a la salida, pero Ava ya había desaparecido. Volvió a la mesa, lanzó una andanada de improperios, tiró la cazadora sobre la silla y se cogió la cabeza entre las manos. Antes no era así. Como si no fuera suficiente con todo lo que había perdido —su casa, su carrera, su madre—, se había convertido en una persona desagradable. Quizá se había equivocado al trasladarse a Escocia, quizá se había engañado creyendo que podría empezar de nuevo en otro país sin que nada cambiara. Si de verdad quería escapar, tenía que correr mucho más rápido y no mirar atrás. Tropezando con su propia cazadora, se levantó para marcharse, cuando alguien le puso una copa de vino en la mano. Se quedó mirando a Ava con la boca abierta.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó ella.

—Creía que tú… —balbuceó, intentando contenerse antes de hacer aún más el ridículo.

—¿Que yo qué? Dios mío, ¿creías que me había ido? —Ava estalló en una carcajada profunda, sin el más mínimo rastro de

malicia o crueldad. Callanach miró la enorme copa de vino que tenía en la mano y deseó con todas sus fuerzas poder encontrar una máquina del tiempo para que volviera a empezar la noche —. Puedes irte si quieres, pero yo ya he terminado mi turno y no pienso echar a perder la noche saliendo de aquí enfadada. Como puedes ver, he ido a por otra ronda. Además, quería darte tiempo para que decidieras si querías participar en la conversación o preferías quedarte ahí sentado como un limón.

—¿Un limón? —Su dominio del idioma era bastante bueno, pero esa frase no tenía sentido.

Ava volvió a reír, pero más bajito. Callanach se dio por vencido, bebió un largo sorbo de vino e hizo un esfuerzo por sentarse y, al menos, fingir que se relajaba. Quizá era el precio que debía pagar para empezar una nueva vida. Quizá lo mejor que podía hacer era fingir que aún podía comportarse con normalidad con la gente. Quizá con el tiempo se volvería un actor mejor. Tomó aire y se esforzó por compartir ese tipo de confidencias sobre las que antes no habría tenido tantas reservas.

—Vivimos en Escocia hasta que murió mi padre. Yo tenía cuatro años. Mi madre descubrió que no podía superar el duelo, así que nos mudamos a Francia para estar cerca de su familia. Trabajaba todo el día para mantenernos, así que aprendí a arreglármelas solo. Terminé mal bastante rápido: no controlaba mi lengua, me metía en problemas y me peleaba con los chicos del barrio. Para ellos yo no era un francés auténtico, no encajaba. Creo que me convertí en el imbécil arrogante que todos creían que era en cuanto me veían. En la universidad, me acostaba con todas las chicas que quería y siempre estaba de fiesta. Mi madre dice que fueron mis años oscuros. Casi nunca iba a casa, era egoísta y desagradable. Entonces conocí a una

chica y todo cambió. Durante seis meses conseguí comportarme como una persona decente, mis notas mejoraron, era feliz…

—¿Rompisteis? —preguntó Ava.

—Tuvimos una discusión muy fuerte. Salí, me emborraché y ella me encontró esa noche en la cama con su mejor amiga. Se fue y nunca volvió. No volví a verla ni hablar con ella.

—¿Y ese episodio te convirtió en la persona significativamente mejor que eres hoy en día? —bromeó Ava.

—Desgraciadamente, no. Empecé a ganar algo de dinero extra como modelo, así que me metí en ese mundo, evitando a mis amigos de la universidad. Era un ambiente tóxico, donde circulaban muchas drogas y la explotación estaba a la orden del día. Todos pensaban solo en sí mismos. Pasaba los fines de semana viajando con un grupo de locos amantes del riesgo. Si no estábamos colocados o borrachos, esquiábamos buceábamos, navegábamos o hacíamos paracaidismo.

—Suena terrible. —Ava arqueó las cejas.

—Todo era excesivo, así que, tarde o temprano, inevitablemente se volvía aburrido. Es una de las muchas cosas que lamento: nunca estaba lo bastante sobrio como para apreciar lo afortunado que era. Entonces estalló la burbuja. La policía me paró por conducir borracho. La agente era una mujer. Fui terriblemente grosero con ella en la comisaría; me metí con su aspecto y me dio una bofetada bastante fuerte. —Se frotó la mejilla al recordarlo—. La agente cambió de opinión sobre la detención. Me subió al coche y me llevó de regreso con mi madre, para lo que debió conducir más de trescientos kilómetros. Cuando llegamos me obligó a escuchar de nuevo, ya completamente sobrio, las palabras que le había dicho. Por primera vez en años, me sentí sinceramente avergonzado. Mi madre rompió a llorar por la humillación. Yo estaba en una

encrucijada y esa mujer policía me empujó en la dirección correcta. Si me hubiera detenido otra persona, ahora no estaría aquí.

—¿Es ella la razón por la que te hiciste policía? —preguntó Ava.

—En parte sí —respondió—. Era una razón algo simplista, pero funcionó en su momento. Formé parte de la policía francesa hasta los treinta años y luego pasé a la Interpol, donde permanecí los cinco últimos años.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó Ava. Su teléfono vibró y ella se puso a leer el mensaje, frunciendo el ceño y murmurando en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Ha aparecido otro niño abandonado en el mismo parque; todavía está vivo. Lo están trasladando al hospital, pero los paramédicos no creen que sobreviva. ¿Cómo es posible que haya sucedido otra vez? Lo siento, Luc, tengo que irme. Lamento dejar nuestra conversación a medias.

—No te preocupes —respondió él—, al menos he encontrado un sitio donde saben hacer filetes.

Ella sonrió.

—Es bueno saber cuáles son tus prioridades. —Ava pasó a su lado y le puso la mano en el hombro, en un gesto amistoso. Él se sobresaltó instintivamente, esperando que ella no se diera cuenta, pero vio su mirada inquisitiva—. Hasta mañana, Luc. Cuídate.

Ava lo dejó mirando los libros, los globos terráqueos y las lámparas de latón que adornaban las paredes. Era un lugar tan bueno como cualquier otro para beber vino y no pensar en nada. Pidió otra copa de tinto y vio pasar la vida hasta que llegó la hora de irse.

El día siguiente empezó demasiado temprano. Era la primera noche que dormía bien en semanas y no le hizo ninguna gracia que lo despertara el sonido del teléfono. Era Tripp.

—No sé si es importante, pero he revisado las declaraciones de los vecinos de Jayne Magee. Una señora vio a un hombre que giraba la esquina al final de la calle arrastrando una gran maleta con ruedas, aproximadamente a la hora estimada del secuestro. Sé que es poco probable, pero…

—Estaré allí en media hora —dijo Callanach.

Tardó veinte minutos en llegar, con el pelo inusualmente revuelto, la camisa arrugada y los calcetines desparejados. Tripp lo miró boquiabierto mientras se le acercaba con una taza de café humeante, sin darse cuenta de que estaba derramando bastante sobre la chaqueta.

—Buenos días, señor. ¿Se encuentra bien?

—Enséñeme la declaración y explíqueme la nueva información en un mapa.

Tripp rebuscó en una caja y depositó los documentos solicitados sobre la mesa de Callanach.

—La casa de Jayne Magee está aquí. —Señaló una marca roja que había en un mapa a gran escala de la calle—. Y aquí —señaló otro punto—, a unos doscientos metros, es donde la vecina vio al hombre. La señora Yale volvía del parque con su perro, cuando el hombre con la maleta entró en Ravelston Dykes. No vio adónde fue después. ¿Cree que es nuestro secuestrador? —Callanach no respondió. Empezó a rebuscar en los cajones del escritorio—. Mmm… ¿Necesita ayuda, señor?

—No, aquí está. —Callanach le enseñó un metro—. Túmbese en el suelo de lado y doble las piernas y la cabeza sobre el pecho todo lo que pueda. —Tripp miró hacia la puerta, sorprendido, balanceándose de un pie a otro—. *Pour l'amour de*

Dieu, Tripp, quiero medirlo, no matarlo. Túmbese. —Tripp hizo lo que le pedía y permaneció inmóvil mientras él pegaba cinta adhesiva al suelo, formando un tosco rectángulo—. Mueva un poco los pies —le pidió—. Y los codos también. ¡Seguro que puede compactarse un poco más!

—No puedo, en cuanto muevo una pierna, la otra sobresale.

—*C'est des conneries!* —murmuró Callanach, tirando el metro al suelo—. ¿Cuánto mide Jayne Magee?

—Uno sesenta —respondió Tripp, rindiéndose; se dio la vuelta hasta quedar tumbado sobre su espalda y abrió los brazos de par en par mientras Callanach se abalanzaba hacia la puerta.

—¡Salter! —llamó hacia la sala de reuniones.

Unos pasos se acercaron apresuradamente y ella entró, aturdida.

—¿Qué pasa, señor?

—Tripp se lo explicará. Tenemos que medirla. —Les lanzó el metro y encendió el ordenador—. Intente hacerse pequeña, tenemos que asumir que Jayne estaba atada. —Tripp y Salter terminaron de retorcerse, poner la cinta adhesiva y medir justo cuando Callanach encontró lo que buscaba en Internet—. La maleta más grande del mercado mide noventa centímetros. ¿Es posible?

—Depende de lo profunda que sea —dijo Tripp mientras Salter se levantaba—, pero yo diría que es factible.

—Salter, vaya a comprar una maleta de noventa centímetros, la más profunda que pueda encontrar, con ruedas resistentes. —Callanach le dio un puñado de billetes—. Tripp, nosotros vamos a Ravelston Park.

Se bajaron del coche patrulla en la esquina de la calle donde la testigo había visto al hombre con la maleta.

—Hay dos farolas, en lados opuestos de la acera desde donde

lo vio —comentó Callanach—. Hay muchos árboles y arbustos altos. Probablemente no sale mucha luz de las casas de los alrededores porque están situadas lejos de la calle.

—Debió de dirigirse hacia el oeste, porque si no habría tenido que cruzar antes de la intersección —dijo Tripp—. Así que aparcó su coche en un lugar a poca distancia de la casa de la víctima, o vive cerca.

—No creo que se arriesgara a ser visto por testigos de camino a casa —objetó Callanach—. Podría haberse encontrado a más de una persona paseando al perro. La clave es el vehículo. Envíe a agentes uniformados puerta a puerta en un radio de quinientos metros para preguntar si alguien ha visto a un hombre con una maleta entrar en un coche, una camioneta o una furgoneta. Vamos a ver a la testigo del perro por si puede decirnos algo más.

Oyeron a la señora Yale antes de verla, cuando le gritó a su marido que los dejara entrar, mientras mantenía a raya a un terrier de Airedale que parecía más hambriento que amistoso. Era una mujer corpulenta, de más de setenta años y evidentemente, estaba emocionada por la atención.

—No le hagan caso a Archie —dijo—. Por favor, siéntense. Michael nos preparará té, ¿verdad, querido? —El marido obedeció y desapareció en la cocina.

—Señora Yale… —empezó Callanach.

—Isabel —interrumpió ella—. ¿Quieren unas galletas con el té?

—No, gracias. Vio a un hombre doblar la esquina con una maleta. ¿Puede volver a describirlo? —preguntó Callanach.

—Me temo que no había mucho que ver. Estaba oscuro y hacía frío. Llevaba un abrigo largo, gris o negro, un gorro de lana y una bufanda que le cubría la boca. No había casi luz,

queridos.

—¿Vio una maleta? —preguntó él.

—Sí, una muy grande. Odio el ruido que hacen esas ruedas.

—¿Puede describirla con más detalle? —preguntó Tripp, cogiendo una taza de la bandeja.

—Era de lona, como una mochila enorme, no de esas rígidas. Y parecía muy pesada, a juzgar por lo que le costaba arrastrarla. Era negra y estaba llena de cremalleras. Me temo que no vi ninguna etiqueta.

—Si me permite decirlo, parece recordar mejor la maleta que al hombre —comentó Tripp.

—Porque la vi de cerca. Estaba agachada recogiendo los excrementos de Archie cuando pasó. Lo primero en lo que me fijé fue en sus zapatos relucientes. Hoy en día no se ven muchos caballeros que se preocupen por eso. Eran negros, de cordones. No es precisamente la mejor elección con este tiempo.

—¿Recuerda algo más, señora Yale? ¿Algún otro detalle? —preguntó Callanach.

—No me pareció nada digno de mención —dijo mientras recogía las migas de galleta—, pero el hombre tenía un olor extraño. No creo que haya mucha gente hoy en día que pueda reconocerlo, pero estoy seguro de que olía a naftalina.

—¿Naftalina? —preguntó Callanach a Tripp, sin reconocer la palabra.

—Esas bolitas que se ponen en los armarios para evitar que las polillas se coman tu ropa. Ya no se utilizan.

—*L'antimite.* ¿Está segura? —le preguntó Callanach mientras ella le daba las migas al voraz Archie.

—Era el olor de mi infancia, mi madre la usaba siempre. No podíamos permitirnos comprar ropa nueva durante la guerra, querido, así que cuidábamos la que teníamos.

Capítulo 12

El doctor King estaba nervioso. Qué tontería. Estaba en casa. Había llevado allí a aquellas mujeres por pura fuerza de voluntad, con un propósito superior, y estaba a punto de tener su primera conversación real con aquella a la que guiaría hacia una nueva vida todos juntos. Quizá ella llevara de vuelta al redil a la todavía rebelde Elaine.

Calculó que el efecto de las drogas ya habría desaparecido. Jayne necesitaba comida, agua y una explicación. Tal vez su extraordinaria fe le permitiera una mayor cautela a la hora de juzgar los caminos que la habían llevado a sus manos. Si existía un Dios, podía habere elegido a Jayne para él. Dejó la bandeja y abrió la puerta. En la habitación, en una cama de matrimonio, estaba la mujer destinada a cambiar su vida.

El plan inicial era llevar solo a una, aunque las había investigado a las dos para encontrar a la más adecuada. Siempre hacía falta tener un plan alternativo, ahí estaba el truco. Jayne Magee era el suyo. No había planeado llevarse a ambas, al menos hasta que Elaine había demostrado ser tan poco disciplinada. La reverenda sería más dócil y se adaptaría con más facilidad. Lo había sentido cuando la puso en la cama, con cuidado de no hacerle daño mientras le ataba las muñecas y los tobillos. La naturaleza humana dictaba que un prisionero

siempre debía intentar liberarse al despertar, pero estaba seguro de que Jayne superaría esa necesidad elemental.

Al entrar en la habitación, lo asaltó un hedor repulsivo. Vomitó, doblado por el dolor, la bandeja cayó al suelo y se salpicó de batido proteico con sabor a melón. Su ropa estaba hecha un desastre.

—¡Me había vestido elegante para conocerte! —gritó—. ¿Cuál de las dos ha sido? Quién… ¡Veamos! —Se acercó a ellas, con el líquido rosado y pegajoso corriéndole por la cara y las mejillas, que le ardían de rabia. Apartó con violencia las mantas de Elaine. Había esperado, era más, había deseado que fuera ella la culpable, pero la mujer estaba en su habitual estado de estupor, meciéndose de un lado a otro con los ojos cerrados.

Entonces tenía que ser Jayne. Le quitó la manta con más precaución: el hedor era insoportable. Corrió hacia un armario, cogió un ventilador y lo arrastró hacia la cama. Por un momento se cuestionó su decisión de dejar la habitación sin ventanas, pero no había tenido elección. Cogió un par de guantes de debajo del fregadero y empezó a limpiar. Estaba despierta, aunque mantenía la cabeza vuelta hacia otro lado y no hablaba. Era mejor que no hablaran hasta que hubiera terminado. Tenía que perdonarla. Al fin y al cabo, aún no sabía quién era ni qué planes tenía para ella. Podría ser un maníaco que planeaba hacerle cosas inconfesables. Todo iría mejor cuando ella supiera la verdad y pudiera poner sus acciones en contexto. King terminó de limpiar, se duchó, preparó una nueva bandeja de comida y volvió para presentarse como era debido.

La reverenda Jayne Magee seguía con la cabeza girada hacia el otro lado, así que King cogió una silla y la acercó a la cama.

—Jayne, soy el doctor King, Reginald, pero quizás sea mejor

que me trates de usted hasta que hayamos progresado. No voy a hacerte daño, quiero que te quede claro desde el principio. —Jayne estaba rezando en voz baja—. ¿Qué estás diciendo? No lo entiendo. —Se inclinó sobre ella, intentando leerle los labios, pero ella ocultó aún más su rostro. Tardó unos minutos en reconocer las palabras. Estaba recitando el padrenuestro—. Eso es precisamente de lo que me gustaría hablar, de la existencia y la naturaleza de Dios. Es una de las razones por las que te elegí. He leído las tesis que escribiste en Oxford y creo que encontrarás interesantes las respuestas que he preparado para ti. —Ella seguía negándose a escucharlo, a pesar de su genuino interés por ella. Empezaba a ser exasperante—. Gira la cabeza, por favor. Es de mala educación no mirar a la persona que te está hablando. —Jayne siguió sin decir nada. No tenía ningún deseo de castigarla nada más llegar. Corría el riesgo de desanimarla por completo. Al darse cuenta de que podía prescindir de Elaine, comprendió que podía utilizarla de otra manera, acelerando considerablemente el proceso—. Jayne, tú conoces la fragilidad de la vida humana y la brevedad del tiempo que se nos concede. Me gustaría tener una conversación contigo. —Ella siguió rezando en voz baja—. Así que te haré responsable del destino de tu compañera. Me veo obligado a mantener la disciplina, reverenda, y tengo muchos métodos para hacerlo. —Abrió el armario cerrado que había sobre el lavabo, cogió una aguja de un botiquín y se acercó a Elaine. Lo había oído todo, mientras fingía estar en su propio mundo, y sabía que algo estaba a punto de ocurrir. Elaine chilló cuando le cogió la mano—. Es una aguja estéril, así que no hace falta montar tanto escándalo. No te hará ningún daño permanente. —La introdujo lentamente bajo la uña del dedo corazón, empujando con fuerza mientras ella forcejeaba, preguntándose

cómo era posible chillar y gorjear al mismo tiempo. Parecía que se estaba ahogando por el dolor.

—¡Basta! —gritó Jayne—. Por favor, basta.

—¿Vas a hablar conmigo? —preguntó él, sin retirar la aguja de la uña de Elaine; primero debía dejar las cosas bien claras.

—¡Sí!, ¡hablaré contigo! —exclamó.

—¿Qué te parece, Elaine? ¿Ya has tenido bastante? —Ella tartamudeó que sí, asintiendo enérgicamente y rogándole a Jayne que la ayudara. King se deleitó con otro pinchazo bajo la uña de Elaine, gratificado por el grito final que le aseguraba obediencia, y luego retiró la aguja—. ¿Recuerdas lo que pasó? —le preguntó a Jayne. Ella negó con la cabeza.

—Me duelen los labios y el cuello —respondió.

—Me temo que el cloroformo irrita un poco la piel. Además, he tenido que sedarte con ketamina antes de ir a trabajar, por si la desesperación te llevaba a autolesionarte. Es una droga maravillosa. Ha alterado tu estado de conciencia, pero me ha permitido darte indicaciones mientras aún eras capaz de seguirlas. Puede que tengas sueños extraños durante los próximos días. Y estarás deshidratada. —Cogió la bandeja—. Toma, bebe esto. —Cuando le tendió la taza, ella se dio la vuelta —. Necesitas beber y no soy tan primitivo como para querer mantenerte con narcóticos todo el tiempo. La verdadera razón por la que estás aquí es para ser mi compañera. No quiero tener que volver a recurrir a la persuasión hoy. No sería justo para Elaine. —Elaine empezó a chillar y a retorcerse en la cama. Jayne se llevó la pajita entre los labios y sorbió con cuidado—. Eso está mejor —la felicitó King.

—¿Qué vas a hacerme? —le preguntó ella. «Es una pregunta muy directa dadas las circunstancias», pensó King con admiración.

—Soy una persona educada, Jayne, no un animal. Quiero construir un futuro mejor para ti y para mí. —Se echó hacia delante y susurró en tono de conspiración—: Aunque, debo ser sincero: no sé cuánto tiempo seguirá abusando Elaine de mi hospitalidad. Con ella las cosas no están yendo como esperaba.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Jayne. King la miró fijamente a los ojos, preguntándose qué estaría pasando por su mente. ¿Esperaba que la liberara, sentía curiosidad por él o aún tenía demasiado miedo para comprender su propia posición? Esa mujer estaba llena de posibilidades emocionantes. Tenía un potencial inmenso. Le recordaba vagamente a su hermana. Eleanor no había vivido lo suficiente como para llegar a la mayoría de edad, pero si lo hubiera hecho, habría sido muy parecida a la reverenda. Sus padres siempre habían dicho que Ellie estaba destinada a convertirse en una líder debido a su extraordinaria capacidad académica, por no hablar de su talento musical. Era casi perfecta. A veces de forma molesta.

—Lo estoy haciendo por nosotros. Por un futuro en el que podamos estudiar juntos, valorarnos mutuamente y expandir nuestras mentes de formas maravillosas.

—¿Y si no yo quiero? —preguntó Jayne. King reflexionó sobre ello. Decidió que no lo estaba desafiando ni se estaba poniendo difícil. Era una pregunta sincera y merecía una respuesta igual de sincera.

—Querrás —respondió—. Estoy aquí para guiarte.

—Esto está mal —dijo ella—. Por favor, piensa en lo que estás haciendo.

—Jayne, no empieces, por favor —le aconsejó—. Elaine lo intentó, Dios es testigo; suplicó durante días y no funcionó. Hay un plan, ¿entiendes? A veces un ser humano debe aspirar a un

destino más grande que el que le fue asignado al nacer. Soy más que la suma de mis partes, y tú también. La existencia física es irrelevante. El dedo de Elaine sanará, el dolor es pasajero. Es un conducto para la evolución, para la iluminación.

—Entiendo —comentó Jayne con sencillez. Él esperó a que ella añadiera algo, pero no dijo nada más. Había ganado. Por el momento, tenía que conformarse.

Estaba muy cansado, con las fuerzas agotadas por el castigo a Elaine y la limpieza. Cuando salió y cerró la puerta, oyó un susurro. Se planteó regresar, pero decidió no hacerlo. Tenía que darles tiempo para que se conocieran. Solo cuando llegó al final de las escaleras, su cerebro exhausto finalmente descifró las palabras que había escuchado.

«Vamos a morir aquí», había dicho Jayne, con su tono sencillo y directo.

Reginald King pensó que el arroz con salmón ahumado y setas era una excelente opción para la cena.

Capítulo 13

La agente Salter cabía perfectamente en la maleta con ruedas extragrande una vez que Tripp le hubo atado los brazos con cinta americana. No había ninguna pista concreta de que la reverenda Magee estuviera en la maleta ni de que el hombre que la arrastraba fuera su secuestrador, pero Callanach veía la escena con absoluta claridad y sabía que las cosas habían sucedido exactamente así. El comentario de Isabel Yale sobre los zapatos coincidía con la intuición de Ava sobre el carácter obsesivo del asesino. ¿Qué clase de persona les sacaba brillo a sus zapatos antes de un secuestro?

Lively llamó a la puerta y entró.

—Hemos concluido la investigación en St. Mary. Lo único que ha salido a la luz es un grupo hostil al sacerdocio femenino. Parece que Jayne Magee había recibido cartas bastante desagradables, llenas de insultos y amenazas. No lo denunció, pero encontramos los sobres en su escritorio. Las están analizando.

—Eso no tiene nada que ver con el asesinato de Elaine Buxton —señaló Callanach—. Recopile todas las denuncias de desaparición de mujeres en su franja de edad de los doce últimos meses. Y quiero el informe de la Policía Científica sobre el teléfono móvil. Debería haber estado en mi escritorio ya

ayer. Ah, y llame también a la policía de Braemar. Pídales que vuelvan al refugio para buscar huellas paralelas que pueda haber dejado una maleta con ruedas. Es una posibilidad remota, pero merece la pena investigarla.

Callanach le dijo a Tripp que liberara a Salter de la cinta americana y se dirigió a la cocina que había al final del pasillo. La cafetera estaba estropeada, pero no le importó demasiado. Cuando se dio la vuelta, encontró a Ava blandiendo una taza vacía.

—Yo lavo, tú secas —ordenó; cogió otra taza sucia del escurreplatos y llenó el fregadero de agua caliente.

Justo cuando el agua de la tetera rompió a hervir, una agente de policía uniformada entró jadeando tras subir la corta escalera desde la planta baja y empujó una gran caja de cartón bajo la mesa del rincón, antes de marcharse sin decir ni una palabra.

—Biddlecombe —la llamó Ava—. ¿Qué es eso?

—Una entrega para la Unidad de Investigación, señora. No hay remitente. Viene de una floristería pija. A lo mejor es un regalo de un cliente satisfecho.

—Nuestros clientes están muertos o son unos psicópatas, Biddlecombe. ¡No envían flores! —exclamó Ava; cogió la caja y la examinó con desconfianza—. ¿Crees que debería abrirla o tirarla por la ventana? —le preguntó a Callanach, sonriendo.

—¿Oyes un tictac? —Ava se lo llevó descaradamente a la oreja y negó con la cabeza—. Llama a recepción y pídele a Biddlecombe que vuelva a subir y te lo abra. Un poco de ejercicio no le vendrá mal. —Ava ya estaba abriendo el paquete —. No me parece que estés respetando las normas de seguridad —observó él, mirando por encima del hombro de Ava en dirección a la caja.

Dentro había un ramo de hermosas rosas blancas de tallo largo. Extendió un brazo y sacó una tarjeta de un pequeño sobre dorado.

Detective, las espinas hacen que la flor sea aún más preciosa. Saludos.

—¿Eso es todo? —preguntó Ava.

Callanach miró el reverso de la tarjeta, el sobre y la caja.

—Eso parece —respondió—. ¿Has arrestado a alguien recientemente por crímenes relacionados con poesías mediocres o comportamientos empalagosos? Porque parece que has impresionado a alguien.

—¿Cómo sabes que no son para ti? —preguntó—. Normalmente mis admiradores solo me piden una foto vestida de uniforme para colgarla en su celda de la cárcel. Como diana, supongo.

—No pueden ser para mí. ¿No suelen las mujeres celtas golpear a los hombres en la cabeza con un garrote y arrastrarlos a su cueva?

—Oh, sí —dijo Ava, siguiéndole la broma—. Y solo los dejamos quedarse si saben cocinar. Si no, los echamos. —Recogió las flores, las puso en una papelera que había llenado de agua y las dejó sobre la mesa—. Bueno, si son para mí, quien las haya enviado no sabe que soy alérgica, así que cero puntos por la investigación.

—¿No deberías al menos notificar la entrega? —preguntó Callanach—. Estas cosas pueden salirse de control…

—Claro, porque no tengo nada mejor que hacer que informar de un ramo de flores. —Se echó a reír—. Me niego a realizar cualquier actividad que no me ayude a reducir la montaña de papeleo que hay sobre mi escritorio, inspector Callanach.

—No sabes el peligro que corres —respondió él—. ¿Has tenido

suerte con tus recién nacidos?

Ava recuperó de inmediato su actitud profesional.

—No. El único vínculo que hay entre ellos es que los dos estaban envueltos en toallas de rizo blancas e idénticas. Debe de haber dos mujeres muy pobres o confundidas por ahí fuera. ¿Y tú?

—Estamos progresando, muy despacio, pero algo es algo.

—El informe de Criminalística sobre el móvil de Jayne Magee —anunció Tripp desde el umbral de la puerta, mostrándole el expediente—. Los del laboratorio se ha disculpado por el retraso, estaban trabajando en el caso de la inspectora Turner.

Callanach hojeó los documentos.

—*Et voilà* —murmuró; vertió el café restante en el fregadero y pasó el dedo por un par de frases llenas de términos científicos. Releyó el párrafo dos veces antes de volver a llamar a Tripp—. El laboratorio confirma la presencia de cloroformo en el móvil de Jayne Magee. El atacante probablemente llevaba guantes. Esto significa que se trata sin duda de un secuestro y encaja con la teoría de que Jayne fue puesta fuera de combate antes de ser encerrada en la maleta.

—Sí, señor. Y uno de los policías que se han encargado de la investigación puerta a puerta en Ravelston Park acaba de comunicarnos por radio la declaración de un hombre que circula regularmente en bicicleta por esa calle. Deme cinco minutos y le proporcionaré todos los detalles.

Callanach regresó a su despacho y llamó por teléfono a Jonty Spurr. El forense respondió de manera brusca e irritada; era evidente que el altavoz del teléfono estaba activado mientras continuaba trabajando.

—¿Dispone de tiempo para hablar? —preguntó Callanach.

—Tengo aquí a cuatro chicos que han muerto en un accidente

de coche. Habían tomado éxtasis e iban demasiado rápido. Nunca deja de sorprenderme la despreocupación con que la gente pone en peligro su vida. —Callanach no respondió porque no había nada que decir—. A ver, dígame qué necesita —dijo Spurr.

—Ha desaparecido una mujer y creemos que la ha secuestrado el asesino de Elaine Buxton. La sedaron con cloroformo. ¿Existe un método para rastrear sustancias químicas residuales en los restos de Elaine Buxton?

—De los huesos no, ni del entorno circundante. Normalmente sería fácil si tuviéramos órganos que examinar, pero las únicas células de tejido blando que tenemos proceden del diente encontrado cerca del bate de béisbol. No prometo nada, pero haré un análisis toxicológico. El resultado dependerá del tiempo que hiciera que había inhalado la sustancia y de la cantidad. —Callanach oyó el tintineo metálico de las herramientas al moverse.

—Una cosa más. ¿Cuánto tiempo pudo tardar en desaparecer el efecto del cloroformo tras el secuestro?

—Hay muchas variables con el cloroformo, por ejemplo, el peso y la altura de la víctima o la dosis. Suponiendo que no haya exagerado con la dosis y que la mujer haya sobrevivido, hablamos de minutos más que de horas, unos quince si ha sido cuidadoso. El cloroformo puede causar quemaduras en la piel, así como daños pulmonares y renales si se administra en exceso. De hecho, es arriesgado utilizarlo para una sedación prolongada.

—¿Dónde se puede conseguir cloroformo? —Callanach estaba tensando demasiado la cuerda y lo sabía.

—Eso son dos preguntas y que yo sepa, también hay forenses en Edimburgo. Se puede comprar en Internet, pero

probablemente lo envíen desde el extranjero. Es fácil de conseguir en ciertos países de Europa del Este, pero en general se utiliza como reactivo industrial. Es un poco difícil localizar las fuentes, pero con un poco de empeño se consigue.

—Gracias. Le devolveré el favor.

—Lo considero una promesa —respondió Spurr antes de que la línea se cortara bruscamente.

Tripp esperaba a que terminara la llamada en la puerta de su despacho. Callanach lo regañó.

—No soy el director del colegio, Tripp. No tiene que esperar en el pasillo. ¿Qué me ha traído?

—Nuestro agente dice que no tiene una descripción detallada, pero Liam Granger volvía a casa en bicicleta por Orchad Road South, justo después de Ravelston Dykes, cuando adelantó a un hombre que le llamó la atención porque hablaba solo de manera bastante animada. Tras una segunda mirada, se fijó en que llevaba una maleta con ruedas. No recuerda la cara ni la ropa. Estaba demasiado oscuro, solo veía una silueta. Pensó que era mentalmente inestable o que estaba borracho.

Callanach se acercó al mapa que había colgado en la pared con un bolígrafo rojo en la mano. Trazó una línea desde la casa de Jayne Magee hasta Orchad Road South.

—Debió de aparcar por esta zona —dijo, señalándola en el mapa—. Este trayecto dura cinco minutos a pie arrastrando una maleta pesada. Si solo tenía un cuarto de hora antes de que ella recobrara el sentido, no podía arriesgarse a aparcar demasiado lejos.

—Es una zona densamente poblada, hay coches por esa carretera a todas horas del día. Hemos llamado a todas las puertas. Nadie vio ningún vehículo inusual —añadió Tripp.

—Envíe a agentes uniformados a interrogar a los vecinos de

Elaine Buxton. Deben preguntar si alguien vio a un hombre con una maleta grande alrededor de la hora a la que ella regresó a casa. Se había preparado. Sabía cómo doblar el cuerpo para que cupiera en la maleta y tenía preparado el cloroformo. Ah, ¿puede traerme también las fotos del piso de Elaine Buxton?

Cinco minutos después, estaban sobre su escritorio. Mientras tanto, la detective Salter consiguió un vehículo para ir a Albyn Place.

—¿Hay noticias del caso de los bebés de la inspectora Turner? —preguntó Callanach.

—No, señor —respondió Salter.

—¿Qué películas hay ahora mismo en el cine? —preguntó. Salter se sonrojó—. Necesito distraerme del caso —añadió, esperando que ella no hubiera tomado su pregunta como una invitación.

—No lo sé. Mi novio se descarga casi todo de Internet. —Callanach le agradeció mentalmente que mencionara a su pareja—. No parece usted el tipo de persona que va al cine, si me permite la observación —dijo Salter.

—¿Qué cree que hago los fines de semana?

—Ir a restaurantes elegantes, beber vino, leer el periódico e ir a fiestas. Ese tipo de cosas. Creo que debería ir a buscar el coche, señor. —Se marchó corriendo y él se dio cuenta de que la había puesto en un compromiso. Sin embargo, esa respuesta le dijo mucho sobre cómo lo percibían. En parte estaba el estereotipo ligado a su nacionalidad, demasiado cercano a la verdad de su antigua vida para su gusto. Pero en el último año había cambiado. Había cerrado todas las puertas y solo le hacían compañía los fantasmas de las fiestas pasadas.

Cuando llegaron al piso de Elaine Buxton, enseguida les llamó la atención el cartel de «Se vende» que colgaba en la entrada.

Callanach pensó que la madre de Elaine, o no podía permitírselo, o no quería ningún recuerdo del lugar donde habían secuestrado a su hija.

—Vaya por detrás —ordenó a Salter. Identificó el garaje de Elaine y examinó las fotos de la escena del crimen. La primera vez había ido a su casa para averiguar qué tipo de persona era, pero no había entrado en el garaje. Usando las llaves que había cogido en la sala de pruebas, abrió la puerta automática y entró —. Encontraron las llaves en el pasillo que llevaba a su piso, ¿verdad? —Salter comprobó sus notas y asintió—. Sugerían que se le habían caído allí, que su secuestrador la esperaba dentro de la casa, pero nadie lo vio ni lo dejó entrar. No había señales de lucha ni ruidos ni rastros. Estaba demasiado limpio. Creo que la cogió en el garaje y que después abrió la puerta y tiró deliberadamente las llaves al pasillo.

—Pero según la madre de la víctima, el garaje estaba cerrado. Elaine era muy cuidadosa con la seguridad —objetó Salter.

—Hay arbustos fuera. El asesino conocía su rutina. La mejor solución es siempre la más sencilla. Él llega aquí antes que ella, está oscuro, permanece en la sombra detrás de los arbustos, espera a que ella abra la puerta automática del garaje, se agazapa y la sigue a escondidas.

—Tenía que asegurarse de que estaba sola —comentó Salter.

—Elaine no llevaba hombres a casa. El asesino la conocía lo bastante bien como para estar tranquilo por ese lado. Cuando salió del coche y cerró la puerta del garaje, él la estaba esperando con el cloroformo.

—¿Está diciendo que Elaine no habría podido evitarlo, sin importar las precauciones? Eso no es nada tranquilizador. ¿Y por qué tiraría las llaves al pasillo?

—Para desviar la atención de la manera en la que salió del

garaje, pasando por la puerta trasera y arrastrando detrás de sí una gran maleta con ruedas. Venga. —Condujo a Salter a una puerta secundaria que daba del garaje a la calle, a través de un sendero de gravilla lleno de barro. Ella estaba a punto de salir, pero él la detuvo levantando un brazo—. No. Llamemos a la Científica. Quiero aquí un equipo para buscar huellas paralelas formando hileras de piedrecillas empujadas al fondo del barro. El peso del cuerpo debe de haber provocado una impresión considerable de las ruedas.

La pregunta sobre el cine no era solo una forma de entablar una conversación trivial. De vuelta a casa, vio lo que ponían esa noche y le envió un mensaje a Ava.

—Me quedan un par de horas más de papeleo —respondió ella—. Si todavía estás despierto a las once y media, ¿qué te parece ir a ver *Fugitivos del desierto* al cine que hay detrás del Conan Doyle?

No tenía ni idea de qué película era. No la había visto en las reseñas de los últimos estrenos. Descubrió que no estaba porque se había estrenado en mil novecientos cincuenta y ocho. Encontró a Ava con las piernas apoyadas en el respaldo del asiento vacío que tenía delante, vestida con vaqueros y camiseta, un cubo enorme de palomitas en el regazo y los ojos pegados a la pantalla en la que se desplazaban los créditos iniciales.

—Aquí suelen poner películas antiguas —susurró—. Es mucho mejor que verlas en la televisión. Nada de esas tonterías de la alta definición, los colores brillantes y el sonido envolvente. Así es como deben verse las películas. Lo importante es la historia, todo lo demás es secundario. —Le ofreció palomitas y él negó con la cabeza.

—¿De verdad vas a comértelas todas? —preguntó.

—Por supuesto, y si tú no te comes algunas, significa que no has entendido el sentido de todo esto.

—¿Cómo va tu caso? —Callanach cogió una y empezó a juguetear con ella.

—¡Shhh! —replicó ella, y él se esforzó por concentrarse en la pantalla. La inspectora Ava Turner ya estaba inmersa en el desierto norteafricano durante la Segunda Guerra Mundial.

Una hora y media después, John Mills y Sylvia Syms terminaron su actuación digna de un Óscar y Callanach no pudo apartar la mirada de los créditos finales hasta que Ava se levantó y tosió con énfasis.

—Ya puedes hablar —dijo. Fueron a un bar de Leith Street que servía un café decente y se sentaron en una esquina, intentando ignorar a la pareja que había a su lado discutiendo en voz alta sobre los preparativos para su boda—. ¿Tu opinión? —preguntó Ava, colocando una bandeja sobre la mesa pegajosa. Encima estaba el café que había pedido y un brandi que no había pedido.

—Pienso que deberían casarse en Las Vegas si los preparativos los estresan tanto.

—Me refería a la película —puntualizó Ava, ofreciéndole la copa de brandi. Ava enarcó una ceja—. Es viernes por la noche, por si no te habías dado cuenta. Necesito relajarme un poco y los escoceses nunca bebemos solos. Vamos, admítelo. La película era la perfección cinematográfica.

—No ha sido como me esperaba —respondió él—. Lo digo en el buen sentido.

—Brindemos por eso —dijo ella, bebiendo un sorbo. Sus ojos grises adquirieron un tono más azul bajo la luz anaranjada de los fluorescentes. Rebosaba vitalidad por los cuatro costados, como si siempre estuviera lista para recibir el momento

siguiente, para aceptar un nuevo reto. Por un momento, Callanach deseó poder meterse en su cabeza para recordar cómo era sentirse así—. Pero lo vas a estropear sacando el tema del trabajo, ¿me equivoco?

—¿Ya te resulto tan predecible con lo poco que me conoces? —preguntó él.

—Es tu red de seguridad —respondió ella.

—¿Cuál es la tuya? —preguntó Callanach, arrepintiéndose al instante de volver a entrometerse en su vida privada. Ava ni siquiera pestañeó.

—Finjo que soy una persona segura de mí misma, perspicaz y divertida —respondió ella.

—¿Por qué? —preguntó él, disfrutando del brandi más de lo previsto.

—Porque así nadie se dará cuenta de lo desorientada y aterrada que me siento la mayor parte del tiempo. —Sonrió—. Quizá sea mejor que hablemos del trabajo. —Se terminó la copa de brandi y la sustituyó por su taza de café—. ¿Por qué dos mujeres sin relación entre sí abandonaron a sus hijos para que murieran en el mismo parque? No se me ocurre ningún buen motivo, salvo que haya un psicópata suelto que roba recién nacidos, pero en ese caso las madres habían ido a denunciar el secuestro.

—Si no es un imitador, y parece imposible dadas las circunstancias, la única posibilidad es que las dos madres se conocieran y decidieran hacerlo juntas. Quieren enviar un mensaje —explicó Callanach.

—¿Y cuál es? —preguntó Ava.

—La exposición pública de los niños. Puede que fueran hijos no deseados.

—Estás pensando en víctimas de violaciones —murmuró ella.

—Tal vez —dijo Callanach—, pero hay otras posibilidades que considerar. A menudo, las mujeres víctimas de trata, cuando quedan embarazadas, ven cómo les arrebatan a sus hijos por la fuerza. Esto podría explicar la falta de una denuncia por parte de las madres.

—Podría ser, pero no tendría ningún sentido para los traficantes dejar los cuerpos donde pueden ser encontrados; de esa manera su ADN se introduce en el sistema. Tengo que pensarlo. ¿Por qué se ven con más claridad los casos ajenos que los propios?

—Por desapego y perspectiva —respondió Callanach—. Yo, en cambio, tengo un secuestrador sin rostro, que se ha revelado como asesino, que planea todo a la perfección y que parece tener una gran capacidad para controlar sus emociones y comportamientos, pero que habla solo en público, probablemente sin ni siquiera darse cuenta.

—Debate interior y tranquilidad inconsciente —dijo Ava—. Es un solitario, no tiene a nadie con quien hablar ni con quién comparar su comportamiento. Existe la teoría de que necesitamos personas que nos valoren y que también nos critiquen, con las que podamos justificarnos y razonar. Los que no las tienen a menudo crean una segunda voz y hablan con ella.

—¿Crees que por eso secuestró a Elaine y a Jayne? —preguntó Callanach.

—Eso no tendría sentido —respondió Ava.

—¿Por qué no? —Callanach cambió de posición en la silla para acercarse a ella y alejarse de la pareja, que había dejado de discutir y se estaba reconciliando con besos más ruidosos de lo necesario.

—Si las quería para que le hicieran compañía, ¿por qué

matarlas? —preguntó Ava.

—Hasta ahora solo ha matado a una —señaló Callanach—, pero si tienes razón sobre el motivo del secuestro, existe la posibilidad de que Jayne Magee siga viva, ¿no crees?

Los interrumpió un forcejeo en la puerta. Un chico borracho de unos veinte años irrumpió diciendo palabrotas, seguido de una pareja de amigos igualmente perjudicados, y los tres se dirigieron tambaleándose hacia la pareja de enamorados que había en la mesa de al lado.

Callanach le lanzó una mirada a la camarera, que oteaba a su alrededor buscando ayuda.

—Joder, Suze. Te quiero. Dime que no te vas a casar con este pedazo de mierda.

—¿De verdad, Gary? —respondió la chica, más aburrida que perturbada—. Te lo he dicho yo y también mi padre. Debes mantenerte alejado de mí. Se acabó.

—Sé que todavía me quieres. Dijiste que me amarías para siempre. Y él trabaja en una aseguradora. ¿Qué mierda de trabajo es ese?

Callanach intercambió una mirada con Ava, que resopló mientras se acababa su bebida.

—Será mejor que te vayas de aquí, tío —dijo el novio vendedor de seguros, en un tono más decidido de lo que mostraba su rostro.

—Me iré cuando mi novia me lo pida. Cierra la bocaza si no quieres acabar mal. Ven, Suze, tenemos que hablar fuera.

Agarró a la chica por el brazo y empezó a tirar de ella para levantarla de la silla. A los presentes, que habían dejado de hablar para escuchar, les recorrió un escalofrío de preocupación.

—No pienso ir contigo. No quiero saber nada más de ti. Lo

nuestro se acabó. Quiero a Robert.

—Vamos fuera para hablar de ello. Tienes que aprender a ser más razonable.

El chico tiró con más fuerza, le desgarró la manga del vestido y le dejó una fea marca roja en el brazo cuando ella logró soltarse. Suze se masajeó la piel enrojecida, con lágrimas en los ojos, y entonces el dolor dio paso a la ira y le escupió a la cara.

—¡Perra asquerosa! —gritó su ex.

Callanach se levantó.

—Para —le advirtió Ava.

—Va a hacerle daño —respondió él.

—Si intervienes, habrá una denuncia por brutalidad policial. Si voy yo, la humillación será tan intensa que ni siquiera se planteará denunciar.

Ava se interpuso entre Suze y su agresivo exnovio.

—Tienes que irte a casa. Este no es el momento ni el lugar —dijo con calma.

—¿Y quién demonios eres tú? Lárgate. Esto no es asunto tuyo.

—Tienes razón, no es asunto mío, pero estaba pasando una noche tranquila y me parece que ninguno de los presentes quiere presenciar una pelea. ¿Qué dices? ¿Por qué no te calmas un poco dando un agradable paseo?

—¿Y tú por qué no te apartas antes de que use tu cara para romperle la nariz al pequeño Robert?

—No te lo recomiendo —dijo Ava sin levantar la voz lo más mínimo.

—Como quieras, zorra arrogante —soltó el ex de Suze, lanzándose sobre ella.

Ava se movió de manera imperceptible, pero evitó el ataque desplazándose ligeramente hacia un lado; luego agarró el brazo extendido del agresor y tiró de él hacia abajo. Al mismo tiempo,

bajó su centro de gravedad, dio un paso y le puso la zancadilla, haciéndole caer de bruces al suelo. Callanach ni siquiera tuvo tiempo de pensar si debía intervenir. Ver a Ava en acción era fascinante. Finalmente, ella se sentó sobre ese idiota borracho y lo inmovilizó de lado con las nalgas mientras le sujetaba los brazos doblados hacia la cabeza. Aunque se esforzaba por forcejear, estaba claro que no iría a ninguna parte hasta que Ava lo soltara. A los murmullos de aprobación del público siguieron silbidos y, finalmente, risas.

—¿Por qué no os lleváis a vuestro amigo a casa? —les dijo Ava a los dos matones que el tipo había llevado como refuerzo. La expresión de sus rostros daba a entender que no tenían ningún deseo de acabar igual.

—Sí, nosotros nos encargamos —murmuró uno de ellos.

—¿Y tú piensas irte sin causar problemas o tenemos que pasar más tiempo en el suelo? —preguntó Ava.

—Me voy. De todas formas, esa zorra no merece la pena. —Ava lo retuvo unos segundos más para asegurarse de que no quisiera volver a discutir, pero parecía que ya había tenido suficiente. Un par de minutos después, la refriega había terminado y los presentes volvían a pedir bebidas y a escribir mensajes en sus teléfonos móviles.

—¿Nos vamos? —le preguntó Ava a Callanach.

—¡Gracias! —exclamó Suze mientras caminaban hacia la salida.

—No te separes de Robert y mantente alejada de ese tipo durante un tiempo —respondió Ava, y cerró la puerta tras de sí —. Tengo manchas de cerveza en los pantalones. Típico, maldita sea. Menos mal que no compro nunca ropa que solo puede lavarse en seco.

—Vaya, no me lo esperaba —comentó Callanach—.

¿Entrenamiento policial?

—*Jiu-jitsu*. Mi madre insistió en que asistiera a clases nocturnas de etiqueta cuando iba al instituto. Habría preferido clavarme anzuelos en los ojos. Llegamos a un acuerdo y por cada clase a la que fuera ella me pagaba una actividad de mi elección.

—Debes de tener un currículum muy interesante.

—Sí, ahora sé servir bebidas de manera impecable, tocar la batería, entrar en un coche deportivo sin miedo a que se me vean las bragas, plantar cara en una pelea, entretener a un diplomático en una cena y todavía no he encontrado al hombre que pueda ganarme a los dardos. —Ava se echó a reír. Callanach nunca sabía cuándo bromeaba y cuándo hablaba en serio. Era algo que le gustaba de ella—. Gracias por no intervenir. Fue muy amable de tu parte no tratarme con condescendencia.

—Vi que había cerveza en el suelo —dijo Callanach—. A diferencia de ti, yo compro ropa que hay que limpiar en seco bastante a menudo.

—Vaya, estás mejorando —se rio—. Es agradable descubrir que tienes sentido del humor.

—¿Qué te hace pensar que estaba bromeando? —le preguntó él mientras le mantenía abierta la puerta del taxi.

Al día siguiente, Callanach dio su primera rueda de prensa en Escocia. El padre de la reverenda Magee habló en primer lugar, invitando a cualquier persona que tuviera información a dar un paso al frente, hablando del extraordinario amor que sentía su hija por la vida y su impresionante capacidad de perdón y comprensión. Con la cara de Jayne firmemente grabada en la mente de los espectadores, Callanach habló a continuación.

—Tenemos razones para creer que Jayne sigue viva. No se ha

establecido ninguna relación con el asesinato de Elaine Buxton y quiero recordarles que este sigue siendo un caso de secuestro. En los próximos días, es posible que solicitemos el registro de edificios y anexos en un radio determinado del parque Ravelston, por lo que agradeceremos la ayuda de los ciudadanos.

Un funcionario de prensa de la policía tomó la palabra y les facilitó un número de teléfono y una dirección de correo electrónico, aunque Callanach no esperaba gran cosa. El secuestrador había sido demasiado listo. Era el momento de forzar las cosas. En el mejor de los casos, intentaría trasladar a Jayne, se dejaría llevar por el pánico y cometería un error, tal vez al mudarse para desaparecer de la circulación, lo cual haría que alguien denunciara su desaparición; por ejemplo, un casero, un cartero, un colega… Callanach tenía que hacerle sentir que le estaban respirando en la nuca. Si el interés de la prensa se extinguía demasiado pronto, corrían el riesgo de no volver a encontrar a la reverenda Magee.

Capítulo 14

Reginald King rompió el papel y lo tiró a la papelera. No había ningún representante de la asociación Profesionales Antiabortistas dispuesto a dar la conferencia. Era difícil que tuvieran mucha demanda. La suya no era precisamente una ideología popular. Natasha esperaba un nombre y detalles sobre la conferencia. Recordó la indiferencia con la que había aceptado el encargo y frunció el ceño. Se limitaría a suspirar, sin expresar su decepción, pero dejando que se le notara en la cara.

La profesora Forge apenas levantó la vista cuando entró en su despacho, demasiado ocupada para esbozar siquiera una falsa sonrisa.

—Doctor King, le he preguntado varias veces por el nombre del ponente, sin obtener respuesta. Han pasado diez días desde la última vez que hablamos de ello. ¿A quién ha llamado?

—He intentado ponerme en contacto con una asociación muy interesante y me temo que me están haciendo esperar. Está resultando más difícil de lo esperado… —balbuceó.

—Tengo mucha prisa, así que podemos pasar por alto los detalles. ¿Qué asociación es?

—Profesionales Antiaborto —respondió él.

—¿Pero está loco? —preguntó, poniéndose en pie detrás del

escritorio—. Sabe que la universidad tiene una política estricta en materia de igualdad y derechos de las mujeres. ¿Quiere desatar el caos?

—Usted siempre dice que hay que explorar los temas desde todos los puntos de vista. Pensé que le agradaría salir de la caja en la que el departamento está encerrado. Otras universidades ponen a prueba sus límites. Algunas conferencias a las que he asistido en el último año me han abierto los ojos.

—Cancele su intervención —dijo la profesora Forge—. Les pagaré por las molestias si es necesario. Asegúrese de que no tenga que ver cómo sermonean a mis alumnos sobre leyes hechas para perjudicar a las mujeres mediante el control de sus cuerpos.

—De todas maneras, no pueden venir —soltó en un tono más brusco de lo que le habría gustado y ella le lanzó una mirada incrédula.

—Entonces, ¿por qué estamos…? Olvídelo. Responda sí o no. ¿Tenemos un orador para esta semana? —preguntó en voz baja.

Había tantas respuestas que quería darle… Que se había dejado un botón abierto de la blusa —se veía un trozo de su sujetador negro de encaje, lo que le impedía concentrarse—; que era su igual y no tenía derecho a hablarle así; que podía ser tan cruel y severo como ella, y que le habría encantado llevarla a su lugar secreto para presentársela a Elaine y a Jayne.

—No —fue la única respuesta que salió de sus labios—, pero puedo conseguirle uno esta misma tarde antes de que vuelva de la pausa para comer…

—Yo me encargo. Asegúrese de que las solicitudes para el próximo curso se examinan de forma adecuada y organice una reunión del personal académico para revisar algunos cambios en las políticas de supervisión de los estudiantes. Llego tarde —

concluyó; cogió su bolso y se marchó. King se quedó mirando el espacio vacío que había dejado detrás del escritorio.

Cerró la puerta, intentando hacer el menor ruido posible. Era la primera vez que lo dejaba solo en su despacho. Lo recorrió una extraña sensación de intimidad, rodeado de sus libros, sus papeles, las pocas fotos que tenía colgadas en las paredes; fotos de niños que uno podría haber pensado que eran sus hijos, pero que en realidad eran sus sobrinos. Caminó alrededor del escritorio, acariciando la sedosa madera, pulida y suave como debía de ser su pelo. La silla era firme, pero conservaba la huella de su cuerpo tras múltiples horas de lectura. King bajó la mano hasta el borde inferior, imaginando sus nalgas sobre el tapizado de piel, calentándolo, deslizándose arriba y abajo por el asiento mientras ella se movía y se ponía cómoda. Estaba excitado. Sintió vergüenza y curiosidad ante tal reacción. Nunca se había sentido así cuando estaba con Elaine o Jayne. Con ellas era casto. Era una comunión de mentes, la anticipación del momento en que disfrutaría de su intelecto. Mientras intentaba controlar la presión que había en sus pantalones, se preguntó por qué Natasha despertaba sus instintos más primitivos y vulgares.

—Es su naturaleza —dijo en la habitación vacía—. Es imposible evitar sentir atracción por ella. Debo elevarme por encima de todo esto. —Empujó hacia abajo la tela tensa. El timbre del teléfono lo sobresaltó y corrió hacia la puerta, seguro de que ella volvería para contestar. En el pasillo tropezó, se levantó y corrió a su despacho. Oyó risitas y cerró la puerta y bajó las persianas para tener más intimidad—. Natasha me provoca este efecto —dijo—. Lo hace a propósito. Pero yo soy mejor que ella. Tengo dos mujeres que son mejores que ella, incluso más inteligentes. No me tratan como a un tonto.

Estaba alzando la voz, hablando demasiado alto. Mientras intentaba desesperadamente controlar la hinchazón de sus pantalones con una mano, acercó la otra a la repisa situada sobre su cabeza para encender la radio. Una voz masculina con un acento pronunciado y un vocabulario demasiado pulido invadió la sala. Al principio King no entendía lo que decía, pero luego oyó el nombre de la reverenda. Había evitado los medios de comunicación, sabiendo que lo volverían paranoico. Alguien que parecía francés, pero que, sin embargo, era un agente de la policía de Edimburgo, estaba diciéndole al mundo que Jayne Magee todavía estaba viva. Pedía ayuda a la ciudadanía y anunciaba registros domiciliarios. Todo porque no habían encontrado ningún cuerpo.

La presión que estaban ejerciendo sobre él era exasperante. No estaba preparado. Tenía que conseguir otro vehículo y el pillo del taller ya empezaba a hacer preguntas a pesar del dinero extra que le daba para que mantuviera la boca cerrada. Usaba coches robados o sin seguro que habían pasado por muchas manos después de dejar a sus propietarios originales, sin número de chasis y lo bastante viejos como para pasar desapercibidos. No habrían podido recorrer más de mil kilómetros antes de acabar en el desguace, pero a él le parecía bien así. Se había prometido usar un coche diferente para cada mujer para evitar ser localizado. Luego se lo había devuelto al canalla para que se lo pasara a otro propietario, que lo utilizaría para fines igual de ambiguos.

No había planeado llevarse a las dos, ese era el problema. Después de haber utilizado tres coches, necesitaba un cuarto. Su investigación aún no había alcanzado un nivel aceptable. Aún no había encontrado una sustituta adecuada para Jayne y un plan chapucero no garantizaba resultados impecables. Pero

no tenía otra opción. La prioridad era detener la investigación policial. Si tanto querían un cadáver, él se lo proporcionaría.

King miró ansiosamente el reloj, deseando poder salir de la oficina y marcharse en el vehículo legalmente registrado a su nombre. Desde allí llamó al hombre que conocía solo como Louis, y concertó una cita con él, pero antes debía pasar por un cajero automático. Solo aceptaba pagos en billetes de diez o veinte libras, una petición irritante pero sensata. Una hora después, había acordado que le dejaran un coche en un callejón de Causewayside, accesible a pie desde el garaje que había alquilado, de modo que pudiera dejar allí su propio coche y tomar el otro para ir a Glasgow.

Decidió que saldría a las diez de la noche, mucho después del atardecer, pero antes del cierre de los locales, para encontrar las calles lo bastante tranquilas. El coche era un viejo Saab de un gris apagado; la correa del ventilador hacía un ruido que lo ponía de los nervios. Se había puesto un impermeable comprado en una tienda de beneficencia, con un mono debajo. En la cabeza, una gorra cubría una calva que tenía tendencia a rascarse cuando estaba estresado, un hábito que sin duda había acelerado su caída del cabello.

El viaje a Glasgow duró menos de una hora. Era una ciudad de contrastes, pensó King. Las estructuras de cristal y acero, los puentes iluminados con neón y los flamantes auditorios no podían ocultar la pobreza, las privaciones y la baja esperanza de vida que habían hecho acuñar la expresión: «Efecto Glasgow». Glasgow, un asentamiento histórico más parecido al castillo de un libro infantil, con las agujas de sus universidades con torres, que al convertirse en bastión de la violencia de las bandas, era solo humo y espejos. King sabía que estaba a punto de contribuir a esas sombrías estadísticas, aunque solo fuera en

una unidad, pero allí, en medio del ensordecedor conflicto entre modernismo y miseria del segundo mundo, nadie se daría cuenta. Sería más fácil ver los monumentos de Glasgow, visitar los lugares turísticos y escuchar solo el murmullo seductor. Pero nada de eso era real. Glasgow, pensó King, era una ciudad que prosperaba con la muerte.

Cuando llegó al barrio de Govanhill, llovía, y maldijo por el agua que le empañaba el parabrisas mientras lo limpiaba con unas toallitas. Con ese clima, las prostitutas habrían salido corriendo a buscar refugio. Pero al hacer un primer barrido por la calle Allison, consiguió divisar a las más austeras. A ambos lados de la calle había dos museos de historia natural. Eran edificios de cuatro plantas que se alzaban sobre tiendas con letreros en todos los idiomas que vendían comida de todas las culturas. Era una auténtica calle internacional, pensó King, divertido por la farsa, preguntándose cómo era posible que Escocia hubiera sido invadida por lenguas que nunca tendría tiempo ni ganas de aprender. Había estudios de tatuajes, supuestos «outlets» de diseñadores —«Menuda broma», pensó —, prestamistas, peluquerías y tiendas de segunda mano; había de todo y de nada. Demasiados carteles de: «Se alquila». Demasiados edificios con andamios. Demasiadas cosas decadentes. Y precisamente por eso había ido allí.

A su paso, intentaba calcular la estatura y la edad de las mujeres que lo escrutaban con un interés cauteloso. Jayne Magee era bastante bajita y los altos tacones de las putas hacían casi imposible la comparación. La edad tenía que ser el factor determinante. Pasó por delante una segunda vez y vio a una mujer que se había embadurnado la cara de maquillaje para inducir a los clientes a que pensaran que tenía veinte años, aunque sus raíces y pechos caídos revelaban la verdad. Se

detuvo y bajó la ventanilla del acompañante.

—Buenas noches, cariño, ¿qué quieres hacer?

—¿Cuánto? —preguntó él, interpretando su papel.

—Treinta por la mano, cuarenta por la boca, cincuenta por el coño.

—La mano está bien —respondió, abriendo la puerta. El parecido con Jayne era lo bastante satisfactorio, así que no tendría que arriesgarse a seguir circulando con el coche. Ella dudó—. ¿Hay algún problema? —le preguntó.

—La luz del habitáculo está apagada. ¿Por qué? —Dio un paso atrás, más asustada de lo que él esperaba. Era una precaución que se había visto obligado a tomar. No quería que los transeúntes le vieran la cara, así que había quitado la bombilla antes de salir.

—La bombilla se ha fundido —dijo—, y la lluvia está entrando en el coche. ¿Puedes darte prisa?

Ella escudriñó en la oscuridad del habitáculo como si intentara verlo mejor y luego cerró de golpe la puerta.

—Creo que voy a pasar, amigo. Será mejor que te vayas a casa.

King dio un golpe al volante. Maldita zorra estúpida. No tenía tiempo que perder. Respiró hondo para calmarse.

—Te pagaré el doble, ¿vale? —dijo—. Sesenta pavos por solo una paja. ¡Vuelve aquí!

—¡No te creo! —gritó ella; se dio la vuelta y continuó andando —. Hay algo raro en ti.

Fue entonces cuando un hombre salió de entre las sombras, la agarró por la manga del abrigo y la condujo hasta el coche.

—Vas a pagar sesenta, ¿verdad? Solo los dedos y la palma, sin extras. El dinero por adelantado. —Metió una mano por la ventanilla y mientras King rebuscaba en su cartera, se puso a

increpar a la reticente prostituta.

Le entregó el dinero, manteniendo el rostro bien oculto y bajando el timbre de su voz.

—Toma. —Le dio tres billetes de veinte. Estaba resultando una noche bastante cara. El proxeneta, que por el acento parecía rumano, empujó a la puta dentro del coche.

—Te quiero aquí en media hora. Aléjate de los bares —ordenó.

—Sí, que te jodan —susurró la chica en voz baja en cuanto King arrancó y el chulo dejó de estar al alcance de sus oídos—. Gira a la derecha. Conozco un lugar aquí cerca donde puedes aparcar si quieres que lo hagamos en el coche. Esta noche hace un poco de frío.

—En el coche está bien —respondió él, siguiendo sus indicaciones hasta que llegaron a un lugar adecuado. Esperó a que ella estuviera ocupada bajándole la cremallera de los pantalones antes de meter la mano en el bolsillo del abrigo, abrir la bolsa de plástico con cierre de cremallera y sacar el trapo.

—Has venido preparado —bromeó ella—. A juzgar por el trabajo que tengo que hacer aquí abajo, ese pañuelo no te va a hacer falta hasta dentro de un rato.

Mientras se reía de su propio chascarrillo, King le tapó la boca y la nariz con el trapo, presionándole la cabeza sin descanso contra el asiento. Ella movía las piernas como si estuviera bailando una giga irlandesa y sacudía inútilmente los brazos, intentando, de forma alternativa, arrancarse el trozo de tela de la cara y arañarle las manos. Al final, quedó reducida a un despojo tembloroso sacudido por convulsiones y se deslizó lentamente fuera del asiento hasta que la barbilla le cayó sobre el pecho.

—Ríete de esto —siseó King, y le dio un puñetazo en la cara tan fuerte que sintió como protestaban las vértebras de su cuello. Pero seguía viva y necesitaba una sedación más prolongada que la que ofrecía el cloroformo. La ató y amordazó, la empujó al asiento trasero y la cubrió con una manta.

Cuando terminó de arrastrar su cuerpo escaleras arriba tras la pared del sótano, metido en un enorme saco, estaba muerto de cansancio. Completamente exhausto. Le dolían los músculos, le palpitaba la cabeza y en el estómago sentía un nudo de dolor girando como los pollos en los asadores. Necesitaba comer y dormir.

—No hay paz para los malvados —dijo, abriendo la puerta—. Imagino que tú te lo tomarás al pie de la letra. Pero no es culpa mía. Si ese policía no hubiera insistido en buscar el cuerpo de Jayne, no te habría tocado a ti proporcionármelo. Eres demasiado vieja y pesada para ser Jayne. Creo que puedo arreglar la flacidez. A ver qué más me cuentas. —Encontró a Elaine y Jayne exactamente como las había dejado—. Sois un regalo para la vista —dijo alegremente; arrastró el saco al centro de la habitación y vació su contenido en el suelo. La prostituta se estiró lentamente, aturdida. Las mujeres lo observaban, ansiosas. Sabía que se estaban preguntando si iba a sustituirlas. ¿Había llevado a una nueva mujer, mejor que ellas, y se habían convertido en superfluas para sus necesidades? Intentó fingir que era así por un tiempo, para ver si intentaban impresionarlo para mantener sus puestos. Sin embargo, Jayne había decidido que era hora de hablar. Se preparó para escuchar más súplicas.

—¿Quién es? —preguntó. Estaba tranquila, casi cómoda. King había apuntado sus cambios de humor, siguiendo su patrón.

Habiendo pasado del miedo a la incredulidad y luego a la rabia en rápida sucesión, Jayne había resultado ser mucho más difícil que Elaine.

—Es tu suplente de cuerpo —respondió—. He traído aquí a esta mujer para salvarte la vida. —Agarró un puñado de pelo y echó hacia atrás la cabeza de la prostituta para mostrarle la cara. No estaba guapa con todos esos moratones, pero tampoco lo estaba antes—. No la juzgues con demasiada dureza —le dijo a Jayne—. Estoy seguro de que habrá alguna explicación de cómo ha terminado así. Apuesto a que nos contaría alguna historia interesante, si tuviéramos tiempo. Pero qué maleducado soy. ¿Cómo habéis pasado la tarde?

Jayne frunció el ceño. No le gustaba cuando hacía eso. Le recordaba a Natasha.

—Llevamos todo el día encadenadas a estas sillas, solo con una mano libre y botellas de plástico para orinar. Es difícil tener un buen día en estas condiciones —respondió Jayne.

—Con el tiempo os daré más libertad, cuando demostréis que sabéis comportaros bien. Elaine, ¿cómo va tu dentadura? —King chascó los dedos delante de su cara. Ella abrió inmediatamente la boca, sin poner objeciones—. Las encías están un poco hinchadas, pero eso era de esperar. Te vendrá bien enjuagarte con un colutorio antiinflamatorio. Espero que os hayáis mantenido ocupadas. —Inspeccionó el tablero de ajedrez que había colocado entre ellas, para ayudarlas a pasar el tiempo y estimular la mente. Había pertenecido a sus padres, como todo lo que había en aquella casa, y era un objeto al que le habían tenido mucho cariño. A menudo, al volver del colegio, encontraba a su madre o a su padre jugando al ajedrez con Eleanor. Su hermana había sido educada en casa, una decisión fácil, ya que su padre era escritor científico y su madre ama de

casa. Según su madre, ningún colegio estaba preparado para aprovechar al máximo su potencial. En cambio, él asistía a un colegio público y se perdía los torneos familiares de ajedrez que se jugaban por las tardes. Solo después de la muerte de Eleanor, su padre encontró tiempo para enseñarle a jugar. Le había llevado un tiempo, pero se había convertido en un jugador de ajedrez con cierto talento. Su padre no había escatimado esfuerzos para inculcarle las diferentes estrategias. Solo se le permitía jugar ajedrez durante las horas de descanso, después de hacer los deberes y los exámenes. Era un momento del día que siempre esperaba con impaciencia.

Elaine necesitaba urgentemente algo de entretenimiento. Se pasaba todo el tiempo con la cabeza agachada, sin apenas hablar. Las piezas estaban intactas en el tablero, pero la comida y el agua que había dejado habían desaparecido.

—¿Y cómo te ha ido a ti el día? —le preguntó Jayne. Elaine levantó la cabeza y la miró boquiabierta, con una expresión cómica de asombro.

King intentó responder; tuvo que pensárselo un momento, tartamudeó y volvió a empezar.

—Ha sido un día difícil, gracias por preguntar. De hecho, estoy bastante cansado.

Jayne asintió, mirándolo con una extraña expresión de solidaridad.

—¿Por qué no te vas a dormir? Si me permites levantarme de la silla, puedo encargarme yo de la chica. Así te ahorraré algo de trabajo.

Por un momento se sintió tentado aceptar. Habría sido muy fácil. Estaba desesperado por irse a la cama. Había sido muy estresante tener que interaccionar con el chulo. No había previsto que ocurriera así. El hombre se había acercado

demasiado y había oído su voz. Y todo por Jayne Magee. Era justo que ella hiciera algo para agradecerle sus esfuerzos. Por desgracia, era un truco. Las mujeres siempre recurrían a la ternura para engañarte, te engatusaban con dulces mentiras. No tenía intención de ayudarlo. Sin embargo, deseaba tanto poder confiar en ella… King endureció su corazón y aceptó su destino. Podía elegir entre ser profesor o amigo, pero no podía ser ambas cosas.

—Habría agradecido la oferta si la hubieras hecho con el propósito de ayudarme. Pero sabemos que no es así, reverenda, y no me gusta que una mujer con tu educación y tus principios morales sea una hipócrita. Sin duda deseas ayudar a esta chica, pero no finjas que tu oferta es por mi bien.

—La va a matar —murmuró Elaine—. No puedes hacer nada. Intenta no mirar. Yo no puedo volver a verlo. —Temblaba tan violentamente que los grilletes de los tobillos se le clavaban en la carne. Jayne extendió un brazo y le cogió la mano, hasta que el temblor se calmó. Era una lección fascinante sobre los puntos fuertes y débiles de la mente humana que las dos mujeres hubieran reaccionado de forma tan diferente ante la misma situación. King pensó en escribir un ensayo sobre ello con un punto de vista interior absolutamente único, como era él.

—¿Elaine tiene razón? —preguntó Jayne con calma—. ¿Pretendías matar a esa mujer?

El uso moralista del tiempo pasado lo irritó: estaba tan segura de poder convencerlo de que cambiara de opinión que no creía necesario hablar de ello en presente.

—No está a vuestra altura, ¿no te parece? —replicó—. Una puta callejera, junto a una respetada abogada y una eminente teóloga. Sería un insulto para las dos.

Jayne soltó la mano de Elaine y se recostó en el respaldo de la

silla, ganando tiempo. King pensó que, después de todo, era lo que había soñado, un verdadero debate, un encuentro de mentes, pero ella estaba demasiado segura de sus propias opiniones. Parecía firmemente convencida de su punto de vista. ¿Dónde estaba su deseo de escuchar los de él?

—Ninguno de nosotros sabe de lo que es capaz otro ser humano ni lo que puede ofrecer. No se puede juzgar a una persona por su aspecto o por lo que hace para ganarse la vida. ¿No sería mejor hablar con ella primero, averiguar algo más? Podríamos sorprendernos.

—La vida que llevas es una prueba de quién eres. ¿No enseña la Iglesia que seremos juzgados por nuestra conducta? —preguntó King.

—¿Y la tuya? —susurró Jayne, con una expresión que solo revelaba seriedad y curiosidad. Si hubiera habido un ápice de insolencia en su tono de voz, habría disfrutado infinitamente más de lo que estaba a punto de hacer.

—No soy un hombre religioso —respondió—. Creo en la ciencia, los hechos y la educación. Nada de lo que digas podrá disuadirme, aunque agradezco el intento.

Sacó una maquinilla de afeitar eléctrica del saco que se había echado al hombro y la colocó en el suelo junto al cuerpo de la mujer. Ella hacía torpes e inútiles intentos de incorporarse, pero los pies le resbalaban por el suelo, traicionados por unas piernas que aún no habían recuperado el control muscular. Mientras se quitaba la ropa sucia, armado con un delantal de plástico, guantes de goma y una bolsa de basura, Elaine empezó a emitir un ruido agudo, como el aullido de un perro al que se deja solo durante demasiado tiempo.

—¿Podemos hablar de ello? —preguntó Jayne.

—No —dijo tajante King—. Ya no tengo ganas de hablar más.

Tengo que ir a trabajar por la mañana y necesito dormir un poco. Te sugiero que te concentres en hacerla callar antes de que me vea obligado a hacerlo yo. —Señaló a Elaine con un gesto de la cabeza, reacio a mirarla porque sabía que estaba babeando y volvía a mecerse de un lado a otro. Oyó el chirrido que hizo la silla de Jayne al avanzar por el suelo y se dio cuenta de que había ido a consolar al alma perdida que tenía al lado. Por horrible que fuera el estado en que se encontraba Elaine, la aparente falta de miedo de Jayne le molestaba un poco—. Bueno, no durará mucho.

—¿Perdón? ¿Qué has dicho? —preguntó Jayne.

King metió lo que quedaba de la ropa de la mujer en la bolsa de basura y la arrojó hacia la puerta.

—Nada —respondió él—. No estaba hablando contigo.

—Entonces, ¿con quién estabas hablando? —preguntó ella con inocencia. Estaba harto de su tono condescendiente. Un título de la Universidad de Oxford y los elogios de la prensa no la hacían superior. Sin embargo, le hablaba como si fuera una oveja descarriada de su congregación.

—Tienes que mirar, es importante —dijo King, enderezando el cuerpo de la mujer.

Empezó a afeitarle el pelo. Fue entonces cuando la mujer recobró por fin el conocimiento.

Con las manos atadas a la espalda y los tobillos unidos, empezó a retorcerse como una lombriz rosa gigante, sacudiéndose sin tener adónde ir, con los pies resbalando por el suelo. La mordaza la hacía parecer borracha, pero no le impedía hacerse entender.

—Mierda. Joder, sabía que había algo perverso en ti. ¡Suéltame, cabrón! ¡Deja mi puto pelo en paz! —Empezó a retorcerse con más fuerza. King estaba sentado en el suelo

detrás de ella y le sujetaba la cabeza entre las rodillas mientras le afeitaba los últimos mechones. Jayne estaba hablando, pero él no podía oírla. Si quería que le prestara atención, tenía que despojarse de esa arrogante flema y gritar. Cuando el cráneo quedó completamente rasurado, observó con placer que la reverenda había perdido parte de su compostura.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Jayne al cuerpo que se retorcía en el suelo.

—Grace —respondió ella.

King se echó a reír. Era una risa mordaz y él lo sabía. Se parecía a la que utilizaban los chicos para burlarse de él en el patio del colegio. Era dura, sin alegría, diseñada para desorientar y humillar. Se rio aún más fuerte.

—¿Grace? —preguntó entre lágrimas—. ¡Grace! Vaya, menudo ojo tuvieron tus padres. Si pudieran verte ahora, chupando las partes íntimas de los hombres por unos cuantos peniques, apestando y llena de enfermedades.

—Mis padres están muertos —gimió Grace a través de la mordaza.

—Menos mal —respondió King—. Al menos se han ahorrado la humillación.

—Basta —dijo Jayne. King se calló—. Estás siendo muy cruel.

El doctor King miró al monstruo que había metido en su casa. Jayne Magee era tan horrible como Natasha: no hacía más que mangonearlo con condescendencia.

—Oblígame a parar —le susurró en la cara. Se dirigió a un cajón, lo abrió con manos temblorosas, seleccionó unos alicates y regresó junto a Grace.

—Abre bien la boca —ordenó, volviendo a sentarse detrás de la cabeza de la mujer. Movió la mordaza y, en cuanto ella soltó un grito, le metió en la boca un trozo de madera parecido a una

tabla en miniatura. Cuando cerró las pinzas del incisivo central inferior, se puso a cantar.

—*Amazing Grace, how sweet the sound, that saved a wretch like me*. —Grace se estaba ahogando, tal vez por el trozo de madera que tenía en la boca o por el miedo y el dolor, aunque en realidad la razón no importaba. Era una bendición cantar para no oír el ruido. Subió el volumen de su voz—. *I once was lost, but now am found, was blind, but now I see*.

Cuando hacía una pausa para respirar entre verso y verso, Jayne alzaba la voz lo justo para que se la oyera por encima de los gemidos y quejidos bestiales de Grace.

—¡¿Qué quieres?! —gritó—. Dime lo que quieres y lo haré. —El incisivo salió con una silenciosa salpicadura de sangre. Grace puso los ojos en blanco y se desmayó.

King arrojó la bolita amarillenta en un vaso, se limpió la sangre de la barbilla —por desgracia, era fácil ensuciarse. y pasó al siguiente diente de la fila.

—*'Twas Grace that taught my heart to fear…* —Mientras pronunciaba el nombre de la mujer, dio un tremendo tirón con las tenazas, sacándola de su aturdimiento indoloro y devolviéndola a la consciencia—. *And Grace my fears relieved*. —Volvió a tirar y ella sacudió las piernas en el suelo. Elaine se estaba golpeando la cabeza contra la mesa y Jayne le gritaba mientras cantaba. «Este grupo de música alternativa no estaba mal», pensó—. *How precious did that Grace appear, the hour I first believed*. —Otro diente cayó en el vaso y la sangre empapó las tablillas de madera del suelo; King sintió que estaba perdiendo el control; se acomodó y apretó con más fuerza las pinzas para agarrar mejor el difícil canino inferior derecho—. *Through many dangers, toils and snares I have already come*. —Esa vez tuvo que retorcer las pinzas y el esfuerzo le hizo perder

el tono. Tosió y estaba a punto de empezar el siguiente verso cuando Jayne chilló.

—Juguemos al ajedrez. Si gano yo, la dejarás en paz. Si ganas tú… Quieres que aprenda. Me encantaría ver cómo elaboras tus estrategias. Seguro que puedes enseñarme algunas jugadas nuevas. ¿De acuerdo?

El doctor King continuó trabajando en el diente, pero tiró con más delicadeza mientras reflexionaba sobre el desafío.

—De acuerdo —dijo, soltando las tenazas—. Pero ten en cuenta que estoy cansado. Puede que no esté en al cien por cien. —Se secó las manos. No quería manchar de sangre las piezas. Hay cosas en la vida que merecen respeto. Dejó a Grace con las manos y los pies atados, le metió el pañuelo en la boca para garantizar un ambiente tranquilo y le cubrió la parte superior del cuerpo con el saco. Las distracciones eran inaceptables mientras se jugaba al ajedrez—. *'Tis Grace that brought me safe thus far* —cantó mientras liberaba a Elaine de la silla que estaba frente a la de Jayne y la llevaba a la cama. Ella se puso bocabajo y se quedó quieta—*… and Grace will lead me home*.

** Las traducciones de los versos de la canción citados aquí y en la página siguiente son, por orden: «Gracia sublime, qué dulce es la melodía que salvó a un infeliz como yo / Estaba perdido, pero he sido encontrado, estaba ciego, pero ahora veo / Fue esa gracia la que enseñó a mi corazón el temor de Dios… / Y la gracia ha aliviado mis temores / Cuán preciosa se manifestó esa gracia, en la hora en que empecé a creer / Ya he pasado por muchos peligros, dificultades y trampas / La gracia me ha traído a salvo hasta aquí /… y la gracia me guiará a casa». (N. del T.))*

Capítulo 15

Otro recién nacido había sido abandonado en el mismo parque y los medios no hablaban de otra cosa. Sin embargo, ese niño, tal vez porque era más fuerte o más afortunado que los otros dos, o porque su madre no había querido en realidad que muriera, estaba tan bien arropado que había sobrevivido hasta que lo había encontrado un transeúnte que estaba paseando a su perro.

El comisario Begbie estaba reunido con Ava cuando Callanach fue a ver cómo avanzaba la investigación. Era tarde. A las cuatro de la mañana, en teoría, no debería haber nadie trabajando, manteniéndose despierto gracias a las máquinas expendedoras de sándwiches y bebidas carbonatadas. Sin embargo, a esas alturas ya era inútil volver a casa. El sueño había desaparecido de su vida en el mismo instante en que Jayne Magee se había desvanecido de la suya. Callanach volvió a su despacho y envió un mensaje a Ava para invitarla a tomar un café con él después de la reunión con el comisario. Llegó media hora tarde.

—Sabes que no puedes trabajar veinticuatro horas al día, ¿verdad? —le preguntó.

—Hipócrita… —respondió él—. ¿Se sabe algo más?

—El niño va a salir adelante. Está deshidratado, pero no ha

estado mucho tiempo a la intemperie. Otra vez estaba envuelto en la misma clase de toalla, así que todos están conectados.

—¿Nadie ha denunciado su desaparición? —preguntó Callanach.

—No, pero hay una novedad. Los forenses han encontrado sangre seca y coagulada en un pliegue bajo un brazo. El pediatra no cree que sea del bebé.

—Entonces, ¿es de la madre?

—Esa es la hipótesis. No tendremos los resultados antes de un par de días, ni siquiera metiéndoles prisa a los del laboratorio. Necesitamos saber cómo se conocieron esas mujeres. Ningún médico de cabecera, comadrona, profesional sanitario u otro profesional se ha puesto en contacto con nosotros para dar la voz de alarma sobre una embarazada que no acudió al control prenatal.

—¿Las prostitutas no utilizan la sanidad pública? —sugirió Callanach.

—¿Por qué no abortaron si no querían a los niños? —Ava se pasó una mano por el pelo, haciendo una mueca.

—Quizá porque algunos hombres tienen fantasías sobre tener sexo con mujeres embarazadas. A lo mejor los proxenetas las obligan a llenar al final del embarazo, ganan dinero con eso y luego abandonan a los recién nacidos.

—Sabía que era mejor volver a casa sin hablar contigo. Es un pensamiento aterrador. —Ava se puso el abrigo—. ¿Quieres que te lleve?

—Tienes dos bebés muertos y uno vivo sin madre y sin nombre. No habrá final feliz. Y sí, me gustaría que me llevaras a casa.

Se dirigieron al coche en silencio, sumidos en sus pensamientos. Cuando Ava abrió la puerta, oyeron un ruido

detrás de ellos que les hizo girarse y asomarse a la oscuridad. Al no ver nada, subieron. Permanecieron en silencio todo el camino.

—¿Has llamado a la floristería para averiguar quién ha enviado las rosas? —preguntó Callanach, cuando ya casi estaban en su casa.

—No he tenido tiempo —respondió ella—. ¿Qué te ha hecho pensar en eso?

—Antes he tenido la sensación de que nos estaban vigilando, y eso me ha hecho pensar en tu admirador secreto.

—Tienes una imaginación muy vívida. Será por la cafeína —dijo Ava al entrar en Albany Street.

—Por favor, ten cuidado —murmuró Callanach al salir del coche. Reflexionó sobre si los buenos modales dictaban que debía invitar a Ava a tomar un café, pero miró el reloj y cambió de opinión. Si tenía suerte, conseguiría dormir cuatro horas antes de volver a la comisaría. Ella partió antes de que él pudiera darle las gracias por llevarlo.

Estaba metiéndose en la cama cuando se dio cuenta de que casi había invitado a una mujer a su casa. Un mes antes le habría parecido inconcebible que pudiera sentirse tan cómodo con una colega, pero la inspectora Turner era diferente. Se mostraba relajada con los demás y segura de sí misma; aparentemente, nada la alteraba salvo el buen cine. Además, empezaba a sentir por ella algo parecido a la amistad. Hacía demasiado tiempo que no tenía un amigo. Al darse la vuelta para ponerse cómodo, deslizó una mano bajo la almohada y encontró un objeto frío y duro. Cuando intentó sacarlo, rodó hasta su palma. Bajo la pálida luz de la luna que se filtraba por las rendijas de las contraventanas, el objeto emitía reflejos plateados, mientras que la lámpara de la mesilla revelaba la

multitud de líneas y colores impresos en su superficie. El globo terráqueo en miniatura formaba parte de un llavero, pero sin llaves, y lo había encontrado encima de la cómoda de la reverenda Jayne Magee. Se preguntó si ella lo miraba cada noche, pensando en todos los lugares a los que podría ir, imaginando los sonidos y las vistas de un mundo más grande que en el que ella predicaba. ¿O era solo un objeto con valor sentimental? ¿Un recuerdo llevado por un padre que volvía de viaje, para demostrarle que había pensado en ella mientras estaba fuera? Mirando el pisapapeles de Elaine, que reposaba encima de un libro en la mesa que había junto a la cama, Callanach se esforzó por visualizar los rostros de las dos mujeres. Esos dos simples objetos eran una especie de relicarios. Mientras los tuviera cerca, no podría olvidarlas ni evitar pensar en ellas. Se quedó dormida abrazando el pequeño globo y preguntándose en qué parte del mundo estaría Jayne Magee.

Al día siguiente llegó la confirmación de las huellas de ruedas paralelas dejadas en la gravilla que había fuera del garaje de Elaine Buxton. Debería haberlo considerado una victoria, pero la imagen de una mujer atada y doblada en una maleta era demasiado vívida y le impedía sentirse satisfecho por haber dado un paso adelante. Callanach convocó una reunión del equipo en la sala de operaciones, que parecía un rompecabezas gigante. Una pared estaba dedicada a Elaine Buxton, su piso, su despacho y las pruebas forenses de las que disponían. En otra estaban las fotos de Jayne Magee. Para ella había más material, incluidos recortes de periódico, artículos escritos por ella, cartas de la congregación y fotos de las pocas personas que, según las conclusiones del sargento Lively, no estaban a favor de tener a una mujer como reverenda de su iglesia.

Callanach le pidió al sargento que le explicara las novedades del caso.

—Sabemos que ambas mujeres fueron secuestradas nada más llegar a casa. El agresor, un hombre, mete a sus víctimas en una maleta con ruedas después de drogarlas con cloroformo para trasladarlas a otro lugar. Esta mañana se ha confirmado la presencia de cloroformo en el tejido blando adherido al diente de Elaine Buxton. Tienen copias de las declaraciones de los testigos. La policía está en alerta en la zona de los Cairngorm por si el asesino intenta deshacerse del cuerpo de Jayne Magee como hizo con el de Elaine Buxton.

—¿Tenemos un perfil? Si no somos capaces de encontrar a Jayne Magee, ¿no deberíamos averiguar más cosas sobre el hombre que la secuestró? —preguntó un agente que estaba al fondo de la sala.

El sargento Lively miró a Callanach para invitarlo a responder.

—No es posible elaborar el perfil de un sospechoso a través de un solo asesinato.

—¿Y por qué no, maldita sea? —preguntó Lively.

—Hay restricciones sobre los casos en los que se puede solicitar la ayuda de un perfilador y todavía no cumplimos con todos los requisitos necesarios.

—¿Porque solo tenemos un cadáver? ¿O porque la elaboración de un perfil resultaría demasiado costosa? La reverenda Magee está encerrada con un lunático. ¿Cuántas horas más podrá sobrevivir? —dijo Lively, levantando la voz. Callanach comprendió que ese caso lo afectaba más de lo que había dejado ver.

—No es solo una cuestión financiera —explicó—. No podemos crear un perfil hasta que haya más de un cadáver porque falta

el patrón. En esta fase, formular hipótesis sobre el asesino podría hacernos perder objetividad y llevarnos por el camino equivocado. No se puede analizar un solo asesinato y decir que el autor es de una manera u otra. En estos momentos, mantener la mente abierta es nuestra mayor baza.

—No me lo creo —soltó Lively—. Es todo culpa de la maldita burocracia.

Un agente uniformado se asomó por la puerta y llamó a dos compañeros al pasillo, salvando a Callanach de otro enfrentamiento con el sargento. Era una excusa bastante buena para hacer un descanso la reunión. De una conversación en voz baja al otro lado de la puerta, captó las palabras «amenaza» y «control policial» antes de que Tripp le entregara un fajo de hojas con las horas extraordinarias.

—Las han devuelto de la oficina de procesamiento de datos, señor. Firmó solo con las iniciales en vez de escribir su nombre completo. En Contabilidad se niegan a pagar las horas extras hasta que no las reciban todas como es debido.

Callanach dijo una palabrota y cogió los papeles.

—¿Siempre es así?

—No, pero la persona que se encarga de ello es nueva y parece que sigue a rajatabla el procedimiento.

—Pues vaya mierda. ¿Y qué ha sucedido que sea tan importante como para interrumpir nuestra reunión? —preguntó.

—La inspectora Turner ha encontrado una carta amenazadora bajo la puerta de su despacho. Se lo están tomando muy en serio. Estamos revisando todas las cámaras de vigilancia que hay tanto fuera como dentro del edificio. La inspectora está con el comisario.

Un minuto después, Callanach estaba delante de la puerta del

despacho de Ava, pero fue invitado a irse por el equipo de Criminalística que estaba recopilando huellas de la carta y fotografiándola antes de llevarla al laboratorio. Decidió esperar a Ava en el pasillo, frente a la puerta del comisario Begbie.

—¿Una mañana intensa? —preguntó Callanach.

—Se podría decir que sí —respondió Ava—. ¿Qué estás tramando?

—Estoy intentando comprender por qué han interrumpido mi reunión. He pensado que era mejor obtener la información de primera mano. Los agentes de policía suelen ser fuentes poco fiables.

Ella hizo una mueca.

—Han montado mucho jaleo por nada. Son solo gajes del oficio. Alguien me ha dejado una nota para que sepa que no le caigo bien. El efecto secundario más molesto es que mi despacho estará fuera de servicio durante un tiempo. No importa, pero si lo hubiera sabido, podría haber dormido un poco más esta mañana.

—A lo mejor está relacionado con las flores. Quizá la persona que dejó la nota decidió que tenía que hacer algo más extremo para llamar tu atención.

—Hay un gran salto de las rosas a las amenazas de muerte, ¿no crees? No es la primera vez que alguien quiere matarme y no será la última. La buena noticia del día, sin embargo, es que el laboratorio ha hecho un gran trabajo con el ADN de la sangre seca, agilizando el papeleo, y ya tenemos los resultados. Definitivamente no pertenece al niño y están bastante seguros de que es de la madre. Lo están comparando con la base de datos para intentar encontrar una coincidencia.

—Va a ser complicado —comentó Callanach—. Es muy poco probable que esté en el sistema.

—¿Por qué no te vas a deprimir a la gente de tu equipo? —preguntó Ava.

—No me has dicho lo que ponía en la nota —fue su respuesta. Ava puso los ojos en blanco y fingió aburrimiento. Callanach vio a una mujer que estaba evitando aceptar que corría peligro.

—Algo sobre clavarme un picahielos en la cara y hacer que me arrepienta de haber nacido. Me han ordenado que no vaya a casa hasta que estén los resultados de Criminalística. Como si fuera a pasarme algo.

—Hazles caso —le advirtió Callanach—. Nunca se sabe.

—Gracias, inspector, lo tendré en cuenta. —Le hizo un saludo militar y se alejó.

Capítulo 16

La partida de ajedrez se prolongó durante cuarenta y cinco minutos. King estaba agotado, empezaba a aburrirse y sabía que Magee se estaba aprovechando de su fatiga. Al principio le gustó el silencio que reinaba en la habitación mientras ambos se acomodaban para concentrarse. Grace permaneció atada en su saco en el suelo, revolcándose de vez en cuando y emitiendo gemidos ahogados, presumiblemente entrando y saliendo de un estado de inconsciencia. Incluso la histérica de Elaine se había quedado callada, con la cara escondida en la almohada, desmayada o dormida, le resultaba indiferente. Magee había demostrado ser un espécimen mucho más interesante. No había previsto que ella haría un gesto tan audaz y descarado como desafiarlo a una partida de ajedrez por la vida de la mujer. Había sido un acto valiente asumir la responsabilidad de otra alma. Pero él no se había alterado. Su padre le había hecho estudiar las partidas de los expertos y leer muchos libros sobre el tema. Nunca había sido tan bueno como su hermana, pero estaba seguro de poder vencer a una mujer a la que había sido lo bastante listo como para secuestrar sin dejar rastro.

Durante la primera media hora, fingió que la dejaba ganar, para darle una falsa sensación de seguridad. Jayne estaba en desventaja y, además, era presa fácil de la ansiedad. ¿Qué había

de malo en darle ventaja al principio? Cuando se dio cuenta de que ella era una ajedrecista superdotada, intentó ponerse a su altura, pero fracasó y solo consiguió mantener la calma de cara al exterior. Después de tres cuartos de hora, estaba perdiendo. Nunca debería haber aceptado jugar cuando ni siquiera podía mantener los ojos abiertos. Era imposible que fuera una partida justa y ella lo sabía. Era una embaucadora, lo había convencido fingiendo estar desesperada, pero sabiendo desde el principio que él no era capaz de concentrarse. Cuando ella movió el rey al centro del tablero, King se dio cuenta de que la partida había terminado. Intentó evitar que le temblaran las manos. Era por falta de comida y de sueño; y también de rabia contra esa zorra tramposa que se había aprovechado de él. No podía creerlo. Era inconcebible que pudiera ganarle.

Jayne declaró jaque mate unas jugadas más tarde, sin una sombra de exaltación o jactancia, y King la detestó por ello. ¿Tan segura estaba de ganar que ni siquiera sentía la necesidad de mostrarse sorprendida u orgullosa? ¿Creía que él era tan incompetente que derrotarlo era una conclusión previsible?

—¿Por qué no estás contenta? —siseó—. Has ganado la partida. Ha sido solo porque estoy muerto de cansancio, pero aun así me has ganado. ¿No era eso lo que querías?, ¿hacerme sentir como un donnadie? Lo has conseguido, me has ganado, ¿no podrías al menos ser educada y amable?

—Desátala —ordenó Jayne—. Deja que la limpie.

—¡¿Eso es todo?! —exclamó King, levantándose tan bruscamente que hizo caer la mesa. Las piezas de ajedrez se esparcieron a sus pies—. ¿Eso es lo único que te importaba? ¿Salvarla? ¡Te he traído aquí para mí! —gritó con voz infantil. Se daba cuenta de ello y le repugnaba, pero sin embargo, no podía parar—. ¡Deberías preocuparte por mí! Estábamos

jugando. Era mi tiempo contigo. Mi tiempo. No el de ella.

—Teníamos un acuerdo —insistió Jayne—. Conocías las condiciones desde el principio.

—¡No me des sermones sobre las condiciones! —bramó—. Yo soy lo principal, ¿no lo entiendes? Por una vez en mi vida, soy importante. ¡Hacéis lo que quiero, cuando os lo pido y lo hacéis por mí!

La compostura de Jayne empezaba a flaquear. Había un brillo de lágrimas en sus ojos que le hizo sentirse victorioso. Quería hacerla llorar y quería que no parara nunca.

—Por favor —rogó ella—. Cálmate, por favor. Perdóname. Podemos hablar todo lo que quieras. Has jugado muy bien. Si no hubieras estado cansado, nunca habría podido vencerte.

—Tendrá que haber un castigo —dijo King—. Y debe ser acorde a la ofensa. —Sacó la reina negra de debajo de la mesa volcada y la puso delante de la cara de Jayne.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó. Una lágrima recorrió su mejilla. Él estaba muy contento.

Arrancó el saco de la parte superior del cuerpo de Grace, se sentó detrás de ella, le rodeó la cintura con el brazo, le abrió las piernas y tiró de ella hacia él. Aunque la mujer se encontraba en un estado de lucidez bastante dudoso y no podía mover los brazos ni las piernas atadas, hizo ademanes de protesta, sacudiendo la cabeza como una loca. King reunió las piezas de ajedrez en un pequeño montón junto a él y echó hacia atrás la cabeza de Grace, inmovilizándola contra su hombro. Le abrió la boca y vio los ojos de Jayne mirando las tenazas.

—No —dijo—. Ahora vamos a cambiar. Has sido tú quien ha elegido lo que le haré ahora. Lo elegiste cuando me pediste jugar al ajedrez, sabiendo que yo no podía ganar. Eres tú quien le está haciendo esto.

Dejó caer la reina en la boca de Grace y cogió una torre del suelo. Le metió también esa y después un peón y un caballo. Pensó de pasada en lo enfadados que se pondrían sus padres si vieran el trato que estaba dando a su valioso ajedrez, pero, al fin y al cabo, ni siquiera ellos le habían dejado ganar nunca. Eso le parecía el mejor uso que se había hecho jamás de las antiguas piezas de ébano y marfil. Ya había sufrido suficientes humillaciones con ese juguete.

El bloqueo de las vías respiratorias hizo que Grace volviera en sí. Su cuerpo intentaba desesperadamente hacerla toser y expulsar los objetos extraños que él le estaba introduciendo en la garganta. Los ojos comenzaron a hincharse, la falta de oxígeno la hacía menearse, aunque su resistencia estaba mermada. King decidió que era el momento de pasar directamente a su verso favorito del himno.

—*Yea, when this flesh and heart shall fail…**. —Juntó dos alfiles, frotándolos con fuerza en sus encías heridas. La sangre manchó las piezas, le llenó la boca y Jayne empezó a gritar como una loca—. A*nd mortal life shall cease, I shall possess within the veil…* —Finalmente cogió las piezas restantes y se las metió todas juntos por la garganta. Le mantuvo la boca cerrada, le bajó los párpados y escuchó cómo ella agitaba las piernas y los brazos, gorgoteaba y tenía arcadas. «Es el sonido de la muerte levantándose para copular con la vida», pensó. Cuando la alegría de hacer llorar a Jayne empezaba a desvanecerse, Grace se quedó quieta. King terminó la canción—: *a life of joy and piece*.

—Ya te lo había dicho —susurró Elaine. Se había olvidado de ella. Estaba sentada en la cama, con las rodillas en el pecho, balanceándose de derecha a izquierda y jadeando—. Te lo había dicho.

King fue hacia ella.

—Sí, se lo habías dicho, cariño, lo sé. Le habías dicho lo que iba a pasar y no te ha hecho caso. A partir de ahora tendrá más cuidado. —Cubrió a Elaine con una manta para que no pasara frío por la noche y le acarició el pelo mientras la arropaba—. Sacaré la basura por la mañana —dijo, dando una patada al cadáver de Grace al pasar—. Que duerman bien, señoras.

Al día siguiente llegó tarde al trabajo, disgustado por su camisa sin planchar y el mal olor que desprendía su cuerpo, esperando que Natasha no se diera cuenta. Había dormido del tirón y no había tenido tiempo de ducharse cuando se había despertado. Pero cualquier día adicional de ausencia habría llamado la atención y, aunque le habría gustado dormir hasta la noche, no era posible. Las trabajadoras de Administración lo estaban mirando fijamente. No solían saludarlo ni intercambiar unas palabras con él, pero se estaban comportando de una manera muy maleducada. Se preguntó qué veían ellas que a él se le escapaba. Llevaba su traje habitual y no se había olvidado la corbata. Solo cuando llegó frente al espejo de su despacho vio lo que les había llamado la atención. Un hematoma en el ojo derecho que aún no se había vuelto completamente negro. No recordaba cómo había sucedido, pero probablemente Grace había debido de golpearlo mientras se retorcía y forcejeaba. No le dolía si no lo tocaba, pero no dejaría que Natasha lo viera así. Seguro que disfrutaba de ello; le haría gracia su desaliño y querría conocer todos los detalles. Consideró la posibilidad de volver a casa, pero sabía que eso solo empeoraría las cosas. Ella sabría que pasaba algo.

Sonó el teléfono. Suspiró al oír la voz que había al otro lado.

—Doctor King. Teníamos una reunión programada. ¿La ha olvidado?

—No, profesora Forge, es que he llegado tarde porque he tenido un accidente.

—Venga ahora mismo, por favor —dijo Natasha hablando rápido. Siempre hablaba con él rápidamente, como si no viera la hora de terminar la conversación. La había oído hablar con otras personas y tenía un tono de voz más amable y hablaba más despacio. Siempre estaba nerviosa cuando él estaba cerca. El ambiente entre ellos había sido tenso desde que se conocieron. Ella también lo sabía. La diferencia era que él tenía el valor de admitirlo ante sí mismo.

—¿No puede decirme lo que necesita por teléfono? —preguntó; no quería que lo viera en ese estado, no podría soportar estar cerca de ella así. La idea de que Natasha oliera su sudor añejo era intolerable.

—Por favor, venga a mi despacho. Tengo que entregarle una biografía y una foto para el folleto de la conferencia. —Un clic marcó el final de la conversación. King volvió a mirarse el hematoma de la cara y preparó una explicación. Entró en el despacho sin llamar—. Le he pedido varias veces que antes de entrar llame a la puerta y diga su nombre. Todo el mundo lo hace. ¿Podría intentar recordarlo? —Estaba sentada ante su escritorio corrigiendo unos trabajos y había hablado sin levantar la vista. Cuando lo hizo, vio que se había dado cuenta del hematoma y que estaba disfrutando del momento más de lo que él había esperado. Quizás no estaba tan mal cambiar la opinión que ella se había formado sobre él. Esperó a que le hiciera la pregunta inevitable—. Aquí están los datos de los ponentes de la conferencia de la semana que viene. —Natasha desvió la mirada a su escritorio y le entregó una carpeta.

—En cuanto al ojo… —comenzó a decir él.

—No tiene que darme explicaciones —lo interrumpió y

empujó la carpeta en su dirección.

—En realidad es una historia bastante divertida.

—Eso son asuntos suyos y considero que debemos mantener nuestra conversación a un nivel estrictamente profesional. Asegúrese de que la foto está impresa en blanco y negro en lugar de en color y de que se incluya su título. La conferencia empezará a las siete y media. Después habrá un refrigerio. Yo seré la presentadora y los alumnos dispondrán de diez minutos para hacer preguntas al final.

King cogió la carpeta.

—Conozco el protocolo —dijo. Natasha no quería saber qué le había pasado en el ojo. ¿Cómo de grave debía de ser un suceso para que ella se dignara a expresar algo de preocupación?

—Perfecto —fue su respuesta. También era una despedida. King se dirigió a la puerta—. La ponente es una gran amiga mía; por favor, asegúrese de que todo salga bien. Tiene una agenda muy apretada. No admito retrasos ni problemas. ¿Está todo claro?

King no consideró su mala educación digna de una respuesta, cerró la puerta de golpe y se mordió la lengua.

Natasha Forge estaba hecha de hielo. Cuando la oyó hablar por primera vez sobre la cuestión de si la Filosofía debía enseñarse como disciplina independiente o como parte integrante de todas las demás, pensó que nunca volvería a oír un discurso tan interesante. Era una mujer totalmente diferente a su madre, que rara vez salía de casa y siempre estaba cocinando, haciendo encurtidos, limpiando, escribiendo listas y preocupándose por la más mínima trivialidad; Natasha Forge no tenía pelos en la lengua y destilaba profesionalidad por los cuatro costados, desde su aguda inteligencia hasta sus penetrantes ojos. No estaba hecha para la vida doméstica, para

criar niños ni para las tareas del hogar. King dudaba que alguna vez hubiera comido en algún lugar que no fuera un restaurante, que hubiera limpiado la casa o que hubiera hecho la colada. Su vida estaba dedicada al estudio, a la búsqueda de la iluminación de la mente. Esa había sido la razón por la que había presentado su candidatura para trabajar en ese departamento. Al principio era cálida y amable, pero después de pasar algún tiempo juntos, se había vuelto más fría. Había oído que algunas mujeres eran como ella. Su interés disminuía en relación con el entusiasmo que se mostraba por ellas. Sin embargo, el talento intelectual de Natasha era innegable.

Después de que rechazaran su candidatura a un puesto de docente, King recopiló todos los artículos de Filosofía que había escrito y los había publicado en un libro. La autopublicación era aceptable en esos tiempos y se había convertido casi en la norma. Cada vez más escritores respetados seguían ese camino. Así pudo enviar el libro a una universidad estadounidense que le concedió el doctorado. Solo lo había hecho para impresionar a Natasha, pero el resto del personal no se molestó en ocultar su diversión cuando llevó el certificado y exigió que lo llamaran «doctor» para reflejar su nuevo estatus. Había escuchado sus susurros. ¿Y qué si se trataba de una universidad *online*? El importe que había pagado solo era con fines administrativos. Había trabajado duro para obtener su título, se lo había ganado tras muchas horas de lectura, escritura y edición. El nombre de la universidad que había formalizado su logro era tan irrelevante como el grosor del papel en el que habían impreso su certificado. Era real y era suyo.

Con un suspiro de impaciencia, abrió la carpeta que Natasha le había entregado. Si no se daba prisa, no daría tiempo a que le imprimieran los folletos en la imprenta. Se quedó mirando la

fotografía de la querida amiga de Natasha. El pelo rizado daba a su rostro un aire infantil. Por eso le había pedido que la imprimiera en blanco y negro, para añadir algo de madurez a ese retrato. La inspectora Ava Turner iba a hablar sobre *La ética social y el derecho legal a castigar a los delincuentes*.

** Las traducciones de los versos de la canción citada son, por orden: «Sí, cuando la carne y el corazón desfallezcan… / …y cuando la vida mortal termine, conquistaré, más allá del velo…// … … una vida de alegría y paz». (N. del T.))*

Capítulo 17

—Ya han pasado veinticuatro horas, señor, y no he recibido más amenazas. Seguro que es algún lunático intentando conseguir una reacción. —Ava y el comisario Begbie estaban fuera de su oficina. Callanach trató de fingir que no escuchaba, pero fracasó, al igual que los demás agentes, que los miraban estupefactos en el pasillo.

—Inspectora Turner, ese demente logró entrar al edificio y encontrar su despacho sin ser detectado. La amenaza era muy desagradable, estoy seguro de que la recuerda. Hasta que hayamos identificado y detenido a la persona que fantasea con matarla, la escolta la seguirá todos los días hasta que esté a salvo en su casa con la alarma activada —dijo el comisario levantando la voz.

—Pero yo solo quiero ir a tomar algo con una amiga a un bar. No pasará nada y con mi nada discreta escolta de guardaespaldas me sentiré como una completa idiota. —Ava no parecía dispuesta a rendirse. Callanach miró el reloj. Ya era hora de irse.

Se asomó al pasillo.

—Yo iré con la inspectora Turner si eso sirve de ayuda.

Ambos lo miraron fijamente. Ava tenía una expresión de esperanza confusa y el comisario parecía simplemente

escéptico. Callanach no le dio mucha importancia. Sospechaba que era la expresión habitual de Begbie.

—Está decidido —dijo Ava, cogiendo su abrigo.

—Un momento. No la deje sola ni un segundo, Callanach, es una orden. Hasta que no haya comprobado el piso y la inspectora haya cerrado con llave, será responsable de su seguridad. No me importa si viene de la Interpol, será mejor que no la fastidie.

—Entendido, jefe —aceptó Callanach, cogiendo las llaves del escritorio.

—¿Puedo al menos ir sola al baño? —preguntó Ava con sarcasmo. Callanach la cogió del brazo y la acompañó por el pasillo.

—Venga, marchémonos ahora que podemos —sugirió. Por una vez, Ava le hizo caso.

Media hora más tarde estaban en The Pear Tree luchando por acercarse a la barra.

—¿Por qué hay tanta gente? —se quejó Callanach.

—Estamos cerca del campus principal de la universidad —le explicó Ava; le tendió una copa de vino tinto y le señaló una mesa que acababa de quedar libre. Se sentaron, dejando sus abrigos en una tercera silla para que no la cogiera nadie—. Gracias por ofrecerte a acompañarme. No soporto que me sigan como si no fuera capaz de cuidarme yo sola.

—¿Entiendes que estoy aquí precisamente para eso? Quizá a ti te divierta enfadar al jefe, pero yo todavía no estoy listo para pelearme con él, así que no te escapes. —Ava resopló y luego le sonrió a alguien que estaba detrás de él.

—¡Tasha! Ya te he traído un *gin-tonic*. Siéntate. Te presento a Luc Callanach, nuestra última incorporación, recién llegado nada menos que de la Interpol. Luc, esta es una vieja amiga

mía, Natasha Forge, directora del Departamento de Filosofía de la universidad.

—Encantado. ¿Cómo os conocisteis? —dirigió la pregunta a ambas y respondieron a la vez.

—En el Pony Club —dijeron al unísono, soltando una carcajada. Callanach parecía confuso.

—¿Por qué os hace tanta gracia? —preguntó.

—Lo odiábamos. Las dos. Era la solución perfecta para los padres que querían deshacerse de sus hijos el fin de semana para poder jugar al golf o ir de compras. La primera vez que vi a Tasha, se estaba escabullendo por la parte trasera del establo para ir a fumar un cigarrillo. Reconocí a un espíritu afín y la seguí —explicó Ava.

—Así pasábamos los domingos; nos poníamos los pantalones y las gorras de equitación y desaparecíamos. Creo que no me he subido a un caballo ni una sola vez. Malditas criaturas. Quien piense que disfrutan llevándonos a cuestas se equivoca mucho. Una vez me dio una coz un caballo y nunca más quise acercarme a uno —concluyó Natasha.

—¿Y vuestros padres no se dieron cuenta de nada? —preguntó Callanach.

—Una vez nos llamaron al despacho de la directora de la escuela de equitación para que diéramos una explicación. Ava prometió que nos mantendríamos alejadas de los problemas si ella les contaba a nuestros padres que nos estaba yendo bien. Seguíamos viéndonos todos los fines de semana, nuestros padres se libraban de nosotras y el picadero recibía cantidades desorbitadas de dinero a cambio de nada. Cuando Ava se marchó a un internado, yo seguí asistiendo al colegio aquí, aburriéndome mortalmente, pero al menos podíamos pasar las vacaciones juntas. Parecía que el verano podía durar para

siempre.

Callanach vio cómo sonreían ante esos recuerdos y a las chicas despreocupadas y rebeldes que habían sido. Un vaso roto hizo que Ava se diera la vuelta bruscamente. Estaba tensa, más nerviosa de lo que quería admitir, pero intentó disimularlo volcándose de nuevo en la conversación.

—Hablemos de lo de mañana por la noche. Ya tengo preparadas las notas para la conferencia. ¿Cuántas personas esperas que asistan? ¿Hay micrófono? ¿Cómo debo ir vestida?, ¿de uniforme o de calle?

—Guau. Relájate —rio Natasha—. No es para tanto; bueno, por lo menos para ti. Te he visto en las noticias dos veces en las dos últimas semanas. Ponte lo que quieras. Tu principal problema será marcharte. Tendré que sacarte por detrás para evitar la serie interminable de preguntas.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Callanach.

—Voy a dar una conferencia. —Ava se enderezó con altivez—. Me lo pidieron en el último minuto, la verdad. ¿Quién ha cancelado, dejándote tan desesperada que has tenido que llamarme a mí?

—Nadie —respondió Natasha, negando con la cabeza—. Quizá hubo un pequeño descuido porque el administrativo encargado de conseguir al ponente no se encontraba bien, pero eso no significa que no fueras mi primera opción.

—¿Y cuáles eran las otras opciones? —preguntó Ava.

—El muy idiota intentó que viniera alguien de Profesionales Antiaborto porque pensó que sus ideas les gustarían a nuestros educados, liberales y racionales estudiantes. Por suerte me has salvado y te estaré eternamente agradecida.

—¿Profesionales Antiaborto? —preguntó Callanach.

—Un grupo religioso que disfraza sus ideas como técnicas en

lugar de moralistas. También dirigen centros de asesoramiento donde aterrorizan a chicas adolescentes convenciéndolas de que se quedarán estériles o enfermarán y morirán si no llevan a término sus embarazos. Los asesores que trabajan allí no revelan sus verdaderos objetivos. Son muy reservados y, por lo que a mí respecta, absolutamente tóxicos —explicó Natasha—. Bueno, voy a intentar acercarme a la barra. ¿Os traigo lo mismo?

Mientras Natasha se abría paso entre la creciente masa de cuerpos, Callanach vació su vaso y miró a Ava. Estaba más callada de lo normal.

—¿Estás bien?

—Mmm —fue su respuesta.

—Sabes que el comisario querrá que un policía uniformado te escolte mañana por la noche, ¿verdad?

—Perfecto —respondió ella, sin escucharlo en realidad.

—Tienes que contarle a Natasha lo de las amenazas. Seguro que en la universidad hay vigilantes. Si hay una gran afluencia y piensas asistir al refrigerio posterior, un solo agente no servirá.

—¿Estás intentando conseguir un ascenso? Porque empiezas a hablar exactamente como Begbie.

Natasha dejó las bebidas sobre la mesa.

—¿Por qué tenéis esas caras tan largas? —preguntó.

Callanach decidió manejar el asunto a su manera. Ava había dejado bastante claro que no tenía intención de tomarse en serio los riesgos potenciales de la situación.

—Ava ha recibido una amenaza de muerte —respondió—. Por eso me he colado en vuestra quedada de esta noche.

—¿Es por el caso que estás investigando? —preguntó Natasha.

—Tal vez —respondió Ava—. O quizás es uno de los

criminales que me odian porque los he hecho arrestar en los diez últimos años. Quién sabe… No hay nada de lo que preocuparse, Tasha.

—¿Por qué no te quedas conmigo un tiempo? —sugirió Natasha.

—¿Porque no soportas la música que escucho y te enfadarás si te despierto cuando tenga que levantarme o volver a casa en plena noche? Y porque te quiero y no hay necesidad de que te preocupes. No deberíamos haberte dicho nada —se quejó. No había utilizado por error la primera persona del plural. Callanach no le había dado opción y estaba enfadada con él.

—En realidad, habéis hecho bien —aprobó Natasha—. Me sentiría mejor si te vinieras a mi casa.

—Pero yo tendría la sensación de que le estoy dejando ganar. Ya me conoces. Tengo que irme —anunció Ava de repente; cogió su bolso y metió los brazos en las mangas del abrigo—. Siento cortaros el rollo, pero necesito marcharme a casa. ¿Te importa, Luc? Hasta mañana, Tasha. Intentaré no fastidiar la conferencia.

Natasha la besó en las mejillas.

—Lo harás muy bien. Ha sido un placer, Luc.

Ava vivía en una casa adosada en una calle tranquila al oeste de la ciudad. Callanach se puso en modo policía con la eficiencia garantizada por sus muchos años de servicio. Comprobó todas las habitaciones, encendió todas las luces, y se aseguró de que los pestillos de la puerta trasera estaban echados y de que las ventanas de la planta baja estaban cerradas. Solo entonces permitió que Ava entrara en la casa y le pidió que le enseñara que la alarma funcionaba perfectamente.

—¿Por qué te han entrado las prisas por volver a casa? —le preguntó mientras se aseguraba de que el teléfono fijo no

estaba desconectado.

—Algo que ha dicho Natasha me ha hecho volver a pensar el caso. Necesito dormir bien y cuando salgo por la noche con ella nunca acaba bien la cosa. Le caes bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Si no fuera así, te habrías dado cuenta. No soporta a los imbéciles. Siempre decide si puede confiar en un hombre en cuestión de minutos, y por lo que sé, siempre acierta. Por desgracia, no puedo decir lo mismo de su gusto por las mujeres. —Ava encendió la tetera y tiró los zapatos en dirección al felpudo.

—¿De verdad? —preguntó Callanach.

—Tasha es lesbiana, aunque no lo va proclamando a los cuatro vientos. Siempre ha sido muy cuidadosa para que no se enteren en la universidad. No quiere que la etiqueten ni que la reduzcan a un estereotipo.

—Lo entiendo —comentó él—. Bueno, parece que todo está bien. Llama al 999 y a mi número de móvil si hay algún problema. —Se quedó escuchando cómo cerraba la puerta con llave y ponía la cadena. A pesar de la valentía que mostraba en público, Ava evitaba correr riesgos innecesarios.

Capítulo 18

Al pasar por delante de la sala de reuniones, Callanach vio a Ava rodeada de su equipo, con cara de determinación. Intrigado, entró y se sentó en la última fila.

—La coincidencia de ADN llegó hace una hora. La madre del bebé superviviente es Lucy Costello, que vive en Murrayfield con sus padres, Mary y John. Recuerden que es una joven muy vulnerable que acaba de dar a luz y puede que esté sufriendo una depresión posparto. Vendrá con nosotros un equipo médico, incluido un ginecólogo. No se permitirá el uso de la fuerza a menos que ocurra algo imprevisto. Tenemos que registrar la casa para encontrar una conexión con los otros recién nacidos. Por favor, compórtese con respeto y sensibilidad.

—¿Qué ha hecho para acabar en el sistema, señora? —preguntó uno de los agentes uniformados.

—Suministro de sustancias estupefacientes, hace un año. En realidad, solo le cayó una multa. Había comprado varias pastillas de éxtasis en una macrofiesta y las había distribuido entre sus amigos. Había una operación encubierta de la policía. Cuando se dieron cuenta de que tenía solo catorce años, se limitaron a amonestarla, pero el delito era lo bastante grave como para que conservaran su ADN en la base de datos.

Vámonos.

Callanach la detuvo al salir.

—Por fin hay una pista. Has tenido suerte.

—Sí —respondió Ava—. Puedes venir si prometes estar callado durante una hora. Sería una buena oportunidad para que mi equipo te conociera un poco mejor.

—Me apunto. Me estoy volviendo loco aquí sin ninguna pista que seguir. ¿Voy en coche contigo?

—Por supuesto —respondió ella.

Murrayfield era una de las zonas más acomodadas de la ciudad y la riqueza se notaba en la inversión en instalaciones de ocio. Además del estadio de rugbi, había una pista de patinaje, canchas de tenis, un campo de golf y un hospital estratégicamente ubicado para tratar las lesiones. Un escenario improbable para albergar a una joven con antecedentes de drogadicción que recientemente había abandonado a su hijo para que muriera.

Los coches de policía identificables fueron estacionados a una manzana de distancia para evitar sembrar el pánico. Solo Ava, el médico y una Range Rover con cuatro policías de paisano aparcaron en la calle donde vivían los Costello. Cuando llamaron a la puerta, oyeron el ruido de una aspiradora procedente de una ventana abierta del piso de arriba. Un par de minutos después, una mujer alterada, probablemente Mary Costello, fue a abrir la puerta.

Ava le enseñó su placa y se presentó.

—Estamos buscando a Lucy Costello. ¿Está en casa?

—No. ¿Qué pasa? ¿Se ha metido en problemas?

—Tenemos que hablar con ella urgentemente. ¿Puede decirme dónde se encuentra? —Ava se mostró firme pero educada. La señora Costello estaba nerviosa.

—Mi hija está en el colegio. Hoy tiene un examen. La he llevado yo esta mañana. Creo que tengo derecho a saber lo que quieren.

—Creemos que su hija dio a luz recientemente y que abandonó al bebé en un parque. Podría tener información sobre los otros crímenes.

—Eso es ridículo —soltó la señora Costello, pero tenía lágrimas en los ojos y estaba visiblemente conmocionada.

—¿Podría acompañarnos al colegio de Lucy?

—Tengo que llamar a mi marido para pedirle que vaya allí —objetó la señora Costello.

—Puede usar mi móvil por el camino. Debemos irnos inmediatamente —ordenó Ava. Visiblemente temblorosa, la señora Costello cogió su bolso y su abrigo, y empezó a escribir un mensaje en su teléfono antes de que Ava pudiera darle el suyo.

El Colegio St. Gabriella estaba a diez minutos de la casa de los Costello y no tuvieron más remedio que hacer desfilar los coches de policía uno tras otro por la puerta principal. Hordas de jóvenes curiosas con faldas azules plisadas y americanas almidonadas los miraban al pasar. Mientras Ava ayudaba a la señora Costello a salir del coche, un Jaguar XJS gris aparcó junto a ellos.

—¡¿Qué significa todo esto?! —bramó un hombre. La señora Costello corrió a su lado.

—Cariño, por favor, cálmate, solo necesitan hablar con Lucy.

—Pueden hablar primero conmigo —replicó él, colocándose frente al agente que acompañaba a Ava—. ¿Quién está al mando?

—Yo. Soy la inspectora Turner. Usted debe de ser John Costello. Tenemos que hablar con su hija. Puede quedarse con

ella, pero debo pedirle que se calme.

—No me diga que me calme, señorita. Han alterado a mi esposa, han hecho toda clase de acusaciones ridículas y han invadido el colegio de mi hija. ¿Cómo se supone que se lo voy a explicar al director?

Mientras pasaba corriendo un grupo de chicas vestidas con ropa de tenis blanca y el pelo al viento, junto a una profesora gritando que no se pararan, Callanach oyó una voz proveniente de debajo del nivel de sus hombros.

—Papá, mamá, ¿qué pasa?

Lucy Costello estaba muy delgada, delgadísima. Eso fue lo primero que pensó Callanach. Además, tenía un físico deportivo, casi atlético. Quizá había cometido un error momentáneo al tomar una pastilla de éxtasis, pero era la viva imagen de la salud: piel brillante, pelo recogido en una coleta y raqueta de tenis en la mano. Parecía que no tenía ni una sola preocupación en el mundo.

—Tú debes de ser Lucy —dijo Ava—. Soy policía. ¿Podemos hablar?

Callanach se dio cuenta, por su tono de voz, de que Ava sabía que había habido un error. Era imposible que esa chica hubiera dado a luz recientemente.

—¿Cuándo se supone que nació este bebé? —preguntó John Costello. Ava le dio los detalles mientras Mary Costello abrazaba a su hija—. Lucy estaba en un viaje escolar a un campamento multiaventura. Antes de empezar a interrogar a mi hija, le agradecería que lo comprobara.

Ava indicó con un gesto a un agente del equipo que entrara en el colegio a realizar las investigaciones necesarias.

—¿Le importaría que un doctor le hiciera a Lucy un chequeo rápido? Solo le llevará un par de minutos, no será nada

invasivo. Su mujer puede estar presente.

La expresión en el rostro de John Costello indicaba claramente que sí que le importaba, pero su esposa asintió, calmó a su marido y acompañó a Lucy al despacho de la conserje para el examen médico.

—Será mejor que vaya a explicarle la situación al director. Haré que la despidan por esto, señorita Turner. —John Costello se marchó enfurecido.

—Debe de haber habido un error al procesar el ADN por una contaminación en el laboratorio o un fallo informático —meditó Callanach.

—¿Conoces el dicho: «Demasiado bueno para ser verdad»? —preguntó Ava—. Debería haber sabido que no podía ser tan sencillo.

Un agente confirmó que Lucy no había estado en Edimburgo la semana anterior. Y no solo eso, sino también que había estado haciendo piragüismo, senderismo y escalada, con varias fotos que lo demostraban. No se sorprendieron en absoluto cuando el médico confirmó que Lucy no había dado a luz. Ava fue a disculparse con su familia.

—Lucy, señor y señora Costello, gracias por colaborar con la investigación. Les pido disculpas por las molestias. El ADN de Lucy ha aparecido como coincidente en un caso y eso es lo que nos ha traído aquí.

—Por lo de las drogas, supongo. —John Costello fulminó a su hija con la mirada, rechinando los dientes. Callanach pensó que era una forma bastante dura de tratar a una chica que acababa de ser examinada por un médico de la policía y que tendría que enfrentarse a una serie interminable de cotilleos en el colegio.

—Claramente fue un error y solo puedo decir que lo lamentamos mucho. Espero que esto no te cause ningún

problema, Lucy. —Ava volvió al coche y Callanach la siguió. Consiguió mantener la compostura hasta que llegaron a la autopista.

—¡Dios, qué desastre! —gritó, golpeando el volante con los puños—. He desperdiciado tiempo y recursos. Me van a poner una reclamación y no hemos avanzado nada.

—Has actuado de acuerdo con la información que te han dado. ¿Qué otra cosa podías hacer? Lucy encajaba en el perfil del caso: joven, con edad suficiente para ser sexualmente activa pero aún vulnerable y residente en Edimburgo. Solo tienes que empezar de nuevo con las pruebas forenses.

—Y encima esta noche tengo que dar una conferencia, maldición. Tendré suerte si la prensa no invade la sala para interrogarme sobre mi incompetencia. ¡Mierda!

—Para —dijo Callanach.

—¿Por qué?

—Para y sal del coche. —Ava se desvió hacia el arcén. Callanach abrió la puerta, señaló el asiento del copiloto y se puso al volante.

—No estoy tan alterada como para no poder conducir.

—Tienes veinte minutos antes de que lleguemos a la comisaría. Deja de malgastar fuerzas, coge el teléfono y pídeles que repitan las pruebas. Esto es lo que nos enseñan en la Interpol. De nada sirve mantener la calma cuando hay un problema. Trata de resolverlo mientras aún estás lo bastante cabreada como para espolear a los demás a esforzarse al máximo. ¡A trabajar! —Ava se puso a buscar el número.

Cuando aparcaron el coche, lo único que le quedaba por hacer a Ava era explicarle la situación al comisario.

—No te disculpes, solo dile lo que ha pasado —le aconsejó Callanach—. Dile que el padre de Lucy va a poner una

reclamación y explícale la clase de hombre que es, para que no haya sorpresas. Después, ven a buscarme. Te acompañaré a la conferencia, así podrás evitar que te siga un agente uniformado.

—Claro, porque tú pasas desapercibido…

—Si prefieres al agente… —Levantó las manos en señal de rendición.

—No, no. Lo siento, te agradezco la oferta, pero estoy segura de que tendrás mejores cosas que hacer esta noche. Sabes que el comisario no te va a pagar esas horas extras, ¿verdad? —rio ella.

Callanach encontró a Tripp examinando documentos en la sala de operaciones. Parecía tener problemas.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Expedientes de personas desaparecidas —respondió Tripp —. He ampliado la búsqueda para cubrir todas las ciudades principales y estoy haciendo una clasificación por género, edad y similitudes. La verdad es que no he encontrado gran cosa.

—¿No hay ninguna coincidencia con nuestros casos?

—No. Un par de mujeres de la edad adecuada desaparecieron repentinamente de sus casas, pero no tenían perfiles tan altos como los de Magee y Buxton, y en ambos casos hay pruebas de que estaban deprimidas. No hay señales de secuestro y no se han encontrado los cuerpos. Además, un proxeneta de Glasgow conocido por la policía afirma que ha desaparecido una chica, pero no se ajusta al perfil —concluyó Tripp.

—De acuerdo, recopile más detalles sobre esos casos y prepáreme un informe. Salgo en una hora para acompañar a la inspectora Turner a una conferencia en la universidad. ¿Hay novedades sobre la nota amenazadora?

—La Policía Científica no ha encontrado nada. No hay huellas

y el papel y la tinta son muy comunes. No hay ninguna pista. Quien la envió sabía cómo hacer un trabajo limpio. No han podido encontrar rastros de una entrada no autorizada en el edificio y en las grabaciones de las cámaras no hay nada.

El pabellón de conferencias estaba lleno y los temores de Ava de que la prensa se enterara de los acontecimientos del día resultaron infundados. En el vestíbulo los recibió la profesora Natasha Forge, que parecía más estricta que la noche anterior, hasta que les guiñó un ojo mientras les ofrecía un jerez.

—¿Está bien Ava? —le preguntó en un susurro—. Parece distraída.

—Ha sido un día duro —respondió Callanach—, pero ella es una chica dura.

Natasha lo miró con la cabeza ladeada y él se dio cuenta de que lo estaba evaluando.

—Sí, pero no es indestructible, así que ten cuidado. —Acompañó a Ava a la sala de conferencias y subió al escenario con ella.

Callanach se deleitó por primera vez con la brillantez de su colega. Ava pasó con facilidad de la historia del sistema jurídico de Escocia a una comparación de las estructuras penitenciarias internacionales y, por último, a la ética del castigo. La sala permaneció en silencio todo el tiempo. Nadie jugueteó con los dedos, ni dejó caer un bolígrafo ni salió para ir al baño. Cuando terminó, los alumnos se levantaron y aplaudieron. Natasha, que estaba a su lado, no parecía sorprendida.

—Ha sido impresionante —susurró Callanach a Ava mientras la acompañaban al vestíbulo.

—Cállate —respondió ella, ruborizada.

El agente Tripp salió de entre la multitud con un policía a remolque.

—Lo he llamado, pero no contestaba —dijo. Callanach suspiró. Había silenciado el teléfono para la conferencia—. Han encontrado algo en el puerto de Granton. Tenemos que irnos ahora mismo. El comisario me ha dicho que viniera con un agente para que se quede protegiendo a la inspectora Turner.

—¿Es un cadáver?

—No exactamente. La verdad es que nadie lo sabe todavía.

Callanach se acercó a Ava, agachó la cabeza para explicarle la situación en un susurro y se marchó con Tripp. El siguiente en la fila que había para saludarla era un hombre de estatura media, algo pasado de peso, con zapatos relucientes y un traje bien planchado. Callanach no se fijó en él.

Pero Reginald King sí. Se fijó en que parecía aún más engreído en persona que en la radio. Se fijó en que las mujeres no se inmutaron cuando él se acercó. Se fijó en que la vieja amiga de Natasha parecía tener una relación muy cercana con él. Observó a Natasha. Si ella lo mirara como la inspectora Turner miraba a ese francés… Ojalá King hubiera podido susurrarle algo al oído, felicitarla por su inteligencia, compartir un momento íntimo en medio de aquella multitud que la adoraba… La observó durante mucho tiempo y el deseo de hacerle daño se volvió casi irrefrenable.

Capítulo 19

No había cuerpo porque no quedaba nada. Cuando Callanach entró en el almacén, sus ojos se humedecieron de inmediato. Un agente de la Policía Científica le entregó un mono, una mascarilla y unas gafas.

Tripp le explicó todo mientras Callanach se ponía el equipo.

—El guardia de seguridad que estaba de servicio esta noche estaba haciendo su ronda cuando ha olido algo raro. Cuando ha conseguido encontrar el origen, se ha preocupado y ha ido a pedir ayuda inmediatamente; ha regresado con un amigo de la capitanía del puerto y entre los dos han abierto el bidón y lo han encontrado lleno de un líquido marrón rojizo.

—¿Cómo es posible que un solo bidón desprenda un olor tan fuerte? —preguntó Callanach, ajustándose la mascarilla sobre la nariz y la boca.

—Se han asustado. Había un mechón de pelo atascado en la tapa del bidón. Se han dado cuenta de que había algo terrible dentro, y uno de ellos ha intentado abrirla con una palanca, pero se ha quedado atascada y el bidón se ha volcado.

—Menudos imbéciles. ¿Dónde están? —Callanach no se encontraba de humor para ser comprensivo, aunque sabía que el hallazgo debía de haberlos conmocionado bastante.

—En la ambulancia. Se han manchado la ropa con productos

químicos y tienen que ir al hospital. Hay unos agentes con ellos tomándoles declaración. Por aquí, señor. —Tripp señaló una pasarela metálica que conducía a una zona subterránea. Al fin y al cabo, se trataba de un espectáculo que solo podía definirse con una palabra: carnicería.

El líquido se había extendido por una zona muy amplia y los técnicos intentaban preservar los escasos elementos intactos de que disponían. Estaban levantando un bidón vacío que había en el centro de un charco mientras un fotógrafo captaba todos los detalles.

—¿Puede identificar las sustancias químicas? —preguntó Callanach a un hombre que estaba recogiendo muestras y etiquetando tubos de ensayo.

—Probablemente sea hidróxido de sodio. Teniendo en cuenta cómo ha licuado los huesos, diría que se ha añadido algo de agua; eso hace que el proceso sea más rápido y eficaz. Su nombre común es «sosa cáustica». Es fácil de obtener en pequeñas cantidades. Solo hay que mostrar un documento de identidad si se compra al por mayor. —Callanach observó cómo cogía un objeto con unas pinzas y lo acercaba a la luz para examinarlo más de cerca.

—¿Qué pasa? —preguntó Tripp.

El técnico le dio un par de vueltas antes de contestar.

—Está un poco dañado, pero estoy bastante seguro de que es un diente humano. Se lo daremos al odontólogo forense para que lo compruebe. —Metió el diente en un sobre y se lo llevó al policía que estaba haciendo el inventario de las pruebas.

Callanach ya sabía que encontrar las huellas del asesino iba a ser imposible. Ese líquido glutinoso y pegajoso estaba por todas partes. A él le interesaba más el guardia de seguridad.

En el exterior estaba el equipo de descontaminación que

acababa de llegar para neutralizar los gases tóxicos. Vio alejarse a la ambulancia y corrió para perseguirla, le cortó el paso e hizo que el conductor girara bruscamente.

—No sé lo que está haciendo, pero tenemos que ir al hospital… —comenzó a decir un paramédico.

—¡Quédese aquí hasta que termine de hablar con los testigos! —gritó Callanach, mostrando su placa—. Abra la parte de atrás. —La puerta se abrió de par en par; bajo las mantas había dos hombres con mascarillas de oxígeno.

—¿Quién es el guardia de seguridad? —preguntó. El hombre de la derecha señaló con la cabeza—. ¿Hay un sistema de videovigilancia en las instalaciones? —El hombre negó—. ¿Y qué puede decirme de la seguridad durante el día? ¿Quién ha trabajado en el turno anterior al suyo?

El guardia se quitó la mascarilla para hablar.

—No hay dinero para eso. Solo hay vigilancia por la noche, para mantener alejados a niños y drogadictos cuando oscurece. Le dije a la empresa una y otra vez que cualquier día iba a pasar algo, pero no quisieron escucharme. —Empezó a toser y volvió a ponerse la mascarilla. Callanach salió de la ambulancia y cerró dando un portazo.

—Tripp, revise todas las cámaras de vigilancia que haya cerca del puerto; ya sean de carreteras, aparcamientos o de sistemas de seguridad privados. Averigüe de dónde vino ese bidón. Quiero hablar con el patólogo en cuanto terminen de procesar el almacén.

—Sí, señor —dijo Tripp mientras tomaba notas en una libreta —. Y creo que deberíamos buscar carretillas abandonadas. —Callanach lo miró, arqueando las cejas—. Esta vez es imposible que usara su maleta con ruedas. Debió de utilizar una, pero no he visto ninguna dentro.

—Crees que es el cuerpo de Jayne Magee. No hay ninguna evidencia de que lo sea. Quizá esto no tenga nada que ver con eso. —Callanach estaba poniendo a prueba a su detective para probarse a sí mismo. Él también pensaba lo mismo, pero ese cadáver era completamente diferente del primero.

—Es que parece que ha hecho lo mismo: deshacerse del cuerpo destruyendo las pruebas. ¿No sería mucha casualidad que otro asesino actuara igual? —preguntó Tripp.

—Vale, que un par de agentes vayan a buscar la carretilla. Y usted interrogue a los trabajadores de los edificios adyacentes y pregúnteles si han visto a una persona que pareciera fuera de lugar. Si es nuestro asesino, no creo que haya pasado desapercibido.

Era el típico almacén utilizado para guardar mercancías antes de su envío o distribución. Era probable que en el exterior hubiera habido grúas en el pasado, pero el fácil acceso de las mercancías seguía estando garantizado por puertas anchas y pasarelas en varios niveles; también había una zona de oficinas con aseos y una sala para el personal. Al asesino no había debido de resultarle nada complicado entrar. Habría sido fácil levantar la alambrada, entrar por las ventanas rotas y luego abrir la puerta cortafuegos desde dentro. El problema, presumiblemente, habría sido meter el bidón dentro. No podía hacerlo rodar porque corría el riesgo de derramar su peligrosa carga. Pero ¿por qué un almacén? Todo el recinto estaba vacío, salvo por unas cuantas grúas y un par de máquinas en desuso. No lo había elegido al azar. Necesitaba saber dónde aparcar, cómo llegar y los detalles del horario del guardia de seguridad. Callanach deseó que la escena del crimen no hubiera resultado tan dañada. Si había un juicio, seguramente la defensa podría impugnar cualquier prueba encontrada allí. No lograba

quitarse de encima la sensación de que el destino estaba haciendo todo lo posible para obstaculizar la investigación. El vuelco del bidón era la gota que colmaba el vaso. Los periodistas se lanzarían como hienas. Tarde o temprano, uno de ellos localizaría al guardia y publicaría el desconcertante relato del testigo ocular de la carnicería del almacén. Y él no podría hacer otra cosa más que observar y esperar. Tras tomar unas fotos del exterior del edificio, Callanach se dirigió a su despacho.

Esperaba encontrar la comisaría desierta. El trabajo que se podía realizar de noche normalmente se llevaba a cabo en la escena del crimen o en el laboratorio. En cambio, se encontró al sargento Lively en el centro de operaciones, rodeado por todo el equipo y algunas caras que no reconoció. Cuando entró, lo recibió un silencio tan sólido como un muro de cemento.

—¿Es ella? —preguntó Lively. Callanach se preguntó si dar la versión oficial era mejor que compartir sus propias opiniones. Eligió un camino intermedio.

—La víctima aún no ha sido identificada, aunque hay indicios de que había un cuerpo humano en el bidón. El laboratorio examinará los restos esta noche e intentará recuperar el ADN. Hasta que la Policía Científica no complete las investigaciones, no tiene sentido especular.

—Han encontrado pelo del mismo color que el de Jayne Magee —dijo Lively con voz chillona y los puños apretados. A Callanach le entraron ganas de interrumpir la reunión y llevarlo a un lugar donde pudieran hablar en privado.

—No es posible confirmar el color del pelo debido a los químicos. Ni siquiera estamos seguros de que la víctima sea una mujer. Esta noche no se puede hacer nada más. Quiero que todos trabajen en este caso por la mañana, así que márchense a

casa, descansen y los veré mañana a las ocho para darles un informe detallado.

—Mientras tanto desperdiciaremos otra noche en la que podríamos encontrar al asesino de Jayne. No voy a sentarme aquí a esperar a que pase algo. Hay gente que puede ayudar.

—Sargento, debe tener en cuenta que podría no tratarse de Jayne Magee —le advirtió Callanach.

—Claro, claro —dijo Lively en voz demasiado alta y demasiado cerca de él. Todos los presentes contuvieron la respiración—. Tal vez, señor, si no hubiera dado esa rueda de prensa desafiando a ese maldito asesino, Jayne Magee no estaría muerta. Quizá sea usted quien necesite reflexionar sobre su posición aquí.

Callanach sabía que Lively estaba muy afectado, pero se estaba pasando de la raya. Aunque tenía ganas de descargar un poco de frustración dándole la pelea que quería, perder el control delante del equipo no valía la pena por las molestias que le causaría después. Dio un paso atrás.

—Baje la voz cuando hable conmigo, sargento. Váyase a descansar. Quizá mañana por la mañana recuerde el significado de la frase «cadena de mando». Si sigue teniendo problemas con ella, lo hablaremos. —Callanach se dirigió a su despacho sin mirar atrás. Lo último que necesitaba la investigación era que los ánimos se caldearan aún más. Siguió su propio consejo y se fue a casa.

Al día siguiente llegó un mensaje a las siete de la mañana; el forense estaba dispuesto a recibirlo a las nueve y media. Callanach estaba impresionado. El equipo forense había trabajado toda la noche, aunque al comisario no le harían ninguna gracia todas esas horas extraordinarias. Un segundo mensaje le llegó mientras estaba haciendo unos huevos

revueltos para prepararse para un largo día en el que probablemente se saltaría la comida. Ignoró el sonido de la notificación y untó su tostada con mantequilla. Si era urgente, esperaba una llamada en lugar de un mensaje. Antes de las ocho contaba con poder desayunar tranquilamente en casa.

Comió, mirando intermitentemente el teléfono, y luego leyó el mensaje. El remitente era el sargento Lively. A pesar de que estuvo tentado a borrarlo antes de abrirlo, prevaleció la necesidad de descubrir qué había sucedido. Tocó el icono del texto. Lively le había escrito para informarlo de una reunión entre el comisario Begbie y más gente a la que misteriosamente había llamado: «Las otras personas implicadas en el asesinato de Jayne Magee». A Callanach le molestó que hubiera dado un nombre a la víctima antes de que fuera oficial, pero luego se esforzó por considerar el punto de vista del sargento. No era tan descabellado pensar que los restos de la reverenda estuvieran en el bidón.

—¡Maldita sea! —gritó al café que se enfriaba delante de él—. No necesito esta mierda. —Callanach se dio cuenta de que había empezado a pensar y hablar en inglés mucho antes de lo que había imaginado. Después de la muerte de su padre, su madre había insistido en que hablaran ambos idiomas durante la infancia, pero aun así, al principio, le pareció una enorme dificultad trasladarse a un país no francófono. Para su inconsciente había sido más fácil hacer esa transición que para su estómago. Luego hizo una pausa para reflexionar sobre el hecho de que, cuando hablaban en voz alta sin darse cuenta, la gente rara vez decía mentiras. Recordó que al secuestrador de Jayne Magee, y probablemente su asesino, lo había oído en la calle un ciclista. Hizo una nota mental para releer la declaración del ciclista en cuanto llegara al trabajo.

Una hora después, encontró a Salter esperando en el pasillo para acompañarlo al despacho del comisario. Ava ya estaba allí con una mujer que nunca había visto antes.

—Inspector Luc Callanach, le presento a la doctora Ailsa Lambert, directora del Instituto de Medicina Legal de la ciudad de Edimburgo. No se conocen, ¿verdad? —El comisario Begbie hizo las presentaciones formales.

Cuando Ailsa Lambert se levantó, Callanach se dio cuenta de lo menuda que era. Medía poco más de metro y medio y era delgadísima. Levantó la cabeza para mirarlo mejor a la cara y le ofreció la mano.

—Me temo que llegué al almacén cuando usted ya se había ido. Estaba haciendo una autopsia, por eso me retrasé. Pero Jonty Spurr me ha hablado de usted.

Begbie tosió cortésmente e indicó a Callanach que se sentara.

—Bueno, Ailsa, creo que será mejor examinar los dos casos juntos. Sé que estás muy ocupada, pero prefiero que mis equipos estén informados sobre lo que sucede en sus respectivos campos, en caso de que sea necesario transferir agentes de un caso a otro. ¿Por dónde quieres empezar?

—Gracias, George. —Sonrió amablemente y abrió una carpeta en la tableta que tenía en la mano—. Por el caso de los bebés, creo. Una tragedia terrible. Dos niños sanos murieron de hipotermia. He hablado con el pediatra y me ha confirmado que el niño superviviente no ha sufrido daños. Parece que se está recuperando. Ava, sé que piensas que en el laboratorio se confundieron con el ADN, así que pedí a los técnicos que volvieran a comprobar los resultados. Los resultados fueron los mismos, así que le pedí a un profesor que los revisara. Tenías razón y a la vez estabas equivocada.

—No lo entiendo —dijo Ava—. ¿La sangre era compatible con

el ADN de Lucy Costello o no?

—Sí, siempre que el laboratorio haya hecho la búsqueda de marcadores cruzados reglamentarios. Suelen comprobar entre quince y veinte puntos del ADN de un individuo, lo que ofrece un nivel muy alto de garantía de coincidencia positiva. Tras un examen más detallado de los datos, descubrieron cuatro mutaciones denominadas «polimorfismo de nucleótido único». En pocas palabras, había cuatro diferencias casi imperceptibles entre el ADN de Lucy Costello y la sangre encontrada en la piel del bebé. Esto significa que, aunque la sangre no pertenezca a Lucy Costello, solo puede pertenecer a otra persona: a una gemela monocigótica. Debe de ser idéntica, o el ADN sería diferente en la primera serie de pruebas.

—¿Lucy tiene una hermana gemela? —preguntó Ava mientras escribía un mensaje en el móvil. Callanach sabía que él habría hecho lo mismo: pedirle a uno de los agentes que buscara un nombre y documentación oficial—. Pero los padres no mencionaron…

—¿No había nada en la casa? —preguntó Begbie—. ¿Una foto familiar o…?

—No tuvimos la oportunidad de entrar —respondió Ava—. Nuestra sospechosa, Lucy, estaba en el colegio, así que fuimos directamente a verla. Cuando el médico confirmó que no había dado a luz y el colegio nos ofreció una coartada, ya no teníamos motivos para registrar la casa.

—Los padres no mencionaron a la hermana gemela. Seguro que sospechaban que estábamos hablando de la hija equivocada —dijo Callanach.

—Señor, ¿ha presentado ya John Costello una reclamación? —preguntó Ava al comisario.

—No —confirmó Begbie.

—¡Vaya con el padre de Lucy! —exclamó Ava, poniéndose roja —. Sabía perfectamente lo que había pasado, por eso se daba esos aires. Averiguaré a qué colegio asiste antes de volver a hablar con sus padres. Gracias, Ailsa. ¿Te importa si me voy? Tengo que reunirme con mi equipo.

—Puedes irte, cariño —dijo la doctora Lambert—. Y dale recuerdos a tu madre. —La forense la besó en las mejillas antes de que Ava se fuera corriendo hacia la puerta. Callanach se preguntó cómo de pequeña era la comunidad de gente importante de Edimburgo, teniendo en cuenta que la directora del Instituto de Medicina Legal era amiga de la madre de la inspectora. «No me extraña que Ava pensara que el equipo despreciaba sus orígenes privilegiados».

—Ahora te toca a ti, Luc —empezó a decir Ailsa, adoptando la expresión de una tía seria y distinguida, y cambió de expediente dándole un toque a la pantalla—. Los restos del bidón. Definitivamente humanos. Los fragmentos pélvicos confirman que el cadáver pertenece a una mujer adulta. Los huesos, o más bien los fragmentos restantes, se encontraban en un estado de descomposición demasiado avanzado y estaban demasiado contaminados por productos químicos para que fuera posible realizar pruebas de ADN, pero el pelo atrapado en el borde del bidón pertenecía a nuestra desaparecida, Jayne Magee. Y a juzgar por la expresión de tu cara, no es una sorpresa.

—Desgraciadamente —respondió Callanach—. ¿Cuánto tiempo tardó el cuerpo en descomponerse?

—Nuestros resultados son menos fiables de lo habitual, ya que la mayor parte del líquido se esparció por el suelo, pero yo diría que dos días. El compuesto se preparó para maximizar la velocidad de disolución. Si el asesino no hubiera añadido la

cantidad adecuada de agua, aún podríamos tener algunos trozos de tejido blando.

—Bueno —dijo él—, tendré que avisar a la familia y preparar una rueda de prensa. Doctora Lambert, le agradezco mucho la rapidez con la que se han examinado las pruebas.

—Había un detalle interesante —añadió ella. Callanach estaba a punto de guardar la libreta, pero se detuvo—. Los dientes. No estaban todos, o al menos no los encontramos. Los que estaban en el bidón estaban dañados, pero lo bastante intactos como para permitir que el odontólogo forense los comparara con las radiografías de Jayne Magee. Es cierto que coinciden, pero solo tenemos los dientes inferiores. Los superiores han desaparecido o se han disuelto por completo.

Callanach tomó notas mientras reflexionaba sobre lo que podría significar eso.

—¿Cómo es posible que los dientes de la arcada superior se disolvieran mientras que los de la inferior solo sufrieran daños leves?

—Buena pregunta —dijo ella—. Y yo también me preguntaría por qué los dientes encontrados no se disolvieron en la misma medida que los huesos, que fue casi absoluta.

—¿Los huesos y los dientes se disuelven normalmente en la misma medida? —preguntó.

—Al cien por cien no, pero teniendo en cuenta la meticulosidad con la que el asesino dosificó el compuesto químico, el daño debería haber sido mucho mayor. Es un rompecabezas. Estamos haciendo algunas pruebas para evaluar el ritmo de degradación, pero tardaremos unos días. Cuando sepamos algo te lo haré saber.

Callanach dejó a la forense y al comisario discutiendo sobre la tasa de criminalidad y la política. Debía hablar con el sargento

Lively y la idea no le entusiasmaba en absoluto. No tuvo que ir muy lejos para encontrarlo. El sargento estaba sentado en su despacho con un caballero de barba blanca y chaqueta de *tweed* que Callanach no conocía y otro hombre con alzacuellos. Tripp estaba esperando con aire nervioso junto a la puerta.

—Les he dicho que debíamos esperar en la sala de conferencias. Lo siento —dijo el agente.

—Y yo le he contestado que en las circunstancias actuales a usted no le importaría —lo interrumpió el sargento Lively. Los ojos rojos y el pelo revuelto hablaban de escasas horas de sueño y poca higiene personal. Su voz estaba alterada, pero mantenía el volumen y el lenguaje a un nivel más aceptable que en su último encuentro. «Las circunstancias actuales no te benefician en nada», pensó Callanach. Los hombres que había llevado con él merecían más respeto que él.

—No se preocupe, Tripp —dijo Callanach—. Puede marcharse. —Tripp se marchó, más aliviado que molesto—. Soy el inspector Luc Callanach, pero estoy seguro de que ya lo saben. —Les tendió la mano a los dos desconocidos.

—Le presento al reverendo canónigo Paul Churchill, que trabajaba con Jayne, y al profesor Edwin Harris —presentó Lively—. Estamos aquí para discutir los siguientes pasos de la investigación.

Callanach respiró hondo. Era normal que las partes interesadas quisieran una explicación. Lo que lo enfurecía era que Lively hubiera reunido a las tropas sin avisar.

—Gracias, sargento, pero la familia de la víctima aún no ha sido informada de los sucesos de ayer, por lo que esta conversación es prematura.

—Permítame que lo interrumpa —dijo el profesor Harris—. Conozco los procedimientos. Llevo muchos años trabajando con

las fuerzas del orden. El reverendo Paul habló con la familia de Jayne anoche, así que eso no es ningún problema.

—¿Ha hablado con la familia? ¿Sin que hubiera presentes agentes especializados en la gestión del duelo? —preguntó Callanach mirando a Lively a la cara—. ¿Cuando lo único que había eran conjeturas? Es una violación del protocolo flagrante. ¿Sabe que se va a tener que enfrentarse a un proceso disciplinario, sargento?

Harris interpuso una mano entre ambos para calmar las aguas. Lively desvió la vista hacia el profesor, pero Callanach siguió mirándolo fijamente.

—Inspector, no nos quedemos en quién dijo qué y cuándo. Somos profesionales y había una alta probabilidad estadística de que los restos pertenecieran a la reverenda Magee. Dadas las circunstancias, preferiría que adoptara un enfoque más pragmático. El tiempo es esencial, esa debe ser nuestra principal preocupación. Y yo estoy aquí para echar una mano.

Callanach reconocía un ataque sorpresa cuando era víctima de uno.

—¿Y qué ayuda pretende ofrecer exactamente?

El reverendo Paul se adelantó y la conversación tomó la forma de un discurso cuidadosamente orquestado, con el profesor agachando la cabeza para simular vergüenza.

—El profesor Harris es un perfilador de renombre mundial, inspector Callanach. Ya está jubilado, pero sigue dando conferencias a nivel internacional y ha escrito varios libros sobre el tema. Además, es miembro de nuestra congregación desde hace muchos años y conocía bien a Jayne. El profesor ha ofrecido su ayuda, y la Iglesia estará encantada de financiarla para avanzar en la investigación que, según el sargento Lively, se encuentra actualmente en un punto muerto.

—Me temo que eso no es posible —reiteró Callanach—. Deberíamos darle acceso a información confidencial. Además, crear un perfil después de solo dos asesinatos no es en nada habitual.

—El comisario Begbie ha garantizado que dará los permisos necesarios, ya que el profesor Harris ha trabajado antes con el Departamento.

—Mientras St. Mary pague, tenemos luz verde —dijo Lively.

—Hoy estaba prevista una reunión sobre este asunto —dijo Callanach.

—El jefe me ha dicho que le pusiera a usted al tanto de todo para agilizar las cosas. Ya tenemos el consentimiento de la madre de Elaine Buxton para enseñar su expediente al profesor Harris —dijo Lively; al parecer, ya estaba todo bien atado.

—Me gustaría acceder a toda la información inmediatamente —intervino el profesor Harris, tomando las riendas, ya que sus credenciales ya estaban sobre la mesa—. Y también necesitaría un despacho. Ahorraría mucho tiempo si no tuviera que estar yendo y viniendo. —Se rascó un lado de la nariz mientras hablaba en un tono de voz tan bajo que parecía un susurro, y esbozó una sonrisa extremadamente confiada. No estaba pidiendo permiso.

—Preferiría tener esa reunión con el comisario antes de autorizar la divulgación de la información —recalcó Callanach —. Y hay otros asuntos que requieren una atención urgente por mi parte. Gracias por venir. —Se levantó, pasó entre ellos para dirigirse a la puerta de su despacho y la abrió.

—Inspector, cuanto antes pueda evaluar las pruebas, antes podré indicarle a quién debe buscar —dijo Harris, sin dejar de sonreír, pero en un tono más duro.

—Lo tendré en cuenta —respondió Callanach.

Lively estaba lívido de ira, pero el reverendo le puso una mano en el hombro para calmarlo y le habló en un tono lo bastante alto como para que Callanach lo oyera.

—No te preocupes, Matthew. Hablaré personalmente con el comisario.

Recorrieron el pasillo con Harris proclamando en voz alta los peligros del perder tiempo. Callanach cogió el teléfono y marcó el número del móvil de Ava. Necesitaba información y consejo antes de la reunión con el comisario.

—Ava, ¿podemos hablar?

—Salgo para coger el coche en tres minutos. Si me acompañas, dispondrás de toda mi atención en el camino a St. Gabrielle. No puedo ofrecerte nada mejor. —Él cogió su cazadora y echó a correr.

Capítulo 20

Callanach llegó al coche un segundo antes de que Ava encendiera el motor y todavía tenía un pie fuera de la puerta cuando el coche empezó a moverse. Trató de que ella no notara que se estaba aferrando al asiento y se concentró en las preguntas.

—¿Qué sabes del profesor Edwin Harris? —preguntó. Con cualquier otra persona se habría molestado en ser diplomático, pero Ava había demostrado ser una policía que iba directa al grano.

Ella apartó los ojos de la carretera durante una fracción de segundo.

—¿Quién?, ¿el hombre que parece Dios vestido para ir a cazar ciervos? —Callanach se rio, sorprendido, y la tensión desapareció. La aguja del cuentakilómetros bajó una raya y él aflojó su presa sobre el asiento—. Se jubiló antes de que yo me convirtiera en inspectora, pero coincidí con él en un par de casos cuando todavía era una agente. ¿Cómo es que se ha cruzado en tu camino?

—Me han ofrecido que me ayude. Aunque en este caso, «ofrecido» significa que tengo que aceptarlo, sí o sí. Es un miembro muy activo de la parroquia de Jayne Magee. Ya han convencido al comisario para que lo apruebe porque es gratis.

Si digo que no y se produce otro asesinato, me convertiré en el enemigo público número uno. —Ella giró bruscamente a la derecha y provocó que la mejilla de Callanach se posara en la ventanilla durante un segundo.

—Permíteme hacer de abogada del diablo. Te va a asesorar gratis un hombre que ha trabajado con la policía durante muchos años. ¿Por qué te niegas y qué tienes que perder? —Callanach apoyó una rodilla en el salpicadero para estabilizarse.

—No estoy convencido de que un perfil nos haga avanzar y temo que pueda llevarnos en la dirección equivocada. En el peor de los casos, podríamos pasar por alto a personas que en realidad deberíamos considerar sospechosas. Además, Harris está implicado personalmente. Querrá obtener resultados a toda costa para complacer a la congregación, y eso significa que puede que se esfuerce demasiado por encontrar respuestas donde no las hay.

—Entonces, deja que consulte los datos y cree un perfil y luego pasa de él —sugirió Ava.

—No creo que tenga muchas más opciones. Lo que de verdad quiero saber es si puedo confiar en su criterio profesional.

—Tu instinto ya te ha dicho que no confíes en él. Seguramente no necesitas que te anime a seguirlo —dijo ella, echando un vistazo al reloj—. Maldita sea —siseó al ver un semáforo en rojo.

—No, pero quizá esperaba que me confirmaras que mi instinto tiene razón.

—Quiere cabrearte porque él disfruta con eso. No solo parece Dios dibujado por un niño, sino que actúa como tal. Tuve la misma impresión cuando lo oí hablar por primera vez en una reunión informativa. Se daba muchos aires. A todos los buenos

policías que conozco siempre les preocupa haberse equivocado, no haberse esforzado lo suficiente, haber pasado algo por alto. De todo su ser emana exactamente lo contrario.

—Gracias —dijo Callanach—. Era justo lo que necesitaba oír.

—De nada —respondió ella—. Pero sé listo. Es un veterano y cuenta con el beneplácito de algunos peces gordos. En parte por eso se comporta así. Mantente alejado de él siempre que puedas. Si yo fuera tú, dejaría que tratara directamente con el comisario. Podrás agradecérmelo cubriéndome las espaldas. Será tranquilizador tener a un colega de alto rango que testifique a mi favor por todas las reclamaciones que estoy a punto de granjearme. —Atravesó por segunda vez la entrada del colegio St. Gabriella. Bajo la lluvia, el lugar parecía desierto. Callanach siguió a Ava hasta el edificio principal.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó una mujer con una expresión más seria de lo necesario. Parecía como si hubieran vuelto a su época de estudiantes.

—Soy la inspectora Turner —respondió Ava, mostrando su placa, aunque sin duda la secretaria ya sabía con quién estaba tratando—. Según los registros, ustedes son el último colegio que ha tenido a Felicity Costello como alumna. ¿Sigue asistiendo aquí a clase? —Antes de que la mujer pudiera responder, se abrió la puerta de un despacho al fondo y apareció un hombre.

—La información relacionada con los estudiantes es altamente confidencial. ¿Puedo preguntarle si dispone de alguna clase de autorización? —preguntó. Estaba algo nervioso, a la defensiva, pero intentó disimularlo con una sonrisa forzada. A Callanach le habría gustado pedirle que se callara.

—Sí —respondió Ava, entregándole los papeles.

—Entonces, me gustaría pedirle que me dé tiempo para convocar a los abogados de la escuela para que verifiquen este

documento. No querría que me acusaran de no haber cumplido bien con mi deber.

—Perdone, ¿quién es usted? —preguntó Ava.

—Justin Currie —respondió él—. Soy el director.

—Esta es una investigación muy seria, señor Currie, y aunque es libre de citar a los representantes legales del colegio, me gustaría tener acceso al expediente de Felicity Costello de inmediato —dijo Ava en tono tranquilo, pero sin ocultar la urgencia. La sonrisa de Currie empezó a flaquear.

—Puede llevar un rato encontrar el expediente de un alumno, así que, si quiere tomar asiento, iré a buscarlo. —Ava no tenía intención de sentarse y Callanach lo sabía. El director era especialmente malo leyendo a las personas si pensaba que podía salirse con la suya dando esas excusas en lugar de hacer lo que le habían pedido.

—Aunque usted es libre de ponerse en contacto con los abogados del colegio, su secretaria no puede avisar a nadie más sobre nuestra investigación. Espero estar siendo lo bastante clara. El inspector Callanach y yo iremos con ustedes —contestó Ava.

La sonrisa de Currie había dejado de vacilar y había desaparecido por completo. Por un momento, Callanach pensó que iba a protestar, pero finalmente su inteligencia emocional se había manifestado y se había dado cuenta del muro contra el que había chocado.

—Por aquí —pidió, señalando a la puerta por la que había salido.

El despacho del director estaba amueblado con sillones de cuero, muebles de nogal y alfombras lujosas. En la pared de detrás del escritorio, en un lujoso marco dorado, había una fotografía de una versión más joven del director arrodillado

ante un papa del pasado, pero Callanach no estaba lo bastante versado en temas religiosos como para recordar el nombre.

Bajo una ventana que daba al patio de recreo de las niñas, que aquel día no era más que un mar de hierba ondulada, había dos grandes archivadores. No cabía duda de que trabajar en el sector de la educación privada aportaba beneficios. Currie se dirigió al armario de la izquierda y abrió el cajón superior con una etiqueta en la que ponía: «A-D».

—Al final no va a ser tan complicado encontrarlo, señor Currie. Ya lo busco yo, gracias —anunció Ava, enfadada. No sabía por qué el director había fingido que iba a tardar en encontrar el expediente, pero desde luego no había sido para ayudar a la policía. Sacó dos carpetas del cajón, ambas etiquetadas con el apellido Costello, y encontró la de Felicity.

—¿Puede decirme qué están buscando? —inquirió el director. Ava no respondió. Hojeó el contenido de la carpeta, concentrándose en encontrar la información que necesitaba.

—¿Cuántas alumnas hay en este colegio? —preguntó Callanach para distraerlo mientras la inspectora trabajaba.

—Cuatrocientas veinte, incluidas las del último año —respondió él bruscamente—. ¿Qué delito están investigando?

Ava le dirigió una mirada penetrante.

—Felicity no ha asistido a las clases en los cinco últimos meses, ¿es correcto? —Él asintió—. Y al final de su expediente pone GM. ¿Qué significa eso? —Hubo una pausa, una tos y de nuevo el silencio. Callanach miró a Ava, que observaba a Currie, y se preguntó cuánto tiempo más le daría. Descubrió que no demasiado—. Señor Currie, ¿no dice nada por alguna razón en particular? —le preguntó.

—¿Estoy obligado legalmente a responder a esa pregunta? —se aventuró a decir Currie, pero era fácil leer la derrota en su

rostro.

—¿Por qué iba a negarse nadie a cooperar en una investigación criminal respondiendo a una simple pregunta? —Ava se puso la carpeta debajo del brazo.

—Es el nombre abreviado de otro colegio. GM significa «St. Gerard Majella» —Currie no estaba contento.

—¿Está en Edimburgo? —le preguntó Callanach a Ava.

—Si es así, nunca he oído hablar de él. —Volvió a centrar su atención en el director.

—Sí —confirmó él—. ¿Ya hemos terminado?

Ava no se molestó en contestar. Tenía lo que quería y aún quedaban un par de horas de jornada escolar. En menos de un minuto ya estaban dentro del coche. Callanach pidió la información por radio y poco después llegó la dirección.

—Es extraño descubrir que en mi ciudad hay un colegio del que nunca he oído hablar —comentó Ava—. Conozco el camino y nunca me he percatado de que hubiera un recinto escolar.

Esa vez no encontraron ningún semáforo en rojo. Callanach dejó a Ava a solas con sus pensamientos mientras conducía. Dos coches de policía se pusieron en fila detrás de ellos. Les habían pedido a una trabajadora social y al médico que había examinado a Lucy Costello que se reunieran con ellos en el colegio. No importaba que el director hubiera llamado a los señores Costello. Ava les había dado la oportunidad de no complicar las cosas la primera vez.

St. Gerard Majella era una decadente casa solariega situada en una calle apartada que debió de albergar a alguna familia adinerada de la zona. Tenía la peculiaridad de que no había ningún cartel que indicara a los visitantes el nombre o la finalidad de la institución. Era un edificio histórico imponente, aunque algo destartalado, que a primera vista necesitaba una

reforma, aunque las puertas y ventanas eran nuevas y contaban con un sistema de seguridad de última generación, que los mantuvo esperando durante un buen rato fuera, frente a la verja metálica.

Aparcaron el coche junto a la carretera y por fin los dejaron entrar a pie. Ava dejó a dos policías vigilando la verja y le pidió a un agente de su equipo que diera una vuelta por la parte trasera de la propiedad para comprobar que nadie abandonaba las instalaciones sin ser visto. Finalmente, se abrió una gigantesca puerta de madera y apareció una monja en el umbral.

—¿Sí? —preguntó. No iba a haber falsa cordialidad. Callanach lo prefería al breve y patético intento del director de hacerse el simpático. Ava le enseñó su placa y ella la cogió y la examinó detenidamente.

—Tenemos que hablar con Felicity Costello —anunció la inspectora—. Puede llamar a sus padres, pero tenemos personal especializado en menores. También nos gustaría que se sometiera a un examen médico.

—Vengan conmigo —fue su respuesta. Callanach estudió el rostro de la monja, pero era impenetrable. No se escandalizó, no mostró ni un ápice de curiosidad y no hizo ninguna pregunta.

—Currie ha llamado para avisar —le susurró Ava mientras la monja sacaba un pesado llavero de su cinturón. Examinó las llaves una a una antes de encontrar la correcta y meterla en la cerradura. Se encontraron en medio de un pasillo. Al final, había otra puerta cerrada con un panel de cristal a través del cual se veía una escalera.

—A la izquierda —dijo la monja, y los acompañó hasta un despacho que solo contenía cuatro sillas de madera para

invitados, un sencillo escritorio y un taburete en el que se sentó ella. El único indicio de que estaban en el siglo XXI era el sistema de comunicación del escritorio. Pulsó un botón rojo y habló con alguien que había en otro despacho—. Pasa la llamada —ordenó. Ava hizo ademán de protestar, pero la monja levantó la mano con la palma hacia ella—. Señor Costello —dijo—. Estoy con dos policías que están escuchando esta conversación para que sepan que no hay ningún secreto entre nosotros. Le pido que confirme que ha retirado recientemente a Felicity de esta escuela y que en la actualidad está bajo su custodia.

—Así es —dijo John Costello sin ni siquiera una sombra de la agresividad anterior.

—¿Felicity está con usted? —preguntó Ava, levantándose para superar el obstáculo de la mano.

Callanach creyó oír un llanto ahogado de fondo y se preguntó si Currie habría telefoneado primero al colegio o a los padres de Felicity. En cualquier caso, la actitud de John Costello había cambiado por completo.

—Sí, está aquí —respondió.

—Vamos para allá. No salgan de casa. Estaremos allí en unos minutos —ordenó Ava, que ya estaba en la puerta.

—Recuerda tu misión —añadió la monja. El llanto que se oía al otro lado de la línea se hizo más fuerte. La señora Costello había perdido el control.

—Sí, hermana Ernestine —dijo el señor Costello, sumiso, antes de colgar.

—Felicity estaba en casa desde el principio. Espero que la próxima vez investigue más a fondo antes de armar tanto jaleo —le dijo la monja a Ava. Callanach vio una vara sobre el escritorio, la cogió y le dio vueltas entre las manos.

—¿Un recuerdo de los viejos tiempos, hermana? —preguntó.

—Es una herramienta educativa antigua, agente —contestó, bastante molesta. Tal vez su presencia no la perturbaba, pero no le hacía ninguna gracia. Ava y Callanach siguieron a la hermana Ernestine hasta el pasillo, donde se detuvo para abrir de nuevo las puertas.

—Es un sistema de seguridad impresionante para un colegio. Las cámaras, las puertas… —comentó Callanach.

—Somos un colegio privado, con la seguridad de muchas chicas jóvenes en nuestras manos. ¿Puede imaginar lo que sucedería si entrara alguien malintencionado y se encontrara solo conmigo y con mis hermanas para proteger a las alumnas? Pensaba que un policía sería más comprensivo con nuestra situación —le espetó, y cerró la puerta antes de que él pudiera contestar.

Ava corrió hacia el coche. Callanach se quedó un momento observando las ventanas de los pisos superiores. Decir que las monjas estaban preocupadas por la seguridad era quedarse corto. Las ventanas estaban selladas y no había bisagras a la vista. Unas cámaras colocadas en al menos cuatro ubicaciones diferentes estaban apuntando hacia él, esperando a que se marchara. Era una fortaleza. ¿Qué clase de padres querrían que educaran a sus hijas ahí? Esa fue la pregunta que le hizo a Ava mientras regresaban al coche.

—Lucy Costello ya ha recibido una multa por traficar con éxtasis. Quizá las gemelas son unas niñas rebeldes y los padres pensaron que era mejor separarlas —especuló Ava.

El teléfono de Callanach sonó: era Tripp. El comisario lo estaba buscando. «No me extraña», pensó. Lo que se suponía que iba a ser una ausencia de media hora se había convertido en algo mucho más complicado. Pidió que un coche patrulla lo recogiera en la casa de los Costello para llevarlo a comisaría.

Ava todavía iba a tardar un rato.

Llegaron a casa de los Costello antes que el coche patrulla, por lo que Callanach presenció toda la escena. Ava llamó a la puerta. La trabajadora social de protección de menores fue la primera en presentarse y luego Ava le explicó a una pálida Felicity lo que estaba sucediendo. Las únicas palabras que pronunció la joven fueron para confirmar su identidad y consentir en ser interrogada. No mostró el más mínimo signo de rebeldía, no hizo ninguna escenita típica adolescente ni mostró chulería; solo era una chica tranquila y avergonzada que no levantó ni una sola vez la vista del suelo. Tal vez Felicity Costello abandonara a su hijo en un parque público, pero era solo una niña, una víctima más que una delincuente. Ava le puso suavemente el brazo sobre los hombros y la acompañó hasta un coche patrulla.

El jefe ya estaba en compañía del profesor Harris y del sargento Lively cuando Callanach llegó. Era una lástima. Esperaba poder presentar la información de su caso en privado y por adelantado. Sin duda, el sargento lo había previsto.

—Inspector, empezaba a pensar que ya no iba a venir —ironizó Harris.

Callanach no consideró digno de respuesta el comentario, pero miró furioso los papeles que el profesor tenía sobre las rodillas.

—Había solicitado que la divulgación de información confidencial tuviera lugar después de esta reunión. No creo que este sea el procedimiento correcto —dijo.

—No quería desperdiciar la mañana, así que el jefe ha accedido a dejarme examinar los expedientes de personas desaparecidas que su agente ha estado recopilando. También he hablado con su equipo, que me ha puesto al día del caso.

¿Cuál es su línea de investigación actual, inspector?

—Se basa principalmente en las investigaciones de la Policía Científica. Sabemos que el asesino utiliza cloroformo, que pasa mucho tiempo observando a sus víctimas y que planifica sus recorridos. Tenemos una vaga descripción de un hombre que estaba paseando a su perro cerca de la casa de Jayne Magee, pero no es suficiente para hacer un retrato robot.

—¡Parece que se ha limitado a esperar a que el asesino atacara de nuevo a ver si tenía más suerte la próxima vez! Menos mal que ahora me tienen a mí —exclamó Harris. Lively murmuró que estaba de acuerdo.

Callanach siguió el consejo de Ava y no dijo nada. Al menos Harris no podía causar muchos daños si se encargaba solo de examinar los expedientes de las personas desaparecidas, y así, él podría tener a Tripp a su disposición.

—Revise las pruebas si quiere y manténgame informado —dijo Callanach—. Podemos quedar pasado mañana a las nueve de la mañana para hablar del caso.

Harris sacudió la cabeza, haciendo una mueca de desaprobación.

—Mejor mañana a las ocho. Soy un lector muy rápido, inspector`, y aunque son muchos documentos no tardaré ni dos días en ponerme al tanto. Después, me gustaría pasar el resto de la jornada interrogando a sus testigos.

Callanach dejó que el profesor Harris formulara sus nuevas peticiones sin interrumpir. Así la reunión terminaría antes. Cuando los demás se fueron, el comisario le pidió que se quedara.

—Sé que no le gusta —dijo Begbie—, pero colabore con él. A lo mejor nos sirve de ayuda.

—Si quiere un perfilador, puedo encontrar uno. Llevé a cabo

algunas investigaciones con la ayuda de una psicóloga suiza con mucho talento. Puedo llamarla.

—No podemos permitírnoslo —respondió Begbie—. La verdad es que a mí ese tipo también me pone de los nervios, pero sería mucho más trabajoso excluirlo que permitirle que colabore.

—Creía que estaba de su parte —dijo Callanach.

—Deme un poco de crédito —comentó Begbie—. Y recuerde que, si no atrapamos a ese asesino pronto, mi cabeza terminará en el patíbulo antes que la suya. No hay prisa, ¿eh?

—Claro —respondió Callanach—, no hay ninguna prisa.

Capítulo 21

El detective Tripp había hecho un buen trabajo. Gracias a las fotos, Callanach pudo ver que la carretilla para bidones había sido arrojada desde el rompeolas del puerto de Granton. Si la marea no la hubiera hecho encallar en el fondo fangoso que había en la base del dique, nunca la habrían encontrado. Por sí sola habría sido difícil hacerla pasar como prueba, pero llevaba atada una bolsa de plástico gruesa que contenía la ropa de Jayne Magee. Las enviaron directamente al laboratorio, pero era solo una formalidad. La sangre que había en su ropa, definitivamente, era suya. La carretilla había ofrecido resultados aún menos útiles. La doctora Ailsa Lambert lo llamó justo cuando él le estaba escribiendo un correo electrónico.

—Se trata de los dientes de Jayne Magee —dijo—. La prueba que realizamos con hidróxido de sodio a la misma concentración que disolvió los huesos mostró un ritmo de degeneración diferente para los dientes, pero aun así el tamaño de los dientes que encontramos debería haber sido mucho menor. En cuanto a las piezas que faltan en la mandíbula superior, no tenemos ni idea de lo que ha pasado con ellas.

—¿Tienen alguna hipótesis? —preguntó Callanach.

—Los dientes inferiores deben de haberse colocado en el líquido más tarde que el propio hueso de la mandíbula.

Pensamos que varias horas después.

Callanach se acercó a la ventana y miró la calle gris. ¿Por qué el asesino había disuelto las partes del cuerpo en diferentes momentos? Quizá lo interrumpieron mientras limpiaba la carnicería o había un elemento ritual.

—Cerca de los restos de Elaine Buxton se encontró un bate de béisbol con el que el asesino la había golpeado en la cabeza y con el que le había roto algunos dientes. ¿Hay algún indicio de que hiciera lo mismo con Jayne Magee? —preguntó.

—Creo que no. La capa externa del esmalte está dañada, pero los dientes están intactos. En cuanto a la mandíbula, es posible que fuera golpeada con un bate de béisbol, pero solo quedan fragmentos y hay muchos trozos de hueso que no podemos ubicar anatómicamente.

—Gracias por informarme de las novedades, doctora Lambert.

Apenas colgó el teléfono, Ava entró en su despacho.

—El ginecólogo ha confirmado que Felicity Costello dio a luz recientemente —dijo—. La niña le ha dicho a la trabajadora social que estaba bien y le ha confiado por su propia voluntad que había un médico presente en el parto, pero luego se ha encerrado en sí misma. No quiero presionarla demasiado, ya ha sufrido bastante, pero pronto tendré algunas respuestas.

—¿Has interrogado ya a los padres? —preguntó Callanach, pegando unas notas en la pared junto a la foto de Jayne Magee.

—No tengo nada de lo que acusarlos y ya han llamado a un abogado. Podemos interrogarlos como testigos, pero dudo que nos ayuden.

—¿Y si encontráramos al médico que asistió el parto del niño? —sugirió Callanach.

—No es tan fácil como crees. Doy por hecho que dio a luz en

un hospital privado —respondió Ava, desplomándose exhausta en una silla.

—Sigue el dinero. Los padres tienen que haber pagado, de forma directa o indirecta. Si no hablan, tendrás un motivo para acceder a las cuentas bancarias del señor Costello. Puedes tener las respuestas mañana por la mañana, que es mucho más de lo que puedo esperar yo —dijo—. Vamos, bajo contigo. Voy a volver al puerto de Granton.

Se toparon con el profesor Harris en las escaleras, absorto en una conversación con el sargento Lively.

—¿Al final no te has deshecho de él? —le preguntó Ava.

—Estoy esperando el momento justo. ¿Han descubierto algo sobre tus amenazas de muerte?

—No, aunque no he tenido tiempo de preocuparme por ello. Hasta el comisario ha desistido de ponerme escolta. Sin embargo, es extraño que consiguiera deslizar la carta por debajo de mi puerta. En cierto modo, es más inquietante que si la hubiera dejado en mi casa, porque significa que puede entrar en este edificio sin ser detectado.

—¿Has considerado que podría ser uno de los nuestros? —preguntó Callanach.

—No quiero ni pensarlo —respondió—. Significaría que no estoy segura en ningún sitio y ese camino conduce a la locura. Prefiero pasar página y asumir que quien envió esa carta ha hecho lo mismo. Ahí está Felicity con la trabajadora social. Ahora vengo, ¿me esperas?

—Por supuesto —dijo Callanach, y se quedó atrás mientras Ava hablaba con la funcionaria de Protección de Menores.

—Si ha decidido internarla en un alojamiento seguro, solo tengo que hacer una llamada al Departamento de Menores para que le preparen una habitación —le dijo la trabajadora social

en tono tranquilo. Callanach miró a Felicity. La chica estaba escuchando, cabizbaja pero atenta.

—No creo que sea necesario —respondió Ava—. Está muy afectada y, aunque sus padres no cooperan, preferiría que durmiera en su propia cama. Voy a informar a los Costello.

—No —murmuró Felicity. Callanach leyó la palabra en sus labios y se dio cuenta de que Ava no la había oído. La inspectora se dirigió hacia la puerta de cristal, detrás de la cual John y Mary Costello esperaban noticias de su hija. Los ojos de Felicity se llenaron de lágrimas. Miró primero a la trabajadora social, que estaba ocupada al teléfono, luego a Ava, que estaba casi fuera de su alcance, y finalmente a Callanach—. No quiero volver a casa —le dijo.

—¡Inspectora Turner! —gritó Callanach. Ava se volvió para mirarlo a través del cristal de las puertas que se acababa de cerrar. Le hizo señas para que regresara, buscó una silla para Felicity y se llevó a Ava a un lado para explicarle la situación. Después se sentaron con la niña temblorosa y le explicaron lo que iba a ocurrir.

—¿Estás convencida? No puedo decirte con seguridad adónde irás esta noche y permanecerás bajo custodia policial hasta que hayamos decidido qué hacer —aclaró Ava.

—¿Estás en peligro, Felicity? —le preguntó Callanach. La chica negó con la cabeza, refugiándose de nuevo en el silencio. Cuando la trabajadora social terminó de hablar por teléfono se reunió con ellos.

—He cambiado de opinión —anunció Ava—. Creo que es preferible que Felicity permanezca en un lugar vigilado esta noche. ¿Qué opciones tenemos?

—Hay un centro a un par de kilómetros de aquí, pero solemos utilizarlo para niños violentos.

—No nos sirve —dijo Ava—. ¿No hay ninguno más? —Callanach vio cómo se inclinaba hacia la trabajadora social y le susurraba al oído—: Si es cuestión de dinero, puedo cubrir los gastos yo misma.

—No es eso. El problema es encontrar un lugar con adultos adecuadamente formados. —La trabajadora social echó un vistazo al reloj—. Hay una madre de acogida que tiene mucha experiencia y, si solo van a ser un par de noches, podría echarnos una mano. No es el procedimiento normal, pero…

—¡Perfecto! —exclamó Ava—. No te vas a escapar, ¿verdad Felicity?

La chica la miró a los ojos por primera vez.

—No, se lo prometo. Gracias —respondió.

Callanach fue solo al puerto de Granton. Dentro del almacén, la zona prohibida antes delimitada por una cinta amarilla se había convertido en un jardín absurdo, ajeno al paisaje industrial. Había flores, coronas, ositos de peluche, postales, cartas y velas apagadas prematuramente por la feroz brisa marina, como la corta vida de Jayne, rodeados de edificios hasta donde alcanzaba la vista. Callanach se detuvo a contemplar la alfombra de condolencias y oraciones, preguntándose cómo era posible que una sola persona hubiera tocado el corazón de tantas otras. Se agachó, cogió una tarjeta con un mensaje sencillo: «Muerta, pero nunca olvidada», y luego otra: «Nos la han arrebatado demasiado pronto». El resto contenía otras frases similares, variaciones sobre el tema de la gratitud y la pérdida, algunas más personales, otras de admiradores desconocidos, y entre esas expresiones de amor, una tarjeta con el borde negro escrita a mano.

Como en todas las iglesias de los santos, que las mujeres callen en las asambleas, pues no les está permitido hablar; más bien,

que se sometan, como dice incluso la ley; pero si quieren aprender algo, que pregunten en casa a sus maridos, pues es indecoroso que las mujeres hablen en la asamblea.

Corintios 14:34-35

Se metió la desagradable e inapropiada tarjeta en el bolsillo y se levantó, esquivando por poco a una mujer que estaba colocando un ramo de flores. Lloraba mientras acunaba suavemente al recién nacido atado a su pecho con un fular portabebés.

—¿Está bien? —le preguntó Callanach automáticamente.

—No me puedo creer que se haya ido —respondió ella con un hilo de voz—. ¿De qué la conocía?

No sabía cómo responder a esa pregunta. La verdad era demasiado repulsiva.

—Era amiga de un amigo mío —decidió finalmente—. ¿Y usted?

La mujer alisó el escaso cabello del bebé porque el viento se lo había despeinado.

—Esta es Victoria. Cumplirá seis meses el sábado. Es la niña de Jayne. —La mujer besó las mejillas regordetas de la niña y la abrazó de forma protectora. Callanach la miró boquiabierto. No era la respuesta que esperaba. La chica continuó hablando antes de que él pudiera decir nada—. Al menos, así es como mi marido y yo pensamos en ella. Llevábamos años intentando tener hijos, pero no conseguimos reunir el dinero necesario para la fecundación *in vitro*. Solos no podíamos permitírnoslo. Nosotros ya asistíamos a la parroquia de Jayne antes de que la trasladaran a St. Mary. Cuando se lo conté, se ofreció a darnos el dinero. Al principio nos negamos, pero cada año que pasaba el dolor de no poder tener hijos se hacía más y más insoportable. Al final decidimos preguntarle si seguía dispuesta

a ayudarnos.

—No podría permitírselo con su sueldo —reflexionó Callanach en voz alta.

—Era dinero de un fondo fiduciario. Su padre jugaba en bolsa. Le resultaba intolerable gastarse ese dinero en sí misma, pero dijo que ayudarnos a tener un bebé era el mejor uso que podía hacer de él. —Intentó sonreírle a la niña, pero no pudo ocultar su profunda tristeza—. ¿Quién podría matar a una persona así? No tiene sentido. ¿Sabe una cosa? Nos habría pedido que lo perdonáramos. Bueno, pues yo no puedo. He rezado para dejar de lado el odio, pero no creo que eso ocurra nunca. —La niña empezó a gemir, tal vez porque percibía la angustia de su madre—. Y la policía no ha hecho nada —continuó diciendo—. ¿Cuántas mujeres más tienen que morir para que las autoridades consideren este caso una prioridad?

Callanach se sintió como un impostor y fue incapaz de hacer ningún comentario; aunque quería defenderse, sabía que era demasiado tarde para revelar la verdadera razón por la que estaba allí.

—Lo siento mucho —murmuró y se dispuso a marcharse, pero sintió que la mujer lo observaba mientras consolaba a la niña y se secaba las lágrimas, quizá viendo en su rostro más de lo que quería mostrar.

Callanach echó una última mirada a la marea de dolor y gratitud, y luego salió del almacén hacia donde habían abandonado la carretilla. Era un corto tramo a pie por una zona tranquila. No había conexiones reconocibles entre los métodos que había elegido para deshacerse de los cadáveres ni entre los lugares donde los había abandonado. Su equipo no había encontrado ninguna relación entre Buxton y Magee, pero debía de haber alguna. Eran dos mujeres que habían llamado la

atención del mismo hombre. Las dos trabajadoras, respetadas y dedicadas a su profesión. Elaine Buxton estaba muy unida a su madre, aunque la noticia de que Jayne Magee procedía de una familia adinerada era nueva para Callanach. Ambas eran personas de éxito, mujeres a las que admirar, y la reverenda Magee había dejado un gran legado. En cualquier otra circunstancia, Callanach habría pensado que la forma en que la mujer había llamado a su hija, «la niña de Jayne», era una exageración retórica. Pero un luto inesperado despertaba los altibajos de las emociones humanas que teñían cada recuerdo de una intensa conmoción. Quizá las buenas acciones de Magee habrían pasado desapercibidas para el gran público si su vida hubiera seguido un curso más normal, pero la atención que había obtenido la había colocado casi bajo una luz de santidad.

Callanach miró a su alrededor, bajo el azote de la brisa marina, mientras salpicaduras de agua amarga le dejaban residuos salinos en la cara. Era un lugar extremadamente oscuro. Nadie permanecía allí más tiempo del necesario. Solo los más tenaces podían caminar a lo largo del rompeolas por placer. Sin embargo, el asesino debió de visitar el puerto varias veces antes de elegir el almacén, decidir dónde aparcar el coche y cuál era el mejor lugar para arrojar la carretilla al mar. El hombre que había matado a dos mujeres en la cima de sus carreras, en la flor de sus vidas, había estado allí, escudriñando el mismo mar, concentrándose en los más pequeños detalles. Callanach observó las olas. ¿Cuántos pecados había arrastrado el agua de ese mismo lugar desde el día en que Edimburgo se convirtió en una próspera ciudad cosmopolita? Se quedó mirando el barro que había capturado las escasas pruebas de la muerte de Jayne Magee y con el que se veía obligado a conformarse. A lo largo de la orilla había otros trofeos dejados

por las mareas: una silla de escritorio, una placa, tapacubos, los inevitables carritos de la compra, esqueletos metálicos de paraguas robados por el despiadado viento escocés e incluso un cochecito de bebé.

—Debió de asomarse aquí más de una vez —murmuró Callanach, mirando al mar—; y en algunas ocasiones, durante sus visitas, debió de encontrar la marea baja. —Las olas no respondieron, pero depositaron otro objeto, una vieja y abollada nasa para langostas que quizá llevaba años a la deriva —. ¿Cómo es posible que un asesino tan minucioso pasara por alto que las pruebas de las que intentaba deshacerse resurgirían? —se preguntó. Una gaviota aterrizó junto a él y chilló tan fuerte que lo hizo sobresaltarse. Si hubiese sido propenso a dejarse llevar por la imaginación, cosa que no era, Callanach habría pensado que el pájaro lo estaba llamando estúpido. Cogió el teléfono y llamó a Salter.

Volvió a casa, recordó que no tenía nada en la nevera y pensó en pedir comida a domicilio, pero se vio a sí mismo comiendo solo delante de la tele, así que decidió enviar un mensaje. Una hora más tarde, Ava Turner entraba en el restaurante jamaicano en el que habían quedado, a diez minutos a pie de la casa de Callanach. Habían decidido no hablar de trabajo esa noche. Parecía cansada, exhausta, y él también se sentía así. Llevaba el pelo suelto y sus rizos castaños le enmarcaban el rostro. Estaba pálida e iba sin rastro de maquillaje, y dedujo Ava Turner era de esa clase de mujeres que no se preocupaban por causar buena impresión. Era un alivio estar con una persona tan poco vanidosa. Callanach ya le había pedido un *gin-tonic* y se lo ofreció antes de que se sentara. Ava se bebió la mitad antes incluso de quitarse el abrigo. Luego le dijo que pidiera por ella. Veinte minutos más tarde estaban dándose un

atracón de pollo a la jamaicana con arroz y guisantes.

—Creo que esto es lo mejor que he comido en mi vida —masculló Ava con la boca llena. Tragó y dijo—: Ay, perdón. Soy una maleducada. No me había dado cuenta de que tenía tanta hambre. Creo que no como nada decente desde hace una semana. Pero ¿dónde están los guisantes?

—En realidad son alubias rojas. No sé por qué lo llaman arroz con guisantes. Descubrí la comida jamaicana cuando me destinaron allí para colaborar con la policía local en la persecución de un capo de la droga sospechoso de asesinar a numerosos traficantes rivales en toda Europa. A veces sueño con mudarme allí, a una cabaña en la playa, y comer esto todos los días.

—Acabarías pesando cien kilos y la piel se te volvería como la de un lagarto. Además, echarías de menos el estrés constante y a los cabrones locos con los que trabajamos. —Ava llamó a la camarera y le señaló los vasos vacíos.

—¿Te refieres a los sospechosos o a los policías? —preguntó Callanach.

—A los dos, pero habíamos quedado en no hablar de trabajo. ¿Al final atrapasteis a ese capo jamaicano?

—Tuve que regresar a Francia de inmediato después de su arresto. Obviamente, su puesto no quedó vacío, lo reemplazó un hombre igual de malvado, dispuesto a liderar a personas que hacen cualquier cosa que se les pida con tal de escapar de la aterradora pobreza en la que viven.

—¿Por qué tuviste que volver a Francia? —preguntó Ava, soltando por fin el tenedor tras dejar el plato limpio.

Callanach vio en su mente a su superior de la Interpol salir del coche que lo había llevado al aeropuerto. Su expresión le advirtió de que algo iba muy mal.

«Luc, perdóname. Te van a llevar directamente a Lyon —había dicho su jefe. Al recordarlo, frunció el ceño.

—Lo siento, cambiemos de tema —dijo Ava. Callanach se dio cuenta de que había dejado entrever su incomodidad—. ¿Quieres café?

—No, a no ser que tú quieras. —Callanach se acabó su bebida —. Pero estaría bien dar un paseo, ¿no? —sugirió, tendiéndole la tarjeta de crédito a la camarera.

Caminaron en silencio por el Puente Norte, deteniéndose a medio camino de mutuo acuerdo para contemplar las vistas desde la estación de Waverly. Durante el día era una monstruosidad industrial, pero por la noche se convertía en un río de luz. Callanach se apoyó en el muro del puente y sacó del bolsillo un maltrecho paquete de Gauloises.

—No sabía que fumabas —comentó Ava.

—Solo lo hago en contadas ocasiones, pero no puedo estar en un puente de noche sin un cigarrillo en la boca. Soy incapaz de romper ese hábito.

—Eres tan francés… —río ella.

—Vamos —dijo él—. Tomemos un café en mi casa. Incluso para los estándares escoceses, este viento es lo bastante fuerte como para causar daños permanentes. —Caminaron de vuelta hacia Albany Street mientras Ava señalaba los lugares emblemáticos y le contaba anécdotas sobre el tormentoso pasado de Edimburgo con la habilidad de una guía turística. Los ladrillos ennegrecidos y los imponentes edificios hacían que la ciudad pareciera el decorado de una película gótica, pero lo que lo fascinaba no eran los castillos ni las iglesias, ni siquiera los edificios majestuosos: eran las calles laterales, callejones llenos de sombras que divisaba de pronto con el rabillo del ojo y que se perdían en la oscuridad más absoluta

cuando se asomaba a ellos, cercados por todos lados, incluso por arriba, por los edificios circundantes. A altas horas de la noche, aquellas estrechas calles parecían máquinas del tiempo, ya que apenas habían cambiado a lo largo de los siglos. Era a la vez fascinante y desconcertante. Edimburgo era una gran cebolla vieja; no había perdido nada de su contenido interior, pero contaba con edificios nuevos y arquitectura moderna que solo habían añadido capas a su núcleo. Por primera vez, mientras Ava hablaba, Callanach pensó que con el tiempo podría aprender a amar la ciudad. No era tan diferente, después de todo, de las ciudades y pueblos franceses a los que había llamado hogar.

Abrió la puerta exterior y dejó entrar a Ava. Ni siquiera se había quitado el abrigo y ella ya estaba en la cocina encendiendo el hervidor. Le ofreció un café, se quitó los zapatos y se sentó con las piernas dobladas debajo de sí misma. Callanach pensó que era curioso que las mujeres resultaran más sexis precisamente cuando no intentaban serlo. Miró las botas informales de Ava, que estaban en el suelo, y la forma en que se había acurrucado, con la taza en la mano, completamente desinhibida y a gusto.

—Háblame de ti —le dijo—. No estás casada ni comprometida, ¿no? ¿No hay nadie en tu vida?

—Solo un par de cientos de policías durante doce horas al día. Yo diría que tengo demasiada gente en mi vida —bromeó Ava.

—No, hablo en serio. Vas al cine sola, pasas más tiempo en el trabajo que en casa… Debe de haber algo más.

—Amigos —respondió ella—. Ha habido algunos novios, por supuesto, pero no entendían mi trabajo. No solo los horarios, sino el hecho de que tu mente nunca deja de trabajar en un caso, ni siquiera cuando estás en la ducha, viendo la televisión o

durmiendo. La única alternativa realista era salir con un colega y las consecuencias serían desastrosas. Además, tener citas es agotador. Al principio, estaba demasiado ocupada, y luego, con el tiempo, perdí la práctica. Siempre acaban llamándome en medio de una cena romántica y de una forma u otra los decepciono. Ahora creo que he olvidado cómo estar con alguien. O quizá ya no quiero hacerlo. No sé cuál de los dos es el verdadero motivo. Por cierto, este café está muy bueno.

—¿Nunca te sientes sola? —preguntó Callanach. Sabía que se había adentrado en un terreno peligroso. Había mantenido a todos a distancia durante tanto tiempo que a una parte de él le aterrorizaba bajar la guardia. Otra parte, en cambio, quería acabar con su inmensa soledad.

—Pareces mi tía —dijo Ava riendo—. Tener tiempo para sentirme sola sería un lujo. Quizá podría decir que estoy enferma un par de días para probarlo. —Dejó la taza sobre la mesa—. Ahora me toca a mí. Se rumorea que te recomendó alguien de la Interpol. No es fácil entrar en la policía de otro país, por muy bueno que seas. ¿Cuál es la historia?

Callanach suspiró y se encogió de hombros.

—En parte es verdad y en parte es una dulce ilusión. Seguramente alguien hiciera una llamada. Incluso a mí me sorprendió que me aceptaran aquí, pero la recomendación era tanto una forma de librarse de mí sin hacer mucho ruido como de ayudarme. Fue una solución beneficiosa para todos. Después de todo, podría haber sido mucho peor.

Capítulo 22

King ya no perdía el tiempo atando a Elaine. No se levantaba de la cama más que para ir al baño y lo hacía apoyándose en los muebles. Él había abandonado las precauciones iniciales al entrar en la habitación, preocupándose solo de pasada de que ella pudiera recuperar el ánimo de repente y esperarlo detrás de la puerta para intentar atacarlo. La había destruido por completo. Elaine era un cachorro que había recibido demasiadas patadas y que ya hacía tiempo que había dejado de intentar morderle los talones a su dueño. No había sido su intención causarle un daño tan grave y se sorprendió por la rapidez con la que había ocurrido. Después de todos los problemas que por los que le había hecho pasar, se había convertido en una piltrafa quejumbrosa y marchita.

La reverenda Jayne Magee era diferente. No se había equivocado al juzgarla. Se preguntó si era la fe o la ruleta genética lo que la hacía más resistente. Quizá pudiera hacer un experimento para probar ambas teorías, pero no iba a ser esa noche. Era hora de averiguar si habían aprendido ruso. En los últimos tiempos, se había ocupado muy poco de su educación, pero no podía ser demasiado duro consigo mismo. Se sentía como si estuviera intentando representar un espectáculo de marionetas con las manos atadas a la espalda.

Natasha estaba en las nubes después de la conferencia de la inspectora Turner. King no recordaba haberla visto nunca tan animada. Se sonrojó de placer ante los cumplidos que recibió su amiga durante el refrigerio, como si estuvieran dirigidos a ella.

King echó las verduras en la batidora y añadió un poco de caldo de pollo. No era un plato imaginativo, pero las señoras tendrían que conformarse con él. Al menos no consumirían demasiadas calorías. Trató de no recordar el momento en el que se había abierto paso entre los estudiantes para presentarse a Ava Turner. No quería pensar en ello porque Natasha lo había vuelto a enfurecer. Parecía haber conseguido convertir en un arte la práctica de hacerlo sentirse inútil. Si pensaba en ello, acabaría desquitándose con Elaine y Jayne, y no quería verse reducido a eso.

Metió la sopa en el microondas, cantando a voz en grito junto con la radio para ahuyentar el recuerdo, sacándola a intervalos regulares para asegurarse de que no estuviera demasiado caliente. Las encías de Jayne seguían inflamadas y el calor haría que empeorasen. Se veía obligado a administrarle dosis masivas de antibióticos para prevenir una infección. No obstante, estaba orgulloso de sí mismo. Había mejorado mucho en comparación con el trabajo realizado con Elaine. No tenía la culpa de sus primeros y torpes intentos. Aprender las técnicas que los dentistas tardan años en perfeccionar, solo con un libro y una serie de torpes tutoriales de Internet de dudosa procedencia, no era moco de pavo. Sin embargo, las mejoras que se podían conseguir con un poco de práctica eran asombrosas. Solo esperaba poder decir lo mismo de su ruso aquella noche. Necesitaba que volvieran a ejercitar su intelecto y Elaine ya había superado el plazo límite. King vertió la sopa en tazas con pajitas y se dirigió a las escaleras del sótano. Se

detuvo unos segundos y escuchó; al no oír nada, se felicitó por la eficacia de la insonorización que había instalado. Nunca había oído un solo ruido procedente de la zona secreta cuando estaba en casa. Era como si no existieran.

—De hecho, técnicamente no existen —dijo, mientras abría la puerta—. Legalmente hablando, las dos están muertas. Me pregunto si existe un nombre colectivo para decir «cadáveres».

Elaine se había movido, lo cual era un progreso. Jayne estaba sentada en la cama, con una mano esposada al cabecero para que pudiera acceder a un baño portátil que había comprado. Elaine había abandonado la cama y yacía con la cabeza en el regazo de la reverenda, que le estaba acariciando el pelo. Cuando les llevó la sopa, se quedaron inmóviles.

King ayudó a Elaine a sentarse a la mesa y dejó su ración delante de ella. Ya hacía mucho tiempo que ella no ofrecía resistencia; de hecho, empezó a sorber la sopa enseguida.

—Te he puesto un pijama limpio sobre la cama. Deja el sucio en la cesta junto a la puerta que te enseñé la última vez —dijo —. E intenta lavarte mejor. Dado que te dejo libre para moverte por la habitación, espero que utilices el baño correctamente. Con una ducha al día es suficiente. Y si eso es demasiado para ti, al menos enjuágate en el lavabo con una toalla. —Elaine no levantó la vista; estaba concentrada en la sopa, encerrada en su mutismo. King le tendió la otra taza a Jayne, que la dejó sobre la mesilla de noche sin mirarla.

—Me duele la boca —dijo—. Necesito analgésicos.

—Abre —ordenó él. Tenía razón, las encías inferiores estaban cubiertas de racimos de úlceras. Los antibióticos no eran lo bastante fuertes.

—¿Qué has hecho con mis dientes? —preguntó ella.

—Los puse con el cadáver de Grace, para reemplazar los

suyos. El mundo necesitaba pruebas de tu muerte. ¿Te acuerdas de la poquita sangre por la que armaste tanto escándalo cuando te la saqué?, pues la rocié sobre tu ropa y la dejé a poca distancia del cuerpo, donde pudiera ser localizada.

—Averiguarán que no soy yo —dijo ella—. La ciencia forense está mucho más avanzada de lo que piensas.

—No les he dejado mucho con lo que trabajar —replicó él—. ¿Tan descuidado crees que soy? Estuve varios meses investigando. Sé exactamente cuándo pueden obtener ADN y cuándo no.

—La velocidad a la que avanza la ciencia es impredecible. No se sabe qué pruebas podrán hacer dentro de un mes o de un año —espetó Jayne, que esa noche estaba combativa. Disfrutaba más de su compañía cuando era polémica. Estaba mucho más vital, como la primera vez que la había visto, enfrascada en un acalorado debate público.

—Pero no habrá ningún motivo para analizar tus restos de nuevo. Estás muerta. Aún no se ha celebrado el funeral, pero ya lo sabe todo el mundo. —King echó dos aspirinas solubles en un vaso de agua y se lo tendió. Quería echárselo en cara, se le notaba, pero no lo hizo. Sufría demasiado para comportarse de forma imprudente. King respetaba su capacidad para mantener la cabeza fría—. Olvida tu vida pasada, Jayne. Has tocado fondo. Admítelo. Acéptalo. Ya no puedes hacer otra cosa que volver a subir. La vida aquí conmigo podría ser muy gratificante.

—Esto no es vida —protestó Jayne.

Elaine se atragantó. King oyó la tos en el fondo de su garganta. La batidora no había hecho bien su trabajo. Se levantó de mala gana de la cama de Jayne y empezó a darle fuertes palmadas en la espalda. Después de una fuerte

sacudida, escupió un trozo de una sustancia vegetal grisácea que aterrizó directamente sobre su zapato. King hizo una mueca y sacudió el pie, luego cogió un pañuelo y limpió furiosamente la piel brillante.

—Maldita criatura asquerosa —siseó—. Procura recuperarte o no me dejarás otra opción que deshacerme de ti.

Elaine se echó a llorar, abrazándose a sí misma.

—Ignóralo, cariño —murmuró Jayne.

Ahí estaba otra vez. Esa sugerencia. Esa palabra. King empezó a ponerse rojo.

—¡Cierra el pico, Natasha! —gritó; saltó hacia Jayne y le dio una bofetada tan fuerte que sonó como el estallido de un globo. Elaine gritó y se tiró al suelo, con las manos por encima de la cabeza, como si hubiera estallado una bomba.

Jayne levantó la cara y lo miró fijamente.

—¿Quién es Natasha? —inquirió.

—¿Qué has dicho? —preguntó King—. ¿De qué la conoces?

Jayne parpadeó lentamente, frunciendo el ceño.

—Acabas de llamarme Natasha —contestó ella—. Cuando me has golpeado. ¿No te acuerdas?

No. No recordaba nada. En realidad, ni siquiera recordaba haber hablado.

—Habrás oído mal —dijo—. No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

Jayne insistió. Era un desafortunado efecto secundario de su audacia encomiable.

—No lo he oído mal. Tal vez no te has dado cuenta de que has dicho su nombre, pero lo has pronunciado claramente. Esa mujer te altera. ¿Qué te ha hecho?

El recuerdo lo asaltó, a su pesar.

Estaba tendiéndole la mano a la inspectora Turner, listo para

felicitarla y ofrecerse a ir a buscarle algo de beber.

—Ava —había dicho—. Soy el doctor King. Su conferencia no ha estado nada mal. —Natasha se había entrometido y había apartado la mano de la inspectora para impedir que se la estrechara y luego se había llevado a su amiga a otro sitio, susurrándole algo al oído. Pero él la había oído.

—Lo siento, ignóralo —había dicho Natasha—. No debería haberte llamado por tu nombre de pila.

—No pasa nada —había respondido Ava, pero se había dejado llevar lejos de él sin volverse siquiera para mirarlo. King se había quedado con la mano colgando en el aire, como un tonto. Ignorado. Justo lo que Natasha quería.

—¿Doctor King? —lo llamó Jayne—. ¿Está bien?

—¡Deja ya esos malditos jueguecitos psicológicos! —La agarró por el cuello, apretó con fuerza y acercó su cara a la de él—. Y deja de hacer de madre con ese patético parásito que hay en el suelo. —Jayne trató de arrancarle los dedos de su cuello, pero fracasó. King intentó reprimir su propia excitación creciente, pero también fracasó—. Deberías estarme agradecida. Te he dejado todos los dientes superiores para que no sufrieras tanto como Elaine. No tenía que ponerte en tu sitio como hice con ella. Solo quería tu respeto, pero tú en cambio me tratas como si fuera un idiota. —La empujó contra la almohada y se limpió las lágrimas y la saliva que le habían caído en el dorso de la mano en las sábanas. Se sentó y apoyó los pies sobre la espalda temblorosa de Elaine, que seguía acurrucada en el suelo—. No debería permitirle que me alterara de esta manera. Natasha solo está jugando para llamar mi atención. He abordado el problema de la manera equivocada, creyendo que podía sustituirla. Ni siquiera tú, Jayne, con toda tu santurronería e ideología inquebrantable, tienes el efecto que tiene ella en mí.

Ha llegado el momento de rendirse a la evidencia. Ahora lo tengo todo más claro. Eso es lo que quiere. —Pateó a Elaine bajo la barbilla y la obligó a levantar la cabeza y mirarlo—. Y como en realidad no hay sitio para una tercera cama, tendréis que ganaros el derecho a quedaros. —Levantó a Elaine del suelo y la llevó a rastras hasta su cama—. Así que poneos las pilas. Habrá un concurso. Te gustará, Jayne. Pareces una persona competitiva, aunque pacífica. La que me cause la mejor impresión podrá quedarse. Sois lo bastante inteligentes como para que no tenga que explicaros lo que le pasará a la otra. Quiero que me tratéis con amabilidad. Espero conversaciones, interés, debates. Y no quiero lloriqueos.

King estaba inclinado sobre Elaine, escupiéndole saliva en los ojos; le brotaban gotas de sudor en la frente. Estaba muy nervioso. Y se dijo a sí mismo que eso era porque por fin había comprendido que debía descargar su rabia directamente sobre Natasha. Ya no podía ocultarlo. Con una claridad cristalina, el doctor Reginald King comprendió exactamente lo que tenía que hacer y cómo.

Capítulo 23

—Felicity Costello dice que solo hablará contigo —dijo Ava. Callanach se pasó el teléfono a la mano izquierda para subrayar con la derecha algunas frases de la declaración de Liam Granger. El ciclista que había visto al secuestrador de Jayne Magee hablando solo estaba de camino y Callanach quería estar bien preparado.

—No lo entiendo —respondió—. ¿Por qué quiere hablar conmigo?

—Dice que tú fuiste la primera persona que la ayudó. ¿Puedes hacerte cargo del interrogatorio?

—¿No te importa? —preguntó él.

—Mientras Felicity hable, no me importa quién se lleve el mérito. —Ava sonaba muy animada; todo el cansancio de la noche anterior se había esfumado, aunque se había quedado en su casa hasta que habían dejado de charlar, a las dos de la madrugada.

—Entonces, cuenta conmigo, pero tengo una reunión informativa con el profesor Harris —aclaró. No hacía falta que le confesara lo que estaba pensando—. Supongo que ya habré terminado a las nueve. ¿Puedes distraerla y mantenerla ocupada mientras tanto?

—Parece que hoy voy a desayunar fuera —comentó Ava.

Callanach se dirigió a la sala de reuniones. De buena gana se habría sentado atrás, pero la agente Salter lo informó de que le habían reservado una silla en primera fila.

—¿Llamó a Jonty Spurr anoche? —le preguntó.

—Sí. Y he reservado dos habitaciones en Braemar.

—Me había olvidado de ese hotel —se quejó Callanach.

—No se preocupe —dijo ella—. Estaba lleno porque acababa de llegar un grupo de turistas en autocar. Vamos a alojarnos en un *bed and breakfast* de la carretera. Tendremos que irnos mañana sobre las cuatro de la tarde, si le parece bien.

—Perfecto —respondió—. ¿Por qué no empieza esto ya?

—Al profesor le gusta que alguien lo presente. Según el sargento Lively, debería hacerlo usted.

Callanach resistió el impulso de quedarse sentado y fingir que no pasaba nada. Sin embargo, logró improvisar un discurso, algo artificioso, agradeciendo al profesor Harris su ayuda y a la Iglesia Episcopal escocesa por la financiación otorgada. Parecía más una entrega de premios que una reunión informativa.

—Gracias, inspector —dijo el profesor Harris mientras pulsaba las teclas de su ordenador portátil para iniciar la presentación—. Esta noche he leído y he asimilado las pocas pruebas que hay. —El agente Tripp resopló ante la insinuación despectiva—. La primera diapositiva muestra las características físicas del asesino. Sabemos que es un varón caucásico, de entre treinta y sesenta años, de estatura y complexión medias. También sabemos que es lo bastante fuerte como para arrastrar el cuerpo de una mujer adulta, por lo que podemos deducir que está en buena forma. —Callanach se atrevió a echar un vistazo a su reloj. No quería hacer esperar a Felicity Costello, pero si Harris seguía mostrando todo lo que ya sabían, estarían allí todo el día.

—Entonces, basándonos en sus suposiciones, profesor Harris, ¿qué tenemos? —preguntó, tratando de acelerar las cosas.

—Las mías no son suposiciones, inspector, sino conclusiones basadas en análisis científicos y en muchos años de experiencia. —Callanach se mordió la lengua—. Empecemos por lo irrefutable, la naturaleza sexual de los delitos. Las mujeres objetivo son profesionales inteligentes y sociables, que presumiblemente están fuera de su alcance. Es inevitable que las utilice para satisfacer sus fantasías sexuales, razón por la que sintió la necesidad de deshacerse de los cadáveres de forma tan definitiva. De este modo ha impedido que la Policía Científica consiga pruebas de violencia sexual, lo que para él significa escapar de sus actos. Sentirá vergüenza, remordimientos y probablemente sufrirá ataques de pánico. En otras ocasiones, querrá revivir esas experiencias; puede que las haya grabado para volver a verlas, y es plausible que busque material pornográfico similar en Internet.

—Entonces, ¿deberíamos buscar a alguien con antecedentes de violencia sexual? —preguntó el sargento Lively.

—Desde luego —confirmó Harris—. Los delincuentes sexuales que llegan al punto de matar en el momento álgido de la violación empiezan inevitablemente con agresiones menores que luego van escalando. La evolución del acoso es una tendencia clara en estos casos. Deberían investigar a los delincuentes ya fichados que viven en la zona, empezando por los que han sido detenidos por exhibicionismo y terminando por los violadores. Sin duda ya habrán consultado el registro de delincuentes sexuales de la zona donde vivían las dos mujeres.

Todas las miradas se volvieron hacia Callanach. Suspiró. Esperaba no tener que responder a ninguna pregunta.

—Sin pruebas de violencia sexual sobre ninguna de las dos

mujeres, me pareció que limitarnos a considerar solo un tipo de delito reduciría demasiado la búsqueda.

El profesor Harris le dio una palmada en el hombro con actitud paternalista. Callanach reaccionó apretando los puños ante esta intrusión en su espacio personal. Pensó que cualquier perfilador decente sería capaz de leer su lenguaje corporal a un kilómetro de distancia. Pero al parecer Harris no.

—Bueno, por eso me llamaron. En cuanto al perfil psicológico, buscamos a una persona desorganizada, capaz de pensar con claridad a veces, pero solo durante breves momentos. Tiene un buen conocimiento científico y valdría la pena considerar a personas que trabajen en el sector industrial.

—No puede ser desorganizado —objetó Salter—. Secuestró a dos mujeres en su domicilio y se deshizo de sus cadáveres en lugares públicos sin que nadie lo viera. —A Callanach le habría gustado ascenderla allí mismo, en ese mismo instante.

—Como ya he dicho, es capaz de pensar con claridad —continuó Harris, imperturbable—, pero tenemos que examinar el resultado global. Dejó el bate de béisbol y el diente de Elaine y tiró la carretilla con la ropa de la reverenda Magee. Esas acciones corresponden a un delincuente presa del pánico o sobreexcitado, y esto es lo que nos permitirá atraparlo. No es una persona capaz de mantener un puesto de trabajo. La misma incapacidad que sufre para completar una tarea sin cometer errores se reflejará también en su vida laboral. Probablemente pasa de una relación a otra. Es capaz de iniciar una relación, pero no de mantenerla durante mucho tiempo. Esas relaciones son con mujeres por las que no se siente amenazado. Sus parejas tienen trabajos manuales o reciben una pensión.

—¿Y los zapatos? —lo interrumpió Tripp—. Estaban

relucientes, impolutos, según afirmó el testigo del secuestro de Jayne Magee. ¿Cómo encaja eso en lo que acaba de decir?

—Mucha gente mantiene sus zapatos limpios, agente. —Callanach intentó no mirarse los pies, pero fracasó, y como él muchos de su equipo. Los zapatos del profesor Harris estaban inmaculados—. Al parecer, se trata de una habilidad de la que carecen las generaciones jóvenes.

—Exactamente —replicó Tripp—. Yo me habría puesto unas zapatillas deportivas para arrastrar una maleta hasta el coche. No entiendo por qué no lo hizo, a menos que no tuviera.

—Cierto —reconoció Harris—, pero lo único que nos podrá decir su calzado es el tamaño de su pie, no lo que pasa por su cabeza. —Tripp parecía disgustado. Callanach pensó que incluso Harris sabía que se le había escapado un rasgo importante. El problema era que el profesor no estaba dispuesto a admitirlo. Sin duda volvería sobre la cuestión de los zapatos más tarde, formulando varias hipótesis con el sargento Lively—. He pasado la noche revisando los demás expedientes de personas desaparecidas. Aparentemente no hay más cadáveres, a menos que el asesino ataque de nuevo.

Fue entonces cuando Callanach cogió el teléfono, se lo acercó a la oreja y pidió a un interlocutor imaginario que esperara un momento. No era una idea brillante ni tampoco original, pero era la única manera de salir de aquella sala. Se sirvió un café aún más cargado de lo habitual, al que habría añadido con gusto un poco de güisqui si hubiera tenido, y se dirigió a la sala de interrogatorios donde lo esperaba Felicity Costello. Ava estaba en la puerta.

—¿Preparado? —le preguntó. Él asintió y entraron.

—Hola, Felicity —dijo—. Has pedido hablar conmigo, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, con voz tímida, manteniendo la mirada baja.

—Tienes que hablar más alto —le recordó la mujer que estaba a su lado—. Esta entrevista está siendo grabada. Ya lo comentamos ayer.

—Solo quiero hablar con él —dijo Felicity—. No quiero a nadie más aquí.

—Soy una trabajadora social, no una policía. Estoy aquí para que te sientas más segura —explicó la mujer. Felicity se cruzó de brazos y clavó la vista en el suelo con el ceño fruncido.

—Podemos verlo todo desde la sala de vigilancia —sugirió Ava—. Usted podrá interrumpir la entrevista si le preocupa algo y Felicity podrá pedir una pausa cuando lo desee. —La trabajadora social no parecía contenta, pero al final cogió su bolso, derrotada.

—Felicity, soy el inspector Callanach. ¿Entiendes que todo lo que digas, cualquier admisión, podrá ser utilizado para acusarte de un delito? ¿Lo has entendido todo cuando te han leído tus derechos?

—No soy idiota —respondió ella.

—Lo sé —aceptó él—, pero tenía que preguntártelo. Forma parte del procedimiento. Además, puedes contar con la presencia de un abogado. ¿Seguro que no quieres que te consigamos uno?

—No, ya he visto al abogado de mi padre. Me ha pedido que no diga nada.

Callanach lanzó una mirada preocupada a la cámara. Era un terreno peligroso y, sin duda, Ava también era consciente de ello. No quería comprometer la admisibilidad de lo que Felicity estaba a punto de contarle. Y lo que era más importante, no tenía intención de aprovecharse de la edad de la chica y de su

falta de comprensión del sistema legal.

—Felicity, no tienes que contarme lo que te ha dicho tu abogado. De hecho, no deberías hacerlo. Puedes hablar de cualquier cosa con tu abogado y nada de lo que digas es asunto nuestro.

—¡No era mi abogado y no intentaba ayudarme! —gritó—. Me ha dicho lo que mi padre quería que me dijera. Pensaba que usted lo entendería, que me ayudaría.

—Vale —dijo Callanach—, ya me ha quedado claro. Lo siento. ¿Quieres hablarme del bebé?

La ira la abandonó de inmediato.

—Yo no quería que muriera —murmuró.

—Lo abrigaste muy bien para mantenerlo caliente y, de hecho, sigue vivo, así que hiciste un buen trabajo. ¿Hubo un médico presente en el parto? —le preguntó Callanach. Ella asintió—. ¿Oíste su nombre?

—No, no me gustaba… —vaciló—. Tenía miedo. Pensé que sería más amable.

—¿No lo fue? —inquirió Callanach. Ella respondió negando con la cabeza—. Felicity, acababas de cumplir catorce años cuando te quedaste embarazada, y eso según la ley significa que fuiste violada. ¿Puedes contarme lo que pasó?

—¿Puedo beber algo? —preguntó. Callanach observó cómo se mordía las uñas y se dio cuenta de que intentaba ganar tiempo. Fue a buscar agua y esperó en silencio hasta que ella estuvo lista para hablar—. No le diré su nombre. No quiero que mis padres ni la policía le hagan nada. Sabía que mi padre me obligaría a dejar de verlo, así que no le dije que tenía novio. No me violó. Me gusta.

—Entiendo. ¿Puedes decirme cuántos años tiene, Felicity?

—Quince —respondió en voz baja.

—¿Y no te forzó o te amenazó de ninguna manera?

—Fue idea mía —respondió—. Le dije que no podía quedarme embarazada porque me estaba tomando la píldora. Solo quería saber cómo era. —Callanach sonrió y confió en que Ava pensara como él: que era mejor abandonar esa línea de investigación. Independientemente de los tecnicismos legales, aquello parecía un caso de curiosidad mutua entre adolescentes que había acabado mal, no el motivo de una investigación por violación.

—Entonces, ¿por qué dejaste a tu hijo en un parque público? Debías de estar muy conmocionada para hacerlo. —De repente, los ojos de la chica se llenaron de lágrimas. Callanach empujó una caja de pañuelos de papel hacia ella—. Podemos parar si quieres.

—Hice una promesa —respondió.

—¿Una promesa? —le preguntó Callanach—. ¿A quién, Felicity? ¿Al padre del niño?

—No —respondió ella—. Nunca le dije que estaba embarazada. Se lo prometí a mis amigas. Decidimos hacerlo las tres y ellas lo hicieron; luego, cuando me tocó a mí, ya no quise, pero me sentía demasiado mal por ellas, era como si las estuviera traicionando. —Se llevó las rodillas al pecho y se abrazó las piernas, dejando que las lágrimas fluyeran sin molestarse en secarlas.

—Felicity —susurró Callanach. Ella sorbió por la nariz un par de veces antes de mirar hacia arriba—. Tienes que decirme sus nombres.

—No quiero que se metan en problemas —dijo—. No es culpa suya. No querían a esos niños. Necesitábamos que se supiera. No se nos ocurría otra cosa.

—¿Tus amigas eran las madres de los bebés que murieron en el parque? —preguntó Callanach.

—Sí —contestó ella—. Prométame que no irán a la cárcel.

—No puedo prometértelo; no está en mi mano, pero si nos explicas lo ocurrido, haremos todo lo posible por ayudarlas. ¿Son menores de edad, como tú? —Felicity volvió a asentir—. ¿Dónde las conociste?

—En el colegio —susurró.

—¿En St. Gabriella?

—No, en el otro —negó; volvía a encerrarse en sí misma. El instinto le decía que no iba a seguir hablando durante mucho más tiempo.

—¿Te refieres al St. Gerard Majella? —insistió Callanach.

Felicity frunció el ceño, su rostro se contrajo de ira y sus ojos empezaron a echar chispas.

—Sí —respondió.

—¿Siguen allí las otras chicas? —preguntó Callanach. Felicity bajó la cabeza, mirando su regazo.

—No —contestó—. Te dejan salir cuando termina todo.

—¿Cuándo termina todo? —Se produjo un silencio—. ¿Puedes decirme algo más? —Callanach sabía que el interrogatorio había terminado. Miró a la cámara y negó con la cabeza. No iban a sacarle nada más—. Felicity, lo has hecho muy bien. No has perjudicado a tus amigas. ¿Podemos hacer algo más por ti? —Callanach no esperaba que dijera nada, pero ella levantó lentamente la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Quiero verlo —dijo—. ¿Puede preguntar si puedo ver a mi bebé?

Capítulo 24

—¿Vienes? —le preguntó Ava.

—¿Tú que crees? —respondió Callanach, acompañándola hasta su coche.

—He seguido el dinero. En las cuentas bancarias de John Costello solo he encontrado pagos al St. Gerard Majella y no había transferencias a ningún hospital privado. El colegio debió de organizarlo todo.

—Es increíble, ¿verdad? —comentó Callanach, y Ava encendió las luces del coche patrulla—. Dos casos al mismo tiempo, uno relacionado con religiosas que han sido poco colaboradoras hasta el punto de encubrir delitos y otro con una parroquia que intentando ser útil solo consigue empeorar las cosas. ¿Crees en Dios? —le preguntó a Ava.

—Pregúntamelo dentro de un par de horas —respondió ella adelantando a un ciclista. Callanach cogió el teléfono y dejó que ella se concentrara en la carretera.

—Lo has hecho muy bien con Felicity —afirmó Ava mientras él examinaba los resultados en un buscador.

—Es solo una niña —respondió él.

—Lo sé, pero ha confiado en ti enseguida. Ha debido de intuir que la entenderías, que eras diferente —concluyó Ava. Callanach levantó brevemente la vista y la sorprendió

mirándolo fijamente. Ava se concentró de nuevo rápidamente en la carretera y él volvió a su teléfono. Encontró lo que buscaba justo cuando llegaron al colegio.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Ava al ver que él despotricaba en francés.

—St. Gerard Maiella —dijo Callanach—. Es un santo italiano, patrón de las mujeres embarazadas.

Ava aparcó y caminaron hacia la imponente verja, aunque esa vez las barreras de hierro forjado no se abrieron automáticamente. Apareció una monja joven que habló desde el otro lado.

—La hermana Ernestine está ocupada. Me ha pedido que les diga que tienen que concertar una cita.

—Y yo exijo tener acceso a la información relativa a la muerte de dos niños —replicó Ava.

—Queremos ver la orden judicial —dijo la monja. Sonaba como algo que le habían ordenado decir.

Callanach dio un paso adelante.

—No creo que a la hermana Ernestine le guste la atención de los medios. Un retraso significaría que otras personas tendrían acceso a la información de la que disponemos.

Siguió una conversación susurrada en un *walkie-talkie,* un zumbido y, por arte de magia, la puerta se abrió. La hermana Ernestine había conseguido librarse de la pesada tarea que la mantenía ocupada y los esperaba tras la puerta de entrada.

—Vengan a mi despacho —ordenó, señalando en dirección al camino que habían tomado la vez anterior.

—No —respondió Ava—. Tengo motivos para creer que aquí hay pruebas y testigos que es necesario poner bajo custodia policial de inmediato. Abra la puerta, por favor.

—Esta es una propiedad privada —insistió la hermana

Ernestine—. Los padres de estas estudiantes pagan mucho dinero por su educación No permitiré que entren y molesten a las chicas.

—Déjenos pasar —reclamó Ava, avanzando de una manera que dejaba bastante clara su determinación sin necesidad de recurrir a amenazas. Para Callanach, era un espectáculo verla en acción. La inspectora Turner era una fuerza de la naturaleza.

La hermana Ernestine abrió la puerta interior con una cara que podría haber derretido el metal. Ava y Callanach subieron las escaleras, mientras que los agentes uniformados inspeccionaban el piso inferior. Al final de un pasillo había un aula en la que entraron en silencio. Las chicas se levantaron automáticamente, mostrando un respeto casi militar.

—¡Dios mío! —exclamó Callanach. Había albergado sus sospechas en el coche, pero no se esperaba lo que tenía delante.

—Están todas embarazadas —murmuró Ava, mirando a las chicas con la boca abierta—. De la primera a la última. Esto no es un colegio, es una maternidad.

—Nos ocupamos de las necesidades espirituales, físicas y educativas de estas niñas. Aquí las mantenemos a salvo, lejos de miradas indiscretas e influencias que puedan llevarlas por mal camino.

—¿Se refiere a influenciarlas sobre la anticoncepción y el aborto? —preguntó Ava—. ¿Estas chicas salen alguna vez del colegio? ¿Quién les presta atención prenatal? ¿Dónde dan a luz?

—Tenemos una unidad médica totalmente equipada y solo trabajamos con los mejores médicos y enfermeras.

—Por eso la cuota es tan alta —comentó Ava—. John Costello pagó una fortuna para mantener a su hija aquí. Quiero ver sus expedientes. Necesitaré los historiales médicos de todas las

chicas que han dado a luz en el último mes.

—Eso no es posible —respondió la hermana Ernestine—. Se trata de información confidencial. Tendrá que proporcionarme nombres concretos.

—Felicity Costello hizo un pacto con dos chicas que conoció aquí, acordando que abandonarían a sus bebés para que murieran y así denunciar lo que estaba ocurriendo en este colegio. Así que me dará acceso a esos expedientes.

—Felicity Costello es una fulana impía que se ha acostado con un chico y se ha negado a confesar sus pecados.

—Le juro que haré todo lo que esté en mi mano para hacer que cierren este lugar. Los miembros del personal médico son testigos. Quiero sus nombres y datos de contacto en cinco minutos —exigió Ava, furiosa. Las chicas parecían atónitas; algunas lloraban, pero muchas más sonreían ante el espectáculo.

—¡Rebecca! —gritó una de ellas.

—Cállate, que te va a pegar con la vara —siseó otra.

La hermana Ernestine intentó cerrar la puerta entre el pasillo y el aula, pero Callanach se interpuso para mantenerla abierta.

—¿Rebecca era compañera vuestra? —preguntó a las chicas. Hubo una larga pausa antes de que una de ellas asintiera—. ¿Alguien puede decirme el apellido? —preguntó, pero nadie respondió, y las chicas miraron nerviosas a sus compañeras y luego a la hermana Ernestine. Callanach intentó un enfoque diferente—. ¿Os ha pegado alguna vez la hermana Ernestine?

—No contestéis —ordenó la monja que les daba clase.

—Está interfiriendo en la investigación —replicó Callanach.

—¡Esto es un ultraje! —exclamó la hermana Ernestine. Ava se interpuso entre ella y las chicas, sin dejar lugar a dudas de quién estaba al mando.

Una alumna levantó el brazo. Callanach pensó que le estaba pidiendo permiso para hablar, pero entonces vio los moratones rojizos que tenía en la palma de su mano. Estaba en un estado muy avanzado de gestación, pálida y agotada. Otra siguió el ejemplo y, por último, una chica se alzó la falda larga hasta media pantorrilla y se dio la vuelta para mostrar las mismas marcas detrás de las rodillas.

—Hermana Ernestine, queda detenida por agresión. Acompáñeme a su despacho. Necesito acceder a todos los expedientes e informarle de sus derechos. —Ava cogió a la monja del brazo y la condujo por el pasillo.

Callanach miró las caras ansiosas que tenía delante. Por mucho que quisiera sacarles información, esas chicas eran menores de edad. Necesitaba el consentimiento de los padres para interrogarlas —quienes, paradójicamente, eran los mismos que las habían encerrado allí—, o la presencia de una trabajadora social. Cualquier cosa que se dijera en ese momento habría sido extraoficial y se habría rebatido duramente en el transcurso de un eventual juicio. Las chicas eran vulnerables y, ante todo, había que tener en cuenta su salud. Tenía que seguir el procedimiento.

—Sentaos, por favor. Tenéis que mantener la calma. Pronto entrarán dos policías para tomar nota de vuestros nombres. Habrá un médico presente para ver las heridas y para responder preguntas. Tendremos que ponernos en contacto con vuestros padres, pero les diremos que deben llevaros a que os examine personal sanitario independiente de este colegio y en coordinación con los servicios sociales. Ya no hay razón para tener miedo.

Entraron dos mujeres policía y él fue a reunirse con Ava en el despacho de la hermana Ernestine. Volvió a mirar las ventanas

y las puertas.

—El sistema de seguridad no era para impedir que entraran los ladrones, sino para evitar que las chicas salieran. ¿Qué pensaban que harían? ¿Practicar sexo? Es un poco tarde para esa medida restrictiva —ironizó Callanach.

La hermana Ernestine le dirigió una mirada de absoluto desprecio y aferró la cruz que llevaba en el pecho colgada de una cadena.

—Lo que habrían hecho es cometer un pecado mortal. ¿Cree que solo los hombres malvados con mentalidad de depredador matan a las personas? Las mujeres también lo hacen, todos los días, en todo el mundo, por miles. Todas habían expresado su deseo de hacer lo mismo. Salvamos sus almas y las vidas de los niños que llevan. Evitamos que se convirtieran en asesinas.

—Obligaba a estas niñas a llevar a término el embarazo cuando querían abortar, ¿verdad? —preguntó Ava dejando de abrir los cajones del escritorio por un momento.

—Estaba protegiendo la santidad y el valor de la vida humana. No eran niñas cuando se cubrían de deshonra, ¿verdad? ¿Por qué deben sufrir sus hijos no nacidos por sus pecados?

Llegaron dos policías uniformados.

—Llévensela a la comisaría para interrogarla —dijo Ava—. Y pongan esto en una bolsa de pruebas. —Llevaba en la mano la vara que Callanach había visto durante su primera visita—. Tendremos que interrogar a todas las chicas antes de poder determinar cuántos cargos de agresión tenemos que imputarle.

—Responderá ante el Señor por haber interrumpido el trabajo que realizamos aquí —dijo la hermana Ernestine.

—Responderé ante la justicia, que es un sistema más justo —respondió Ava, dándole la espalda para seguir buscando.

—Recibirá su castigo. Si no es en este mundo, rogaré a Dios que responda por ello en el otro —masculló la monja, aprovechando la reticencia de los policías a usar la fuerza para hacerla avanzar.

—¿Quiere decir en ese lugar al que llama «infierno», hermana? —contestó Ava, sin molestarse en girarse ni en levantar la cabeza de los papeles—. La existencia de un lugar de castigo y dolor es un tema muy interesante, lo reconozco. La definición corresponde exactamente a lo que ustedes han creado aquí y en tantos otros aspectos de su religión. A los niños a los que les cuentan que sus madres permanecerán en el purgatorio porque se suicidaron. Mujeres de África que han contraído el VIH porque ustedes predican que al usar preservativos están cometiendo un pecado, aunque sean prostitutas. A las esposas destrozadas y agotadas por numerosos embarazos en países del tercer mundo, porque les han dicho que está mal usar métodos anticonceptivos. Hay muchos lugares que pueden describirse como el infierno, hermana Ernestine. Una que conozco bastante bien es la prisión de Edimburgo, y usted gozará del privilegio de no tener que morir para saber cómo es. Le aconsejo que se busque un abogado. Necesitará uno bueno.

Callanach esperó a que estuvieran solos.

—Se va a formar un buen alboroto mediático —comentó—. Tenemos que contenerlo hasta que encontremos a las otras dos chicas. No podemos fiarnos de los padres porque podrían limitarse a mandarlas a otro sitio.

—Llevará algún tiempo revisar los expedientes —dijo Ava—. Por desgracia, saldrá a la luz antes de que termine la investigación. Eso si las buenas hermanas no se han puesto ya al teléfono para avisar a sus padres.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó Callanach—. Tengo que hablar con un testigo que viene a la comisaría dentro de dos horas, pero hasta entonces soy todo tuyo.

—¿Puedes volver a hablar con Felicity? Tienes que intentar que te diga el apellido de Rebecca. Quizá cuando sepa lo que hemos hecho aquí esté dispuesta a darnos más información. Pediré que vengan a recogerte. Aquí tengo para un buen rato.

—Tienes para todo el día —replicó Callanach—. Veré lo que puedo hacer.

Un coche patrulla lo llevó de vuelta a la comisaría, donde la trabajadora social se reunió con él en el vestíbulo.

—El señor Costello insiste en que quiere hablar con su hija antes de que vuelva a interrogarla —le dijo—. Y ha venido con el abogado.

—Ha sido rápido —comentó Callanach—. ¿En qué estado está Felicity?

—Está bien, pero no quiere hablar con su padre.

—¿Le ha dicho el motivo? Es extraño que no quiera ningún apoyo de la familia —meditó Callanach.

—Eso depende de cómo sea el apoyo. Pero la respuesta corta es no, no quiere dar explicaciones. Si logra averiguar algo al respecto, le estaría muy agradecida. El señor Costello no se ajusta en absoluto a mi idea de padre cariñoso, a pesar de todo el dinero que se ha gastado en cuotas escolares —afirmó la trabajadora social.

—Deme diez minutos con ella. Mantenga alejados a los padres y al abogado.

—Pero tengo que estar con usted si quiere continuar el interrogatorio —objetó la trabajadora social—. De lo contrario, habrá una queja.

—No será un interrogatorio —aseguró Callanach—; solo una

charla con los micrófonos apagados para aclarar un punto con un testigo. Le enviaré una copia de mis notas. ¿En qué sala está?

Se fueron en direcciones opuestas, Callanach con una lata de Coca-Cola y una chocolatina, y la trabajadora social retorciéndose las manos. No estaba siguiendo el protocolo, pero había demasiado en juego para hacerlo todo según las normas. Si no actuaban rápidamente, el colegio St. Gerard Majella impondría el silencio y no obtendrían nada de las exalumnas, y eso sería algo terrible. Como Felicity era una acusada, podía interrogarla a solas si la seguridad de alguien estaba en peligro inmediato. Sabía que era una exageración, pero estaba dispuesto a aprovechar ese resquicio para avanzar en la investigación.

—Felicity —saludó, y mientras se sentaba, le tendió la bebida y la chocolatina—. La cámara está apagada, nadie nos está escuchando. La trabajadora social está entreteniendo a tus padres y no tienes que ver al abogado si no quieres. Hemos ido al colegio. La inspectora Turner todavía está allí. Las niñas están recibiendo la atención médica adecuada. Las que lo necesiten serán trasladadas a hospitales públicos.

—¿Sabe la hermana Ernestine que se lo he contado yo? —preguntó. Callanach vio el miedo en su rostro y resistió el impulso de decir abiertamente lo que pensaba de la monja.

—Ya no tienes nada que temer. Ha sido detenida por agresión e irá a la cárcel. Felicity, todavía necesitamos tu ayuda. Las dos chicas de las que hablamos, una de ellas se llamaba Rebecca, ¿verdad? Tenemos los expedientes escolares, así que pronto lo sabremos, pero si quisieras decirme el otro nombre, la encontraríamos antes y sería mejor.

—Las metería en problemas y nada de esto es culpa suya —

respondió.

—Dime lo que puedas. Haremos todo lo posible para evitar que sean procesadas.

—Las monjas solo se ocupaban de nosotras hasta el parto, luego nos mandaban a casa. Teníamos que inscribir al niño en el Registro y nuestros padres decidirían si se lo quedaban o lo daban en adopción. Sarah Butler fue la primera. —Felicity hizo una pausa para abrir la lata—. Las monjas insistían en que nos confesáramos. Teníamos que hablar de lo que habíamos hecho para admitir nuestra inmoralidad. Sarah se negó a hablar hasta que estuvo a punto de dar a luz, y entonces se rindió, estaba destrozada. —Felicity tembló, mordiéndose piel de las uñas con tanta fuerza que su dedo corazón empezó a sangrar.

—Continúa —la animó Callanach—. Lo peor ya ha pasado.

—Sarah le dijo a la hermana Ernestine que ella no había hecho nada malo, que un hombre la había violado. Se trataba del sacerdote de su parroquia. Cuando Sarah les contó a sus padres lo ocurrido, estos se negaron a llevarla al médico para que le recetara la píldora del día después. La hermana Ernestine la acusó de ser una mentirosa, pero estaba claro que decía la verdad. Todo el mundo lo sabía. Las monjas la golpeaban, a pesar de que su barriga era tan grande que apenas podía andar. Siempre nos pegaban donde no podían hacerle daño al niño: en las manos, los brazos o las piernas. La hermana Ernestine siguió pegándole hasta que empezaron las contracciones y ni siquiera paró entonces.

Felicity se echó a llorar. No eran los sollozos lastimeros de una adolescente, sino el llanto inconsciente y continuo de una niña obligada a convertirse en adulta a través de la angustia, el dolor y el miedo.

—¿Y Rebecca? —preguntó Callanach antes de que Felicity se

sintiera demasiado mal para continuar.

—Becca Finlan. No soportaba estar embarazada, me lo dijo el día en que la conocí. Solo tenía trece años. Se arañaba la barriga y le daba puñetazos. Pensaba que su cuerpo estaba poseído. Por la noche la ataban a la cama para evitar que se hiciera daño. Era repugnante. Las monjas le decían que Dios la estaba castigando por su depravación. Estaba convencida de que moriría en el parto. Nunca nos dijo quién era el padre, pero a veces, cuando hablaba de su tío… Ya me entiende.

Callanach lo entendía.

—¿No había forma de pedir ayuda, ni siquiera a través de las enfermeras o por teléfono?

—El personal obedecía a la hermana Ernestine. Todos pensaban lo mismo que ella. Nos quitaron los móviles al llegar. No había teléfonos fijos ni Internet. Nuestros padres podían ir a vernos, pero nunca nos dejaban salir. Estábamos aisladas de todo y de todos. Hace meses que no veo a mi hermana. La he echado mucho de menos.

—¿Y a tu padre? —le preguntó Callanach—. ¿Lo has echado de menos? —Felicity hizo una mueca. Apretó los puños con fuerza sobre el regazo y encorvó los hombros. No contestó—. Felicity, sé que a menudo es difícil hablar de lo que ocurre en el seno de una familia, pero si necesitas ayuda, si hay algo que debería saber sobre…

—Me considera escoria, ¿vale? Así me llamó cuando admití que estaba embarazada. Me envió a esa… cárcel porque no soportaba ni mirarme. Le dije que era mi vida y mi cuerpo, y que era mi decisión. Él se rio. Me dijo que era perversa y que ardería en el infierno si no me arrepentía —respondió Felicity, enfadada.

—¿Y tu madre? ¿Cómo reaccionó? —preguntó Callanach.

—¿Mi madre? —Felicity se rio, aunque tenía lágrimas en los ojos y estaba cruzada de brazos—. Se comportó como de costumbre. Permaneció en un rincón asintiendo mientras mi padre hablaba y no dijo ni una sola palabra en su contra. Antes pensaba que le tenía miedo, pero ahora creo que es patética. Iba a verme todos los sábados por la tarde. ¿Sabe que no me miró a los ojos ni una sola vez? Les enseñé las marcas de los golpes de la vara y mi padre dijo que deberían haberme pegado más fuerte. Dijo que había que sacarme la lujuria del cuerpo a golpes. Así que no, no quiero verlos, a ninguno de los dos. No me importa dónde acabe viviendo. No tengo intención de volver a casa.

Callanach sabía lo que se sentía al ser juzgado por un padre. El amor incondicional era un espejismo. Desaparecía cuando te acercabas demasiado a él. Se preguntó brevemente qué estaría haciendo su madre y si se arrepentía de haber cortado los lazos con él. Felicity tenía todo el derecho del mundo a esperar más de ellos.

—Siento mucho por lo que has pasado. Te prometo que haré todo lo posible para ayudarte y sé que la inspectora Turner hará lo mismo. —Cuando Callanach se levantó para marcharse Felicity se arrojó a sus brazos; se aferró a él como una niña pequeña y hundió su rostro manchado de lágrimas en su camisa. Si él la hubiera apartado, ella habría creído que su compasión no era más que una táctica para recabar información, así que, reprimiendo todos sus instintos, se obligó a dejarla llorar entre sus brazos hasta que se calmó y encontró el consuelo que necesitaba.

Vio a la trabajadora social en la puerta y le hizo señas para que entrara.

—Tiene que pedirle al juez una orden de protección de

menores —le dijo mientras se soltaba con suavidad de su abrazo—. Felicity, no permitiremos que nadie más te haga daño. Vas a tener que responder a las acusaciones que hay en tu contra y los servicios sociales te proporcionarán un representante legal, pero no tendrás que volver a casa. ¿De acuerdo? —Le entregó a la trabajadora social un papel con las notas que había tomado durante su conversación, salió de la habitación y marcó el número de Ava—. Las chicas que buscas son Rebecca Finlan y Sarah Butler. Felicity dice que Sarah se quedó embarazada después de que un cura la violara. Los padres y las monjas lo sabían, pero no hicieron nada. Parece que Rebecca tuvo una crisis durante el embarazo y sospecho que corre el riesgo de autolesionarse o de suicidarse. Hay un interrogante sobre la implicación de su tío. Tienes que encontrarlas rápido.

Capítulo 25

Aquella tarde el cielo estaba despejado y era de un color azul gélido. Callanach sintió que hervía de rabia y supo que tenía que encontrar una forma de despejar su mente. Corrió a casa, cogió las bolsas de viaje que no había deshecho desde que se había mudado a Edimburgo, comprobó que tenía la documentación en la cartera y se metió en el coche. Se tardaba una hora en llegar a Auchterarder, incluso menos si tenía suerte. Cruzó el puente Forth Road para salir de la ciudad, insensible al paisaje, y tomó la M90 hacia el norte.

Los acontecimientos del día le pesaban en el estómago como si hubiera comido una copiosa comida grasienta. Y como si los delirios grotescos de sor Ernestine y las desgarradoras revelaciones de Felicity no hubieran sido suficientes, había encontrado una carta manuscrita en su escritorio. Callanach la había releído tres, quizás cuatro veces, y las palabras le resonaban en la cabeza mientras conducía. Aún apretaba entre la palma y el volante el grueso papel color crema rayado con una caligrafía impecable; la tinta le manchaba la mano sudorosa.

Estimado inspector:

Tuve ocasión de conocerlo solo por un brevísimo momento en el funeral de mi hija y quería agradecerle todos los esfuerzos que

ha hecho para encontrar al hombre que me arrebató a mi querida Elaine. Era mi única hija viva. Su hermano pequeño, Charlie, murió cuando solo tenía unos días de vida y yo ya no tenía valor para tener más hijos. Había creído ingenuamente que perderlo era lo peor a lo que tendría que enfrentarme. La vida a veces nos juega malas pasadas. Ahora tengo una idea más clara del infinito dolor con el que podemos ser puestos a prueba.

Es una pena que nunca llegase a conocer a mi pequeña. Era tímida, un rasgo poco habitual en una abogada, sin propensión al conflicto, la guerra o el horror. Que haya tenido una muerte tan violenta (y rezo para que se haya ido de esta vida rápidamente, sin saber lo que pasaba) es una injusticia demasiado grande para mí y no puedo aceptarla. Su amigo, Michael, que pronunció un discurso muy bonito en la iglesia, me confió que se estaba divorciando. Quería volver a Escocia y encontrar a Elaine que, según sus palabras, había sido el amor de su vida, a pesar de los años, los continentes y los malos matrimonios.

Pero no ha podido ser. Si pudiera ocupar su lugar, lo haría, un millón de veces. No sé si tiene hijos, pero es un destino muy cruel querer tanto a alguien que te pasas horas lamentando que su truculenta muerte no te hubiera ocurrido a ti. Sé que ha intentado encontrar a su asesino. Le escribo solo para pedirle que no se rinda. La atención pública a esta pesadilla se debilitará, lo sé, pero el monstruo que la creó no lo hará. Por el bien de mi niña y por el bien de las demás madres que sufrirán por no poder volver a abrazar a sus niñas desaparecidas si no se detiene al asesino, por favor, no se rinda.

Creo que usted es el hombre adecuado para llevarlo ante la justicia. Siempre suya y eternamente agradecida,

Annabelle Buxton

Callanach rechinó los dientes. Habría sido más fácil de

soportar si ella la hubiera tomado con él, quejándose o cuestionando su competencia. Habría preferido que usara esas palabras sencillas y precisas para desahogarse de su dolor. Le estaba fallando. No encontraba alivio a la frustración por el paso de los días y la falta de avances.

Callanach encendió la radio, buscó una emisora de música ensordecedora para no pensar y fijó la vista en el paisaje que había a los lados de la carretera. A su derecha, se alzaban las colinas y el tráfico disminuía a medida que salía de la autopista y tomaba carreteras cada vez más sinuosas. Un avión monomotor Cessna 206 sobrevoló su cabeza, a varios miles de metros del suelo, zumbando como una abeja. El centro de lanzamiento de paracaidistas de Strathallan estaba operativo.

La instructora jefe del centro lo recibió en el mostrador de la recepción.

—April Grady —saludó, tendiéndole la mano. Él se la estrechó y le tendió sus papeles. Conocía el protocolo. Estaría un rato allí, esperando, mientras comprobaban el equipo y los documentos antes de que le dejaran acercarse a un avión, y no quería perder el tiempo—. ¿Ha saltado alguna vez aquí? —preguntó, aunque no era solo una pregunta: lo estaba poniendo a prueba.

—No —respondió—, pero mi licencia está activa y tengo el carnet de la British Parachute Association.

Le entregó la libreta roja que contenía la foto de su pasaporte, su firma, el certificado médico y los datos de su licencia.

—Le ruego que me disculpe, pero debo preguntarle si tiene otro documento de identificación consigo. Es que ha reservado tarde y me gusta saber quién utiliza nuestros aviones. ¿Le importa? —Le importaba mucho. Era otro retraso y ya estaba nervioso, pero de todos modos rebuscó en su cartera.

—En absoluto —respondió él.

Se había dejado el pasaporte y el carné de conducir en casa. El único documento que llevaba era su placa de policía. April Grady la comprobó sin hacer ningún comentario y pasó a su diario de saltos.

—Ha realizado doscientos cuarenta saltos —comentó—. ¿Dónde exactamente?

—Sobre todo en Francia. La zona de lanzamiento más cercana era la de Lyon-Corbas. —Le entregó los documentos relativos a su equipo. El paracaidismo era una pasión que había cultivado durante años, aunque no tenía mucho tiempo para los saltos. Miró el reloj, sabiendo que tardaría otra media hora en revisar su equipo, seguir el procedimiento de la pista y cargarlo. Finalmente lo dejaron solo para que se cambiara.

Se puso el mono y esperó a que el ruido en su cabeza se calmara, como siempre ocurría cuando estaba a punto de subir a un avión. El paracaidismo era el remedio para todos sus males. Cuando el avión despegaba, lo único importante era aterrizar sano y salvo. Era una experiencia ajena en muchos sentidos, el único deporte en el que la muerte era la consecuencia inevitable cuando saltabas del avión, hasta que abrías el paracaídas y tomabas el control de tu caída. Iba en contra de todo instinto, era completamente contrario a la naturaleza humana y era absurdo que fuera un deporte. Sin embargo, allí estaba él, dispuesto a dar su salto número doscientos cuarenta y uno, tras pagar por el privilegio, sabiendo que volvería a tierra unos minutos más tarde y todo estaría igual. La única diferencia sería que, en ese breve espacio de tiempo, sus sentimientos actuales se borrarían y serían sustituidos por adrenalina. Eso era exactamente lo que quería: sentir algo más que frustración y rabia durante unos minutos.

Cuando lo llamaron veinte minutos antes de la salida, Callanach fue a la pista. Más controles interminables de los paracaidistas y de los equipos. Revisar cada detalle era vital y nunca le había molestado. Pero esa vez era diferente. Había sido brusco con la instructora y ciertamente no estaba haciendo amigos, era consciente. Saltaban con él otros dos hombres y una mujer. Los hombres estaban en la veintena, llenos de testosterona y machismo, ocupados comparando en voz alta los lanzamientos hechos en el pasado, compitiendo con relatos pueriles. La mujer era delgada y atractiva, y vestía un mono blanco y negro. No pudo determinar su edad, pero estaba bastante en forma y demostró ser una persona muy segura de sí misma cuando fue a sentarse junto a él en el avión.

—Nunca te había visto por aquí —sonrió; se acercó a él y lo miró a los ojos, alzando la voz para poder hablar por encima del ruido que estaba haciendo el motor al arrancar. El Cessna giró hacia la pista, cogió velocidad y despegó rápidamente.

—Es la primera vez que vengo aquí —gritó Callanach, mirándola a su vez y dejando vagar distraídamente la mirada por su cuerpo. El mal humor lo volvía impulsivo.

—No eres escocés —comentó ella. Él sonrió, sabiendo lo que iba a provocar su sonrisa, anticipándose a su reacción. Y en efecto, ella se rio y se sonrojó—. Que comentario tan estúpido. ¿De dónde eres?

—Soy francés —respondió él—. Deja que te ajuste el casco. —Comprobó que las correas estuvieran bien ajustadas bajo la barbilla acariciándole la piel con la punta de los dedos y haciendo que se sonrojara de nuevo. Se acercó más de lo necesario, pegando una pierna a la de ella—. Ya estás lista. —Se bajó la visera del casco y comprobó las correas.

El jefe de salto le tiró de la manga. Habían llegado al lugar

adecuado y se encontraban a la altitud correcta. Los dos jóvenes se acercaron a la escotilla y salieron juntos del avión. Luego era el turno de la mujer, que le dedicó una tímida sonrisa y saltó al cielo azul. De pie junto a la escotilla, el jefe de salto comprobó que estaba listo, miró hacia abajo para asegurarse de que los demás estaban lo bastante lejos y dio el visto bueno. Callanach se dejó caer.

Iba a tardar unos diez segundos en alcanzar la velocidad final. Contó lentamente, comprobando el altímetro en su muñeca, sosteniéndola sobre su abdomen, con los brazos extendidos y las piernas abiertas, mirando al horizonte. Trató de capturar el momento, ansiando que en su cuerpo despertara la sensación de la caída, pero solo notaba una extraña sensación de aburrimiento. Habían pasado veinte segundos y la tierra estaba más cerca, pero aún no resultaba amenazadora. Intentó despejarse, pero en los campos de abajo solo veía la cara de Elaine Buxton. Donde no debería haber habido nada más que el viento en sus oídos, oyó las palabras susurradas de su madre, hasta que gritó para sofocarlas. Treinta segundos, a tres mil pies de altitud sobre el suelo, llevó el brazo derecho a la espalda y tiró de la cuerda del paracaídas. Tras un breve tirón, comenzó a flotar. Esperó a sentir aquello por lo que había ido hasta allí. El vuelo tranquilo, la calma de la soledad, la libertad total para volver lentamente al mundo sin miedo…

Pero Jayne Magee estaba gritando en su cabeza. Callanach cerró los ojos. No podía estar allí. Todos los casos que había investigado en el pasado, sin importar cuán tenso y nervioso estuviera, siempre desaparecían durante esos minutos de vuelo. ¿Cómo era posible que esa vez no estuviera funcionando? Sacudió la cabeza, trató de concentrarse en la tierra, tiró de los cordones para dirigirse hacia el viento y dobló las piernas para

prepararse para el aterrizaje.

Debería haberse sentido invencible. Siempre se había sentido así al aterrizar. Cada vez era una pequeña victoria sobre la muerte, la consciencia de haber controlado el miedo y las leyes de la Física. Ese día solo sintió un golpe fuerte, se vio obligado a correr brevemente porque iba justo de tiempo y sintió que nada en su vida estaba yendo por el camino correcto. La ansiedad se había apoderado de él, invadiendo todos los aspectos de su vida como una enfermedad silenciosa. Pasó diez minutos cerrando el paracaídas antes de caminar hacia el hangar. Había que esperar más de una hora antes de poder saltar de nuevo.

Se sentía como un trapo. Nada era como debería haber sido: ni en su mente ni, desde luego, en su cuerpo. Era eso lo que lo estaba desviando de su rumbo: la incapacidad de relajarse, la tensión constante y creciente que no podía detener.

—Buen salto —dijo alguien. Era la mujer del avión. Callanach no aminoró el paso, obligándola a correr para alcanzarlo—. Me encanta tirarme en paracaídas al atardecer. La luz que hay aquí es preciosa. En el avión no tuvimos ocasión de presentarnos. Me llamo Penny.

Callanach se detuvo un segundo. Casi estuvo a punto de pedirle que lo dejara solo, sabiendo que era lo correcto. Le habría gustado explicarle que no estaba de humor para charlar, pero no lo hizo. Ignorando todos los mensajes que le enviaba la parte racional y sensata de su cerebro, le cogió la mano y se la estrechó.

—Luc —dijo—. Está claro que has saltado más veces aquí. Tengo algo de tiempo libre. ¿Por qué no me cuentas algo sobre este sitio? —En vez de responderle, ella sonrió. Callanach se quitó el casco y se pasó una mano por el pelo. Regresaron charlando y mirándose a los ojos. Callanach dejó que el proceso

lo distrajera de la cacofonía que golpeaba sus oídos desde el interior.

Se quitaron los trajes. Bajo el ajustado mono de nailon, Penny llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Tenía el vientre plano y unas bonitas piernas. Él la miró abiertamente y a ella no pareció importarle.

—Es una pena quedarse dentro cuando se está tan bien fuera. Vamos a dar un paseo —ofreció.

Se pusieron las cazadoras y Penny abrió la marcha. El aeródromo estaba enclavado en un impresionante paisaje rural y, aunque hacía algo de fresco, las vistas merecían la pena. Había al menos cien tonos de verde, procedente del nuevo follaje que había llevado consigo la primavera, setos que delimitaban los campos y ovejas salpicando las laderas lejanas. Caminaron durante diez minutos; saltaron dos verjas, invadieron terrenos privados y dejaron atrás el hangar y las miradas indiscretas.

Callanach la cogió de la mano cuando se acercaban a un bosquecillo en medio de un campo desierto. Ella no mostró ninguna sorpresa. Era lo que estaba esperando y él desterró la culpa por lo que estaba a punto de hacer. Con deliberada lentitud caminó hacia atrás hasta apoyar la espalda contra un árbol y tiró de Penny hacia él. No era inusual que los compañeros de paracaidismo acabaran en una postura comprometida. Muchos lo hacían. Era el resultado de una embriagadora combinación de peligro, miedo, éxtasis y un enorme subidón de adrenalina. Aunque había que admitir que hacerlo en un campo junto a la zona de lanzamiento era un poco brusco.

—No estoy segura de que debamos hacer esto —murmuró ella —. Acabamos de conocernos. —Eran palabras familiares para

las que estaba preparado gracias a su vasta experiencia. Si una mujer tenía dudas de verdad, decía que no quería hacerlo. Si en cambio quería dejarse persuadir un poco más, decía: «No estoy segura» o palabras similares que tuvieran el mismo significado.

Era una forma de pensar sexista, lo sabía y se odiaba por ello, pero era incapaz de dejar de hacerlo. Necesitaba sentir algo, cualquier cosa; lo único que sabía era que tenía que intentar volver a sentirse vivo.

—¿No te parece que es lo más apropiado, estando aquí fuera, después de lo que acabamos de hacer? —susurró.

Ella no respondió y cerró los ojos mientras él le recorría el cuello con los labios hasta la base, deslizando la otra mano por debajo de la camiseta, desde la cintura hasta los pechos, lo que provocó que ella soltara un pequeño jadeo y se apretara contra él. Pensó que era demasiado fácil; se sintió culpable, pero se dijo a sí mismo que no estarían allí si ella no hubiera querido.

Le enredó los dedos en el pelo y le acercó la cara a la suya. Sus pupilas se dilataron y sus labios se entreabrieron. Cuando la besó, comprendió que ella ya no iba a molestarse en fingir tener dudas. La sintió abandonarse completamente contra él y deslizó los muslos entre sus piernas; le acarició los pezones con el pulgar, esperando la reacción que le diera el visto bueno para bajar más la mano. Los gemidos y empujones que siguieron fueron suficiente consentimiento. Le pasó los dedos por el vientre hasta el botón de la cintura, deslizó la lengua en su boca y la atrajo hacia él con más fuerza. Penny no protestó cuando él le desabrochó los pantalones y dejó que cayeran hasta sus tobillos.

Callanach intentó sentirse tan excitado como ella. Cerró los ojos y se apretó contra ella, restregando su cuerpo contra el suyo hasta que ella se apartó un poco para ponerle la mano en

la ingle. Fue entonces cuando él se quedó inmóvil. Penny ladeó la cabeza, acentuando con ese pequeño movimiento su expresión interrogante. Se esforzó por excitarse, luchando contra el pánico y el odio a sí mismo, y metió los dedos en sus bragas para tocar sus partes suaves y húmedas, diciéndose a sí mismo que podía hacerlo, deseándolo y, a la vez, maldiciéndose. Ella gritó y abrió las piernas, dejándole hacer lo que quisiera. Seguía sin sentir nada. Cuando ella intentó bajarle la cremallera, él se estremeció; quería más tiempo para domar esa falta de respuesta, se negaba a ceder.

—¿Pasa algo? —preguntó Penny—. ¿Estoy haciendo algo mal?

—No, todo va bien —murmuró Callanach entre dientes, pero el momento había pasado y él lo sabía, así que retiró la mano de su ropa interior y apartó la mirada mientras ella se subía los pantalones.

—Lo siento —dijo ella sacudiendo la cabeza—. ¿Quieres que haga otra cosa?

Debería haberla tranquilizado. Estaba mortificada por no haber logrado excitarlo. El hecho de que no dejara de disculparse solo empeoraba las cosas. Como mínimo, debería haberle dicho que no era culpa suya, pero en sus oídos solo sonaba la voz de otra mujer. Su cuerpo ya no respondía al contacto femenino. Nada lo estimulaba. No se le había puesto dura desde que su mundo se había roto en mil pedazos doce meses antes.

—No estoy de humor —le dijo a Penny—. Será mejor que vaya a comprobar si mi paracaídas está bien cerrado. Vámonos. —Echó a andar de vuelta hacia el hangar, a paso ligero, dejándola atrás.

—Podríamos ir a tomar algo después de tu salto —propuso ella—. Luego podemos intentarlo de nuevo.

—Tengo trabajo —replicó Callanach con brusquedad. Penny captó la indirecta. En el hangar, se alejó en silencio y lo dejó solo por fin.

Volvió a ponerse el mono, preparó el equipo, revisó el teléfono para ver si habían llegado correos o mensajes, y se alegró cuando escuchó la llamada veinte minutos antes de la salida y pudo repetir los procedimientos que pronto lo llevarían de nuevo al avión. La conciencia de su cuerpo fallando volvía a él como un gas pútrido. No podía reprimir sus pensamientos. Repitió las mismas comprobaciones antes de subir al Cessna. Los dos jóvenes del salto anterior habían regresado. Penny se había quedado en tierra, para evitarlo o porque ya no quería saltar más ese día; no lo sabía y no le importaba.

—Callanach —lo llamó el jefe de salto.

Levantó la vista bruscamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió.

—He tenido que llamarte tres veces. Intenta concentrarte antes de saltar.

Callanach miró por la ventanilla mientras el avión despegaba y el viento empezaba a silbar por la puerta, ahogando todos los sonidos excepto los de su mente. Cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza para desterrar el sonido de las voces, pero podía oír los gritos de Elaine Buxton ardiendo en una cabaña de piedra en las gélidas montañas de Cairngorm y los alaridos de Jayne Magee cuando la primera gota de ácido golpeó su piel, dentro de un barril en un almacén desierto. No eran reales. No había pruebas de que esas mujeres hubieran sufrido tal destino en vida, pero su imaginación se empeñaba en mostrarle el peor de los escenarios.

Y de repente, el avión estaba en el aire y los dos chicos se estaban preparando para saltar.

Callanach oyó a una mujer gritar su nombre, jadeando e insultándolo, luego oyó la respiración errática y excitada de Penny, el gemido cuando la había tocado y el suspiro de decepción cuando se había retirado, flácido e inútil.

Avanzó hacia la puerta abierta, se agarró al marco y miró al suelo, tan lejano que parecía irreal. Desde allí arriba, los campos parecían suaves y dóciles, y la hierba, un lecho interminable dispuesto a absorber su dolor. Callanach saltó.

De repente se hizo un silencio dichoso fuera y dentro de él. Las voces se acallaron. El azul oscuro del cielo lo envolvió. Contó mientras caía. Uno, dos, tres… Los segundos eran el paso del tiempo, el movimiento de su cuerpo en el espacio, una constante mientras la caída cobraba velocidad. Cuatro, cinco, seis… Allí tenía el control sobre su cuerpo, podía hacer que hiciera lo que quisiera: girar, caer en picado bocabajo y luego volver a subir, deslizarse a la izquierda o a la derecha. Siete, ocho, nueve, diez… La velocidad final. Se precipitaría hacia el suelo, donde su cuerpo dejaría de estar a sus órdenes, donde volvería a la impotencia.

Había sobrepasado los tres mil quinientos pies, sin darse cuenta de que ya debería haber abierto el paracaídas. Sentía la cabeza pesada, confusa. Quería volver a ser íntegro y vital, no ese hombrecillo medio fracasado en el que se había convertido. Tres mil pies. Llevó la mano derecha a la espalda para agarrar la cuerda, sintiéndola bajo sus dedos, pero la soltó de nuevo, sin querer poner fin a la caída libre.

De repente estaba a dos mil pies de altura, caía demasiado deprisa, el suelo estaba demasiado cerca, los detalles se hicieron más claros, supo que estaba corriendo un riesgo

insensato y se le humedeció la cara de lágrimas.

No quería morir, eso lo tenía claro. Pero en ese momento, cuando nada importaba salvo la sensación de libertad, cuando no se veía obligado a enfrentarse a la carcasa de hombre en que se había convertido ni a responder a las preguntas imposibles de los familiares en duelo, ni siquiera estaba del todo seguro de querer vivir. Confió su futuro a la ciencia y al destino.

Quince mil pies. La adrenalina empezaba a provocarle náuseas. La cabeza le daba vueltas. Mil pies. Callanach cerró los ojos.

Dos segundos más tarde, a setecientos cincuenta pies, su dispositivo de activación automática abrió el paracaídas de reserva. Notó una sacudida en la cabeza y balanceó los pies hacia el suelo mientras el paracaídas se desplegaba y atrapaba el aire en su interior, sin tiempo para maniobrar hacia ningún sitio que no fuera al que lo llevara el viento. Si iba a sobrevivir, no quería acabar con una o ambas piernas rotas, o con la columna vertebral hecha pedazos. Y de repente estaba en el suelo, con una sacudida como un despertar, como si solo hubiera soñado el salto.

—¿Qué le ha pasado a tu paracaídas principal? —gritó alguien —. ¿Estaba roto? —La instructora jefe se precipitó hacia él. Callanach se volvió para recoger el de repuesto, demasiado aturdido para responder, demasiado indiferente para preocuparse—. ¿Te has desmayado? ¿Estás herido?

—No, estoy bien —murmuró.

Ella le puso una mano en el brazo y revisó la mochila.

—No tiraste, ¿verdad? —preguntó. Callanach le sacudió la mano y se dispuso a marcharse—. Te estaba mirando —dijo ella —. Tenemos que hablar sobre lo que ha pasado.

—No estoy de humor —protestó Callanach.

—Acabas de confiar tu vida a un aparato electrónico —respondió ella; lo alcanzó y le bloqueó el paso—. ¿Lo has hecho para sentir una descarga de adrenalina o estabas intentando suicidarte? —Callanach la esquivó y siguió caminando hacia el hangar—. No se trata solo de ti. —La instructora jefe no se rendía—. Has puesto en peligro la vida de otras personas al no seguir el procedimiento. Lo sabes bien, porque tienes bastante experiencia. ¿Has visto alguna vez en qué estado queda un cuerpo que se ha estrellado contra el suelo porque el paracaídas no se ha abierto?

—He visto eso y más —respondió Callanach—. Y no necesito un sermón. Estoy bien, nadie ha resultado herido y mi AAD abrió el paracaídas de reserva.

—Te prohibiré el acceso a esta zona de lanzamiento durante seis meses y lo comunicaré a la BPA. Puedes contar tu versión de los hechos si quieres que tu seguro siga siendo válido. Con esa actitud no eres apto para saltar en paracaídas.

Callanach se detuvo. Vio que una pequeña multitud se congregaba para presenciar la reprimenda; los dos hombres lo miraban abiertamente, Penny escuchaba con la mirada baja y otros se preguntaban qué había ocurrido.

—Al parecer, no soy apto prácticamente para nada —respondió Callanach, dándose la vuelta. Se había terminado la discusión. Guardó su equipo, recuperó sus documentos con las notas de la jefa instructora sobre su comportamiento escritas en tinta roja, para que fueran inmediatamente visibles en cualquier zona de salto. Podría olvidarse del paracaidismo durante mucho tiempo. Volvió al coche y se dejó caer sobre el asiento del conductor.

Llegó a casa una hora más tarde, sin recordar el viaje, pero con el breve tiempo pasado en la zona de salto de Strathallan

grabado en su memoria. Le habría gustado olvidar solo una cosa más, pero pensó que era imposible mientras se dejaba caer en el sofá y se cubría el rostro con los brazos, en un vano intento de bloquear el recuerdo de aquel día. Y de todo el año anterior.

Sufría estrés postraumático desde que Astrid lo había acusado de violación, pero odiaba ese diagnóstico. No había un artículo que no hubiera leído ni una página web que no hubiera rastreado en busca de una cura. Podía recitar toda la palabrería técnica como si fuera un psiquiatra. Solo encontró la serena seguridad de que la impotencia no sería permanente, de que su incapacidad para responder a estímulos normales era consecuencia directa del trauma. Era una reacción comprensible. Su cerebro había tomado el control de su cuerpo para protegerlo. Se estremeció al pensar en lo mal que había tratado a Penny. Intentó recordar su apellido y se dio cuenta de que ni siquiera se lo había preguntado. Bebió un gran vaso de agua helada y despejó su mente. Tras un año negando su trastorno, había llegado el momento de aceptarse tal como era o admitir la derrota.

Capítulo 26

A la mañana siguiente, exactamente a las nueve, Tripp llevó a Liam Granger al despacho de Callanach. Era un joven de unos veinte años, algo nervioso y sin antecedentes penales.

—Solo quiero volver a escuchar su testimonio sobre la noche en que desapareció Jayne Magee. Afirmó haber visto a un hombre hablando solo —dijo Callanach.

—Correcto. En realidad, estaba murmurando, pero como si estuviera hablando con otra persona. Por eso me di cuenta. Al oírle discutir, me sorprendió no ver a nadie caminando a su lado. Al principio pensé que estaba hablando por el móvil, pero no llevaba nada en las manos —respondió Liam.

—¿Vio su cara?

—Lo siento, no tengo nada más que añadir a mi testimonio anterior. Ni siquiera podría decirle cuánto medía, porque yo iba en bici y estaba a oscuras. Sin embargo, tenía acento escocés, de lo contrario lo habría notado, y una voz bastante grave.

—¿Es posible que llevara auriculares Bluetooth? —preguntó Tripp.

—Tal vez, pero fue su forma de hablar lo que me pareció extraño. Estaba murmurando para sí mismo. Ojalá pudiera ser de más ayuda —se lamentó Liam; se subió la cremallera de la

cazadora y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Recuerda algo de lo que estaba diciendo? —preguntó Callanach.

Liam lo pensó.

—Oí dos cosas. Dijo algo así como: «Ahora vamos a Lane». Y luego el número doce. Eso lo oí perfectamente. Dijo «doce».

Eso fue todo lo que logró obtener del ciclista, pero fue suficiente para darle que pensar.

—¿Existe algo llamado «Lane» o «Lanes» en Edimburgo? —preguntó a Tripp mientras salían de la sala de interrogatorios para tomar una necesaria dosis de cafeína.

—Un club nocturno y, si no me equivoco, una tienda. ¿Por qué?

—Quiero más detalles. No veo a nuestro sospechoso yendo a un club nocturno.

—A lo mejor va allí a buscar a sus víctimas —sugirió Tripp.

—A estas víctimas no. A menos que tanto Elaine como Jayne tuvieran una vida secreta completamente en desacuerdo con todo lo que sabemos de ellas.

—Aun así, lo comprobaré. El local debería tener una lista de los clientes. ¿Y si es una dirección? ¿Lane algo, número doce? —dijo Tripp.

—Tal vez, pero si fuera la dirección de tu casa sería extraño decirla en voz alta. Me voy a Braemar esta noche con la agente Salter, volveré mañana por la noche. Mantenga al profesor Harris fuera de mi camino y avíseme si ocurre algo.

—De acuerdo —respondió Tripp—, pero el sargento Lively querrá saber a dónde ha ido.

—Dígale que estoy trabajando en esas preciadas y pocas pistas que tenemos, como sigue recalcando.

Callanach estaba a punto de subir al coche que Salter había

cogido del parque móvil de la policía cuando Ava lo llamó.

—Luc, ¿puedes esperar un momento, por favor? —le preguntó, corriendo hacia él.

—Claro —respondió—. ¿Qué pasa?

Ava le hizo señas para que se alejara de la puerta abierta del coche, luego la cerró para tener un poco de intimidad.

—Acabo de contestar una llamada para el comisario Begbie. Por suerte no lo ha cogido él. Era de una mujer, una tal April Grady, del aeródromo de Strathallan. ¿La conoces? —Callanach miró a la agente Salter, que se estaba poniendo el cinturón de seguridad, y luego se alejó del coche. Ava lo siguió.

—No es un buen momento —respondió—. Voy a Braemar a revisar la escena del crimen. Tengo que examinar la vista de los testigos del incendio y me gustaría llegar antes de que anochezca. Esta conversación tendrá que esperar a mi regreso.

—Si me obligas a esperar, no tendré más remedio que informar a Begbie y no quiero hacerlo. ¿Te importaría contármelo? —preguntó en voz baja. Callanach resopló y apretó la mandíbula. Lo que hacía fuera del trabajo era asunto suyo. April Grady no tenía derecho a hablar con otras personas sobre lo que había pasado—. ¿Es verdad lo que me ha dicho? —insistió Ava, yendo al grano—. ¿Evitaste abrir el paracaídas principal de manera deliberada?

—Perdí el sentido de la orientación —respondió Callanach—. A veces ocurre cuando te lanzas, por eso siempre utilizo el dispositivo automático como reserva. Someto mi equipo a un mantenimiento regular y siempre está en buen estado. No soy estúpido.

—No hay que ser estúpido para intentar suicidarse.

—No sabía que también eras psicóloga —replicó Callanach.

—¿De verdad quieres mantener esta actitud tan hostil

conmigo? Por desgracia, me temo que en estas circunstancias es bastante contraproducente. ¿Qué esperas que haga?, ¿que finja que esto es una broma?

—Espero que me concedas el beneficio de la duda en lugar de dejarte influir por lo que otra persona, que no me conoce de nada, cree haber visto. Y espero que mi vida privada y mi trabajo sean dos cosas distintas sin que interfieran la una con la otra —afirmó.

Ava se quedó callada un instante, lo miró a la cara y a los brazos cruzados, y luego se metió las manos en los bolsillos.

—Está bien —dijo—, pero estás bajo presión, te has trasladado a otro país y tienes el peso de una investigación muy importante sobre tus hombros. Eres responsable de un equipo y no puedes permitirte distracciones. ¿Me prometes que lo tienes todo controlado? —le preguntó.

Callanach la miró directamente a los ojos.

—Te lo prometo —respondió. Ava asintió y se dispuso a marcharse, pero se detuvo y dio media vuelta.

—Estoy aquí si necesitas a alguien que te escuche. Lo sabes, ¿verdad?

—No necesito a una psicóloga —repitió Callanach, odiando la brusquedad de su propia voz.

—¿Y amigos? —preguntó Ava antes de irse.

El paisaje de colinas que pasaba por delante de las ventanillas de camino a Braemar era tan desolador como el ánimo de Callanach. Era extraordinario ver cómo el panorama se iba quedando sin árboles a medida que aparecían los Cairngorms. Había algunas casas en ruinas, pero allí la agricultura era un ejercicio inútil. Las señales advertían de carreteras heladas y subidas empinadas. Edimburgo no estaba lejos en línea recta, pero si se estropeaba el coche allí en los meses de invierno, la

civilización parecía estar a un millón de kilómetros. Salter intentó un par de veces entablar conversación, evitando cuidadosamente mencionar el enfrentamiento con la inspectora Turner. Probablemente no había oído nada, pero Callanach sabía que el lenguaje corporal debía de ser bastante claro. Al final, Salter se rindió, encendió la radio y dejó que siguiera contemplando las vistas. Cuando empezaron a subir las colinas, la temperatura bajó de repente. Aquellos caminos podían ser traicioneros durante el día y más aún al anochecer, pero tenía que conseguir algo o se volvería loco.

—Vamos directamente a la escena del crimen —dijo—. Acérquese todo lo que pueda. ¿Tiene una linterna?

—Hay una en el maletero —respondió Salter—. De todos modos, no veremos mucho esta noche. ¿No sería mejor ir al amanecer?

—Tenemos dos cadáveres —replicó Callanach—. Habrá un tercero si no lo capturamos pronto, y lo poco que tenemos no se sostiene. Todo lo que dijo el profesor Harris lo ha dejado más claro que el agua.

—Pero yo pensaba que usted no estaba de acuerdo con el perfil, señor.

—Y así es, pero precisamente por eso me parece útil. Deje el coche aquí.

Salieron y echaron a andar. Salter llevaba botas de montaña, una elección sensata. Callanach, se había puesto para la ocasión su único par de zapatos negros de vestir para intentar replicar los del secuestrador de la reverenda Magee. No tenían ninguna adherencia al suelo y eran muy resbaladizos; una verdadera pesadilla.

—Mire esto, Salter —comentó—. Sus botas han dejado huellas profundas. —Ella iluminó el suelo con su linterna, resaltando

cada detalle de sus huellas. Callanach le quitó la linterna e intentó ver su rastro. Aquí y allá la vegetación estaba aplastada por donde había pasado, pero las suelas de cuero, lisas y planas, no habían dejado huellas visibles. El asesino había ido y venido sin dejar ninguna señal de su paso por allí.

—¿Cree que lo había previsto o fue solo suerte? —preguntó Salter.

—Creo que es un hombre que crea su propia suerte —respondió Callanach, devolviéndole la linterna. En el refugio, cogió un mapa y lo desplegó en el suelo. Abrió una aplicación con brújula digital en su teléfono y examinó la geografía de los alrededores—. A ver, la pared trasera de la cabaña está tallada en la roca. Los excursionistas miraban desde el oeste. La única posibilidad es que aparcara su coche más abajo y viniera andando hasta aquí. Es imposible que pudiera arrastrar el cuerpo valle abajo, entre el refugio y la cima donde estaban los excursionistas.

—¿Cómo cree que lo movió? —preguntó Salter.

—Tal vez con algún tipo de trineo, para tirar del cuerpo con facilidad sobre el terreno accidentado. Probablemente, cualquiera que lo hubiera visto habría supuesto que estaba transportando equipamiento deportivo o de acampada. Lo que me interesa es la vista que tenían los excursionistas. Estaban a mitad de una ruta de larga distancia, ¿verdad? El inicio debe de estar a varios kilómetros de distancia. El asesino sabía que nadie lo vería mientras descargaba el cadáver, porque es raro que un excursionista salga cuando está oscuro. Y de todos modos, si alguien se hubiera aventurado a hacer una excursión nocturna, no habría podido verlo.

—Estoy de acuerdo —dijo Salter—, pero no entiendo cómo puede ayudarnos eso.

Callanach levantó el mapa e indicó un punto señalado con una cruz roja, comprobó la orientación con la brújula del teléfono e hizo una seña a Salter para que lo siguiera. Pocos minutos después, tropezó en un lugar donde la linterna no había logrado iluminar todas las piedras y se detuvo.

—Aquí es donde los perros encontraron el bate de béisbol enterrado. A pocos metros estaba el diente del que obtuvimos el ADN de Elaine Buxton. Estamos en un punto ligeramente más alto que el refugio, por lo que no puede estar a medio camino entre este y su coche.

—Entonces, debió de venir hasta aquí a propósito para deshacerse del bate por si lo paraban en el camino de vuelta. Quizás ni siquiera se dio cuenta de que había un diente pegado —sugirió Salter, dándole una patada a un pequeño montón de tierra.

—No cree que pasara eso, ¿verdad? ¿Qué hay de malo en esa teoría?

—No sé, no me parece correcta —respondió ella—, pero no sabría decir exactamente por qué.

—Para mí, son los excursionistas —dijo Callanach—. Es un plan demasiado perfecto, demasiado bueno. Hemos estado mirando en el lugar equivocado, concentrando nuestros esfuerzos donde él nos condujo, es decir, aquí. Creo que deberíamos buscar allí. —Levantó un brazo para señalar hacia la oscuridad—. Aquí fue cuidadoso. Sabía cuándo podía venir sin ser visto, y lo sabía porque había recorrido el camino desde el que nuestros dos amistosos excursionistas divisaron el incendio. Debió de hacerlo para no arriesgarse a ser descubierto antes de tiempo.

—¿Cómo es el otro lado del valle? —preguntó Salter.

—Buena pregunta —comentó Callanach—. La ruta de

senderismo está restringida. Comienza en un *camping* al norte y termina al sur en un aparcamiento con un centro equipado para actividades al aire libre. Es larga, difícil y no tiene ramificaciones evidentes. Por eso eligió este lugar. Por eso tampoco tenía sentido que viniera hasta aquí para deshacerse del arma homicida. Imagina que hiciste una investigación profunda, fuiste muy cuidadoso, encontraste el lugar perfecto para quemar el cuerpo y recorriste un camino de varios kilómetros para hacer un reconocimiento de día caminando a una velocidad media. También encontraste la forma de transportar el cuerpo del coche al refugio e incluso lo rociaste con acelerante para que ardiera más deprisa porque sabías exactamente cuánto tardaría en aparecer algún testigo.

—Es imposible que se asustara y tirara el arma al suelo —intervino Salter.

—¿Y con un diente todavía pegado? Imposible —concluyó Callanach—. Sabía que lo encontraríamos.

—¿Y el jirón de pañuelo que escapó al fuego porque estaba debajo de una piedra? —preguntó Salter.

—Creo que no hay errores ni coincidencias.

—Así que nuestro hombre no tiene la personalidad caótica descrita por el profesor Harris. Entonces, ¿en qué más se ha equivocado?

Callanach se agachó y pasó las manos por el suelo.

—Harris está equivocado en el remordimiento. El asesino quería que encontráramos los cuerpos. Quería que supiéramos que esas mujeres estaban muertas. No sabría decir por qué. Tal vez para presumir o para causarles dolor a las familias o desencadenar el miedo y el pánico. Quizá para él sea un juego, le da placer. De lo único que estoy seguro es de que todo lo que hemos encontrado hasta ahora es lo que él quería que

encontrásemos. También la carretilla con la bolsa de ropa. Sabía que la marea la dejaría allí. Era un regalo para nosotros.

—¿Como si fuera un trofeo? —preguntó Salter.

—Para dejar pruebas —dijo Callanach—. La única forma de encontrarlo es ignorar lo que está dejando para nosotros y examinar su investigación. Vámonos. Tenemos una excursión por la mañana.

Salter había hecho un gran trabajo con la elección del alojamiento. El desayuno era una montaña de proteínas en un plato y, por primera vez, Callanach accedió a tomar té con leche. La primera parada de la mañana fue la pequeña comisaría de Braemar. Mientras cruzaban el puente sobre el gélido y caudaloso Clunie Water, Callanach se detuvo a observar la vieja estructura de piedra que se mantenía en un precario equilibrio sobre el río. Se preguntó cuánto duraría; estaba construida en forma de pequeña torre, expuesta al viento cortante del invierno en las Highlands. Pasó una mano por las piedras desgastadas y escudriñó el agua oscura que había debajo.

—Hoy está usted muy pensativo, señor. ¿Va todo bien?

—La inspectora Turner no contestaba al teléfono anoche —respondió. Había intentado llamarla tres veces a lo largo de varias horas para reconciliarse—. ¿Habló usted con alguien de la comisaría?

—No, me fui directamente a dormir. Eso es lo que hago cuando no tengo televisión en mi habitación. Seguro que me ha venido bien —comentó ella.

Un coche los adelantó tocando el claxon y vieron la cara de Jonty Spurr.

—Vamos, Salter, llegamos tarde —la animó Callanach.

El forense estaba aparcando cuando llegaron hasta donde se

encontraba. Bajó con una carpeta y una botella.

—Inspector Callanach, no pensé que volveríamos a verlo por aquí. ¿Entramos? —dijo Spurr con voz atronadora. Lo siguieron hasta la comisaría, donde habían colocado unas sillas alrededor de una mesa—. ¿Qué quieren saber?

—¿Qué sabemos de la sangre que había en el pañuelo? —preguntó Callanach.

—Definitivamente, era de Elaine Buxton, no hay duda del ADN. La sangre estaba muy seca, pero era de esperar por el fuego. Como saben, ese pedazo de tela se salvó solo porque estaba muy atascado debajo de la piedra. Aquí tienen una foto. —Les tendió una hoja de papel fotográfico tamaño A4. Arriba había la imagen de un retazo de tela con flores y bordes deshilachados, con una mancha marrón en una esquina.

—La sangre tiene una forma bastante regular en los bordes —comentó Callanach, señalando los bordes de la mancha en la foto—. ¿Qué significa eso?

—Que no llegó allí como una salpicadura. Es una sola mancha de sangre en el borde de un pañuelo, así que solo hay dos posibilidades: o es una gota que cayó desde arriba, o bien la tela fue sumergida en sangre. Por decir algo, no es el tipo de mancha que verías si alguien hubiera llevado la bufanda durante un tiroteo.

Callanach asintió.

—Y aquí, alrededor de los bordes, las fibras son del mismo color que el resto del tejido —dijo.

—Ese trozo de tela no se ha quemado —añadió Salter—. Usted tenía razón.

—¿Sobre qué? —preguntó Jonty Spurr, inspeccionando la foto más de cerca.

—Que este trozo de tela, así como el bate de béisbol y el

diente, fueron puestos allí para que los encontráramos. Si se hubiera quedado atrapado accidentalmente debajo de la piedra y el resto del pañuelo se hubiera quemado, los bordes estarían ennegrecidos. Estos están dentados, probablemente los cortaron. Significa que el asesino eligió un trozo del pañuelo de Elaine manchado de sangre y lo puso ahí para que lo encontráramos.

—¡Qué tipo tan listo! —comentó Jonty.

—Sí —replicó Callanach—. Demasiado listo para nosotros, por lo visto.

—No estaba hablando de él —dijo Spurr—. A veces, en mi trabajo, me doy cuenta de que me fijo tanto en los detalles que me pierdo la visión de conjunto. ¿Algo más?

—Los dientes —comentó Callanach.

—Son sin duda de la señorita Buxton. Comprobamos sus expedientes dentales. Los dientes se deterioran ligeramente a altas temperaturas, pero no se queman, y el que estaba junto al bate de béisbol aún tenía tejido blando adherido. El ADN confirmó la misma historia.

—¿Podría pedirle al odontólogo forense que le eche otro vistazo? Llámelo desesperación si quiere, pero nos sirve cualquier cosa que logren encontrar que no buscáramos la primera vez, como fragmentos de comida que puedan decirnos lo que le daba de comer o sustancias químicas en el esmalte que sugieran en qué entorno la mantuvo prisionera. Todo lo que pueda haberse pasado por alto cuando solo intentábamos confirmar su identidad.

—Me ocuparé de ello enseguida —aprobó Spurr—. ¿Podría devolverme el favor cuando vuelva a Edimburgo? —Cogió una botella brillante de güisqui puro de malta—. Désela a la inspectora Turner de mi parte.

La etiqueta llevaba el nombre de Lagavulin. Brillaba como la miel dorada y presumía de tener dieciséis años. Callanach sintió la tentación de abrirla inmediatamente.

—No sabía que conocía a Ava —comentó.

—No la conozco en persona —admitió Spurr—, pero vi su discurso en la rueda de prensa que dio anoche en televisión. Tiene agallas y la admiro por haber expresado su punto de vista. Por desgracia, me temo que tendrá problemas con sus superiores. Pensé que el güisqui podría animarla un poco.

—¿Podría ser más preciso? —preguntó Callanach.

—¿No la vio? —Jonty enarcó las cejas—. Su colega se enfrentó a toda la Iglesia católica romana sin ayuda de nadie. Decir que no fue nada delicada sería quedarse corto.

Tras una hora de viaje bajo una lluvia torrencial, llegaron al *camping*. No había nada permanente, ni siquiera aseos y duchas. Estaba sin vigilancia y solo había letreros que advertían a los excursionistas de que no dejaran basura ni encendieran fuego en el recinto del parque nacional. Callanach y Salter empezaron a caminar sin quejarse del tiempo. Era un mal día para ir de excursión y ambos lo sabían. No habría servido de nada resaltar lo obvio. Tardaron más de tres horas en llegar al valle, al otro lado del cual se divisaban los restos del refugio. Incluso entonces, la lluvia torrencial limitaba la visibilidad, extendiendo una neblina a su alrededor. Callanach comparó la posición con las declaraciones de los testigos, reflexionando sobre el empeño y la determinación del asesino. Era tenaz y obsesivo, casi como si su objetivo fuera la propia planificación más que el acto de matar.

—El sexo no tiene nada que ver —dijo al gran valle que se extendía entre ellos y la cabaña.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Salter, deteniéndose un

momento para hacer fotos y tomar notas.

—Los delitos sexuales suelen contener altos niveles de impulsividad. Incluso cuando se elige a la víctima por un motivo concreto, el agresor suele llegar a perder el control.

—¿Está sugiriendo que no las violó? —preguntó Salter.

—No, pero me sorprendería que esa fuera la motivación principal. Dedica demasiado tiempo a la planificación para ser el típico violador en serie. Es demasiado clínico, demasiado limpio. Volvamos al coche. Todavía tenemos que ir en la otra dirección y comprobar el otro extremo del camino. Si seguimos a este ritmo, no llegaremos a Edimburgo hasta por la noche.

El centro de actividades al aire libre parecía desierto. En un trozo de papel colgado dentro de la puerta de cristal había un número de teléfono móvil, de a saber cuándo, pero alguien lo cogió cuando Callanach llamó subido a una roca, el único lugar donde había cobertura.

—¿Sí? —respondió una voz femenina. Callanach se presentó y le dijo quién era. Un par de minutos después, la cerradura giró y apareció una chica.

Salter le explicó que estaban investigando el incendio del refugio. La chica tuvo el tacto de no mencionar a Elaine Buxton, pero era obvio que lo sabía.

—Está un poco lejos de aquí —comentó—. No sé cómo puedo ayudarles.

—Buscamos a un visitante que pueda haber destacado por su forma de vestir o de comportarse. Debió de quedarse aquí unos días en las semanas anteriores al incendio. Llevaba prismáticos, probablemente, y una cámara.

—Todos los que vienen llevan prismáticos y cámara —replicó la chica—. En temporada alta nos visitan cientos de personas a la semana. A veces hay grupos de turistas que bajan aquí y se

suben de nuevo al autocar al final del sendero.

—El hombre que buscamos era de mediana edad, estaba solo y quizás no vestía como uno esperaría de un excursionista. —La expresión de la cara de la chica le hizo darse cuenta de que tenía algo que decir—. ¿Qué pasa?

—Excursionistas solitarios —murmuró, abriendo un armario y sacando un archivador—. Tenemos una lista, con nombres y matrículas. No es habitual que alguien recorra este camino solo y, si le pasase algo, tardaríamos en darnos cuenta. Si un coche sigue aparcado aquí después de cuarenta y ocho horas, comprobamos el listado y le damos el nombre a la policía. En algunos lugares hay salientes bastante pronunciados que pueden atraer a los suicidas.

Salter abrió el registro y hojeó los últimos meses.

—No hay muchos nombres —le dijo a Callanach—. Tardaremos poco en compararlos con las matrículas.

—Espero que lo atrapen —comentó la chica—. Aquí se respira siempre un ambiente de paz y seguridad. Esta historia lo ha estropeado un poco.

Salter le sonrió. Por primera vez desde que había comenzad la investigación, Callanach vio algo más que preocupación en el rostro de la agente.

—Lo haremos —respondió Salter—. Pronto.

Ya en el coche, programaron el navegador para que los llevara a Edimburgo. Salter conducía mientras Callanach llamaba por teléfono para dictar los nombres de la lista previa a la muerte de Elaine Buxton, hasta seis meses antes.

—Por fin hemos hecho progresos importantes. Tenía razón sobre seguir la investigación en lugar de los cuerpos. Seguro que a partir de ahora el sargento Lively lo valora más, señor.

—Seguro que el asesino utilizó un nombre falso —meditó

Callanach—. No será tan fácil. No cantemos victoria antes de tiempo.

Encendió la radio y pasó por varias emisoras hasta que sintonizó una que estaba retransmitiendo las noticias. Esperaba encontrar el caso de los bebés muertos en las noticias principales, sobre todo si ya habían salido a la luz los detalles sobre el colegio St. Gerard Majella. Todavía no había tenido tiempo de leer un periódico. Miró la botella de güisqui puro de malta que le llevaba a Ava. Que no hubiera respondido a sus llamadas la noche anterior era una mala señal. Ciertamente, los medios de comunicación informaban de los crímenes con todo el detalle que permitía la minoría de edad de las niñas. Subió el volumen cuando el locutor mencionó a la Iglesia.

«Ningún representante de la Iglesia católica estaba disponible esta mañana para hacer declaraciones en persona —dijo—,pero el Vaticano ha emitido una declaración escrita en la que condena las afirmaciones hechas por la inspectora Ava Turner en la rueda de prensa de anoche». Se oyó un breve zumbido cuando se inició la grabación y, a continuación, la voz de Ava llegó a través de la cabina tan clara que parecía estar en el coche con ellos:

«Es absurdo que en nuestra época una religión pueda imponer su doctrina a las niñas y negarles el acceso a una consulta médica correcta y equilibrada, y a la atención de profesionales libres de prejuicios. Lo ocurrido a estas niñas, recluidas en una institución, a instancias de sus padres, con el único fin de impedirles ejercer la libertad de elección sobre su embarazo, equivale a la tortura. Los cargos más altos de la Iglesia católica deben pronunciarse al respecto de este asunto. No estamos en la Edad Media. Lo que ha ocurrido en St. Gerard Majella no es un signo de devoción, como tampoco lo era la

Inquisición cuando quemaba a mujeres acusadas de brujería».

La voz del locutor interrumpió la grabación de Ava. «La policía ha revelado que solo hay una religiosa acusada de agresión y que un hombre ha sido interrogado en relación con un presunto caso de violación. Tres chicas están ayudando a la policía con la investigación».

Callanach apagó la radio y suspiró.

—¡La inspectora Turner es fantástica! —exclamó Salter—. Yo nunca habría tenido el valor de hablar así con la prensa.

—Sufrirá las consecuencias —respondió Callanach.

—Pero tiene razón —protestó Salter—. ¿Cómo puede meterse en problemas por decir la verdad?

—A veces no basta con tener razón —replicó Callanach—, también es necesario fingir que no se tienen opiniones personales. Lléveme a la comisaría, Salter. Tengo que ponerme al día con lo que ha pasado.

Salter condujo como un demonio y no encontraron tráfico. Dos horas más tarde, estaban en las afueras de Edimburgo y ya tenían confirmación de que la mitad de los nombres del listado coincidían con los números de matrícula. El sargento Lively había escrito para decir que estaba supervisando personalmente las comprobaciones y que se quedaría en la comisaría toda la noche para terminar el trabajo.

Ava estaba detrás de una puerta cerrada con el comisario Begbie cuando llegó Callanach. No estaba dispuesto a esperar una invitación para unirse a la fiesta y tampoco estaba de humor para aceptar guardar silencio, así que irrumpió en el despacho de Begbie.

—Comisario —dijo antes de que se cerrara la puerta—. Usted no estaba allí, no vio lo que nos encontramos. Lo que dijo la inspectora Turner en la rueda de prensa fue una observación

acertada.

—Bienvenido, Callanach —saludó el comisario, con los brazos en jarras y los dientes apretados—. No recuerdo haber solicitado su presencia en esta reunión.

—Son las once de la noche —respondió él—, así que no me parece una reunión formal, sobre todo porque Ava no está acompañada de ningún representante sindical.

—No hace falta que mencione los procedimientos disciplinarios, inspector. ¡Tengo un poco más de experiencia que usted! —gritó Begbie.

—No pasa nada, Luc, puedo cuidarme sola —dijo Ava.

—Yo también la estoy protegiendo, por si lo ha olvidado. Tengo a la mitad de la Iglesia católica de Escocia pidiéndome su cabeza. Dicen que ha abusado de su autoridad —murmuró el comisario, furioso.

—Entonces, écheme —le soltó Ava—. Estoy dispuesta a reconocer que estaba expresando mi opinión personal. Ignoré mi formación y mi cargo. ¿Puedo irme ya? —Parecía agotada y harta. Callanach le dio la botella.

—¿Y esto? —preguntó.

—Es un regalo de Jonty Spurr, el forense del caso de Elaine Buxton. Por cada persona a la que has ofendido hay una docena que te admiran por lo que has dicho. —Callanach hizo un esfuerzo por bajar la voz—. Señor, no puede dejarse influir por la opinión pública. La ejecución del caso fue impecable y salvó quién sabe a cuántas otras chicas de los mismos tormentos. La inspectora Turner merece un ascenso, no una reprimenda.

—Tengo que hacer algo —suspiró Begbie—, o no podré protegerte, Ava. En breve no tendré el control de la situación. La carta publicada en el *Herald* esta mañana era poco menos que un llamamiento religioso a las armas y nos acusaba de

tener prejuicios y de degradar al Cuerpo de Policía. Lo siento, pero tengo que pedirte que aceptes una suspensión de catorce días durante los cuales llevaré a cabo una investigación oficial y redactaré un informe.

—¿Y para qué servirá eso? —protestó Callanach. Sabía que se había pasado de la raya, pero estaba demasiado enfadado para parar.

El comisario se levantó.

—Para darle un poco de tiempo a todo el mundo y calmar las aguas. Y significará que habré seguido el procedimiento, así que tal vez cuando me entere de que la inspectora Turner llevó la investigación de una forma impecable, sin acusar a la Iglesia católica, la atención se centrará en los abusos perpetrados en el colegio y no en nosotros —explicó, subrayando las cuatro últimas palabras con un golpecito de la punta del dedo índice sobre el escritorio.

—Pero habrá una mancha en el expediente de Ava… —dijo Callanach alzando la voz.

—Déjalo, Luc —le pidió ella—. El comisario no tiene elección.

—La Iglesia católica está levantando una polvareda para desviar hacia otro lado la atención pública —continuó Callanach.

—Pero yo debería haberlo previsto y haber evitado presentarles mi cabeza en bandeja. Mi madre siempre decía que yo era mi peor enemiga. No me puedo creer que al final le haya dado la razón.

—Y una cosa más —los interrumpió Begbie—. Esta mañana ha llegado un paquete al departamento y solo ponía: «A la atención de la inspectora». Era una botella de champán Louis Roederer Cristal y estoy seguro de que no lo he pronunciado correctamente y de que no podré permitirme comprarlo nunca.

Al parecer, lo entregó en mano alguien que firmó como Joe Smith, que llevaba una sudadera con capucha y gafas de sol. La nota del interior decía: «¿Qué es la vida sin placer?», pero no pone el nombre del remitente. Esta pequeña travesura me ha costado una hora de mi tiempo, porque me he visto obligado a comprobar si existía algún riesgo para la seguridad, así que le ruego a quienquiera de ustedes dos que esté involucrando a mi departamento en su vida sentimental que le pida a su admirador que se mantenga alejado de aquí.

—Esto es como lo de las rosas —murmuró Callanach—. Te dije que dieras parte.

—Calla —susurró Ava—. De acuerdo, comisario. Tiene razón. Nos vemos en quince días.

Tiró del brazo de Callanach y cerró suavemente la puerta de Begbie.

—Deberías habérselo dicho —se quejó él cuando estuvieron en su despacho.

—¿No crees que mi vida ya es bastante complicada? —respondió ella.

—Un regalo anónimo puede que sea una broma, pero dos es acoso. ¿Y si proceden de la misma persona que envió la amenaza de muerte?

—No es exactamente el mismo *modus operandi,* ¿verdad? ¿O es que estabas enfermo cuando te lo explicaron en la academia de Policía? Mira, estoy cansada y mi día aún no ha terminado, ¿podrías guardarte el sermón para un momento más oportuno?

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó él.

—En realidad, necesito tu ayuda. Me he quedado atrapada aquí por este asunto, pero Natasha me ha llamado antes y estaba muy alterada. Cree que ha entrado alguien en su casa. Le he prometido que me pasaría a echar un vistazo. Dado que

estoy suspendida, puedo ir allí como amiga, pero si fuera necesario actuar, mi presencia allí sería inútil. ¿Me acompañas?

—Solo si te llevas el güisqui.

Capítulo 27

Natasha los esperaba en la puerta con una expresión preocupada, y Callanach sabía que no era solo por lo de su casa. Era lo bastante lista y experimentada como para saber que su mejor amiga se enfrentaba a una avalancha de críticas.

—Entrad —invitó—. Luc, me alegro de volver a verte —saludó, mirándolo a los ojos. Le preguntaba en silencio si Ava estaba bien. Callanach sacudió ligeramente la cabeza—. No había necesidad de que vinieras corriendo esta noche. No es nada grave, de verdad. Os traeré algo de beber.

—Hemos venido preparados —replicó Ava, levantando el Lagavulin—. Siento no haber podido venir antes. ¿Qué ha pasado?

Natasha repartió unos pesados vasos de cristal.

—Nada que no pueda arreglarse con güisqui puro de malta —bromeó ella—. Vais a pensar que estoy paranoica. No he encontrado nada roto y no parece que falte nada, pero alguien ha movido los perfumes que hay en mi baño, había un par de cajones un poco abiertos y juraría que los he cerrado bien; sobre mi mesa hay una pila de documentos que ya no están en el orden correcto y una de mis almohadas tiene una pequeña arruga. No quiero que penséis que soy un bicho raro, pero siempre hago la cama de la misma manera.

—¿No estaba activada la alarma? —preguntó Callanach.

—No tengo —respondió Natasha—. Se estropeaba continuamente y un par de veces tuve que interrumpir una clase en mitad del día para volver a casa y reiniciarla. Al final la desconecté. No hay signos de allanamiento. O me ha robado un fantasma, o me estoy volviendo loca.

Ni Callanach ni Ava veían nada raro, pero la casa de Natasha estaba muy ordenada y era fácil entender por qué ella notaba de inmediato cualquier cosa que estuviera fuera de lugar. Callanach comprobó las puertas y las ventanas en busca de signos de manipulación, pero no encontró ninguno.

—¿Me traes un poco de hielo, por favor? Está un poco más fuerte de lo que esperaba —pidió Callanach, agitando el líquido en el vaso.

—Creía que eras medio escocés —bromeó Natasha—. ¡Parece que tu parte francesa necesita hacerse más fuerte! —Abrió el congelador que había en la parte superior de la nevera y deslizó la mano en su interior para sacar la bandeja de hielo. En su lugar, se encontró en las manos con un amasijo rojo medio congelado.

—¡¿Qué demonios es esto?! —gritó, tirándolo sobre las baldosas de la cocina. Aterrizó con un golpe húmedo y varios fragmentos de hielo rojo se esparcieron por los alrededores. Ava se arrodilló en el suelo y lo pinchó con un tenedor.

—Es un corazón, pero es demasiado grande para ser humano, gracias a Dios. Puede que sea de una vaca o de un caballo —explicó—. Por eso no se llevó nada. Quienquiera que haya entrado aquí lo ha hecho para dejarte un mensaje.

—¿Una expareja resentida? —aventuró Callanach—. ¿Alguna vez has tenido alguna ruptura fea con alguien que pueda tener aún la llave?

—Estoy soltera —contestó Natasha—. Casi todas las relaciones que he tenido han acabado mal, de lo contrario no habrían acabado. Y en cuanto a las llaves, probablemente haya un par de mujeres que aún tengan una copia. —Luchaba por contener las lágrimas y que no se le notara que le temblaban las manos mientras limpiaba el lago de sangre que había en el suelo. Ava la obligó a sentarse a la mesa de la cocina y se puso a limpiarlo ella—. No puedo creer que haya entrado alguien en mi casa. Es repugnante. ¿Y por qué dejaría eso en el congelador?

—Escribe en un papel los nombres de todos los que puedan tener una llave y se lo daré al agente Tripp para que los investigue. Esta noche será mejor que duermas en otro sitio —sugirió Callanach.

—No —contestó Natasha—. Ava recibió una amenaza de muerte y no huyó.

—¿Creéis que podría haber una conexión? Sois amigas desde hace mucho tiempo. ¿Hay alguien que pueda estar celoso de vuestra relación? —preguntó Callanach.

Ava miró pensativa el corazón y lo metió en una bolsa para llevarlo al laboratorio.

—No sabría decir quién podría encajar en el perfil. Nuestros caminos no se cruzan socialmente, salvo cuando salimos a tomar algo, y Natasha rara vez me ha presentado a una de sus chicas.

—Sin embargo, es una coincidencia bastante extraña —reiteró Callanach—. Tendré que abrir una investigación oficial para que puedan hacer las pruebas forenses, así que deberás hacer una declaración mañana por la mañana.

—No has dicho «debemos» —señaló Natasha—. ¿Tú no vas a participar en el caso, Ava?

—Actualmente estoy suspendida —respondió—. Podría haber

sido peor. Dos semanas de permiso retribuido es un intercambio justo por poner en la palestra mi criterio profesional.

—Ay, cariño, lo siento mucho —se lamentó Natasha mientras la abrazaba—. Y ahora te he arrastrado a esto. Era lo último que necesitabas.

—Prefiero estar suspendida a que alguien deje algo así en mi casa. ¿Seguro que vas a estar bien? —preguntó Ava.

—Pondré la cadena en las dos puertas y cerraré las ventanas. No te preocupes por mí. Ha sido un suceso impactante, nada más.

—Voy a informar de esto ahora mismo —anunció Callanach —. Les pediré a un par de coches patrulla que se pasen por aquí con regularidad para comprobar que estás bien. Llámame si te preocupa cualquier cosa. Y tú será mejor que salgas de aquí antes de que lleguen los agentes —le dijo a Ava—. No creo que sea buena idea que te encuentren en medio de la escena de un crimen ni una hora después de haber sido suspendida de tus funciones.

Callanach pensaba que estaba cansado, pero en cuanto llegaron a casa de Ava, se dio cuenta de que el sueño le sería esquivo y que a ella le ocurría lo mismo.

—¿Una taza de té? —preguntó Ava—. ¿O prefieres café soluble? No esperes que te prepare algo recién molido.

—Nunca te lo pediría —respondió él—. Echaría a perder la imagen bohemia y despreocupada que tengo de ti.

La casa de Ava era caótica pero acogedora. La mayoría de los muebles parecían antiguos, pero se veían usados y queridos, en lugar impolutos y exhibidos como en un museo. El mobiliario estaba pensado para ofrecer comodidad y calidez. Callanach le echó un vistazo a su colección de películas y discos mientras

ella fregaba las tazas en la cocina.

—¡No hay mesa de comedor! —gritó—. ¿Dónde comes?

—En el escritorio, o de pie si estoy ocupada. Normalmente en el suelo delante de la televisión cuando es tarde. Toma. Me temo que es descafeinado. ¿Podrás soportarlo?

—La próxima vez me lo traeré de casa.

—Si sigues así, no habrá una próxima vez. —Se tiró en un sillón y cerró los ojos—. Menudo día. Gracias por intentar defenderme ante Begbie, pero tiene razón, una suspensión es la única opción posible para resolver esta situación.

—Ya, pero no le viene nada bien a tu carrera.

—Estas cosas pasan, y las carreras se puede reconstruir. Mírate. Nunca me has contado por qué tuviste que dejar la Interpol, así que venga, habla, necesito escuchar las penas de otra persona. Como suele decirse: «Mal de muchos, consuelo de tontos».

Callanach reflexionó sobre ello. No era una historia que le gustara contar. Por otro lado, seguramente ya estaban circulando rumores al respecto. Desde un punto de vista táctico, le habría venido bien tener a alguien que escuchara su versión y, además, librarse de esa carga después de tanto tiempo podría ser justo lo que necesitaba para evitar otro desastre como el del aeródromo de Strathallan. Todavía no le había confiado a Ava el incidente y ella no había vuelto a sacar el tema. Pasaría algún tiempo antes de que se sintiera preparado para hablar de ello.

—Es la típica historia —dijo—. Hay una mujer implicada. Astrid Borde era muy atractiva. Tenía el cabello largo color cobre, más claro en las puntas, pestañas tupidas, pómulos altos y un físico por el que un hombre pagaría generosamente solo por poder admirarlo. Ya le había echado el ojo antes de que un colega los presentara, pero nunca había hablado con ella.

—Mi mejor amigo de la Interpol nos organizó una cita —le contó a Ava—. Jean-Paul habría hecho cualquier cosa por la comida y Astrid se había ofrecido a llenarle el congelador con víveres suficientes para un mes si lograba convencerme. Por desgracia, no lo sabía cuando acepté salir con ella. Puede que eso me hubiera hecho sonar una señal de alarma. Pero estaba soltero, no tenía mucho que hacer y no veía razón para negarme.

—¿No había directrices sobre las relaciones entre compañeros? —preguntó Ava; le dio un sorbo al té y colocó una almohada en su regazo.

—Ella era una empleada civil del Departamento de Contabilidad. No había elementos conflictivos, no afectaría a mi trabajo sobre el terreno, por lo que no se aplicaban las normas. Jean-Paul me dio su número de móvil y me lo guardé en el bolsillo, con la intención de llamarla en una semana o dos. Al día siguiente, me preguntó por qué no la había llamado la noche anterior, y me dijo que ella esperaba mi llamada y que se había enfadado cuando no se había producido.

—¿No sabías nada más de ella? ¿Ni siquiera de oídas?

—Nada de nada —respondió—, pero a mi amigo lo estaba atosigando y al fin y al cabo solo tenía que hacer una llamada. Supongo que me había molestado un poco su actitud, pero no tanto como para negarme a salir con ella. Al final, quedamos esa misma noche y reservé en un restaurante. Quería encontrarme con ella allí y hacerme el distante, pero ella insistió en que fuera a recogerla a su casa para que pareciera que me lo tomaba en serio.

Recordaba aquella llamada casi palabra por palabra porque la había reconstruido en su mente un millón de veces deseando haber visto venir los problemas. Astrid tenía una voz

interesante, grave y ronca. En realidad, esa era la razón por la que no se había inventado una excusa allí mismo. Sabía que actuaría como una princesita; había salido con varias modelos, así que conocía a ese tipo de chicas. Ella no le habría permitido ir poco a poco, ni ir a tomar algo tranquilamente solo para ver si se gustaban.

—Estaba muy ansiosa y se reía nerviosamente, pero yo hice caso omiso de su comportamiento —le explicó a Ava—. Ironías del destino, si aún hubiera sido el idiota que era de joven, no habría acabado teniendo tantos problemas. Astrid Borde no habría pasado de la primera conversación telefónica después de pedirme que me pusiera ropa elegante.

Ava se atragantó.

—¡Qué dices!

—Te juro que me lo pidió —dijo él, sonriendo tristemente ante su asombro.

Había recogido a Astrid a las siete, como habían acordado, un poco pronto para él, pero ella quería ir a tomar algo antes de cenar. En su mente, siempre llevaría el vestido escotado y brillante color antracita que se le ceñía el cuerpo rozando la indecencia. La falda le llegaba a medio muslo, pero tenía una abertura lateral que dejaba ver tanto que a menudo se sorprendía mirándola mientras caminaban. Se había puesto ese vestido para atraer su atención y él tenía que admitir que lo había conseguido.

—Primero fuimos a un bar a beber champán y ella no hablaba mucho, así que empecé a charlar de trabajo, de estupideces que había hecho con Jean-Paul, y luego hice algunos comentarios sobre fútbol. Ni siquiera me interesaba demasiado el deporte, pero ella no participaba en la conversación, así que me limité a intentar matar el silencio. Fue

entonces cuando supe con certeza que aquella sería la primera y la última cita.

—¿Qué hizo? —preguntó Ava.

—Me dijo: «No vamos a hablar de deporte. No me interesa». Fue uno de esos momentos de la vida en los que miras atrás y piensas: si me hubiera comportado de otra manera, entonces, ¿habría cambiado todo? Durante meses me desperté en mitad de la noche soñando que me había ido en ese preciso instante tras fingir que me encontraba mal, y que había llamado a un taxi para que la llevara a casa.

—Pero no lo hiciste —dedujo Ava.

—No. Intenté ser amable, le di el beneficio de la duda e incluso pensé que había oído mal. En lo único que pensaba era en poner fin a aquella velada, dejarla en casa y no volver a verla. Parecía más agotador reaccionar que dejarse llevar.

Habían ido del bar al restaurante, elegido por ella, por supuesto. Era un lugar demasiado serio para su gusto; todo el mundo iba de traje y corbata, el camarero mostraba por defecto una expresión de desprecio y la decoración estaba diseñada para advertirte de lo abultada que sería la cuenta. Para Astrid fue maravilloso.

—¿Qué pasó? —preguntó Ava.

—Astrid parecía una niña; a veces era petulante y grosera, y en otros momentos echaba la cabeza hacia atrás y exigía atención. Sinceramente, no sabía qué hacer. Los camareros me miraban como si esperaran que hiciera algo respecto a su comportamiento. En un momento dado, me sentí tan avergonzado que le sugerí que bajara la voz, pero eso solo empeoró las cosas. Así que me rendí y me quedé mirando. Pidió el pescado, luego me dijo que estaba asqueroso; insistió en probar el vino, lo aprobó, pero a mitad de la copa le dijo al

camarero que nunca le habían servido algo tan repugnante, y cuando estábamos comiendo el postre, empezó a acariciarme la ingle con el pie.

Recordó los lloriqueos de Astrid durante la cena y su deseo de silencio. Parecía que ella podía comer sin dejar de hablar. De vez en cuando miraba el reloj, intentando hacerlo por debajo de la mesa para que ella no se diera cuenta, pero al final se había percatado del asunto.

—¿Tienes prisa por salir de aquí? —le había preguntado Astrid.

—Lo siento. No pretendía ser grosero, es que tengo que examinar unos documentos y esperaba poder echarles un vistazo esta noche. Por favor, tómate tranquila tu *clafoutis* —dijo.

—Pensaba dejarlo de todos modos —replicó, tirando la cucharilla, que tintineó ruidosamente en el cuenco de porcelana, entre la masa de cerezas negras, de modo que todos se volvieron para mirarla. Callanach ni siquiera tuvo que pedir la cuenta. El jefe de camareros se la llevó inmediatamente con una mirada de alivio. Había dejado el dinero sobre la mesa junto con una generosa propina, con el único pensamiento de salir de allí lo antes posible.

Pero una vez en la calle, le dijo que quería más champán y empezó a quejarse de las prisas. Fue entonces cuando Callanach cometió el error que lo había cambiado todo.

—No se me ocurrió otra cosa para hacerla callar y llevarla directamente a casa, así que la besé. Solo duró unos segundos, no fue nada íntimo, lo suficiente para dejarla sin aliento y empujarla a hacer lo que yo quería, que era que se metiera en el coche tranquilamente, para que pudiera dejarla en su casa y marcharme.

—No tienes que justificarte —dijo Ava—. Si quisiera juzgarte, ya lo habría hecho.

—Me estoy defendiendo de mi propio juicio, no solo del tuyo. Una parte de mí aún piensa que fue culpa mía, ¿sabes? Porque la engañé.

—Si me dieran una libra por cada víctima a la que he oído decir esta frase… —comentó Ava—. ¿Qué pasó cuando la llevaste a casa?

—Ocurrió algo antes, en el coche. Besarla había sido lo peor que podía hacer y me di cuenta inmediatamente. Astrid empezó a fingir que estaba borracha. No se estaba quieta, se quitó el cinturón e intentó subirse a mi regazo. Cuando llegamos a su piso, me dijo que no podía andar y que tendría que llevarla en brazos.

En el coche, el vestido se le había subido tanto que se le veía la ropa interior. Si al principio de la velada le había parecido sexi, en ese momento solo le revolvía el estómago. La embriaguez solo era una actuación y, a posteriori, Callanach se preguntó si ella no habría comprendido el verdadero significado de su repentina efusividad hacia ella. En parte la había llevado en brazos y en parte la había arrastrado hasta la puerta principal, y luego había intentado reciclar la excusa del trabajo hasta que ella se derrumbó en el umbral y se echó a llorar. Queriendo evitar a toda costa que sus vecinos salieran a ver el espectáculo, había cogido sus llaves, había abierto la puerta y la había llevado a un sofá.

—Tengo que irme —había dicho, mientras ella se quitaba sus tacones de aguja.

—Eso no es verdad, eres un mentiroso —había susurrado ella, repentinamente sobria; su voz ya no era fuerte sino grave y sensual de nuevo—. No puedes decirme que no me deseas. He

visto cómo me mirabas antes. —Se llevó una mano a la espalda y se bajó la cremallera del vestido.

—Ni lo sueñes —había dicho, ignorando la ropa que volaba hacia él, mientras volvía a la puerta.

—Astrid se me tiró encima de la forma más vulgar imaginable y tuve que apartarla —le contó a Ava—. Intenté ser amable, pero no me dejaba marcharme. —En ese momento, Astrid ya estaba completamente desnuda. Callanach recordó su disgusto cuando ella se había aferrado a sus hombros y había restregado su cuerpo desnudo contra él, tocándose e intentando desnudarlo. Al final, no había tenido más remedio que usar la fuerza para liberarse. Había oído el ruido sordo cuando ella se había golpeado con fuerza contra el parqué, se había dado la vuelta para comprobar que no se había hecho daño y había intentado marcharse—. Justo antes de abrir la puerta, Astrid me atacó. Me arañó el cuello—, recordó Callanach—. Uno de sus vecinos salió a ver por qué tanto alboroto y me vio limpiándome la sangre del cuello y soltando palabrotas.

Cuando él se había ido, Astrid había tenido una crisis histérica y lo había insultado de todas las formas imaginables mientras lloraba. Un minuto después, ya estaba subido en el coche, maldiciendo a Jean-Paul por haberlo metido en ese lío, y había regresado a casa, sintiendo la urgente necesidad de ducharse para quitarse su olor de encima.

Ava se echó hacia delante, con la barbilla apoyada en las manos, y miró su cuello como si las heridas pudieran reaparecer por arte de magia.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó.

—Nada. Al día siguiente fui a trabajar, un par de personas me preguntaron por mi cuello y les dije que me había arañado en el gimnasio. Le dije a Jean-Paul que había sido insoportable,

pero nada más. Aunque había sido una pesadilla, no tenía intención de dañar su carrera. En lo que a mí respectaba, todo había terminado y no soy de los que andan difundiendo rumores, así que decidí dejarlo atrás. Dos días después, estaba de camino a Jamaica siguiendo una pista, y ya sabes el resto.

—¿De qué te acusaron? —preguntó Ava.

—Estoy seguro de que ya te lo has imaginado —respondió Callanach.

Ava asintió.

Capítulo 28

Ava se había disculpado por hurgar en su pasado y había reaccionado de forma muy tranquilizadora a sus confidencias. Su vida anterior en Lyon era un tema en el que intentaba no pensar, pero la discusión con Ava se lo había llevado todo a la memoria, así que se rindió a los recuerdos mientras yacía insomne en la cama. Recordó la tienda de productos *gourmet*, escondida en un callejón, que vendía los mejores embutidos y quesos que había probado jamás. Aún sentía el calor de los largos veranos y veía el sol brillar a través de las ventanas de la imponente fortaleza cuadrada de la Interpol. Tras dejar Francia y antes de trasladarse a Edimburgo, había pasado seis meses en Fife en un curso intensivo de procedimiento policial y Derecho Penal en Escocia. Para entonces, esperaba comprender mejor la cultura de su país de origen, pero lo cierto era que seguía sintiéndose como un intruso. Su padre había amado Escocia apasionadamente. Callanach entendía por qué, pero la emigración forzosa seguía escociéndole demasiado como para sentirse en casa en un nuevo país, a pesar de haber nacido allí. Edimburgo era precioso, pero añoraba las cálidas tardes en las que se podía salir a comer sin la lluvia constante.

El sargento Lively lo llamó por teléfono antes de las seis de la mañana, cuando acababa de dormirse.

—Hay un nombre en la lista: «J. Locke», pero la matrícula está registrada a nombre de Francesca Fairbancks, de Livingston. El coche acabó destrozado tras un accidente hace un par de años. Su marido lo llevó a un desguace en Falkirk.

—¿El marido puede darnos más detalles? —preguntó Callanach.

—Podría haberlo hecho, si no hubiera fallecido hace seis meses —respondió Lively. Callanach oyó la frustración en su voz.

—Reúna a un equipo para buscar en todos los desguaces de la zona de Falkirk. Estaré en la comisaría dentro de una hora.

—Ah, el profesor Harris quiere otra sesión informativa sobre lo que han encontrado en Braemar. ¿Le digo que ya viene? —preguntó Lively.

—Váyase inmediatamente a Falkirk, sargento. Yo llamaré a Harris. —Lo último que quería era perder más horas dando explicaciones a un hombre decidido a no desviarse de sus suposiciones. Iba a ser un día bastante ajetreado, así que evitar al perfilador no debería resultarle demasiado difícil.

Por supuesto, el profesor Harris lo estaba aguardando en su despacho cuando llegó al trabajo. Callanach pensó que debería habérselo esperado. ¿Cómo se le había ocurrido que Lively obedecería sus órdenes? Harris incluso se había tomado la molestia de invitar al comisario a la reunión.

—El equipo utilizó el perfil que les proporcioné para identificar a tres sospechosos en la zona. Hoy los traerán a comisaría para ser interrogados. Me gustaría asistir a las entrevistas si no le importa, inspector. Sabré con certeza si dicen la verdad —dijo Harris mientras se acariciaba la barba. Era un hábito que Callanach encontraba especialmente detestable.

—¿Qué le hace creer que esos hombres están relacionados con los asesinatos? —preguntó.

—Todos tienen antecedentes penales por violación. He estudiado sus expedientes. Desde mi punto de vista, todos muestran el potencial de escalada de violencia sexual con ciertas tendencias psicopatológicas. Y los tres viven bastante cerca de los lugares donde se cometieron los crímenes.

—¿Y si se equivoca sobre el móvil sexual de los crímenes? —preguntó Callanach—. Lo único que tiene para vincular a esos hombres con los crímenes es una historia que cree que coincide con la psicología del asesino.

—También están en la franja de edad correcta, tienen acento escocés, poseen un carné de conducir y conocen bien la ciudad. Las estadísticas demuestran que la mayoría de las mujeres secuestradas son víctimas de abuso sexual, inspector, así que no sé por qué tiene tantas dudas. —Harris se mostraba imperturbable. Callanach sabía que sus instintos no serían suficientes para formular un buen contraargumento y eligió el camino de no ofrecer resistencia para ganar tiempo.

—*D'accord* —murmuró, cambiando al francés por la frustración—. Muy bien, Tráigalos aquí. Reténgalos hasta que el sargento Lively regrese de Falkirk, entonces podrá asistir a los interrogatorios. Comprueben sus coartadas, si las tienen, y pónganse en contacto con sus agentes de libertad condicional. Por favor, consideren si actualmente están en condiciones de hacer daño. Y les ruego que nadie hable con la prensa ni haga declaraciones públicas sin mi consentimiento. Si arrestamos al hombre equivocado, podríamos empujar al asesino a demostrar que sigue en libertad.

—Da por sentado que acusaré al hombre equivocado, inspector —replicó Harris, perdiendo los estribos por primera

vez.

—Tal vez —contestó Callanach—. Comisario, hay otro asunto que tenemos que discutir y no dispongo de mucho tiempo. —El profesor se despidió de Begbie, pero no de Callanach, a quien desde luego no le importó en absoluto.

—Hablando de la prensa… —comentó Begbie—. Esta mañana voy a necesitarlo. Usted ayudó en el caso de los bebés muertos. Tengo que hacer una declaración para explicar que Ava ha sido suspendida del servicio para investigar las quejas que han surgido a raíz de sus comentarios. Me gustaría que después usted proporcionara un resumen sobre el caso y el estado en el que se encuentra.

—¿Y cuál es? —preguntó Callanach.

—El sacerdote de Sarah Butler ha sido acusado de violación, pero se niega a hablar. Una fuente anónima le está financiando la mejor representación legal posible y sus abogados ya están estudiando el caso. La prueba de ADN demostrará si la chica tiene razón, sin embargo, aún no tiene la edad suficiente para dar su consentimiento. Tardaremos un par de días en procesarlo todo. Rebecca Finlan está demasiado alterada para ser coherente. Eso llevará más tiempo. La hermana Ernestine ha sido acusada de doce cargos de agresión, pero hay muchos más pendientes.

—¿Y las acusaciones contra las chicas? —preguntó Callanach.

—No hemos tenido más remedio que acusar de homicidio involuntario a las dos cuyos hijos murieron. Suponemos que ambas se declararán culpables para obtener una reducción sustancial de la pena y una condena no privativa de libertad. Esperamos que tengan acceso al apoyo que necesitan para reconstruir sus vidas.

—Pobres chicas —comentó Callanach.

—Estoy de acuerdo con usted, en esta historia no hay ganadores. ¿Cómo está Ava? —preguntó el comisario.

—Su mejor amiga sufrió un allanamiento de morada ayer. He pedido a un equipo de agentes uniformados que lo investigue y yo los supervisaré.

—No quiero que eso lo distraiga del caso Buxton y Magee —ordenó el comisario—. Y asegúrese de que Ava se mantenga al margen. No debe hacer absolutamente nada mientras solucionamos el lío en el que nos ha metido.

—Se lo diré.

—Debe colaborar con el profesor Harris, Callanach. La Iglesia está financiando su consultoría para que obtengamos resultados. No quiero conflictos en su equipo y no puedo correr el riesgo de tener que suspender a otro de mis inspectores, así que intente ser amable. Nos vemos en la sala de prensa en media hora.

El teléfono de Callanach sonó y como aparecía un número desconocido estuvo a punto de rechazar la llamada, pero se lo pensó mejor.

—Luc, perdona que te moleste, pero hay novedades. Estoy aparcada en el coche delante de la comisaría —dijo Natasha con voz temblorosa. Se preguntó cuánto tiempo había esperado antes de decidirse a llamar. No era el tipo de persona que montaba una escena.

—Ahora bajo —anunció, poniéndose el impermeable.

Ella encendió las luces de cruce y abrió la puerta mientras él se acercaba. Tenía los ojos inyectados en sangre. Le tendió un sobre y él se lo puso en el regazo.

—¿No has dormido? —le preguntó Callanach.

—¿Se nota mucho? Gracias por decirme que tengo mal aspecto. Los he encontrado bajo la puerta trasera cuando he

bajado esta mañana. Estaban esparcidos por el suelo.

Callanach abrió el sobre y extrajo varios trozos de papel rugoso de colores brillantes. Algunos estaban doblados y arrugados. Consciente de que estaba destruyendo pistas vitales, los dejó caer sobre su regazo para no borrar ninguna huella.

—¿Sabes de dónde provienen? —preguntó.

—Es una foto mía en una colecta benéfica que salió en *Scotland on Sunday*. Hay seis formas de letras recortadas de la foto; parece que lo han hecho con plantillas.

Callanach dio la vuelta a los papeles, sujetándolos con las uñas. Podía distinguir una V, una O y una A. —¿Cuáles son las otras dos? —preguntó.

—Dos Y —respondió ella.

—¿Te suena de algo? ¿Alude a algo personal?

—Al principio no estaba segura de si era una V o una U y si la I era un 1 o una L. Entonces lo entendí. —Natasha se inclinó y recogió las letras. Callanach hizo ademán de protestar—. Ya es tarde —explicó ella—. Llevo al menos una hora tocándolas, mis huellas estarán por todas partes. —Las colocó encima del sobre formando una palabra.

—YA VOY —leyó Callanach—. Tienes que hacer otra declaración. No admito ninguna discusión.

Callanach corrió a la rueda de prensa y tomó asiento unos segundos antes de que el comisario empezara a hablar. Inmediatamente comenzaron a disparar los *flashes* de las cámaras y la responsable de Relaciones Públicas de la Policía pidió a los fotógrafos que dejaran de hacer fotos durante la grabación. El comisario estaba con el ceño fruncido y fue directo al grano. Los focos los cegaron mientras los técnicos ajustaban los trípodes y se peleaban por conseguir la mejor vista. Entonces los apuntaron con las cámaras. Callanach se

pasó nerviosamente una mano por el pelo. Por un momento, vislumbró su propio rostro en el monitor de una cámara y se dio cuenta de lo cansado que parecía. Probablemente Natasha había pensado que tenía mucho valor para hacer comentarios sobre su cara de cansancio. Se obligó a mantener la cabeza alta y miró fijamente a las lentes oscuras que llevarían su imagen a través del país, imaginando cómo Ava veía desde casa lo que debería haber sido su momento.

Trató de ser conciso e informó de las novedades con precisión quirúrgica, ateniéndose a los hechos. Finalmente, le pasó la palabra a la responsable de Relaciones Públicas, quien aseguró que el jefe respondería a las preguntas, pero solo durante cinco minutos. Y comenzó el asalto.

—¿Llamarán a investigadores externos para se ocupen de las quejas contra la inspectora Turner?

—¿Se ha manifestado el Vaticano respecto a la conducta criminal del colegio?

—¿Qué pasará con la tercera chica, ya que su hijo sobrevivió?

—¿Está la policía investigando otros posibles cargos contra St. Gerard Majella?

El comisario respondió a las preguntas y luego se levantó para indicar que el tiempo había terminado.

—¿El inspector Callanach aún no ha hecho progresos en los casos de Buxton y Magee? Si es así, ¿por qué no lo han sustituido?

En la sala se hizo el silencio. Era una emboscada. El periodista que había gritado la pregunta avanzó y apuntó el micrófono a la cara del comisario. Si Begbie no decía nada, el inspector estaría acabado. Si se inventaba una excusa, parecería débil y a la defensiva. Callanach se adelantó para evitar que tuviera que tomar una decisión.

—Hay avances, pero comprenderá que no podemos divulgar todas y cada una de las pistas que descubrimos. Les pedimos que mantengan la calma y comprendan que encontrar al asesino de Elaine Buxton y Jayne Magee es nuestra prioridad. Un perfilador nos está ayudando con la investigación. Están en su derecho de hacer preguntas sobre el caso, pero por respeto a las víctimas de las que hemos hablado hoy, les pido que se dirijan directamente al Departamento de Prensa. Gracias.

Una ráfaga de luces cegadoras estalló en el vestíbulo mientras los fotógrafos trataban de captar el momento. Todos los periodistas presentes tenían más preguntas. Había demasiados ruidos, demasiada gente empujándolo en todas direcciones, demasiadas luces en sus ojos. Callanach intentó recuperar el aliento y se dio cuenta de que no podía. Necesitaba comer y dormir. Y por encima de todo, necesitaba salir de aquella sala. Empujando a la gente para avanzar, intentó reprimir la creciente sensación de pánico ante el estado de malestar en el que se encontraba.

Ava lo llamó antes de que llegara a su despacho.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó—. Has estado bien, pero parecías completamente exhausto.

—Estoy bien —respondió—. Por lo menos, mejor que Natasha. —Se arrepintió de esas palabras en cuanto las pronunció. Era mejor que Ava supiera lo menos posible.

—Cuéntamelo —lo instó ella.

—No puedo. El comisario quiere que estés fuera del caso y por una vez estoy de acuerdo con él. Aunque me sentiría mejor si Natasha se mantuviera alejada de su casa esta noche.

—Intenté convencerla de que se viniera conmigo anoche, pero se mostró inflexible —dijo Ava.

—No, no puede quedarse contigo debido a la suspensión.

Además, si se trata de la misma persona que te amenazó a ti, estar juntas puede que sea la peor opción. ¿Por qué no se va con su familia?

—Imposible, cortaron todos los lazos con ella cuando salió del armario. Ella es más terca que yo, Luc, no creo que tengas suerte. La llamaré para ver qué puedo hacer.

—No puedo impedir que la llames, pero te pido por favor que no hagas nada más. —Callanach llegó por fin a la máquina de café e introdujo las monedas. No le importaba si estaba asqueroso. Solo la cafeína podía salvarlo.

—Luc, ¿sigues ahí?

—Sí —dijo él—, es que me estoy tomando un café.

—¿Crees que podría ser tu asesino el acosador de Natasha? Encaja en el perfil de las víctimas; está soltera, en la treintena, vive sola y se encuentra en la cima de su profesión. No soporto la idea de que pueda… —No terminó la frase. No era necesario.

—Natasha está aquí haciendo una declaración —explicó Callanach—. Y es muy diferente. El allanamiento, el corazón en el congelador y las cartas que ha metido bajo la puerta hoy. No había nada parecido en los otros casos. Tengo que irme, Ava, pero te doy mi palabra de que la protegeré.

Capítulo 29

Nada más entrar en el vestíbulo del departamento, le comunicaron que la profesora Forge estaba de baja por enfermedad. King había enarcado una ceja para mostrar el grado justo de sorpresa, había preguntado qué tenía y, como era de esperar, le habían dicho que no lo sabían y que no era apropiado preguntar. Él contestó que esperaba que se sintiera mejor al día siguiente y las dejó limándose las uñas y charlando sobre ropa y famosos. Se retiró a su despacho. Natasha había sido muy predecible. Para una mujer tan dotada intelectualmente, era casi una decepción. Que se asustara por esa tontería demostraba su vulnerabilidad.

En cuanto a las cartas bajo la puerta, se avergonzó de haber recurrido a tácticas de telenovela, pero había sido rápido y fácil. El corazón era algo más espectacular si ya lo había encontrado. Había pasado una noche inquieta preguntándose si la visita a casa de Natasha había alterado su percepción de ella. En su mente, el congelador tenía que estar vacío, salvo por una bandeja de hielo, quizá unos guisantes y una trucha que llevaba demasiado tiempo en el fondo del compartimento. Debía haber una bolsa de ropa colgada en el picaporte, recién entregada en casa. La llegada de un pedido de un supermercado de alta gama era inminente, con sanas ensaladas preparadas, una bandeja de

marisco, salmón ahumado, unas botellas de champán y los mejores vinos. En su lugar encontró una olla de cocción lenta con lo que parecía un guiso de cordero hirviendo a en su interior. La nevera estaba llena y la mayor parte del contenido eran comidas caseras para recalentar. Al parecer, la profesora Forge, con sus innumerables vestidos elegantes, sus estrictos plazos y su insuperable pasión por el trabajo duro, era una dedicada ama de casa. Su decepción no terminó en la cocina.

Volvió a pensar en la cama. Estaba pulcramente hecha, llena de cojines esparcidos por todas partes; era cómoda y estaba limpia, pero exageradamente acogedora. Había imaginado un mobiliario hípermoderno, en una combinación minimalista de blanco y negro. En cambio, la almohada con funda con diseño floral olía al perfume que ella usaba más a menudo. King se había permitido el lujo de hundir la cara en ella durante unos segundos; se había tumbado sobre la colcha con los brazos y las piernas muy separados, como para absorberla dentro de sí. Se había mirado en el espejo y la había imaginado de pie frente a él y se había visto respirando en su cuello mientras ella se ponía los pendientes. Embelesado, había pasado allí más tiempo del que debería, preguntándose cómo sería rodearle el cuello con las manos, imaginando que ella le suplicaba que se detuviera. Ella se habría arrepentido de su comportamiento y se habría disculpado por su falta de consideración al ver de cerca todo su poder. Había imaginado su respiración entrecortada, sus jadeos en busca de aire, sus párpados moviéndose frenéticamente antes de cerrar los ojos. Como si fuera su amante. Como si le gustara.

King había necesitado de toda su fuerza de voluntad para conseguir salir de su habitación. Si no hubiera mantenido el control de sus sentidos, habría cometido un error, habría

dejado pistas identificables. Se centró en las consecuencias. No era admisible dejarse distraer por ella hasta el punto de no alcanzar su objetivo. Había entrado en su casa para hacerla sentir insegura. Debía temerlo, aunque no supiera quién era. Quizá esta nueva versión de ella que había descubierto, aunque decepcionante, era más adecuada para tener miedo: la mujercita que disfrutaba tanto de las comodidades de su casa. Aunque prefería a la antigua Natasha, la profesional intocable, tan gélida que a veces imaginaba que se derretiría al tocarla, había aprendido mucho más sobre ella y, sin duda, el conocimiento era poder.

Los preparativos para hacerse con otra mujer lo excitaban. En la habitación no cabían tres. No había planeado mantener a tantas allí. Se acercaba el momento en que tendría que deshacerse de Elaine o de Jayne, un pensamiento triste después de dedicar tanto tiempo y esfuerzo a capturarlas, pero también emocionante. Al principio se resistía a admitirlo. Solo sentía frustración y fastidio porque las dos mujeres no habían cumplido su propósito como él pretendía. Luego estaba la chispa que había intentado apagar. La noche anterior, en la cama, se había imaginado eligiendo a una. Se sentía como un dios. No como cualquier dios, como Dios. Había revivido las horas pasadas extrayendo los dientes inferiores de Jayne, practicando las técnicas que había aprendido en libros y en Internet, esperando que gritara como lo había hecho Elaine. Le había atado fuertemente las piernas y los brazos, colocando debajo plásticos de protección para no estropear la cama, convencido de que se sacudiría, dispuesto a gastar mucha energía para calmarla mientras le masajeaba las encías antes de extraerle los dientes uno a uno. Pero no había gritado. Había aceptado la inyección de anestesia con una mueca, pero sin

lágrimas. No había habido nada de histeria. Era como si ya estuviera muerta por dentro.

Con Elaine, sin embargo, había podido sentir su terror, ver su sufrimiento y experimentar cada emoción que él le provocaba. Jayne no le había dado nada. Si al principio había admirado su autocontrol, con el tiempo había llegado a verlo como una especie de devoción religiosa, y no estaba seguro de que le siguiera gustando. Elaine lo había dotado de atributos inesperados. Autoridad. Prestigio. Supremacía. Pero era una criatura miserable, quejumbrosa y físicamente repulsiva. Era una decisión imposible, que además, tenía el desafortunado efecto secundario de provocarle una erección cuando pensaba en ella. No se trataba solo de decidir a una de las dos. También estaba el abanico de posibilidades del cómo. Con el último asesinato había sido torpe, porque no lo había planeado. Obviamente, Grace estaba destinada a morir desde el principio, pero no de esa manera. Había habido demasiada rabia, poca sofisticación. Quizá debería dejar que su próxima adquisición tomara todas las decisiones. Pensarlo le daba escalofríos. Ella lo odiaría, pero era necesario si quería domarla.

King tenía una lista de tareas por hacer nada apetecibles. Necesitaba otro vehículo y aún tenía que encontrar una sustituta adecuada para su nueva huésped. No podía arriesgarse a volver al barrio rojo de Glasgow. El recuerdo de aquel chulo inclinado sobre su coche le provocó un sudor frío. Tendría que investigar más, quizá en Dundee.

En el ordenador apareció una notificación de un correo electrónico. La enfermedad fingida de la profesora Forge no le había impedido trabajar desde casa. Quería que revisara los folletos que se iban a imprimir para el nuevo curso académico. Era un trabajo muy aburrido. Nunca había entendido por qué

no se lo dejaba al Departamento de *Marketing*, pero a Natasha le gustaba saber la opinión de todos los miembros del departamento. También quería que organizara una reunión de personal en un plazo de dos días. «Pero ella no participará, no estará disponible», pensó King. En ese momento, el trabajo que tenían que hacer sus empleados sería el menor de sus problemas. Sin embargo, él tenía que actuar como de costumbre. Solo quedaba una cosa por hacer para asegurarse de que ella estaría donde él quería, en el lugar y en el momento adecuados. Se puso un par de guantes de polietileno transparente y sacó un sobre de una bolsa de plástico que había dejado en su maletín.

A la hora de comer, cuando la mayoría de los alumnos habían salido del edificio y el resto del personal consumía sándwiches en sus escritorios, cogió un montón de papeles y se dirigió por el pasillo hasta la puerta del despacho de Natasha. Procedió lentamente y con cautela. No había nadie. Pegó el sobre a su puerta con un movimiento fluido, tras haber colocado ya la cinta adhesiva, y se quitó los guantes mientras se alejaba. Solo tenía que aguantar lo que le quedaba de jornada laboral y luego podría irse a casa con sus chicas. Tenía mucho que hacer. Todo tenía que estar limpio. No quería que la habitación de invitados estuviera sucia y desordenada antes de la llegada de su preciado premio. Daría una impresión totalmente equivocada.

Capítulo 30

—¡Estoy llevando a la comisaría a los dos propietarios de los desguaces para interrogarlos! —gritó Lively por teléfono para hacerse oír por encima del ruido de las actividades industriales que lo rodeaban—. Los mantendremos allí el tiempo suficiente para hacerles creer que tenemos algo contra ellos, así le daremos la oportunidad a un equipo de policías uniformados para que registre a fondo los depósitos en busca de pistas. ¿A qué hora estará usted disponible?

—A ninguna. Hoy ha habido otro incidente y necesito que acompañe a Harris en los interrogatorios de los delincuentes sexuales que se ajustan al perfil. Le pediré al agente Tripp que se ocupe de sus desguaces, está perfectamente capacitado para hacerlo —respondió Callanach cuando el coche patrulla en el que iba se detuvo junto a la acera y aparcó.

—No entiendo qué puede ser más importante que esto. Se supone que usted está a cargo de esta investigación y nunca lo está —replicó Lively.

—Ahórreselo, sargento. No tengo que darle ninguna explicación. Continúe haciendo su trabajo y obedezca las órdenes o lo reemplazaré.

—Cuando esta historia termine —se quejó Lively—, habrá una queja y será tan seria que ni siquiera sus amigos importantes de

la Interpol podrán salvarlo.

Colgó antes de que Callanach pudiera contestar. La agente a la que habían llamado mientras dirigía el tráfico para que lo acompañara a la universidad jugueteó con la radio e hizo lo imposible por fingir que no había oído nada, pero su expresión lo decía todo. Estaba esperando a que Callanach explotara. En lugar de eso, se recostó contra el respaldo del asiento y respiró lenta y profundamente unas cuantas veces. Tenía que encargarse del nuevo problema, regresar a la comisaría, comprobar lo que estaban haciendo todos y lograr llegar a casa sin darle un puñetazo a nadie. Eso era todo. Por el momento, con eso bastaba.

Un empleado de la administración del Departamento de Filosofía había llamado a Natasha para informarla de que habían encontrado un sobre pegado a la puerta de su despacho. La chica lo había sacado y había vaciado el contenido sobre su escritorio; luego había llamado a sus compañeros, que la habían ayudado a descifrar las misteriosas letras, moviéndolas de un lado a otro hasta que habían formado una palabra. El sobre y su contenido estaban cubiertos de fibras, huellas dactilares y ADN variado. Callanach pensó que no podía culparlos. Era normal que hubieran actuado así y no tenían ningún motivo para ser cuidadosos. Natasha había decidido mantener lo que estaba ocurriendo en secreto ante su personal, tanto para no disgustarlos como para evitar complicaciones innecesarias. Por desgracia, la consecuencia había sido que no estaban preparados para la posibilidad de un contacto por parte del acosador de Natasha. Callanach suspiró. Parecía que nada le salía bien.

En la oficina, la chica que estaba declarando no era en absoluto consciente de la importancia de las letras esparcidas

sobre su escritorio. Un policía las fotografió y luego salió a hacer fotos de la puerta a la que habían sido pegadas. Callanach recuperó el sobre de una papelera, lo colocó con cuidado en una bolsa de pruebas, junto con las letras, y lo etiquetó.

Salter había ido a buscar a las dos exnovias de Natasha que podían tener aún las llaves. Natasha, protegida por un policía, estaba en su casa haciendo una lista de todos los que podían guardarle rencor. Un equipo de la Policía Científica estaba trabajando alrededor de su vivienda en busca de huellas, pero era una posibilidad remota.

Callanach se acercó al policía que estaba coordinando la escena del crimen en la universidad.

—Hable con cada miembro del personal individualmente, intente averiguar si alguien ha notado algo sospechoso o ha visto a algún extraño en el edificio, y establezca un marco de tiempo. Me gustaría saber cuándo ha aparecido el sobre en la puerta de la profesora Forge.

La sala de operaciones estaba llena de actividad cuando regresó a la comisaría.

—¡¿Qué está pasando, Salter?! —gritó a través de la masa de cuerpos.

—Uno de los tres sospechosos del caso Buxton/Magee ha sido puesto en libertad. Estaba en libertad condicional durante el período relevante y su coartada fue verificada de inmediato. En cuanto a los otros dos, uno se niega a hablar y ya tiene abogado, y al parecer, el tercero ha admitido algo. El profesor Harris observa mientras el sargento Lively se encarga del interrogatorio.

—Haga salir a Harris ahora mismo —ordenó Callanach.

—Pero el comisario ha dicho que…

—No quiero saberlo. Haga lo que le he pedido. Y deme el

expediente del sospechoso que está ahora con ellos.

Callanach se dirigió a la sala de interrogatorios, hojeando el expediente de Rory Hand. Era un hombre de cincuenta y dos años, con antecedentes penales por violación y por haber utilizado amenazas para obligar a una mujer con trastornos mentales a mantener relaciones sexuales con él; no era alguien con quien quisieras encontrarte en un bote salvavidas. Había estado en la cárcel ocho años por violación y luego, después de cinco años en libertad, durante los cuales tal vez había continuado con la violencia, pero no lo habían atrapado, acabó cumpliendo otros cuatro años más.

En ambas ocasiones trabajaba como cuidador; la primera a domicilio y la segunda con un nombre falso en una residencia de ancianos. Callanach miró la sala de interrogatorios a través del cristal. El sargento Lively y Harris estaban guardando sus notas. Solo había otra persona en la habitación. Hand tenía la cara roja y sudorosa, y respiraba más rápido de lo normal.

Harris fue el primero en salir.

—Bueno, inspector, aún nos queda mucho trabajo por hacer, pero yo diría que hemos dado un gran paso adelante. Y había una motivación sexual, como yo sospechaba.

—¿Cuánto le han dado? —preguntó Callanach.

—No sé lo que quiere decir —dijo Harris—. El sargento Lively llevó a cabo el interrogatorio de una forma totalmente profesional. Según mi experiencia, estos delincuentes suelen querer que los atrapen. El interrogatorio es su gran momento. Fantasean con ello. La confesión y el horror que provocan al revelar los detalles de sus crímenes es el subidón final.

—No había ningún abogado presente —comentó Callanach.

—Le he leído sus derechos y lo he invitado a conseguir representación legal —intervino Lively—. Sé lo que hago.

—Quiero ver la cinta. —Callanach entró en la sala de cámaras. Un técnico rebobinó la grabación del interrogatorio y señaló un monitor.

Una vez cumplidas las presentaciones rituales y las obligaciones legales, Callanach vio que Hand se removía ligeramente en su silla, arañaba la superficie de la mesa y fruncía el ceño mientras le preguntaban repetidamente si deseaba representación legal. Desde luego, no podía afirmar que Lively no hubiera hecho un buen trabajo en ese frente. En un momento dado, el profesor Harris sacaba teatralmente un paquete de fotos tamaño A4 y las dejaba caer una a una delante de Hand.

—Elaine Buxton —había dicho Lively—. Esto es lo que queda de ella. —Las fotos mostraban huesos calcinados entre los escombros del refugio. En otros se veía el bate de béisbol y el diente. Callanach estudió a Hand. Su cuerpo estaba relajado, pero habría jurado que sus pupilas estaban dilatadas—. Y esta es Jayne Magee —había continuado Lively. Colocaron más fotos delante del sospechoso—. ¿Has visto alguna vez a estas mujeres?

Hand se balanceó en su silla. Ya no estaba encorvado, pero sus hombros estaban relajados y ya no parecía nervioso. De hecho, parecía contener el impulso físico de alargar la mano y tocar las fotos.

—Mire cómo se excita al ver a sus víctimas. Supongo que para él habría sido demasiado arriesgado fotografiarlas, así que cuando por fin se ha encontrado cara a cara con las imágenes que había intentado reconstruir en su mente, no ha podido controlar sus reacciones físicas —dijo Harris en tono triunfante, casi engreído.

Callanach se volvió hacia el técnico.

—¿Puede retroceder un minuto, por favor? —preguntó.

El vídeo volvió al lugar donde se habían colocado las fotos por primera vez delante de Hand. Callanach lo miró fijamente a la cara. Había fruncido ligeramente el ceño cuando se dio cuenta de lo que estaba viendo, y entonces Lively había pronunciado los nombres de las víctimas. De repente, el sospechoso había abierto mucho los ojos, pero solo durante una fracción de segundo. La boca había formado una pequeña O, y Callanach notó una ligera succión.

—Estaba asombrado —dijo—. Sinceramente sorprendido.

—Bueno, no pensaba que lo íbamos a atrapar. Todavía no he conocido a ningún sospechoso que me haya dicho «Os estaba esperando, tenía el presentimiento de que hoy me ibais a detener». El verdadero objetivo es pillarlos desprevenidos, ¿o no es así como se hacen las cosas en Francia, señor? —El tratamiento del final de la pregunta de Lively exudaba ira. El sargento estaba tan a la defensiva que Callanach se preguntó si no le preocupaba también que el interrogatorio hubiera dado resultados con demasiada facilidad.

—Estos asesinatos han salido en todos los programas de noticias. Los periódicos han divulgado todos los detalles que han logrado descubrir. El sospechoso puede estar familiarizado con las horas, las fechas y los lugares. Si se siente gratificado por este tipo de cosas, y es bastante obvio que así es, a juzgar por su estado, habrá leído todos los tabloides y habrá visto cada segundo de cobertura televisiva —le dijo Callanach a Lively. Harris se adelantó para participar en la conversación.

—Comprendo que sea difícil de aceptar, pero a veces la elaboración de perfiles da estos resultados. No será usted el primer investigador que pone mala cara por haber sido excluido, pero le aseguro que el mérito de esta detención es de

todo el equipo.

—No se trata del puto crédito. Se trata de que usted hace suposiciones que se convierten en profecías autocumplidas. ¡Ese hombre no tenía ni idea de lo que le iba a enseñar! —gritó Callanach.

—Usted no está cualificado para determinar eso —lo atacó Harris.

—Tal vez, pero esta sigue siendo mi investigación. Lively, continúe con el interrogatorio. Pregúntele dónde retuvo y mató a las víctimas. Quiero lugares concretos. Envíe allí a un equipo y encuéntreme vínculos tangibles y probatorios. Entonces podremos hablar.

—Voy a presentar cargos contra él. Ha hecho una confesión completa —informó Lively, aunque su obstinación estaba disminuyendo.

—Si lo incrimina, la investigación de los demás sospechosos quedará paralizada. ¿Es eso lo que quiere? —preguntó Callanach.

Lively, por una vez, permaneció en silencio.

—Sargento, el asesino de la reverenda Jayne Magee está sentado en esa sala. Usted y yo hemos llevado este caso a buen puerto. Estoy seguro de que a estas alturas no se dejará influir —lo instó Harris con una voz que era poco más que un susurro.

Lively se llevó la mano al cuello, justo entre las clavículas. Callanach sospechaba que bajo su camisa había un objeto que el sargento no debía utilizar en acto de servicio por razones de seguridad. De plata, probablemente, pequeño y sencillo. Un crucifijo al que estaba tan encariñado que no soportaba quitárselo, incluso a riesgo de que alguien se lo retorciera alrededor del cuello en una pelea. En ese momento, Callanach se dio cuenta de que estaba librando una batalla perdida.

—Pediré autorización al comisario para acusarlo. Lo he hecho todo según las normas. El equipo empezará a recoger pruebas —dijo Lively en un tono inusualmente tranquilo.

—Rory Hand acaba de confesar dos asesinatos sin que se haya presentado ninguna prueba contra él. Eso significa que no puede seguir matando. Los asesinos en serie anhelan una nueva víctima más que cualquier otra cosa, ¿no le parece, profesor Harris? Por eso se esfuerzan tanto en que no los pillen. Nada de esto tiene sentido —masculló Callanach.

—Usted no es ni psiquiatra ni psicólogo, inspector. La complejidad de los cerebros de estos hombres nunca es única en términos de motivación y comportamiento. —Harris mantenía un brazo alrededor de los hombros de Lively, como si quisiera protegerlo de nuevos intentos de persuasión. Callanach nunca había visto al sargento tan incómodo.

—Y rara vez pasan de violar en una residencia de ancianos, con víctimas elegidas precisamente por sus reducidas capacidades cognitivas, a secuestrar, torturar y asesinar de un plumazo a mujeres prominentes —replicó Callanach.

—No puede saber con seguridad lo que he hecho mientras tanto. Tal vez sea un proceso que haya ocurrido lentamente, a lo largo de varios años —lo contradijo Lively para apoyar a Harris, aunque no parecía nada contento.

Callanach les dio la espalda. La identificación y detención de Hand habían sido limpias, rápidas, sencillas y completamente contrarias a todo lo que sus años de experiencia le habían enseñado. Presionarían al jefe para que hiciera una declaración a la prensa y, aunque se negara, la noticia se filtraría de todos modos. Rory Hand era sin duda un pedazo de mierda. Se había excitado al ver la carnicería de las fotos. Callanach no sentía ni una pizca de lástima por él. Le costaba creer que alguien

estuviera dispuesto a admitir delitos para los que estaba prescrita la cadena perpetua solo por la notoriedad que le reportaría la condena. Además, Hand tendría acceso a todas las pruebas: fotografías, vídeos, informes de autopsias, análisis forenses y detalles de la vida de las dos mujeres. Estaba enfermo y, sin duda, el mundo sería un lugar mejor con él entre rejas. Lo que preocupaba a Callanach era la posibilidad de que el verdadero asesino tuviera más tiempo para volver a matar con la cancelación de la búsqueda. Si detener a Hand era un error, como él creía, tendría un alto coste. Dejó un mensaje en el móvil del comisario con esas mismas palabras.

Tripp estaba en la sala de operaciones.

—¿Qué ha pasado con los desguaces? —preguntó Callanach.

—No he conseguido gran cosa. Pero ¿qué sentido tiene? Se rumorea que uno de los sospechosos ha confesado.

—Y yo acabo de ganar la lotería. Una de esas que se hacen en Internet, donde ni siquiera he comprado el boleto, pero un señor muy amable de Nigeria me ha escrito que debo darle tres millones de libras esterlinas para pagar los impuestos. — Callanach se puso de pie con los brazos en jarras. Tripp le dio un café y abrió una carpeta.

—El dueño del primer desguace estaba muy tranquilo y apenas respondió a unas pocas preguntas, pero parecía sincero. No tiene nada que ocultar, pero tampoco le guarda especial estima a la policía, ya me entiende. El del segundo ha estado tres veces en la cárcel, en tres prisiones distintas, siempre por delitos menores: venta de objetos robados, hurto en tiendas hace veinte años, y fraude fiscal. Era más interesante, estaba un poco nervioso y reflexionaba antes de responder a las preguntas. No me ha dicho nada, pero tengo la sensación de que oculta algo.

—Encuentre algo en su contra, cualquier acusación, aunque sea algo relacionado con la salud y la seguridad. Invente una excusa para cerrar su depósito mientras investigamos. El motivo de todos los delitos que ha cometido era el dinero, así que así lograremos que hable. Hágalo de forma rápida y discreta. Dentro de unas horas, habrá un anuncio que moverá todos nuestros recursos a otro lugar.

Callanach llegó a casa de Natasha media hora más tarde. Estaba evitando al comisario y había desviado todas las llamadas al buzón de voz. No se sorprendió cuando vio el coche de Ava. No era del tipo de persona que hace lo que le dicen. Llamó al timbre y esperó.

Natasha abrió con una expresión mucho más alegre que la que tenía en la comisaría.

—Pasa —dijo—. Estaba haciendo café. ¿Quieres uno?

—¿Soy francés o no lo soy? —preguntó.

—En realidad, eres medio escocés, así que debería prepararte uno con güisqui. Pero me temo que aún estás de servicio.

—Sí —respondió—. Y tú no deberías estar aquí —le dijo a Ava, que estaba sentada a la mesa de la cocina comiéndose una galleta.

—Me han suspendido —contestó ella con la boca llena—. ¿Qué mejor oportunidad que pasar un rato con mi amiga más antigua y más querida?

—Natasha, necesito repasar una lista contigo para obtener más información. La Policía Científica está trabajando en las nuevas letras y en el sobre, pero llevará tiempo obtener resultados. ¿Hay algún alumno que debamos incluir como sospechoso, alguno al que hayas suspendido o que pueda estar enamorado de ti?

—Está bien, pero me parece ridículo. Espero que no le digas a

nadie que he dado sus nombres.

—Diremos que estamos hablando con todo el mundo, no te preocupes —la tranquilizó Callanach.

—Giles Parry, un estudiante de segundo año me hizo regalos durante un tiempo. Tuve que enviarle una carta formal pidiéndole que dejara de hacerlo. No me ha vuelto a hablar desde entonces. A Marcus Turnbull lo pillé haciéndome fotos durante en clase. Cuando me siguió al baño, le advertí que tomaría medidas. Respondió que solo quería discutir un trabajo, pero fue algo inquietante. Y hay una estudiante de primer año, que va siempre acompañada de algún chico y tiene una gran opinión de sí misma, pero que me mira fijamente, me espera en los pasillos y me mira las piernas sin preocuparse de que yo me dé cuenta. Hay algo extraño en ella. Se llama Jaclyn Best. Me gustaría tener una razón para deshacerme de ella.

—Genial —aprobó Callanach—. Pasemos al personal y a los profesores. Tenemos que comprobarlos uno por uno, pero cualquier información que puedas darme será útil. Párame si se te ocurre algo. Anthony Allardice, Simon Cordwell, Clare Edgerton. —Natasha levantó una mano.

—Clare recibió una reprimenda verbal el año pasado porque la habían visto en un festival de música cuando estaba de baja por enfermedad. No fue nada serio, pero se lo tomó mal.

—Naomi Fuller —continuó Callanach—. Edgar Gloves.

—Quería mi puesto —dijo Natasha—, y difundió rumores desagradables sobre mí cuando me dieron el trabajo. También se sospechaba que había tenido una aventura con una estudiante el año pasado y se puso muy nervioso cuando le pregunté sobre ello. Me odia —dijo tajante.

—Delia Inman, Reginald King —continuó Callanach.

—Un inepto —respondió Natasha—. Cree que es un regalo de

Dios para el mundo académico, pero no logra llegar más allá de un puesto administrativo. Es presumido e irritante, pero eso es lo peor que podemos esperar de él.

—Vera Lesley, Dean Oppenheim —siguió leyendo Callanach.

—Te lo estás tomando muy en serio —comentó Ava al llegar al final—. No me malinterpretes. Me parece bien, pero ¿qué decía el último mensaje para distraerte tanto de tu investigación de los asesinatos?

—No se trata de eso. Hay un sospechoso en la comisaría y, mientras hablamos, está siendo acusado de los asesinatos de Buxton y Magee —explicó Callanach.

—¿Por qué no me has dicho que lo habías cogido? —preguntó Ava, poniéndose de pie.

—Porque no me convence en absoluto —respondió Callanach —. Y respecto al mensaje, estoy aquí porque se ha vuelto más específico. Decía: «HASTA MAÑANA».

Capítulo 31

Al día siguiente, Callanach se puso en contacto con los tres alumnos que había mencionado Natasha. No había encendido la televisión ni la radio, se había negado a participar en el frenesí mediático que había seguido al anuncio de la acusación de Hand y solo había hablado brevemente con el comisario. Rory Hand había solicitado finalmente un abogado y el jefe había ordenado que dedicaran todos los recursos disponibles a documentar lo que había estado haciendo en los últimos meses. Callanach había dejado claro que no estaba convencido y ahí había quedado la cosa. No había habido peleas ni había recibido órdenes que le impidieran seguir sus propias pistas, solo el hecho de que incriminar a Hand era inevitable. La consecuencia fue que la investigación de otros sospechosos le daría al equipo jurídico de Hand un arma para golpear a la policía si cambiaba su declaración. Callanach odiaba que hubiera abogados de por medio. Las decisiones se volvían tácticas, las pruebas, un arma de doble filo y las acciones y palabras más inocentes se convertían en forraje para los contrainterrogatorios. A todos los efectos, él estaba actuando por su cuenta.

Los problemáticos alumnos de Natasha, Marcus Turnbull y Giles Parry, eran odiosos pero patéticos. Jaclyn Best era todo un

personaje, con una enorme confianza en sí misma y una impresionante capacidad para mentir, pero su instinto le decía que no estaba implicada. Las cartas eran obra de una persona cauta y perseverante. Los estudiantes eran reaccionarios y propensos a la gratificación inmediata.

Cuando terminó de interrogarlos, eran las once de la mañana. Si la amenaza contra Natasha era real, el tiempo ya se estaba acabando. Sonó el teléfono y apareció el nombre de Tripp.

—¿Algún progreso? —preguntó Callanach.

—Hemos conseguido que un inspector de Trabajo y Seguridad cierre el desguace. El propietario está ganando tiempo con la excusa de que debe revisar sus archivos, pero no podrá seguir así por mucho tiempo más. Cada hora que pasa es dinero perdido.

—Y qué pasa con…

—No lo he llamado por eso, señor —lo interrumpió Tripp—. El comisario Begbie quiere que venga inmediatamente. Los abogados de Rory Hand están pidiendo cosas. Hay agentes uniformados con la profesora Forge y el jefe dice que es todo el personal que podemos permitirnos por el momento.

—Anoche dije claramente que no quiero tener nada que ver con Rory Hand. No fui yo quien lo arrestó.

—El comisario ha predicho que diría eso —la voz de Tripp era tranquila.

—¿Y? —lo apremió Callanach.

—Ha añadido que le importa un cara…; bueno, no hace falta que se lo diga. Solo ha dicho que usted está de servicio, así que tiene que volver a la comisaría.

Callanach subió al coche. En el retrovisor vio sus propios ojos inyectados de sangre y se preguntó por qué le sorprendía tanto. No dormía desde hacía… Renunció a calcular las horas. Había

perdido la cuenta de los días. No había tenido más remedio que regresar a la comisaría. Para eso servían las jerarquías. Podías quejarte y dudar, pero al final tenías que hacer lo que te ordenaban o todo el sistema se derrumbaba. Si no podías digerirlo, estabas en el trabajo equivocado. Y ese no era su caso. Estaba exactamente donde debía estar, haciendo lo que amaba. De vez en cuando necesitaba recordárselo a sí mismo.

En comisaría lo esperaba el abogado de Hand.

—Mi cliente confesó los asesinatos —dijo como si fuera el caso más aburrido del mundo. Callanach habría querido arrestarlo solo por la falta de respeto hacia las dos mujeres asesinadas—. Les proporcionará una declaración completa con todos los detalles solo cuando acepten sus condiciones. —En ese momento esperaba que él interviniera y preguntara cuáles eran las condiciones, pero Callanach se cruzó de brazos y no abrió la boca. El abogado chascó la lengua y continuó hablando—. Quiere ver los lugares donde fueron secuestradas las dos mujeres y el almacén donde se encontraron los restos de Magee. Y desea que lo lleven hoy para que se le refresque la memoria o no podrá hacer una declaración completa.

—Me pregunto por qué —replicó Callanach.

El abogado arqueó las cejas.

—¿Qué está insinuando, inspector?

A Callanach le habría encantado responder, pero el instinto de conservación se lo impidió.

—Parece que todos los asesinos tienen problemas de memoria cuando les conviene. Estoy seguro de que su capacidad para recordar mejorará cuando consiga lo que quiere.

—El comisario Begbie dice que usted tiene que dirigir la visita. Me quedaré con mi cliente. Por favor, asegúrese de que sus agentes mantienen una distancia suficiente para que

podamos hablar sin que nos oigan.

Un día perdido, aunque para Rory Hand no. Había ganado una visita gratuita a las escenas del crimen que alimentaría su mente enferma durante años. Y estaban a punto de darle todo lo que necesitaba para añadir sustancia y color a su confesión. No haría falta nada más para relacionarlo con los crímenes. La Policía Científica iba completamente a ciegas. Eran las seis cuando la última incorporación a la lista de infames asesinos escoceses había completado su tarea, absorbiendo la poca vida que quedaba en las atmósferas de los hogares de las mujeres asesinadas. Al final, Callanach casi esperaba que lo declararan culpable. Merecía al menos veinticinco años como pago por las emociones de aquella tarde.

El sargento Lively no se presentó durante la visita a las escenas del crimen y Callanach prefirió no preguntar dónde estaba. Era mejor que él y su sargento se mantuvieran a una distancia prudencial. Cuando Hand regresó a su celda, eran las siete de la tarde y ya había oscurecido. Callanach estaba ansioso por ir a casa de Natasha. Aunque tenía policías apostados allí, que informaban a cada hora, tenía la impresión continua de que no se trataba solo de amenazas vacías. Eran demasiado simples y concisas. Natasha había insistido en quedarse en su casa a pesar de las numerosas advertencias. Quizá era mejor dejarla ahí y ver qué pasaba. Si tenían suerte, pillarían al acosador colándose en la casa. Así al menos garantizarían su seguridad en el futuro.

Cogió su bolsa de viaje del maletero del coche. Natasha le había pedido que se quedara antes de que él se lo propusiera, aunque él no le habría dejado ninguna opción al respecto. Un agente uniformado permanecería de guardia en la parte trasera de la casa, como refuerzo, y también habían alertado a los

bomberos. Desde la calle no se vería nada.

Callanach olió a ajo asado y estofado de ternera, y por un momento olvidó por qué estaba allí.

—Hola, cariño, ¿qué tal en la oficina? —bromeó Natasha; le cogió el abrigo y le tendió una copa de merlot. Estaba más tranquila de lo que él esperaba y llevaba una camisa blanca recién planchada y unos vaqueros negros, con un delantal encima.

—No puedo beber, Natasha, estoy de servicio —respondió con tristeza.

—Por una copa no pasa nada, haz que te dure toda la noche si quieres. Cenamos en media hora. ¿Por qué no vas a dejar tu maleta a la habitación de invitados?

Así lo hizo. Volvió a bajar las escaleras, comprobó que las ventanas estuvieran bien cerradas, corrió las cortinas, miró dentro de cada armario y debajo de cada cama, y luego llamó a Ava.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En casa, como una buena chica —contestó ella—. ¿Está bien Natasha?

—Está cocinando. Sin novedad en el frente. Solo quería asegurarme de que has entrado en razón, porque, si intervienes, el comisario se verá obligado a castigarte con algo más que una simple suspensión de dos semanas.

—Lo sé, y también confío en que lo tengas todo bajo control —respondió Ava alegremente.

—No tienes por qué preocuparte —reiteró Callanach, preguntándose por qué no insistía en conocer detalles sobre la vigilancia ni le pedía que le enviara informes cada hora por teléfono. Había previsto que le resultaría más difícil mantenerse alejada de la acción.

—De hecho, estoy bastante tranquila. Estoy viendo *Los siete magníficos* mientras como *chow mein* y bebo cerveza fría. Aunque estoy tentada de ir corriendo allí y quedarme mirando el reloj toda la noche con vosotros, prefiero pasar un rato a solas con Yul Brynner, Charles Bronson y Steve McQueen, que en mi modesta opinión es el hombre más guapo que ha existido jamás. Buenas noches.

—Quizá el comisario debería prorrogar tu suspensión de todos modos —fue todo lo que consiguió decir antes de que ella colgara. La verdad era que le habría gustado que estuviera allí con ellos. Desterró el pensamiento. Ava Turner era una colega y la mayor parte del tiempo actuaba como si él le fuera completamente indiferente.

En el salón, tomó el mando a distancia y cambió de canal hasta que vio a Yul Brynner con un puro en la boca y a McQueen empuñando un fusil junto a él, sobre un coche fúnebre.

—No es tan guapo —murmuró Callanach.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Natasha al entrar en la habitación.

—Solo estaba expresando una diferencia de opinión con Ava a distancia. ¿Está lista la cena? —preguntó.

—Sí, señor —respondió, haciendo una reverencia—. Espero que tengas hambre.

La comida estaba bastante buena. Le recordaba a Francia. Si no hubieran estado allí esperando a que un peligroso delincuente forzara la puerta, habría sido una noche perfecta.

—¿Quieres hablar? —preguntó Natasha, mientras enjuagaba los platos antes de ponerlos en el lavavajillas.

—¿Sobre qué?

—Ava me habló de la chica que te acusó de violarla. —

Callanach tomó aire, intentando comprender cómo se sentía por el hecho de que hubieran hablado de su vida privada. Se sorprendió cuando descubrió que no estaba molesto, sino que lo invadía una sensación de pertenencia y aceptación. Fuera cual fuese la razón que había tenido Ava para contarle la historia, desde luego no había sido con mala intención—. Sé que no eres culpable —continuó Natasha—. No entiendo cómo pudo ocurrir. La policía necesita pruebas para acusar a un hombre de agresión sexual, ¿no? —Encendió el hervidor y cogió una cafetera de émbolo. Callanach esperó a que le preguntara si le importaba hablar de ello, pero no lo hizo. Su franqueza era parte de su forma de ser. Si lo hubiera hecho cualquier otra persona, le habría parecido una intromisión. Pero ella mostraba un interés genuino. Callanach comprendió por qué le gustaba tanto a Ava. Natasha Forge solo obedecía sus propias reglas, y eso, sin duda, había atraído la atención del acosador—. ¿Leche o azúcar? —le preguntó.

—Nada, gracias. ¿Te contó Ava lo de mi noche con Astrid?

—Sí —respondió ella—, pero no lo que ocurrió después de tu detención. —Le dio una taza y se sentó frente a él a la mesa de la cocina.

—Había suficientes pruebas para incriminarme. Al parecer, había acudido al médico a la mañana siguiente de nuestra cena, aunque había dejado pasar unos días antes de denunciarlo a la policía. Creo que estaba esperando por si la llamaba. Al no recibir mi llamada, presentó la denuncia, puesto que ya había sentado las bases de la acusación. La había empujado delante de la puerta mientras intentaba escapar. Se había caído y se había hecho daño, y el informe médico mencionaba hematomas en el trasero. Astrid le dijo al médico que se las había hecho yo cuando la obligué a tirarse al suelo y me subí encima de ella.

Callanach frunció el ceño. No era algo fácil de recordar. El recuerdo de cómo se había sentido cuando le presentaron las pruebas era aún peor que el momento de su detención. Al principio, había pensado que podría salirse indemne explicando sin rodeos cómo había ocurrido todo. La realidad era otra. El fiscal había investigado sin intervención alguna de la Interpol para dar la impresión de que la denuncia se había tramitado con absoluta independencia e imparcialidad. A su regreso de Jamaica, lo esperaban con un informe médico, análisis forenses, fotografías y testimonios, y se los habían mostrado uno tras otro. Había empezado a verlo todo borroso, había sentido ganas de vomitar y le costaba hablar. Sabía que había dado la impresión de ser culpable, pero no había sido capaz de decir nada para defenderse. En ese momento, cuando se había dado cuenta de que no había sido simplemente acusado de un delito, sino que también le habían tendido una trampa con una destreza y una determinación que lo dejaban completamente a merced del juez, había experimentado la peor sensación de su vida.

La muerte de su padre había sido devastadora, pero el amor de su familia lo había protegido. Cuando lo habían detenido por conducir ebrio, había pensado que su vida estaba arruinada, pero en el fondo sabía que tenía el poder para cambiar las cosas. ¿Pero una acusación de violación? Nadie podía protegerlo de eso. Nadie podía sacarlo del apuro. Se había encontrado impotente y su única opción había sido una negación rotunda de los cargos. La línea de defensa que argumentaba había sido objeto de la obsesión de una mujer le parecía una gilipollez tan grande que había tenido miedo de utilizarla. Durante el primer interrogatorio no había respondido a ninguna pregunta. Más tarde se había dado

cuenta de que estaba en estado de *shock* y había tratado de procesar el naufragio de su vida. Cuando habían vuelto a interrogarlo, había temido dar la impresión de que se había inventado una historia para explicar las pruebas. Se había quedado paralizado y eso había sellado su destino.

—Por supuesto, los moretones de su trasero no eran una prueba suficiente. Podía habérselos hecho de muchas maneras distintas —dijo Natasha interrumpiendo sus pensamientos.

—Había algo más. Se había roto una uña rascándome el cuello y le pidió al médico que la fotografiara y se la quedara. Mi sangre estaba debajo. Astrid alegó que se había hecho daño al arañarme para intentar defenderse. Su vecino me había visto mientras me limpiaba la sangre y la insultaba al salir, y la había visto desnuda y llorando.

—Joder —susurró Natasha.

—Sí, joder —se hizo eco Callanach—. Y yo le había mentido a mi amigo Jean-Paul diciéndole que me había hecho un rasguño en el gimnasio. Había intentado ser un caballero y mantener la boca cerrada, pero eso resultó ser una mala idea.

—¿Había más pruebas íntimas? —preguntó Natasha en voz baja—. Las que tú has enumerado son suficientes para un cargo de asalto, pero…

—Sobre eso solo puedo hacer conjeturas —respondió él—. El médico, y no tengo motivos para creer que falsificara el informe, declaró que Astrid tenía arañazos y hematomas tanto fuera como dentro de la vagina. Para explicar la ausencia de semen, declaró que yo había utilizado un preservativo y me lo había quitado. Las heridas eran suficientes para incriminarme. La única conclusión lógica era que había sido violada.

—Se los había hecho ella misma —comentó Natasha resoplando con fuerza—. Maldita sea. Seguro que querías

matarla.

—Creo que Astrid usó sus uñas o alguna herramienta y se hizo esas heridas después de que me fuera. Y sí, he querido matarla y matarme, más de una vez. —Las fotografías de los arañazos externos estaban tan vívidas en su mente como la primera vez que las había visto. La piel que había entre sus piernas era una red de laceraciones rojas e inflamadas, como si alguien se la hubiera arrancado. Si se las había hecho ella misma, debía de haber perdido la cabeza. La imagen le produjo náuseas. La policía había dejado ese detalle para el final y en ese momento había sasbido que estaba perdido. Declarar que una mujer con un cargo de responsabilidad en la Interpol estaba tan desequilibrada como para autolesionarse por venganza no habría servido de nada—. Se rompió el vestido y la ropa interior y llamó por teléfono a una amiga llorando y diciendo incoherencias. Incluso ahora parezco culpable, ¿verdad? Los detalles eran increíbles. A veces, incluso yo me pregunto si no hice aquello de lo que me acusó y luego lo borré de mi mente sin más.

Natasha no dijo nada. Tenía lágrimas en los ojos y él se lo agradeció. Le hacían sentirse menos monstruoso.

—Nadie que te conociera bien pudo haberla creído —dijo Natasha.

—Ese es el problema de los violadores —dijo Callanach—. Pueden ser personas encantadoras, sociables, bien integradas, aburridas, calladas o tímidas. No existe un tipo. Astrid dijo que yo quería acostarme con ella, pero como era nuestra primera cita, ella se había negado. Afirmó que yo estaba furioso en ese momento y declaró: «Me dijo que ninguna mujer lo había rechazado nunca, que siempre conseguía lo que quería, que debería sentirme halagada de que quisiera acostarse conmigo»,

e imagino que hubo bastante gente contenta de creerla. Jean-Paul y mis otros amigos me abandonaron, y no los culpo por ello. La culpabilidad por asociación es real. Solo mi jefe de la Interpol me defendió. Hasta mi madre… —Callanach seguía sin poder hablar de aquel devastador golpe final. Optó por el resumen más impersonal y discreto que pudo hacer—. Fue una época muy solitaria. Cuando Astrid por fin cambió de opinión y renunció a testificar contra mí, ya era demasiado tarde para deshacer el daño. Me persiguió durante un tiempo. Obtuve una orden de alejamiento para impedirle que se pusiera en contacto conmigo. Ni siquiera compareció ante el juez. Supongo que pensaba que era parte del juego. Mis superiores en la Interpol nunca emitieron un juicio apresurado sobre el resultado del proceso, y creo que se alegraron sinceramente cuando fui absuelto, pero hay un límite a la hora de reparar una carrera después de una acusación grave. Eso contribuyó a allanar el camino para mi traslado a la Policía de Escocia. De este modo evitaron los desacuerdos que habrían surgido si hubieran intentado reintegrarme en mi departamento de la Interpol. Abandonar Francia parecía mi única oportunidad. Pero no puedes irte sin más. Es como si te quedara una mancha y todo el mundo pudiera verla.

—Ava dijo que cuando se lo contaste supo inmediatamente que no eras capaz de semejante atrocidad.

—Ava es mejor que la mayoría de la gente —comentó Callanach.

—Es la persona más perspicaz que conozco —explicó Natasha —. Y al estar tanto tiempo cerca de ella, me he vuelto un poco así también, tanto que ahora veo claramente que te importa.

—Siento un enorme respeto por ella. Es una persona con principios, que no le tiene miedo a nada ni le interesan los

ascensos. No hay muchos policías así por aquí.

—No es solo eso, pero puedes fingir que se trata solo de trabajo, si lo prefieres. No dejes que lo que pasó eche a perder la posibilidad de tener una relación.

—Natasha, mi relación con Ava es puramente profesional. Y sabes que se pondría furiosa si te oyera hablar así.

—Dime que me equivoco —lo retó ella.

—Debe de haber mil hombres que estarían encantados de perder una parte del cuerpo para salir con Ava. Se merece a alguien mejor que yo —protestó Callanach.

—Sin duda merece algo mejor que alguien que arrastra esa enorme cantidad de autocompasión. Puede que hayas pasado por un momento difícil, pero tarde o temprano tendrás que superarlo. —Natasha lo miró directamente a los ojos, indiferente a su expresión ofendida.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. Que ya no tenga que enfrentarme a un juicio no significa que… —Su voz se apagó.

—¿No significa qué? —preguntó ella con amabilidad. Callanach suspiró pesadamente, a punto de perder la paciencia —. ¿Luc? Hay muy pocas cosas en la vida que no puedan arreglarse.

—No puedo, ¡¿vale?! —gritó—. No importa cuántas semanas ni cuántos meses pasen ni si me centro en otra cosa, no consigo arreglarme, maldita sea.

Se oyeron tres fuertes golpes en la puerta de la cocina. Natasha dio un brinco y soltó un chillido, dejando caer la cafetera de cristal, que se estrelló contra las baldosas. Callanach se puso en pie de un salto y el policía entró corriendo en la cocina.

—No pasa nada, señor, solo es mi sustituto. Ha terminado mi

turno. Acordamos que entraría por la puerta de atrás. —Llamó por radio al hombre que estaba fuera, que le confirmó su rango, su nombre y que era él quien había llamado a la puerta. Callanach lo dejó entrar mientras Natasha limpiaba los trozos de cristal.

—Será mejor que vayas a descansar un poco —le sugirió a Natasha después de que el nuevo agente se hubiera instalado.

—Estábamos hablando —replicó ella.

—Habíamos terminado de hablar y yo había empezado a gritar, y no es así como quiero terminar la noche. Necesito estar lúcido. Me voy a quedar aquí un rato —informó—. Llame si me necesitas.

—Luc, no quería enfadarte. —Natasha levantó los brazos pidiéndole un abrazo conciliador. Callanach se apartó.

—No estoy enfadado —respondió, fingiendo estar ocupado comprobando los ajustes de su teléfono—. Ha sido culpa mía. Dejémoslo ahí, ¿vale? Que duermas bien.

Se dieron las buenas noches en un susurro y Callanach se acomodó en el sofá. Pensó en lo que Natasha había dicho sobre Ava, después trató de no pensar en ello y luego volvió a hacerlo. Aunque hubiera podido volver a empezar una relación, Ava era inaccesible. Ahuyentó el pensamiento encogiéndose de hombros y volvió a comprobar puertas y ventanas, aunque sabía que no era necesario. Todo estaba en silencio. El sofá era demasiado cómodo para resistirse a él y, finalmente, el sueño lo venció.

Capítulo 32

King estaba tumbado en el asiento del todoterreno que había alquilado para esa noche. La comadreja le había cobrado el doble por el pedido de última hora, pero aquel vehículo merecía el dinero gastado. Los cristales traseros estaban tintados, los asientos se podían abatir por completo y la matrícula correspondía a la marca y el modelo de un coche similar que había sido desguazado hacía mucho tiempo. Para esa adquisición había desarrollado un ritual que no había seguido con Elaine y Jayne. Se había pasado todo el día cocinando, preparando una comida con la más mínima atención al detalle. Pasta con salmón ahumado al pimentón y col china. Había elegido la pasta para obtener la energía de liberación lenta que necesitaba para superar la tarde y la noche. El reloj de la cocina avanzaba implacable mientras él sazonaba el pescado y ponía la mesa. El reloj le aseguraba que el tiempo era un absoluto, que la sensación de incertidumbre que crecía a medida que pasaban los minutos era una ilusión. La rutina estabilizaba el mundo que había a su alrededor. Su coche, el que utilizaba para ir al trabajo y al supermercado, estaba aparcado delante de su casa. El otro vehículo, con el que solo haría cuatro viajes, estaba en el garaje. Había cogido el autobús para encontrarse con la comadreja. El transporte

público era anónimo. No le gustaba la inevitable cercanía con personas que miraban fijamente, tosían, estornudaban y escuchaban música con auriculares; los sonidos discordantes lo irritaban, pero era una molestia necesaria. Siempre se bajaba dos paradas antes. Era tan cuidadoso que cada vez que paraba en una panadería cercana compraba cruasanes frescos para tener una excusa para el viaje. Planificación, detalles. Todo estaba en los detalles.

Tras la comida, seguida de un té verde en una taza de porcelana, se había duchado. Había dejado salir el agua más caliente de lo que le gustaba, enjabonándose y frotándose la piel para minimizar la transferencia de pruebas materiales a la escena del crimen. Los pocos pelos que le quedaban se los había peinado obsesivamente durante diez minutos antes de salir para evitar que quedara alguno suelto que pudiera caerse. La alopecia androgenética era un rasgo que había heredado de su padre, una broma de muy mal gusto. Sus padres habían expresado regularmente su decepción porque hubiera heredado tan poco de su padre. Al menos tenían eso en común. King siempre llevaba un sombrero cuando salía a coger a una mujer, pero aun así se peinaba, porque era mejor prevenir que lamentar. En esa ocasión, había esperado con ansias el martilleo del agua hirviendo sobre la piel. Sabía que sacaría la sangre a la superficie, lo vigorizaría, le infundiría un cóctel de relajación y disposición. Imaginó la cara de Natasha llorando. Mirando bajo el chorro de la ducha, vio cómo las lágrimas caían por su cara y su cuerpo. Se pasó una mano por el prominente vientre y sintió la suavidad de la piel. Ansiaba oírla llorar. Y sin duda lloraría antes de que acabara la noche. Lloraría, gritaría, lo insultaría y le suplicaría.

Se puso la ropa previamente inspeccionada que colgaba en su

armario, que ya había sido limpiada con un rodillo adhesivo para eliminar las fibras sueltas. Finalmente se abrillantó los zapatos. Era su toque final. Significaba que estaba listo, que todo era perfecto. Si sus zapatos brillaban, la preparación estaba completa. Había dejado comida para las otras mujeres y había preparado una cama improvisada a la espera de poder reducir el número de sus invitadas a dos. Tal vez pasaría otra semana, pero tenía claro que era necesario. Elaine no había aprendido nada, no aportaba nada y ya no hablaba, y en cuanto a Jayne, se pasaba todo el tiempo rezando. La noche anterior le había lavado la boca con jabón. Había vomitado, escupido y después había reanudado sus oraciones. Cuando la había abofeteado, la dentadura postiza que le había puesto la semana anterior había salido volando. Había esperado su reacción, pero ella se había puesto a rezar de nuevo y eso lo había obligado a marcharse. Quería estrangularla, exprimir la compasión de su cuerpo con sus propias manos, pero aún no estaba preparado para eso. Si decidía sacrificarla, la tarea debía realizarse en una ceremonia apropiada.

Aquella noche iba a correr muchos riesgos. Intentó convencerse de que había puesto los cimientos con suficiente destreza y de que todo iba a salir según lo previsto. Sabía dónde encontrar a Natasha y conocía las precauciones que se habían tomado para protegerla. También tenía una vía de escape, en caso de ser necesario. La calle no tenía cámaras de vigilancia y después de medianoche estaría más silenciosa que un cementerio.

—Está a punto de llegar una compañera nueva —les había dicho a Elaine y a Jayne. Al menos así había acallado la letanía de la reverenda—. Intentad que se sienta cómoda y no la asustéis con historias desagradables. La encontraréis muy

interesante. Ayudadla a instalarse aquí para que podamos comenzar la siguiente fase de nuestro viaje de crecimiento mutuo. —Había electricidad en el aire. La percibía. Ese había sido su verdadero objetivo desde el principio. Era como si hubiera mantenido una parte de sí mismo en la oscuridad, perfeccionando su técnica con las dos primeras. Pensó que resultaba extraño cómo el cerebro humano elegía su momento para revelar su verdadero propósito. El teléfono vibró en su bolsillo. Era hora de irse.

El doctor King condujo hasta el cruce de la calle de Natasha, se detuvo y comprobó la hora en su reloj. Era la una de la madrugada, no llovía y las dos farolas proyectaban un resplandor anaranjado que no hacía mella en la oscuridad. El coche estaba justo donde había previsto. Empezó a felicitarse por su buena suerte, pero se detuvo. No existían la suerte ni el azar. Lo había preparado y lo había planeado todo. Esa providencia había sido obra suya. Era una prueba de su habilidad.

Permaneció vigilante en la oscuridad. Estaba tranquilo, como siempre, a pesar de la tensión de aquella noche, a pesar del peligro. El corazón le martilleaba en el pecho. El éxtasis subió como una ballena a la superficie, abrumándolo con una fuerza sorprendente. Su reacción inicial fue aplacarla, pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿No formaba también eso parte de la experiencia, que ya de por sí era una recompensa? Esperó, se relajó, dejó que su equilibrio se asentara, sin prisa. Finalmente, se preparó para recoger su premio.

Sacó el frasco de cloroformo de la bolsa, utilizó un cuentagotas para tomar con precisión la cantidad necesaria y la vertió sobre un pañuelo blanco limpio. Buscó la calle con la mirada. Conocía la distancia exacta desde donde había

aparcado hasta la casa de Natasha, la había recorrido tantas veces que podía decir el número de pasos. Bajó el asiento trasero, sabiendo que estaría demasiado ocupado para hacerlo después, y comprobó que tenía a mano la manta de pícnic, la mordaza y las bridas, y luego salió del coche sin hacer ruido.

Dio unos pasos y llamó a la ventanilla de un coche.

—Inspectora Turner —dijo jadeando—. Menos mal que está aquí. —Ava Turner había aparcado en la parte menos iluminada de la calle, bajo un árbol, en un punto que no era visible ni desde la casa de Natasha ni desde donde patrullaban los policías. King esbozó su sonrisa más inofensiva. No soltó la menor amenaza. Al mundo le parecía un hombre cercano a la jubilación, que no esperaba del futuro nada más que chaquetas de punto y comida fácil de digerir. Ella se sobresaltó. Si King no lo hubiera estado esperando, no habría reparado en ello, ya que Ava lo había disimulado muy bien. Dio un paso atrás para permitirle bajar la ventanilla sin ansiedad. La inspectora Turner, segura de que podía cuidar de sí misma, y, sin embargo, dispuesta a dejarse engañar por un hombre con una camisa pulcramente planchada y una corbata pasada de moda, bajó el cristal unos centímetros—. Iba a casa de Natasha —explicó King —. Me ha llamado al móvil. La he reconocido por la conferencia de la universidad… —La inspectora ya estaba abriendo la puerta. Su expresión era confusa, difícil de interpretar en la oscuridad, pero él vio que la vacilante incertidumbre era sustituida por la preocupación por su amiga y eso la volvía imprudente. Apenas ella entornó la puerta, él la abrió de par en par, metió el brazo rápidamente y le cubrió la boca con el pañuelo. Le apretó el cuello con el brazo izquierdo, de modo que el instinto la llevó a jadear en busca de aire. Se vio obligada a tragar una nube de cloroformo mientras luchaba. Forcejeó

durante más tiempo que las demás, ya que tenía mejores habilidades para reaccionar ante un ataque, y en lugar de llevarse las manos al cuello, le agarró la cara, giró la cabeza a izquierda y derecha para sacudirse las drogas y perdió la batalla. Pateó mucho. King oía el ruido sordo bajo el asiento, como si tuviera las piernas atrapadas. Tardó más de lo que él esperaba, pero finalmente llegó el momento de debilidad en que ella se desplomó en sus brazos, aunque no estaba completamente inconsciente, como las demás. Necesitaba que pudiera andar, pero no que pronunciara frases coherentes. Era tan obediente como una adolescente borracha. Levantó el cuerpo de Ava, le pasó el brazo por los hombros y la guio por el corto trayecto hasta su coche. Repasó su discurso por si pasaba algún transeúnte.

—Ha bebido demasiado; las tentaciones de Edimburgo un viernes por la noche —habría dicho, con una expresión de tolerancia. Pero no fue necesario. Su coche sería imposible de rastrear, como las otras veces. Incluso se había teñido el cabello de un gris plateado y se había puesto un par de gafas usadas compradas en una tienda de beneficencia. No podía prescindir de los guantes, pero estaban en Escocia. ¿Cuándo no soplaba el viento? King reclinó el cuerpo de Ava sobre el asiento trasero, sonrió y sacudió la cabeza como un tío impaciente pero cariñoso que lidia con una sobrina rebelde, la tapó con la manta y subió a la parte delantera. Luego le cerró las bridas alrededor de las muñecas y los tobillos, le puso la mordaza y le cubrió la cara con la manta. Ava Turner era suya.

Natasha estaba a punto de perder a alguien a quien quería y eso lo hacía sentir bien, tan bien que la cabeza le daba vueltas. Era extraordinariamente satisfactorio pensar en todo el dolor que experimentaría. Y ella aún no lo sabía.

Retrocedió, dio la vuelta en silencio y regresó por donde había llegado. No tenía sentido pasar por delante de la casa de Natasha. Existía el riesgo de que el inspector Callanach o alguno de sus subordinados siguiera despierto haciendo guardia. King lo había apostado todo a que Ava sería incapaz de mantenerse alejada, a pesar de la investigación disciplinaria que la prensa había anunciado con una satisfacción siniestra. ¿Cómo podía alejarse de la casa de su mejor amiga cuando la amenaza era tan creíble e inminente? Había clavado el cuchillo en la herida para acelerar su suspensión con su carta al *Herald*, en la que se quejaba de sus críticas directas a la Iglesia católica, con nombre falso, por supuesto. No habría funcionado si no hubiera podido entrar en casa de Natasha y dejar sus ridículas huellas. Siempre era descuidada con sus llaves en el trabajo, a menudo las dejaba en la cerradura. Hacer una copia había sido un juego de niños. Había una ferretería que duplicaba llaves a tiro de piedra del departamento.

King condujo con cuidado para evitar infringir las normas de tráfico y ser detenido, manteniendo el sombrero firmemente ajustado sobre la frente para ocultarse de las cámaras. Podía oír ronquidos a su espalda, como si estuvieran en una excursión dominical. Eso le permitió imaginar un escenario alternativo con ella. Quizá si Natasha no se la hubiera llevado cuando él estaba a punto de aparecer, las cosas habrían acabado de otra manera. Ava habría extendido la mano para estrechar la suya y le habría dedicado una tierna sonrisa. Cuando sonreía, se le formaba un hoyuelo en un lado de la boca. Se había dado cuenta cuando ella había saludado al público al comienzo de la conferencia. Quizá se le iluminara la cara cuando empezara a hablar con ella.

—Soy el doctor King —se habría presentado—, pero puedes

llamarme Reginald. Trabajo en el Departamento de Filosofía. Permíteme que te acompañe al bar, para que no te acose la plebe. —Él habría movido la cabeza en dirección a la multitud de estudiantes y habrían intercambiado una sonrisa de complicidad.

—Muchas gracias —habría respondido ella—. Ha sido un día muy intenso. —Él la habría escoltado fuera de la multitud en dirección al bar, rozándole las nalgas con la mano. Ella se habría dado cuenta, pero no se habría opuesto. Se habrían mirado de reojo; ella, tímida, y él, seguro de sí mismo.

—¿Así que eres una vieja amiga de Natasha? —le habría preguntado con voz seductora mientras le ofrecía una copa de champán, con las cabezas inclinadas una hacia la otra, para poder hablar sin ser escuchados por los demás.

—Más bien una conocida, en realidad. Ya sabes cómo es esto, la gente se va distanciando con el paso del tiempo —habría dicho Ava, enarcando una ceja para evitar que él la malinterpretara.

—Entiendo —habría respondido él en tono comprensivo—. Sí, a veces es un poco… —No habría terminado la frase, dejando que ella captara la insinuación.

—Así es —habría asentido ella, riéndose del chiste que solo ellos podían entender.

Fue entonces cuando empezó el ruido.

King giró bruscamente la cabeza. Estaban detenidos en el semáforo junto a una masa de cuerpos que salían de un club nocturno, con los gorilas vigilando a la multitud. Ava gritó dentro de la mordaza, pateó la puerta con ambos pies y se sacudió salvajemente bajo la manta.

—Cállate, zorra estúpida —masculló King entre dientes. Aceleró el motor para ahogar los ruidos, esperando que el

semáforo en verde lo salvara. Estaba tardando demasiado. Jugueteó furiosamente con la radio, una pesadilla de botones y mandos en un salpicadero desconocido. Finalmente, la música llenó el habitáculo, y no quedaba mal con el ritmo de los pies que golpeaban la puerta. Los chicos que pasaban por allí se asomaron para ver qué pasaba, pero enseguida apartaron la mirada, llenos de desprecio. Era demasiado viejo y anticuado y estaba fuera de lugar. La música alta y el motor revolucionado pertenecían a los jóvenes, a su arrogancia y a su escepticismo sobre que el paso del tiempo pudiera afectarles. El semáforo por fin lo liberó de sus burlas—. Uf, ha faltado poco. ¿Por qué no se está quieta? —siseó—. La dosis de cloroformo era incorrecta, tal vez no había respirado tan profundamente como pensaba. Quizás la muy zorra estaba fingiendo—. ¡¿Estabas fingiendo?! —gritó—. ¿Tan mentirosa eres? —Un chillido en la parte de atrás fue respuesta suficiente de que estaba consciente y lúcida—. Tienes que portarte bien, Ava —dijo con voz ronca, logrando controlarse gracias a algunas respiraciones profundas y al conocimiento de su gran plan—. Si te portas bien, serás recompensada. Estás haciendo esto por Natasha, para enseñarle humildad. Necesita perder a alguien para ser más humana. Te llevo a un lugar seguro. No estarás sola. Tengo unas amigas para ti. El doctor King ha pensado en todo.

Capítulo 33

Natasha despertó a Callanach para decirle que los policías de guardia volvían a turnarse.

—¡Son las siete y todo va bien! —exclamó, sonriendo—. Has dormido como un bebé.

—¿Estás bien? —preguntó Callanach, pero ella parecía fresca y descansada.

—Mis extremidades siguen unidas y no hay ninguna ventana rota, así que decreto el éxito de la operación, inspector. Siéntete libre de usar el baño mientras yo preparo unas tostadas francesas. Es la especialidad de la casa. —Callanach estaba a punto de decirle que no se molestara, pero su estómago pensaba lo contrario. Veinte minutos más tarde, se había cambiado y había recuperado su asiento de la noche anterior.

—Le he mandado un mensaje a Ava para decirle que estoy bien. Aún no me ha contestado. Probablemente esté de mal humor porque ayer insististe en que no podía venir.

—Lo hice por su propio bien —reiteró Callanach, sirviéndose una tostada—. Más vale que el jefe pueda dejar atrás la queja contra ella lo antes posible. ¿Qué planes tienes para hoy? Aún estamos investigando la lista de personal, así que quizá no deberías ir a la universidad por ahora.

—Por mucho que me guste quedarme en casa

tranquilamente, tengo trabajo que hacer. Estoy cansada de tener miedo. Tendré cuidado, no haré nada precipitado, pero debo volver a mi despacho. El trabajo se acumula. Puedes llamarme cada diez minutos si crees que puede servir de ayuda.

—Lo haré —respondió Callanach—. Si te pasara algo, Ava nunca me lo perdonaría. No puedo perder su amistad, es la única que he podido conseguir desde que bajé del avión.

—Creo que Ava te perdonaría casi cualquier cosa —comentó Natasha—. Vale, quizá eso no, pero todo lo demás sí. ¿Te gustaría hablar de cómo terminó nuestra conversación anoche?

—Tengo que irme —respondió Callanach, poniéndose la cazadora—. Haz lo que te diga nuestro agente y no hables con extraños. —Metió el plato y la taza en el lavavajillas y cogió el teléfono—. Estoy contento de que todo haya ido bien esta noche.

—¡Luc! —gritó Natasha mientras salía corriendo por la puerta trasera. Él se dio la vuelta—. Ava no es la única amiga que has hecho desde que llegaste. Tienes al menos dos.

El cielo estaba azul y no llovía. Incluso el viento se había tomado el día libre. No podía decir que fuera un buen día, pero al menos no hacía mucho frío. Su coche estaba aparcado delante del de Natasha. Encendió la radio antes de ponerse el cinturón de seguridad, estirándolo para hacer sitio a toda la comida que había ingerido en las doce últimas horas. Al salir, echó un último vistazo al exterior de la casa, recorriendo toda la calle. Fue entonces cuando vio el Mercedes plateado aparcado bajo un árbol al final de la calle.

—No podías mantenerte alejada, ¿verdad? —murmuró a través de la ventanilla abierta; redujo la velocidad, esperando ver a Ava saludándolo. No tendría más remedio que ordenarle que volviera a casa inmediatamente. La luz del día no habría

hecho su presencia allí más aceptable para el comisario Begbie. Callanach estaba junto a su coche cuando se dio cuenta de que no había nadie dentro. Aparcó y salió.

El seguro estaba puesto y la puerta del lado del conductor solo estaba entornada. Convencido de que no la había visto pasar mientras él subía al coche, la llamó al móvil. Tras un momento de silencio, oyó un timbre. Con creciente inquietud, se dio cuenta de que procedía del asiento del Mercedes. Alcanzó el teléfono, pero instintivamente se detuvo y decidió llamar a Natasha mientras se alejaba.

—Natasha, sé que esto va a sonar raro, pero ¿está Ava ahí contigo? —preguntó en el tono más desenfadado posible.

—No, ya lo sabes, acabas de irte —respondió ella. Hizo una pausa—. ¿Por qué? —Callanach era incapaz de responder. En su cabeza empezó a atar cabos y no le gustó lo que vio—. ¿Luc? Di algo. —Ella soltó el teléfono y Luc escuchó cómo golpeaba algo, probablemente la encimera de la cocina. Unos segundos después, Natasha subió corriendo por el camino de entrada y se detuvo para buscarlo a derecha e izquierda. Cuando lo vio, se quedó inmóvil, luego vio el coche de Ava y echó a correr. Eran solo unos metros y correr no servía de nada, pero ella se precipitó hacia él como si fuera a salvar a un niño que estaba a punto de caer por un precipicio—. ¡¿Dónde está?! —gritó—. ¿Qué ha pasado? Dime qué ha pasado.

—No lo sé —reconoció Callanach, agarrándola antes de que pudiera entrar en el coche—. No puedes tocar nada, Natasha, por favor. —El policía estaba detrás de ella y jadeaba, confundido—. Llame a la comisaría —le ordenó Callanach—. Intente localizar a la inspectora Turner. Explíquele que su teléfono y su coche están aquí. Quiero agentes en su casa de inmediato. Póngase en contacto con su familia y pregúnteles si

han tenido noticias suyas en las doce últimas horas.

Natasha cayó de rodillas.

—Ha desaparecido —sollozó—. Dios mío, estábamos comiendo y bebiendo tranquilamente mientras la secuestraban.

—Eso no lo sabemos —la contradijo él—. Ava podría estar en cualquier parte. Podría estar en lo alto de un árbol de tu jardín.

—No —dijo Natasha llorando—. Eso no es posible. Sus llaves están en el salpicadero, Luc, y su bolso, en el asiento trasero.

Callanach miró por la ventanilla. Natasha tenía razón.

Le habría gustado creer que había una explicación mejor, más racional. Quería decirle dónde podría haber ido Ava. Pero, al fin y al cabo, sabía que la mejor explicación siempre era la más probable. La mujer a la que minutos antes había descrito como su única amiga en Escocia había sido secuestrada.

Oyeron sirenas de policía que llegaban de todas partes. La Policía Científica acudió acompañada del comisario. Surgida de la nada, una furgoneta de la prensa los siguió antes de que pudieran cortar la calle y los agentes formaron inmediatamente un cordón alrededor del coche para impedir la vista a las cámaras, aunque no había nada trágico que ver ahí dentro: la verdadera tragedia era lo que faltaba.

Callanach le pidió a Natasha que entrara, pero ella se negó, terca, enloquecida por el dolor y el pánico. Instintivamente, sin dudarlo, le pasó el brazo por los hombros y la estrechó mientras ella intentaba contener las lágrimas.

—¿Qué estuvo haciendo anoche la inspectora Turner? —preguntó el comisario.

—No lo sé —respondió Callanach con calma—. Que yo sepa, estaba en casa. Debió de ocultar sus movimientos debido a la suspensión.

La crítica implícita era un golpe bajo y él lo sabía, pero no

pudo evitarlo. Su comentario no le pasó desapercibido para el comisario Begbie.

—No le eche la culpa a la suspensión, inspector. Turner sabe que no debe ponerse en una situación peligrosa.

—Es culpa mía —se quejó Natasha—. Estaba aquí para protegerme.

—No es culpa tuya —protestó Callanach—. Ninguno de nosotros podría haber hecho nada para evitarlo. Quienquiera que sea el responsable nos ha engañado.

—¿Dónde está su equipo? —preguntó el comisario.

—En la universidad, hablando con el resto del personal del departamento —respondió Callanach.

—Llámelos y dígales que vayan a la sala de operaciones. Si esto solo era una trampa para la inspectora Turner, entonces la universidad no era más que un medio para lograr un fin. Llévese a todos los agentes uniformados y a los detectives de cualquier otra investigación que sean prescindibles. Compruebe quién podría querer vengarse por el caso de los recién nacidos y reevalúe la amenaza de muerte. Y dígales a esos malditos periodistas que desaparezcan. Si veo la cara de Ava en las noticias, rodarán cabezas. —Callanach se dio cuenta de que el comisario estaba consternado. Ava llevaba varios años bajo su mando. Él había sido el responsable de su ascenso. La inspectora era una persona a la que era difícil no cogerle cariño.

—Vamos, Natasha, necesito que vuelvas a casa —susurró, acompañándola. Oyó un grito detrás de él.

En el Mercedes, un técnico forense le hacía señas, gritando que necesitaba una bolsa de pruebas. Callanach dejó a Natasha y regresó.

—¿Qué es? —preguntó.

—Una zapatilla de deporte, atascada debajo del asiento. Solo hay una. Puede que lleve ahí algún tiempo, a lo mejor se le cayó de la bolsa del gimnasio.

—Al final del entrenamiento, seguramente se desataría las zapatillas para quitárselas y es difícil que uno se le cayera de la bolsa y terminara debajo del asiento. Si estuvo aquí anoche para una operación de vigilancia, seguro que llevaba calzado cómodo, como este. Me parece más probable que se le resbalara del pie mientras estaba… —Miró calle abajo, hacia Natasha, y se le pasaron las ganas de terminar la frase. Incluso con la tensión y el pánico del secuestro, Ava habría sabido qué hacer. Se había quitado el zapato para demostrar sin lugar a dudas, una vez encontrado el coche, que se la habían llevado por la fuerza. Era típico de ella planificar incluso en medio del caos—. No se lo digan a la profesora Forge —les pidió a los agentes que había a su alrededor—. Ya está bastante desesperada.

Regresó junto a Natasha y la acompañó hasta la casa, explicándole en voz baja los detalles urgentes pero insignificantes sobre los procedimientos y las prioridades.

—Luchará. Nunca he conocido a nadie que pudiera con ella.

—Aún no sabemos lo que ha pasado —respondió Callanach—. Quizá se golpeó la cabeza y ahora vaga aturdida, o siguió un rastro a pie y no tuvo tiempo de coger su bolso. Todo es posible. El pánico no sirve de nada.

—No me trates con condescendencia —replicó ella con calma —. Lo he entendido. Es mejor hablar de hechos y no de hipótesis.

—Así es —confirmó él—. Ava te habría dicho lo mismo.

—Ava no puede decirme nada ahora. —Callanach no respondió. Natasha tenía razón—. No tengo a nadie más en el mundo, Luc. A mis padres les interesa más su estatus social que

su hija. Por eso me dejaron de hablar cuando salí del armario. No correspondo a su ideal de hija sana y socialmente correcta. El día que se lo conté, mi madre me preguntó si había buscado algún lugar donde pudieran tratar mi «perversión». Mi padre no volvió a hablarme. Había sido el centro de mi mundo hasta ese día y nunca volvió a hablarme. Ava me cuidó, me ayudó a recuperar la confianza en mí misma y me dio tanto amor que compensó toda la podredumbre de mi familia. Estuve con depresión durante casi un año, pasando de merodear fuera de los clubes, ligando con cualquier mujer que se pusiera a mi alcance, a telefonear a extrañas iglesias de Estados Unidos que proclamaban que podían curarme. Ni una sola vez Ava me dijo que dejara de compadecerme de mí misma. No intentó darme sugerencias útiles. Solo me dejó seguir mi propio ritmo. La vida que tengo ahora la he construido gracias a ella, y si tengo que vivir sin ella… —Bajó la cabeza mientras se esforzaba por no llorar; tensó los hombros y apretó los dientes—. Me niego, Luc. Me niego a seguir sin ella. Así que tráela de vuelta. Si eres solo una pizca del detective y el hombre que ella cree que eres, demuéstralo ahora.

Callanach no hizo ninguna promesa. No podía consolarla de ninguna manera. Se limitó a salir de casa y a hacer lo que ella le había pedido: volvió al trabajo.

La sala de operaciones era una parodia del juego de las sardinas de los niños, estaban todos apretujados unos junto a otros y no había sillas porque habrían ocupado demasiado espacio. El comisario tomó el mando y Callanach se sintió aliviado. Se odiaba demasiado a sí mismo en ese momento como para ser capaz de dirigir al equipo con la calma necesaria.

—A estas alturas todos sabéis lo que ha pasado —dijo el comisario Begbie—. El piso de la inspectora Turner estaba

cerrado y no había signos de entrada forzada, al igual que su garaje. Además, las llaves estaban en el bolso que hemos encontrado en su coche. La conclusión es que fue secuestrada anoche entre las nueve y las seis de la mañana. Se ha interrogado a los vecinos de la calle de la profesora Forge y no hay ninguna información. Es una zona tranquila, no hay bares y la gente suele irse a casa a horas razonables. Hay poco tránsito. La mayoría de las personas que viven cerca van y vienen del trabajo en coche.

La voz de Salter se escuchó entre el mar de cabezas.

—¿Es el mismo hombre que secuestró a Buxton y Magee?

El profesor Harris se levantó antes de que el comisario pudiera responder. Callanach ni siquiera se dio cuenta de que estaba en la sala, aunque no le era posible ver más allá de las personas que tenía delante.

—El hombre que mató a la señorita Buxton y a la reverenda Magee está bajo custodia y este secuestro no hace tambalear mi convicción de que hemos detenido a la persona correcta. Aunque hay similitudes, también hay variaciones. La intrusión en la casa de la profesora, los dos mensajes, el hecho de que el agresor no esperara a la inspectora Turner en su casa, sino que la atrajera a un lugar público… Es un crimen bien ejecutado, lo reconozco, pero el *modus operandi* es completamente diferente. Sospecho que estamos ante un imitador.

Callanach alzó la voz para hacerse oír por encima de los suspiros y exclamaciones de la multitud.

—Si tenemos delante a un imitador, dudo que haya elegido como víctima a alguien tan difícil como la inspectora Turner —dijo—. ¿Por qué alguien se arriesgaría a secuestrar a una policía?

—Por prestigio —respondió Harris inmediatamente, como si

hubiera anticipado la pregunta—. La gloria de ser mejor que el hombre cuya obra imita. Quiere el mismo reconocimiento y probablemente espera que el propio Rory Hand admire su audacia. Son crímenes impulsados por el egocentrismo, inspector Callanach. Estos hombres son arrogantes y no le temen a nada. El imitador quiere demostrar que es aún más escandaloso que su ídolo.

—Entonces, ¿por qué colocó los mensajes amenazadores y el corazón en el congelador? —Callanach no estaba dispuesto a callarse—. Los puso ahí para engañarnos, no son parte de la estrategia del asesino de Buxton y Magee.

—Creo que nuestro nuevo jugador está intentando dejar su huella personal en su trabajo, ser único. El tributo a la obra de Hand es el resultado, no los detalles individuales.

—¿Podría evitar llamar jugador a la persona que ha secuestrado a la inspectora Turner, si no le importa, profesor Harris? —le pidió el comisario Begbie. Se hizo el silencio en la sala. Era una reprimenda—. Esto no es un juego. —Harris abrió la boca para disculparse, probablemente pensando que era demasiado listo para su propio bien, consciente de haber perdido el respeto de los hombres y las mujeres presentes, pero Begbie no tenía intención de dejarlo hablar más. Fue el único momento de satisfacción que Callanach obtuvo en esa reunión. No hubo más buenas noticias—. Reexaminaré el caso de los recién nacidos muertos y seguiré las pistas de cualquiera que pudiera haber creído que debía vengarse. El inspector Callanach investigará la amenaza de muerte recibida por Ava Turner. Todos aquellos que no estén asignados a estos equipos realizarán nuevas comprobaciones en la zona del lugar del crimen, verán las grabaciones de las cámaras y examinarán las comunicaciones personales y profesionales más recientes para

ver si la inspectora recibió otras amenazas que no denunció. El Sargento Lively seguirá llevando el caso contra Hand. Quiero actualizaciones al mediodía. Y ahora, a trabajar.

Tripp se unió a Callanach en el pasillo.

—Señor, creo que debería saber que el dueño del depósito ha encontrado por fin los archivos. Le vendió el coche al dueño de un concesionario de Edimburgo. Se llama Louis Jones. ¿Quiere que le pida que venga?

—De momento, no. El coche puede haber acabado en otros cuatro o cinco concesionarios después de estar en el de Jones. Tráigame el expediente de la amenaza de muerte y luego encuentre al sargento Lively. Dígale que le pregunte a Rory Hand las fechas y horas de las muertes de Buxton y Magee. Quiero saber por cuánto tiempo mantuvo con vida a cada una de las víctimas. Y dígale que le haga saber a Hand que la policía ya conoce las respuestas a esas preguntas y que se las estamos haciendo para saber si está mintiendo. El profesor Harris no debe participar en el interrogatorio, de lo contrario me encargaré personalmente de que Lively sea transferido inmediatamente al Departamento de Tráfico.

—¿Debo usar estas palabras? —Tripp parecía preocupado.

—Sí, repítaselo palabra por palabra.

—Usted no cree que la persona que secuestró a la inspectora Turner es nuestro asesino, ¿verdad señor? Porque si fuera…

—No tengo ni idea, Tripp. Es un lío. Hay más diferencias que similitudes y estamos dando vueltas en círculos. Pero quiero respuestas y las quiero ahora, al menos para descartar algunas posibilidades.

Callanach llegó a casa a las dos de la madrugada, después de haber dejado su escritorio solo porque Begbie había visto la luz todavía encendida y le había ordenado que se marchara. Fuera

de su piso había un palo apoyado en una esquina, envuelto en papel de estraza. En la nota que llevaba adjunta, reconoció la letra de Ava.

Abrió la puerta, cogió el paquete y entró. Primero rasgó el envoltorio, esperando de todo corazón que dentro hubiera alguna pista sobre dónde había ido Ava; que solo se tratara de un terrible error y que estuviera viva y bien, que hubiera decidido marcharse por la suspensión. Encontró una caña de pescar de madera pulida, con el carrete ya montado, una cajita de cebo y un gorro de lana enrollado. Callanach abrió la nota. Estaba escrita con prisas, sin atención a la caligrafía, con una mancha de té en una esquina del papel que claramente había sido arrancado de una libreta. Era típico de Ava.

Luc, he decidido que necesitas relajarte un poco. En el paquete hay una caña de pescar, por si no hacías este tipo de cosas en Francia. La próxima vez que tenga un fin de semana libre, vamos a ir a Loch Leven, cerca de Kinross. Allí te enseñaré a pescar las mejores truchas del mundo y además te las cocinaré. Alquilaremos una cabaña (que pagarás tú, ya que yo compartiré contigo mis conocimientos de pesca). Es un lugar precioso, solo hay cielo, agua y más cielo. Y para que quede claro: no es una cita. ¡Estoy más interesada en pescar que en ti!

La frase final iba seguida de una enorme cara sonriente, debajo de la cual había una posdata.

Necesitarás el gorro. Tenemos que pescar desde un barco y hace bastante frío. ¡¡¡Sería una pena que el viento te despeinara!!!

Cogió la caña de pescar. Parecía cara. La madera era suave y aterciopelada y el carrete fluía con tirones muy ligeros, perfectamente equilibrado con el peso de la caña. Ava había dejado el regalo y la nota antes de ser secuestrada; probablemente mientras él estaba en casa de Natasha, para

evitar que se encontraran.

Pensar en lo que estaba sufriendo Ava le resultaba insoportable. Se puso un cojín en la cara y gritó.

Capítulo 34

La cara de Ava estaba hinchada y desfigurada. Era una pena. Había admirado su belleza en la conferencia.

—Si no me hubieras obligado a pegarte, habría sido todo mucho más fácil y no estarías sufriendo tanto —le había dicho King mientras la llevaba a rastras a la casa desde el garaje. Ava se había desmayado, por lo que resultaba un poco extraño hablar con ella, pero al menos así no podía contestar. Había tenido que golpearla para que se callara. En cuanto había parado el coche, ella había empezado a patalear y a gritar de nuevo y, sin el ruido del motor, existía el riesgo de que algún transeúnte la oyera.

La había golpeado con los nudillos, asestándole un puñetazo en la sien con tanta fuerza que le vino a la mente el gato de nueve colas de un barco napoleónico. Le gustó la comparación: lo había hecho sentirse como un capitán. En el mar era necesaria una disciplina estricta para mantener el orden. Había que mantener a raya a la tripulación para evitar rebeliones. ¿No era una analogía perfecta de su situación? Por desgracia, al oír el crujido que hizo su puño en la cara de Ava, temió haberle roto la mandíbula. Ya le estaba saliendo un hematoma.

Cerró las cortinas del salón, comprobó los lazos y la ató a las patas de una vieja y enorme mesa de roble. Como último gesto

de consideración, le puso una almohada bajo la cabeza.

—No querrás despertarte con tortícolis, ¿verdad? —preguntó mientras cogía las llaves del coche por última vez. Aún tenía que llevárselo de vuelta a la comadreja antes de poder relajarse —. Aunque no puedes ir a ningún sitio —le susurró al oído a Ava—. Y cuando vuelva, planificaremos la muerte de tu doble. Puedes echarme una mano si quieres. Tú conoces los trucos del oficio mejor que yo.

El doctor King devolvió el vehículo alquilado, preguntándose si elegir a una policía había sido una decisión demasiado precipitada. No temía que ella supusiera un verdadero desafío para él. Su capacidad para anticiparse y prepararse para cualquier eventualidad era su arma suprema. Pero sabía que ella no se dejaría intimidar tan fácilmente como Elaine y Jayne. La batalla para quebrarla podría ser muy larga y requerir un mayor nivel de dedicación. De hecho, existía el riesgo de que nunca se doblegara a su voluntad. Era posible que su terquedad fuera más fuerte que su deseo de superarse. En tal caso, King no tendría reparos en deshacerse de ella. No quería perder a Ava, sabiendo que estaba harto de Elaine y Jayne. Definitivamente necesitaba sangre fresca. Pero si resultaba demasiado peligrosa, no tendría otra opción. Consideró las distintas posibilidades. Sin un elemento de justicia natural, su muerte sería claramente un asesinato. Y él no era un asesino común.

Era terca, se concentró en eso. Terca como una mula. ¿Y qué hacían las mulas? Daban coces, sin dejarte más opción que devolverlas. Imaginó el sonido de su pie golpeándole el abdomen, haciendo que se contrajera como un balón cuando se desinflaba. Habría sido demasiado fácil romperle las costillas. Pensó que se vería obligado a quitarse los zapatos. Se haría daño en los pies, pero era un sacrificio apropiado y necesario.

No era correcto darle patadas con los zapatos. Eso no estaba bien. Sí, dar patadas era ideal. Pensándolo bien, le parecía más que probable que se mostrara implacablemente testaruda. Y cuanto más pensaba en las consecuencias de ese comportamiento, más forma y color adquiría en su mente su cuerpo fracturado y magullado. Se preguntó por un momento si no estaría creando una profecía autocumplida. Pero era absurdo. Después de todo, él era una persona de mentalidad abierta.

Pasaron tres largas horas antes de que King regresara a casa. Tuvo que caminar kilómetros desde el concesionario de la comadreja. A esa hora no había autobuses. Y cuando llegó, la inspectora Ava Turner lo estaba esperando totalmente despierta.

Capítulo 35

Dormir había resultado una tarea imposible, así que Callanach se había levantado, se había vestido, había pasado por la comisaría en coche para recoger las llaves del depósito de pruebas y se había dirigido al piso de Ava. Era consciente de que eran las cuatro de la mañana y de que era extraño ir allí solo a esas horas, y que iba más para regodearse en el dolor que para investigar, pero era el único lugar en el que quería estar. Solo había estado allí una vez, pero la familiaridad que provenía de esa única visita le dio un poco de consuelo. No era solo el lugar donde Ava vivía cuando no estaba en el trabajo, sino que también todo lo que había allí era su reencarnación. Las tazas eran de un tamaño desproporcionado y tenían colores brillantes. Las paredes estaban cubiertas de cuadros, grabados, postales, mapas y estanterías cargadas de DVD y música. Era funcional, pero rebosaba vida a pesar de que Ava vivía allí sola. Delante de la lavadora había un montón de ropa: camisetas, vaqueros con los calcetines asomando por debajo, dados la vuelta solo a medias, como si se hubiera desnudado allí directamente, para ahorrarse el trayecto desde el cesto. Resistió el deseo de meter toda la ropa en la lavadora, de hacer un pequeño gesto trivial para facilitarle la vida a su regreso. Eso, si era capaz de llevarla de vuelta…

Regresó mentalmente al día en que le habían enviado las rosas. ¿Qué había dicho él cuando ella se había negado a denunciar ese episodio? «Te has cavado tu propia tumba». Ni más ni menos. Solo el tiempo podía decir hasta qué punto había sido profético. Emitiendo un rugido que ni siquiera había notado llegar, le dio un puñetazo a la pared con todas sus fuerzas; retiró la mano y la golpeó de nuevo, una y otra vez, hasta que sintió un chasquido en el meñique y un estallido de dolor le recorrió el brazo. Había una abolladura y una mancha de sangre en el pladur. Cogió un trapo e intentó limpiarlo con la lejía que encontró bajo el fregadero antes de saquear el botiquín de primeros auxilios para vendarse los dedos. Tenía que irse. No le hacía ningún bien quedarse allí, sumergiéndose en recuerdos de ella. Pero la tentación de entrar en su dormitorio y averiguar quién era Ava en sus momentos más íntimos era demasiado fuerte.

Se trataba un espacio más tranquilo y ordenado que el resto de la casa. La cama estaba cubierta por un edredón con una sencilla funda nórdica blanca. Unos pocos adornos decoraban las superficies, pero parecía que era allí donde iba para despejarse la mente y liberarse del caos del día. Callanach se sentó en el borde de la cama, sintiéndose como un intruso, pero sabiendo que estaba lo más cerca de ella que podía estar en ese momento. Abrió lentamente el cajón superior de su mesilla de noche. Había algunas joyas, un cuaderno, una libreta y debajo, en el fondo, una tablilla de pizarra con una oración infantil. *Ahora que estoy a punto de dormir, ruego al Señor que guarde mi alma, y si muriera antes de despertar, ruego al Señor que me lleve consigo.*

Pasó un dedo por la fina y lisa losa de piedra gris mientras la ironía de aquellas palabras se retorcía en sus entrañas como

una liana helada. Si ella muriera… Ninguna oración podía protegerla. Sonó el despertador que había en la mesilla. Era hora de ir a trabajar.

Callanach se quedó mirando los datos y cifras inútiles de la página que tenía delante. Su cerebro funcionaba de forma insoportablemente lenta. En lugar de intentar leerlos por cuarta vez, cogió el teléfono para hablar con la policía de la Científica que había elaborado el informe.

—Vale, la carta con la amenaza de muerte no ha proporcionado ninguna pista. ¿Había algún detalle inusual que pueda ayudarnos? —preguntó.

—Ninguno, lo siento —respondió la chica.

—¿Hay algo que se le haya pasado por alto comprobar o que le gustaría volver a revisar?

—No. En el informe encontrará el gramaje del papel y la tinta utilizada. Son muy comunes. La mayoría de las empresas compran esos a granel porque están bien de precio. Nosotros también usamos los mismos.

Callanach dejó de hojear el informe.

—¿Se refiere al personal del laboratorio?

—No, me refiero al personal de las comisarías de todo Edimburgo —respondió.

Callanach colgó. Las flores y el champán habían sido entregados en la comisaría, pero eso no excluía que hubieran sido encargados por alguien de dentro. Alguien que tenía acceso al mismo papel y a la misma tinta utilizados para escribir la amenaza de muerte. Alguien que había desarrollado una loca obsesión por Ava, llegando incluso a manipular a Natasha para que la inspectora estuviera donde él quería. Era hora de empezar por lo básico. Se trataba de algo que la Policía Científica nunca podría resolver.

Callanach se dirigió a la planta baja. Todos los agentes de policía habían sido llamados de vuelta a la comisaría. Los permisos habían sido cancelados. Todo el mundo estaba de servicio, menos los enfermos o los que estaban de vacaciones en el extranjero. Ni siquiera sabía exactamente qué estaba buscando. Solo quería convencerse de que cuando encontrara al culpable su reacción lo traicionaría. Empezó en la planta baja y fue subiendo poco a poco.

Recorrió todos los despachos y todos los pasillos de todos los pisos. Habló con todos los que encontró, preguntándoles si habían tenido algún contacto con la inspectora Turner en las veinticuatro últimas horas. Todos se tomaron en serio sus preguntas y nadie se mostró evasivo, porque todos sabían perfectamente lo que estaba en juego. Pero Callanach no escuchaba las respuestas ni prestaba atención a las palabras. Observaba los rostros, buscaba señales de evasión en los ojos, de excitación o de miedo. Mantenía una actitud severa y profesional. Dos horas después, estaba en el último piso y empezaba a dudar de la racionalidad de lo que estaba haciendo, porque era como buscar una aguja en un pajar. Cuando llegó al departamento de Administración, se perdió. Nunca había estado allí, en los pasillos más alejados; siempre le pedía a Tripp que se ocupara de los asuntos burocráticos.

Siguió interrogando a empleados de Recursos Humanos, luego a los de la Oficina de Prensa y al personal de apoyo. Una mujer cruzó el pasillo para entrar en un despacho llevando una pila de carpetas. La siguió.

—Soy el inspector Callanach —se presentó—. ¿Puedo hacerle un par de preguntas? ¿Ha tenido algún contacto con la inspectora Turner en las veinticuatro últimas horas?

La mujer negó con la cabeza.

—No. Yo solo me ocupo de la contabilidad de las divisiones de policías uniformados. Mi colega es quien se ocupa de la suya y la de la inspectora Turner. Puede encontrarla en el otro despacho. Me habría gustado ser de más ayuda —dijo; parecía disgustada de verdad. Callanach le dio las gracias y entró en el despacho de enfrente.

Sentada ante el escritorio había una mujer, de espaldas, con los ojos fijos en la pantalla, tecleando rápidamente. Callanach esperó un segundo antes de llamar a la puerta abierta para anunciar su presencia.

—Perdone —dijo—. Sé que está ocupada, pero necesito hacerle un par de preguntas.

La mujer se dio la vuelta. En su cabello rubio había unas mechas con un tono diferente y llevaba un corte *bob*. Estaba más delgada de lo que recordaba y llevaba gafas con montura negra. Nunca la habría reconocido de espaldas o de perfil, ni se habría fijado en ella de frente si no la hubiera mirado a propósito. Pero la sonrisa no había cambiado en absoluto.

La mujer con la que había hablado en el pasillo entró y se puso a su lado.

—Ahí la tiene. Supongo que aún no se han presentado. Inspector Callanach, esta es mi colega, Astrid Borde.

Capítulo 36

King estaba cansado, y cuando estaba cansado sus modales se resentían. Era un defecto que le disgustaba, pero él siempre había sido su crítico más duro. Lo que no le gustaba era que los demás le señalaran sus defectos.

De vuelta a casa, sus piernas y brazos lo castigaron por el esfuerzo físico de aquella noche y, como consecuencia del exceso de adrenalina, estaba nervioso. No obstante, había intentado ser amable con su nueva invitada, pero ella no había estado nada receptiva. Aunque estaba tentado de recurrir a otra dosis de cloroformo, no podía ponerla en peligro con una acumulación excesiva de la sustancia. Y sobre todo, no estaba dispuesto a arrastrar cuerpos arriba y abajo por las escaleras. Inclinando la pesada mesa, permitió que Ava liberara las manos que tenía atadas a la pata para que se sentara.

—Listo —dijo—. Estarás aturdida por un tiempo y, al tener las manos y los pies atados, los sentirás entumecidos, pero luego se te pasará. Soy el doctor King.

—*Nafchalina* —murmuró ella, apenas capaz de hablar con la cara y los labios hinchados, y un ojo desfigurado. Tendría que ponerle hielo.

—Me temo que no entiendo lo que dices. Quizás sea mejor que te quedes callada y te limites a escucharme. Me gustaría

llevarte a un lugar donde puedas descansar bien. Tendrás que caminar. No está lejos. Las puertas y ventanas están cerradas, así que no tiene sentido intentar escapar. Te dejaré las manos atadas y te cortaré las bridas de los tobillos. Tengo este cuchillo. —Lo cogió del sofá—. Es un cuchillo de trinchar. Lo he afilado yo mismo y estoy bastante orgulloso del resultado. Dado que el mundo llorará tu fallecimiento en un par de días, sería deseable no darles una prueba más elocuente de este antes de lo previsto. —«Su cara le daría envidia a un limón», pensó. Menuda arpía. Ni siquiera había mirado el cuchillo. Había esperado cierta resistencia de una mujer policía, pero aquella hostilidad era deplorable. King le apuntó con la hoja para impresionarla, dejando que la luz brillara en el filo y se reflejara en sus ojos—. Mantendré el cuchillo en tu cuello mientras caminas. No patalees ni intentes hacerme tropezar, huir o lanzarte sobre mí. No dudaré en ensuciar la hoja. —Acercó el cuchillo a las bridas que tenía en los pies y demostró la verdad de sus afirmaciones. Cortó el plástico duro como si fuera mantequilla. Ava lo observaba, pero en sus ojos él percibió concentración en lugar de angustia. Debía tener cuidado con ella. No era de extrañar que Natasha se llevara tan bien con la inspectora. Eran dos gotas de agua en términos de astucia y picardía—. Levántate —ordenó. Ava no dudó. Era lo bastante inteligente como para comprender qué batallas podía librar y cuáles estaban fuera de su alcance. Cruzaron el salón, el pasillo y entraron en el armario que había bajo las escaleras. Desde allí se veía la puerta del sótano. Todas las casas de esa calle tenían sótanos. Fingir que no estaba allí habría parecido sospechoso si alguien se hubiera acercado lo suficiente como para investigar. Fue en esas mismas escaleras donde su hermana resbaló trágicamente y se rompió el cuello, a la edad

de catorce años, desperdiciando su extraordinario genio y su potencial. Él, que entonces tenía trece años, pensaba que se mudarían, porque sus padres no tolerarían vivir en un lugar tan lleno de recuerdos, pero al final lo habían convertido en un santuario para su querida Eleanor y ambos pasaron allí el resto de sus días. La inspectora Turner caminaba obedientemente, pero su mirada se desviaba a izquierda y derecha. «Bueno, a la izquierda seguro», pensó King, permitiéndose una sonrisa. No podía mirar hacia la derecha por cómo tenía la cara—. Sé lo que estás haciendo. Estudia la casa, hazte una idea del recorrido, averigua dónde están las entradas y las salidas. No te servirá de nada. Las escaleras del sótano a la habitación de invitados llevan ahí muchos años. Mi padre las utilizaba para escaparse a sus estancias privadas cuando mi madre estaba de mal humor. Cuando los dos murieron construí la pared falsa, reconvirtiendo el espacio para utilizarlo a mi antojo. Tardé casi un año entero en colocar el revestimiento de madera.

Al final del primer tramo, abrió la puerta cerrada y encendió la luz para iluminar las escaleras ocultas tras la pared. Ava se volvió para mirarlo a los ojos. Era valiente. Se notaba. No era una pose ni una mera bravuconada. Quizá no tenía miedo de verdad. Quizá una parte de ella, ese sexto sentido que todo el mundo lleva en las entrañas como un parásito, siempre había sospechado que ese podría ser su destino.

—Sé quién eres. —A pesar de sus labios hinchados, escupió cada palabra alto y claro, sin dejarle ninguna duda—. Hueles a naftalina. Eres el asesino de Elaine Buxton y Jayne Magee.

—¿Eso es lo que te dijo el inspector Callanach cuando estaba investigando el caso sin ningún éxito? —le preguntó King, tensándose por la mención al olor, pero más decidido que nunca a hacerla subir las escaleras—. Los policías siempre

estáis muy seguros de vosotros mismos, ¿verdad? Ansiosos por etiquetar, empaquetar y resolver. ¿Quieres ir a hacerles compañía a la señorita Buxton y a la reverenda Magee? —le preguntó, presionándole el cuchillo en el cuello hasta que vio que las venas empezaban a hincharse.

Por fin parecía asustada. Dio un paso atrás, luego otro y otro, siguiendo la órbita del cuchillo que él hacía girar de izquierda a derecha en un bucle sin fin frente a su cara, para obligarla a subir, cada vez más cerca de lo alto de la escalera secreta y más lejos de su antigua vida.

—No tienes que matarme —dijo ella, encontrando su voz cuando la puerta superior se acercó de forma aterradora.

—Ojalá eso fuera cierto —comentó él—; pero si no mueres, nunca serás verdaderamente mía. Siempre habrá personas con esperanza en el corazón, personas que no dejarán de buscarte, policías que tirarán la toalla y dejarán el caso sin resolver, pero que siempre lo mantendrán vivo en su memoria. Con la muerte, querida inspectora, llega el luto y con el luto podemos poner la palabra fin. —Ava subió el último escalón y apoyó la espalda en la puerta. Levantó las manos y ese gesto dijo mucho más de lo que las palabras hubieran podido expresar. Se había rendido, había aceptado su destino, se había entregado a él. King deseó poder detener el tiempo para estudiar la expresión de Ava al entrar en su mundo, para poder regocijarse eternamente en el conocimiento de la victoria—. Ava, no tengas miedo. Estás a punto de conocer a tus nuevas amigas muertas.

King abrió la puerta. Al entrar, cogió a Ava de la mano, como si fuera una novia caminando hacia el altar, y vio cómo abría los ojos de par en par al reconocer a las mujeres que había en las camas.

—¿Qué coño está pasando? —murmuró.

Capítulo 37

—Inspector Callanach —saludó ella, asumiendo una actitud tímida delante de su colega. Solo él notó el tono burlón que había en su voz—. Encantada. —Astrid le tendió la mano derecha. Él la miró como si le estuviera ofreciendo un filete infestado de larvas. Desde que ella lo había acusado de violación, no podía soportar que nadie lo tocara, ni siquiera de pasada y con las mejores intenciones. La sola idea de tocar la carne de Astrid lo hacía sentirse físicamente enfermo.

—Necesito hablar con usted en privado —dijo con voz áspera, tratando de vencer la incredulidad.

—Por supuesto —respondió ella con dulzura—. Donde usted quiera. —Astrid le dedicó una radiante sonrisa a la mujer con la que compartía oficina, como si le acabaran de dar el resto de la semana libre. Callanach salió para dejarla pasar sin que ella pudiera tocarlo.

—Es en la planta baja, al fondo del pasillo a la izquierda —dijo, manteniendo la mirada fija al frente y contando las respiraciones para combatir el vértigo que le nublaba la vista. Astrid bajó las escaleras con calma, saludando alegremente a cada persona con la que se cruzaban. A cada paso, Callanach sentía incómodas contracturas en los músculos de los hombros y la espalda. Tuvo que esforzarse para no gritarle que se diera

prisa.

—¿No vamos a tu despacho? —preguntó, dulce y complaciente. Su voz lo irritaba tanto como las vuvuzelas en los partidos de fútbol.

—No —respondió él; pasó junto a ella hacia el último pasillo y abrió la puerta de la sala de interrogatorios—. Y solo hablaremos en inglés. Nada de francés. No estoy dispuesto a perder el tiempo con alegaciones sobre supuestas conversaciones inapropiadas. —Sacó una silla de debajo de la mesa y le indicó que tomara asiento. Pulsó varios botones del sistema de control e inició la grabación de audio y vídeo. Astrid deslizó las manos por la mesa hasta situarlas a un palmo de las suyas y esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Luc, esto es una sala de interrogatorios. No entiendo dónde está el problema. ¿Y por qué estás grabando? Solo tienes que preguntarme lo que quieres saber.

—Quiero saber qué estás haciendo aquí —dijo, intentando mantener un tono inofensivo. La voz le temblaba por el esfuerzo.

—Trabajo aquí —contestó ella—. No me he escondido. Te devolví unas hojas de horas extras que no habías rellenado correctamente. Mis iniciales estaban en la nota. Desgraciadamente, enviaste a uno de tus chicos a solucionarlo. Fuiste muy descuidado con el papeleo. Me temo que tu nivel de exigencia ha bajado mucho. —Astrid jugueteaba con un mechón de pelo que le había caído sobre la cara. A otro hombre le habría parecido un gesto seductor. Él solo veía a una víbora que estaba planeando su próximo ataque.

—Lo que quiero saber es el motivo por el que estás en Escocia. Astrid, hay una orden de alejamiento que te prohíbe acercarte a mí. No se te permite tener ningún contacto

conmigo.

—Solo en Francia, tonto. La orden dejó de surtir efecto en cuanto saliste del país. Y no has pedido otra aquí, así que ya no tengo que mantenerme alejada de ti. ¿No es eso lo que querías? ¿No viniste aquí para que pudiéramos empezar de nuevo? —Le tocó la mano. Él la apartó como si un escorpión le hubiera reptado por la piel. Le dio una patada a la silla y retrocedió hasta apoyar la espalda contra la pared.

—No he venido a Escocia para que me sigas. Vine porque arruinaste mi vida en Francia. Me lo quitaste todo; mi carrera, mis amigos y mi reputación. ¿Cómo demonios has conseguido este trabajo?

—La Interpol no tenía derecho a hacer constar lo ocurrido en mis referencias. No era relevante para mi conducta profesional. Yo era una víctima que no se había sentido capaz de seguir adelante con un proceso judicial. Si me hubieran impedido obtener este trabajo, habría tenido derecho a demandarlos. Y mi superior directa en la Interpol no tenía ni idea de que tú estabas aquí. Creo que la zorra se alegró de que me fuera, así que confío en que me diera buenas referencias.

—Eso no explica por qué nadie se ha dado cuenta de quién eres. Hicieron una comprobación completa de mis antecedentes. Yo lo conté todo.

—No te declararon culpable. Te absolvieron de los cargos. El sistema administrativo no coteja los nombres en tales circunstancias, sobre todo porque yo solo solicité un traslado aquí después de que tú consiguieras el puesto. Y tu jefe, que se ha esforzado tanto para conseguirte este trabajo, probablemente habrá llegado a un acuerdo para mantener tu expediente impecable.

—No tenías ningún derecho a seguirme hasta aquí y lo sabes.

—Luc, cariño… —Se levantó y empezó a caminar alrededor de la mesa.

—Siéntate —ordenó él.

—¿Estoy detenida? —preguntó ella.

—Te estoy interrogando.

—Entonces, léeme mis derechos —replicó tono burlón. Se desabrochó el primer botón de la blusa y se despeinó, pero obedeció—. No entiendo por qué estás tan enfadado. Renuncié a aportar pruebas contra ti.

—Eso fue un día antes del juicio. ¡Perdí meses de mi vida! Mi madre ya no soporta hablar conmigo. Y lo peor es que creo que nunca tuviste intención de seguir con ese puto proceso. ¡Solo querías destruir todo lo que yo tenía! —Callanach se metió los puños en los bolsillos.

—Yo te salvé. No deberías reprocharme nada. —Tenía los ojos grandes y brillantes por las lágrimas.

—Era mentira, Astrid. Absolutamente todo lo que dijiste era mentira. No te violé y no tuvimos relaciones sexuales. ¡¿Cómo puedes creer que me salvaste?! —Callanach había empezado a gritar. Un agente, intrigado, se había asomado por el cristal de la puerta para comprobar qué estaba ocurriendo. Callanach le hizo un gesto con la cabeza y el agente se marchó.

—Ahora estarías en la cárcel si no fuera por mí. ¿Habrías preferido eso? Diez años de comida de mierda y hombres sucios y malolientes como única compañía. ¿Cuánto crees que habrías durado? —Astrid estaba furiosa. «Al menos esa emoción es auténtica», pensó Callanach—. Hice que te soltaran para que pudieras superar esa mala experiencia y para que empezaras de nuevo. Por eso tu decisión de mudarte a otro país europeo fue perfecta. Los dos hablamos inglés y tenemos trabajos en los que podemos trasladarnos.

—¡Por favor, para! —Callanach se tapó los ojos con las manos —. Astrid, escúchame, necesitas ayuda. Sé que te va a resultar muy difícil escuchar esto, pero no tenemos una relación y nunca la hemos tenido. No puedes seguir así.

—Eres tan bueno, Luc… Siempre lo has sido. Solo yo puedo ver la bondad que hay en tu corazón. Estamos destinados a estar juntos. Cuando estoy contigo, el dolor que llevo dentro desaparece. Por eso te he seguido. Siento que me amas muchísimo y sé que da miedo, pero yo puedo ser fuerte por los dos.

—¿Cómo pensabas que iba a terminar todo esto? —preguntó él—. ¿Habías decidido entrar un día en mi despacho y saltarme encima?

—Ya te había hecho saber que estaba aquí. Te envié champán. Uno muy bueno. Y rosas, como las que crecían en el Parc de la Tête d'Or en Lyon, donde ibas a correr durante la pausa para comer.

—¿Fuiste tú? Pensábamos que… No importa. Al menos ahora tiene sentido. Pero quiero saberlo todo. Basta de jueguecitos — cambió de táctica.

Astrid se lo pensó.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Solo la verdad —respondió él—. Si quieres que vuelva contigo, debe haber siceridad entre nosotros. Solo tú podías haber elegido con tanto esmero las cosas que me gustan. Las rosas eran preciosas y me hicieron pensar en casa.

El rostro de Astrid se ensombreció. Era como ver llegar una tormenta.

—¿He sido la única, Luc, o ha habido alguien más?

—No ha habido nadie más —respondió, volviendo a su asiento.

—¡Mentiroso! —gritó Astrid—. Te vi con ella. Te vi coquetear con ella. Y vi cómo te miraba. ¿Te bebiste mi champán con ella? ¿Le diste las flores que te envié?

—No sé de quién estás hablando, Astrid.

—Sí que lo sabes —siseó.

Callanach estaba haciendo progresos.

—No, de verdad, no tengo ni idea. Después de ti no ha habido nadie más.

Ella le sonrió y fue como tambalearse al borde de un abismo.

—Estás jugando conmigo —meditó Astrid—. Sé lo que quieres que diga, Luc, y no voy a hacerlo. ¿Que no ha habido nadie después de lo nuestro? Pensaba que nunca había habido nada entre nosotros. Pensé que habías venido aquí como una araña enorme, fea y gorda, que corre a esconderse debajo de una alfombra para huir de mí. Quieres que diga su nombre y no pienso hacerlo.

Callanach miró su reloj. Había hecho todo lo posible con ella, pero tener un trastorno de la personalidad no implicaba también tener un coeficiente intelectual bajo. Necesitaría mucho más tiempo para conseguir que admitiera lo que había hecho y el reloj le estaba robando unos minutos de los que Ava carecía.

—¿Enviaste tú la amenaza de muerte a la inspectora Turner? —preguntó de manera directa. El rostro de Astrid se volvió frío e inescrutable.

—Quiero un abogado —respondió.

—¿La secuestraste?

—No tengo intención de responder a más preguntas. —Astrid volvió a abrocharse teatralmente la blusa, tensó los brazos y se quedó mirando el escritorio.

Callanach pensó en lo lejos que había llegado. Se necesitaba

un estado mental particular para seguir a una persona tan lejos y con tanta pasión. Astrid seguiría jugando mientras él estuviera allí. La única forma de ganar era privarla por completo de su objetivo.

—Está bien —aprobó—, pero yo estoy ocupado. Tenemos razones suficientes para seguir interrogándote, pero en este momento tengo cosas más importantes que hacer. Espera aquí. Voy a pedirle a un agente que lleve a cabo el interrogatorio. Ya no tendrás que verme más. —Se dirigió a la puerta.

—Espera —pidió—. No te muevas. ¿Quieres irte, después de todo lo que ha pasado?

—Sí —respondió él—. Tengo otras prioridades.

—Cabrón —siseó—. ¿Otras prioridades? ¿Crees que puedes encontrar a Ava Turner sin mí? En dos horas vendrás y me suplicarás que te ayude. —Tenía la cara contorsionada y enfadada. Por mucho que le hubiera gustado volver a entrar, agarrarla por el cuello y estrangularla hasta obtener la información que quería, sabía que no funcionaría.

—Como ya he dicho, tengo muchas cosas que hacer. Mandaré a un agente. Mientras tanto, le pediré al sargento de custodia preventiva que te arreste y te lea tus derechos. —Salió y dejó que la puerta se cerrara sola.

Unos segundos después, oyó el clic de la cerradura. Iba por la mitad del pasillo cuando Astrid empezó a gritar.

—¡Que te jodan! Lo vi secuestrar a tu querida inspectora Turner. La matará. Si no vuelves aquí inmediatamente, tendrás su sangre en tus manos.

Callanach se dio la vuelta, retrocedió por el pasillo hacia ella, se detuvo frente a la sala de interrogatorios, se apoyó en la pared y miró dentro.

—¿Dónde? —preguntó abriendo la puerta—. ¿Dónde lo viste?

—No diré nada hasta que vuelvas a entrar —exigió Astrid.

—Dame hechos, algo que me haga saber que puedo creerte, o no volverás a verme.

—Te seguí después del trabajo —explicó—. Fuiste a casa de la profesora, a esa a la que tu novia quiere tanto. Esperé toda la noche a que salieras, pero no lo hiciste. Te quedaste para complacer a esa imbécil; tanto alboroto por unos mensajes ridículos. Y sí, lo sé todo sobre el caso. No cometas el error de pensar que no tengo amigos dentro de la comisaría.

—Me importa un bledo quiénes son tus amigos. Quiero saber por qué te quedaste ahí sin hacer nada mientras secuestraban a una agente de policía —gruñó Callanach.

—No sabía que era Turner hasta que él la sacó del coche

Callanach entró tan rápido que Astrid no tuvo tiempo de prepararse. La agarró por el brazo y levantó la otra mano, dispuesto a abofetearla.

—Si estás mintiendo… —No fue necesario que terminara la frase, su cara lo decía todo.

—Es la verdad —respondió Astrid—, Pero no diré nada más hasta que tenga la garantía por escrito de que no me arrestarán ni por las cartas ni por nada de lo que te diga sobre lo que pasó anoche.

—Astrid, no hay tiempo —protestó él, desgarrado entre la violencia y la súplica.

—Y te quedarás conmigo hasta que todo esté resuelto. Hablaremos de Francia, de nuestros viejos amigos, de los buenos tiempos… Lo tomas o lo dejas.

Tripp entró en la sala de interrogatorios, seguido de Lively. Se quedaron inmóviles en cuanto lo vieron agarrando a Astrid.

—Agente, envíeme a alguien de la Fiscalía que tenga autoridad para garantizar inmunidad —ordenó Callanach.

Tripp se fue inmediatamente. Luego miró a Lively—. ¿Qué quiere, sargento?

—Se trata de Rory Hand. No ha sabido responder a las preguntas sobre dónde había matado a Buxton y Magee. Ha dejado de hablar y ha pedido un abogado. He venido a ofrecerle mis disculpas. Creo que tal vez tenía razón.

—Ya es un poco tarde para eso —soltó Callanach, sentando a Astrid de nuevo en la silla.

Capítulo 38

King saboreó la confusión que reflejaban los ojos de Ava cuando vio a las mujeres en sus camas. Ninguna dijo ni una palabra. Dio a su última invitada la oportunidad de ir al baño antes de atarla a la cama. La intimidad con sus hábitos personales era un aspecto del papel de guardián que le repugnaba, pero le proporcionaba un elemento adicional de poder.

—¿Podría darme más analgésicos, por favor, doctor King? —susurró Elaine.

Él se lo pensó. Últimamente los consumía en cantidades industriales. Sin embargo, había cosas peores que la dependencia a los medicamentos y, desde luego, cuando Elaine los tomaba se volvía menos insoportable.

—Te daré paracetamol, pero debes ayudarme con tu nueva amiga. Ata esa brida alrededor de sus muñecas y fíjala a una pata de la cama. ¡Y no la aprietes demasiado! No queremos cortarle la circulación.

—No lo hagas —le dijo Ava—. Elaine, soy policía, no tienes que ayudarlo.

—Sí que tiene que hacerlo —susurró King—, ¿verdad, querida?

Elaine asintió débilmente.

—Si no, ¿qué voy a hacer? —King mantuvo el cuchillo apuntando a Ava mientras Elaine le ataba las muñecas—. Volverá a coger la regla.

Ava miró a Jayne. No hacía falta ser un genio para entender que había destrozado a Elaine, había quebrado su fuerza de voluntad en mil piezas inútiles, pero él no esperaba que la valiente inspectora se rindiera con ella tan pronto. Jayne estaba rezando. Como siempre.

—Ava, no quiero que incites a estas chicas a rebelarse. —Se rio al pensarlo—. Déjame explicarte por qué. Si alguna de vosotras se comporta de una manera perjudicial para el bienestar de nuestra pequeña comunidad, me veré obligado a castigar a una de sus compañeras. Por lo tanto, si te haces la dura conmigo, tendré que hacerle cosas a Jayne que no le gustarán nada.

—Jayne —susurró Ava—. ¿Puedes hablar conmigo? Jayne Magee, la ayuda llegará.

—Justo eso es de lo que estaba hablando —dijo King—. En circunstancias normales, suelo ser más permisivo el primer día. Espero que haya algún altercado durante el proceso de adaptación, pero hoy estoy destrozado y considero que debes comprender plenamente la posición en la que te encuentras. —Abrió un cajón cerrado con llave, cogió dos pastillas y se las dio a Elaine con un vaso de plástico lleno de agua—. ¿Ves cómo puedo ser amable y considerado? —Sacó otro objeto del cajón y lo sostuvo dentro de la mano. Ava estiró el cuello para mirar lo que hacía.

King estaba de pie junto a la cama de Jayne. El volumen de sus plegarias había aumentado y ya no lo miraba a los ojos. Elaine se había tragado la medicina y se había metido debajo la cama, agarrada a una almohada y a una manta. Desde donde se

había escondido le llegó un murmullo indistinto, un cántico infantil y repetitivo.

—Está en regresión —le explicó King a Ava—. Lección número uno, inspectora Turner. No creas que puedes ignorar mis advertencias. —Agarró la nariz de Jayne con la mano izquierda, apretándola cruelmente. Ella chilló, intentó levantarse de la cama y luego volvió a bajar sobre el colchón, luchando por liberarse, pero su presa era firme. Mientras abría el clip de pinza, pensó que era extraño que hubiera sido tan débil de niño. No se le daban bien los deportes, no era lo bastante fuerte para ayudar a su padre a levantar pesas o partir leña. Pero recientemente, en su madurez tardía, cuando más lo necesitaba, poseía la fuerza de un oso. No era tanto una cuestión de mente sobre la materia como de librarse de la preocupación por ella. En el fragor del momento, su potencia muscular no requería ningún esfuerzo. Luego le puso el clip en la lengua a Jayne y escuchó cómo se cerraba con un sonido metálico. Ella puso los ojos en blanco y se desmayó por el dolor; luego despertó llorando y gritando, entre arcadas—. Tienes que agradecérselo a la señorita Turner. Quizá más tarde, cuando regrese, se te ocurra una manera de devolverle el favor. Es sábado y, como llevo dieciocho horas sin dormir, me voy a la cama. Seguro que a ti también te vendrá bien descansar un poco.

—¡Quítaselo! —gritó Ava.

King podía oír el mantra de Elaine diciendo: «No, no, no» desde la cama. Parecía la más sensata de todas. Incluso Jayne, a pesar de la agonía, se esforzaba por hacerle señas a Ava.

—No creo que la buena de la reverenda desee tu intervención —replicó—. Creo que preferiría que te comportaras de forma que no me obligues a tomar medidas más drásticas. —Jayne

asintió enérgicamente, casi gruñendo a la inspectora.

—Lo siento —respondió Ava con calma.

—Parece que no te he oído bien con todo el ruido que hacen las otras señoras —dijo King—. Repítelo, por favor.

—He dicho que lo siento —le gritó Ava—. ¿Vale? Lo siento.

—Bien —aprobó King—. ¡Jayne, no muevas el clip! El dolor remitirá de forma natural en un par de horas. Y, Elaine, no intentes ayudar a tu amiga a encontrar alivio. Que no estés atada no significa que puedas hacer lo que quieras; a no ser que quieras experimentar de primera mano el dolor tan terrible que se siente. Sin embargo, es una historia muy interesante. Se trata de una forma de castigo comúnmente utilizada en la América colonial para animar a las esposas gruñonas a morderse la lengua. Muy apropiado. Pondré algo de música. A lo mejor te ayuda a distraerte del dolor, Jayne.

Cuando salió, empezó a sonar uno de los conciertos para piano de Rachmaninov. King escuchó detrás de la puerta un momento después de cerrarla, pero no oyó ninguna voz. Hablarían más tarde, mientras él dormía. No le importaba. Graznarían sobre lo monstruoso que era y lo mucho que lo odiaban, harían planes y se imaginarían la llegada de ayuda. «Déjales que tengan sus fantasías», se dijo a sí mismo. Si eso era todo lo que les quedaba de su vida anterior, ¿quién era él para privarlas de un consuelo tan insignificante? Iban a adaptarse muy pronto y, si una de ellas no lo conseguía, él tendría una decisión menos que tomar.

Capítulo 39

Callanach estaba de nuevo en la sala de interrogatorios. Astrid había firmado el acuerdo. Lively estaba en la sala de vídeo mirando el resto de la entrevista. A Callanach le habría gustado intercambiarse con él. No tenía ningún deseo de estar cerca de Astrid ni un segundo más.

—Ya tienes todo lo que pediste —le dijo—, y yo estoy a punto de perder la paciencia.

—No todo —respondió Astrid—. Quiero una carta firmada en la que me garantices que no pedirás otra orden de alejamiento.

—Ava Turner está en manos de un loco. Deja de jugar, Astrid.

—Escribe la carta y empezaré a hablar.

—¡Maldita sea! —gritó él; cogió una hoja de papel y se puso a escribir—. Ya está, ahora dime lo que has visto y date prisa.

—Admite que sientes algo por ella —pidió Astrid—. Lo supe en cuanto os vi subir juntos al coche.

—La inspectora Turner es una colega y yo estoy haciendo mi trabajo, pero si no empiezas a hablar de inmediato, puedo dejar que me reemplace alguien menos tolerante.

—De acuerdo, cálmate, inspector —contestó ella en tono mordaz—. Era más o menos la una y media de la madrugada. Al principio no sabía quién era, ¿entendido? El coche de Turner estaba aparcado lejos del mío y bajo los árboles. Me di cuenta

de que la puerta se abría porque se encendió la luz del habitáculo. Durante aproximadamente un minuto no pude ver lo que pasaba; entonces un hombre la sacó del coche y la hizo caminar por la carretera, en mi dirección, hacia otro vehículo. Solo la reconocí cuando la metió en su coche.

Callanach la interrumpió.

—¿Puedes describirlo?

—La verdad es que no, estaba demasiado oscuro. No era muy alto, blanco, más bien rechoncho, no muy en forma, llevaba sombrero y gafas. No puedo decirte nada más.

—¿Y qué pasó entonces?

—La metió en su coche, supongo que en el asiento trasero, porque abrió y cerró dos puertas antes de irse.

—Entonces, ¿Ava estaba en el asiento trasero? —preguntó Callanach.

—Supongo que sí —respondió Astrid, apoyando la cabeza en la palma de una mano, como si se aburriera. Callanach intentó mantener la calma—. Cuando el coche arrancó, todavía no había entendido lo que estaba pasando, pero luego me fijé con más atención.

—¿Por qué?

—Porque no encendió los faros inmediatamente, sino justo antes de girar. Y dio media vuelta para ir en dirección contraria, sin pasar por delante de mí.

—No entiendo cómo podría sernos útil esto —comentó Callanach.

—Es útil porque tenía unos prismáticos y apunté el número de la matrícula. Conducía un cuatro por cuatro negro, un Nissan. —Sacó su teléfono y abrió una aplicación para notas—. Aquí tienes la matrícula.

Callanach tomó el teléfono y leyó el número en voz alta para

que los agentes que estaban en la sala de vídeo pudieran comenzar a investigar. De repente, la puerta se abrió de golpe e irrumpió el sargento Lively.

—¡¿Sabías la matrícula desde el principio?! —gritó, agarrando a Astrid—. ¡Puede estar muerta por tu culpa!

—Sargento Lively —ordenó Callanach—. Quítele las manos de encima y lárguese.

—¡Su maldito club de fans no tiene privilegios especiales aquí! —le gritó el sargento.

—Tenemos una pista, que es más de lo que consiguieron ustedes arrestando al hombre equivocado. Y ahora, váyase.

Lively dijo una palabrota, pero obedeció.

—Gracias, Luc —murmuró Astrid—. Has sido muy galante.

—No he tenido más remedio —replicó Callanach—. Y estoy de acuerdo con mi sargento, pero aún no hemos terminado. ¿Cómo llegaron del coche de Ava al suyo? ¿La arrastró?

—No —respondió Astrid—. Ella caminaba tambaleándose y él tenía que sostenerla.

—Cloroformo —meditó Callanach. Se levantó.

—¡Espera! —exclamó ella—. ¿Ya está? ¿Cuándo podré volver a verte?

—Estás enferma, Astrid. Te compadezco, pero nunca hubo nada entre nosotros y no quiero volver a verte. Intenta entenderlo.

Ella sonrió.

—Espero que la mate. Así se te romperá el corazón como tú has roto el mío. Entonces volverás a mí. Me desearás como antes.

Callanach se marchó.

Cinco minutos después descubrieron que la matrícula había sido dada de baja. Bastó una llamada al desguace de Falkirk y la

amenaza de otra inspección burocrática del Departamento de Salud y Seguridad para convencer al propietario de que revelara que el Nissan destruido, presuntamente a causa de un accidente de tráfico, había terminado, como siempre, en manos de Louis Jones.

—¡Tripp! —gritó Callanach mientras corría por el pasillo en dirección a su despacho—. Traiga a Louis Jones aquí. Quiero que revise todos los papeles que tenga, su ordenador, su móvil…, absolutamente todo lo que encuentre. Averigüe dónde acabaron esos coches. Y quiero saber con todo detalle los movimientos de Jones durante el último mes.

—Sí, señor —respondió Tripp, asomando la cabeza por la sala de vídeo—. Ah, y el doctor Spurr lo está esperando en su despacho. Ha dicho que sabía que estaba ocupado, así que ha preferido esperar.

Callanach se llevó a la agente Salter con él a su despacho. El forense los saludó con una sonrisa triste.

—Inspector —dijo—. He preferido venir en persona. Siento mucho lo de Ava. Me envió un bonito mensaje agradeciéndome el Lagavulin. Es difícil ser objetivo cuando cogen a uno de los nuestros.

—Le agradezco la visita —aceptó Callanach—, pero es un mal momento. Estamos esperando a que traigan un testigo y tengo que leer su expediente.

—No es una visita de cortesía —precisó Spurr, sacando una carpeta de su maletín—. Me gustaría que le echara un vistazo a esto. —Le tendió varias fotografías a gran escala.

—¿Qué estoy mirando? —preguntó Callanach.

—Dientes —respondió Spurr—. Este es el que se encontró junto al bate de béisbol; no resultó dañado por el fuego, por lo que es el que está en las mejores condiciones para ver las

marcas. —Señaló unas zonas pequeñas, lineales y sombreadas a unos dos tercios de la altura del diente—. Parecen surcos profundos. El odontólogo forense no los identificó al principio porque en ese momento analizamos el diente solo con fines identificativos.

—¿Y qué son? —preguntó Salter—. ¿Por qué están ahí?

—Sospechamos, y no me atrevería a afirmar nada más, que se trate de un daño causado en el esmalte por una herramienta.

—Entonces, ¿esas marcas las podría haber hecho un dentista? —preguntó Callanach.

—No lo creo —respondió Spurr—. Las marcas están debajo de la línea de las encías. El hecho de que este diente aún tenga una raíz sana adherida significa que un dentista no tendía motivos para hacerlas. Es más probable que la herramienta que causó el daño fueran unos fórceps para extracción dental.

—¿Y los otros dientes? —preguntó Callanach—. ¿Tienen marcas?

—Creemos que sí —respondió Spurr, dándole la vuelta a las otras fotos—. Miren aquí y aquí. Es difícil verlas debido a los daños causados por el fuego, pero en esta se pueden ver los arañazos —dijo, mostrando la ampliación de un molar—. Son profundos y llegan hasta la base del diente.

—¿Está diciendo que no fue el bate de béisbol lo que le hizo saltar los dientes? —preguntó Salter.

—Estoy diciendo que alguien extrajo los dientes con los fórceps y que me parece lógico que el daño ocurriera cuando aún estaban en la boca de Elaine, no después. Lo consulté con su dentista. No puede garantizar que no acudiera a uno de sus colegas, pero él desde luego no se lo hizo. También dijo que las marcas eran torpes, que no estaban donde deberían haber estado si la extracción se hubiera hecho correctamente. Si

tenemos razón, entonces…

—Entonces a Elaine Buxton la torturaron antes de asesinarla. ¿Cree que le extrajeron los dientes con unos fórceps mientras estaba viva? —preguntó Callanach. La cara de Salter se había puesto verde.

—No puedo estar seguro —respondió Spurr—, pero parece más probable que lo hiciera cuando estaba viva. Una vez muerta no habría tenido sentido.

—¿Una operación odontológica hecha por un aficionado? —preguntó Salter con la voz ahogada por el esfuerzo de no vomitar—. ¿Cómo pudo conseguir las herramientas? ¿Y dónde aprendió a hacerlo?

—Las herramientas pueden pedirse en numerosas páginas web y, por lo que respecta a la extracción, hay manuales de medicina de urgencia en Internet. Yo no los recomendaría, pero pueden servir.

—¿Y Jayne Magee? —preguntó Callanach. Pensó en las familias de las dos mujeres y en el nuevo tormento que supondría esta noticia.

—Lo consulté con Ailsa Lambert. Está muy preocupada. Tengo entendido que es amiga de la madre de la inspectora Turner. —Callanach asintió—. Los dientes de Magee estaban tan dañados por los productos químicos que el odontólogo no pudo distinguir ninguna marca específica. Pero si los dientes hubieran sido extraídos antes de la muerte, se explicaría el diferente grado de deterioro entre ellos y el hueso de la mandíbula.

—Mierda —maldijo Salter.

—Estoy de acuerdo con usted, agente —reconoció Spurr—. Si Ava Turner sigue viva, deben encontrarla rápido. Un hombre capaz de algo así… —No terminó la frase y Callanach se lo

agradeció. Era demasiado consciente de lo que el hombre que había secuestrado a Ava era capaz de hacer sin que nadie le sugiriera nada.

—Gracias —dijo—. Perdóname por no poder dedicarle más tiempo.

—No hace falta que se disculpe —contestó el forense—. Encuentren al monstruo que lo hizo. —Jonty Spurr se fue y Callanach cerró la puerta.

—Señor… —empezó a decir Salter.

—No —la interrumpió él—. De momento no se lo diremos a nadie. Todos están dando lo mejor de sí. Esto no les hará trabajar mejor. De momento, es solo una suposición. Además, tampoco hay ninguna prueba concluyente de que el secuestrador de la inspectora Turner sea el mismo hombre que mató a Buxton y Magee. En el mejor de los casos, se trata de una acusación que se probará cuando averigüemos dónde las mantenía cautivas. ¿De acuerdo?

—Sí —susurró Salter—. Es horrible pensar en la manera en la que las torturó.

—No piense en ello —sugirió Callanach—. Con el tiempo aprenderá. No debe ponerse en su lugar. Manténgase ocupada, Salter. ¿Me puede traer una lista de las páginas web en las que se pueden comprar herramientas para dentistas?

—La encontraremos, ¿verdad, señor? —preguntó ella con calma.

A Callanach le habría gustado mentir, pero los años que llevaba en la policía le sugerían que no lo hiciera.

—Manténgase ocupada —repitió—. Lo único que podemos hacer es esforzamos al máximo.

Capítulo 40

Louis Jones se mostró esquivo. Tripp le estaba enviando fotografías en tiempo real de su despacho, si podía llamarse así. No había calendario ni agenda ni una sola hoja de papel en su escritorio. Los cajones estaban llenos de clips y DVD viejos, pero no había nada relacionado con su trabajo. Montones de piezas de vehículos abarrotaban el depósito y varios coches de dudosa procedencia estaban aparcados aquí y allá, pero no había ni rastro de un ordenador. Además, el expediente de Jones estaba tardando en llegar. Tras una hora, Callanach se cansó de esperar.

Estaba a punto de llamar a la puerta del comisario, cuando le abrió el propio Begbie.

—Pase, inspector — pidió—. Iba a buscarlo.

—He solicitado un expediente y no… —comenzó a decir Callanach.

—Lo sé —lo interrumpió Begbie—. Está en mi escritorio. Antes de que diga nada, hay una razón. Solo un agente de rango igual o superior al mío está autorizado a abrirlo.

—No lo entiendo.

—Louis Jones viene de camino, por su propia voluntad. Hablaremos con él juntos —explicó Begbie.

—No puedo dirigir este caso si me está ocultando

información. Quiero saber exactamente qué está pasando —dijo Callanach mientras golpeaba con una mano el escritorio del comisario. Begbie lo miró, luego cogió una carpeta delgada y maltrecha y se la entregó.

—El expediente es confidencial porque Jones, antes conocido por los ciudadanos menos respetuosos con la ley de Edimburgo como Louis Chiavone, era un informador. Hace quince años, una investigación de tres años estaba a punto de cerrarse sin cargos ni una sola detención. Se trataba de algo relacionado con el crimen organizado. La banda tenía hombres en nómina dentro de la Policía, el Gobierno…, en todas partes. Cada vez que hacíamos un movimiento, lo sabían de antemano. Louis era su hombre de confianza para vehículos y conductores. No habló abiertamente, no seguiría vivo si lo hubiera hecho, pero la información que nos proporcionó fue vital para detenerlos. Tenemos un acuerdo informal y desde entonces lo hemos dejado en paz.

—Este caso es demasiado serio como para preocuparnos ahora de pactos del pasado. Ni siquiera podemos estar seguros de que él no sea el culpable.

—No lo es —lo contradijo Begbie—. El hombre que está buscando es blanco. Louis es negro. Además, él no da el perfil. Y puedo afirmarlo con total seguridad porque llegué a conocerlo bastante bien. Era mi informador. Hablará conmigo.

Fiel a su palabra, Louis Jones apareció veinte minutos después. Callanach observó que Begbie lo saludaba con un apretón de manos y un intercambio de miradas que sugería una amistad genuina. La sala de interrogatorios fue descartada en favor de la intimidad que ofrecía la oficina del jefe.

—Este es Callanach —le dijo Begbie a Jones—. Tiene el mando de la investigación.

—Creía que solo íbamos a estar tú y yo, George —replicó Louis, en voz baja y tranquila, que ocultaba una cautela bien entrenada.

—No hay tiempo para eso. Callanach necesita hablar contigo. Puedes confiar en él.

Callanach no estaba seguro de si eso sería cierto si resultaba que Jones estaba al tanto de lo que estaba pasando.

—Dos coches —explicó, entregándole los detalles—. Los conseguiste en un desguace de Falkirk. Necesito la documentación de los dos vehículos.

—No tengo archivos —respondió Jones—. Está todo en mi cabeza. Cuando has visto las cosas que yo he visto, no pones nada por escrito. ¿De qué va todo esto?

—Elaine Buxton —respondió Begbie—. ¿Has oído hablar de ella?

—Todo el mundo sabe lo que le pasó —asintió Jones—. ¿Qué tienen que ver mis coches?

—Fueron usados por el hombre que creemos que la mató. Bueno, ¿quién se los llevó? —preguntó Callanach.

—¿Ese puto engreído? ¡Me estáis tomando el pelo, joder!

—¡¿Quién?! —exclamó Callanach—. ¡Quiero un nombre!

—Yo no trabajo con nombres. Pero ¿de qué planeta ha venido este? —preguntó Jones a Begbie, que levantó una mano para mantener a raya al inspector.

—¿Qué puedes decirnos, Louis? —le preguntó con calma.

—Pagó en efectivo. Utiliza los coches solo durante veinticuatro horas y luego los devuelve. Eso es lo que hago, alquilar vehículos, sin hacer preguntas. Ha venido más o menos seis veces; parecía un capullo tan reprimido que nunca se me pasó por la cabeza que pudiera estar haciendo algo malo. Una vez dijo en broma que necesitaba tiempo para sí mismo, lejos

de su mujer. Pensé que quería hacer un pequeño viaje de caza de culos sin que su media naranja recibiera una llamada de la policía.

—¿Descripción? —pidió Callanach.

—De unos cincuenta años, fornido y con algo de barriga, con un trasplante capilar; recuerdo una gabardina gris y una papada. No quiero que metas mi nombre en esto, George. Preveo problemas.

—Necesitamos algo más, Louis —insistió Begbie—. Sé que te lo debo, pero no puedo mantenerte fuera esta vez. Le alquilaste unos coches sin dejar rastro, ni siquiera un cheque. Si descubrimos que este tipo es el asesino, no podré protegerte.

—Te salvé la vida, George, ¿recuerdas? —protestó Jones levantándose.

—Sí, es verdad —respondió Begbie—, pero una de mis inspectoras perderá la suya si no encontramos a este hombre, así que dejémonos de tonterías, ¿vale? Nunca se han hecho negocios sin tomar ciertas precauciones y no creo que la cosa haya cambiado tanto a lo largo de los años. ¿Qué pensabas hacer si no te devolvía el coche? ¿Sin nombre ni dirección? Eso es una gilipollez.

Jones se sentó pesadamente, diciendo una palabrota mientras miraba al techo.

—Estoy perdido si esto sale a la luz, así que se aplican las reglas habituales, ¿de acuerdo?

—Sí, las reglas habituales —respondió Begbie.

—Hice que uno de mis chicos lo siguiera. Siempre hago lo mismo cuando alguien no me da información. Cobro un depósito, así que en realidad no importa si no devuelven el coche, pero lo necesito para protegerme en caso de que lo utilicen para un robo o…

—Un asesinato —terminó Callanach en su lugar—. Así que alquilas los coches, pero te quedas con la información para negociar con la policía. —Terminó la frase con un largo improperio en francés.

Begbie lo ignoró.

—¿Y qué es lo que sabes?

—Llevó los coches a un garaje de Causewayside, una zona de mala muerte, no hay mucho que ver allí. Puedo daros la dirección. Eso me bastaba para encontrarlo en caso de que tuviera que hacerlo. —Louis garabateó algo en una libreta que había sobre el escritorio de Begbie. Callanach arrancó la hoja y se dirigió a la puerta.

—Mi nombre no debe aparecer, nada de escuchas telefónicas y no me menciones en ninguno de los documentos del proceso. Debéis dejarnos completamente en paz a mí y a mi negocio. ¡Teníamos un acuerdo y, por lo que a mí respecta, sigue en pie! —le gritó Jones.

—Cuenta con ello —oyó decir Callanach a Begbie, seguro de que se dirigía más a él que a Louis Chiavone. La Interpol y sus procedimientos, los triples controles y las políticas inflexibles parecían más lejanos que nunca. Callanach no sabía si sentirse agradecido o disgustado. En aquel momento, no le importaba. Echó a correr.

El garaje formaba parte de un bloque en una calle secundaria de Causewayside. Había al menos una treintena de viviendas, con persianas tan descoloridas y desconchadas que el color original era ya un recuerdo lejano. Los muros de cemento que se iban desintegrando dejaban escombros en la acera y la iluminación de la calle era inexistente. Casi todos los números habían sido despegados y estaban cubiertos de pintadas. Tripp esperaba al final de la calle para recibir la furgoneta de la

Policía Científica, cuya sirena ya se oía mientras intentaba abrirse paso entre el tráfico. Callanach contó los garajes hasta el decimoctavo. Se puso los guantes e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada. Cogió una palanca del maletero del coche y la clavó en el espacio que había entre la puerta y el suelo. Estalló un ruido desgarrador cuando los cables superiores lucharon contra la cerradura y, de repente, la puerta se alzó, ya que el metal estaba demasiado debilitado por la antigüedad y la falta de mantenimiento como para resistir mucho tiempo ante la determinación de Callanach.

Desde la entrada, apuntó con la linterna hacia la oscuridad, deslizándola de derecha a izquierda.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Tripp a gritos desde el fondo de la calle.

Callanach, con los brazos en jarras y la cabeza ladeada, le dio una patada a la palanca, ignorando el dolor que sintió en el dedo gordo del pie y en el tobillo.

—*Merde!* —gritó—. No hay nada. Absolutamente nada.

Tripp abandonó su puesto y fue corriendo a mirar el agujero vacío que era el garaje.

—A lo mejor la Científica encuentra algo —aventuró, pero Callanach pudo deducir por su expresión que ni él mismo lo creía.

—Incluso si encontramos su ADN, y tal vez lo hagamos, ese cabrón no está en nuestra base de datos. Es obsesivo, probablemente lleva años planeándolo todo. Es lo contrario a un violador. El profesor Harris lo entendió todo mal Este hombre no es nada compulsivo. Para él es una cuestión de orgullo no ser ese tipo de persona. —La furgoneta de la Policía Científica se detuvo y el equipo tomó el control, lo que dejó a Callanach y Tripp mirando, impotentes—. Necesito un

cigarrillo. Venga a sentarse conmigo. —Doblaron la esquina mientras los agentes acordonaban la escena. No había pisos frente a los garajes ni bares con salida a la calle lateral; era difícil que alguien pasara por allí de noche, al menos de forma inocente. Era un lugar destinado a negocios de turbias empresas criminales, trabajos menores, robos a personas que no podían permitirse un seguro o un sistema de alarma, tirones a ancianos y discapacitados… Un lugar donde el asesino podía permanecer en el anonimato en compañía de otras personas sin nombre ni rostro. Era perfecto para él.

—Entonces, usó este garaje para cambiar de vehículo y volvió a casa con su propio coche, ¿verdad? —preguntó Tripp.

—Creo que sí —confirmó Callanach.

—Maldita sea, es bueno —masculló Tripp—. La central dice que el garaje pertenece a una mujer que puso el anuncio en un periódico local. El hombre que lo alquiló pagó todo el año en efectivo y lo metió en un sobre que deslizó por debajo de la puerta. Eso fue hace seis meses. Nunca se encontró con él, solo dejó el garaje abierto con la llave dentro y no recuerda nada más que una llamada telefónica. El sobre y el dinero hace tiempo que desaparecieron.

Callanach sacó un cigarrillo del paquete en el bolsillo de su chaqueta y se lo puso en la boca apagado, aspirando para sentir el sabor rancio del tabaco. Su imaginación hizo el resto: inyectó nicotina en la sangre y lo hizo ver cómo exhalaba nubes de humo azuladas. Se sentía culpable por quererlo y patético por hacerlo. ¿Cómo iba a dejar de fumar si ni siquiera podía dejar de fingir?

—¿Qué se me escapa? —preguntó; se apoyó en los codos y volvió el rostro hacia el sol pálido—. Tiene que haber algo en alguna parte. ¿Qué sabemos que él no quiere que sepamos?

—Sabemos cómo consigue los coches, dónde hace el cambio y hasta qué punto logra planificarlo todo. Y también conocemos su aspecto —contestó Tripp.

Callanach pensó que toda esa información era vital, de gran valor y que debería haberlos acercado a él. Pero el asesino siempre iba un paso por delante y sabía qué batallas podía permitirse perder.

—Creo que se lo imagina todo con gran detalle. Conoce al dedillo todos los escenarios posibles. Sabía que podíamos encontrar el garaje, así que pagó en efectivo y nunca se encontró con la dueña. Lo mismo ocurría con los coches. Eran informaciones que sabía que podríamos descubrir, así que nos permitió acceder a ellas. ¿Qué es lo que no planeó?

—Cómo las elige. Es un aspecto subjetivo porque las mujeres deben ser de su gusto, satisfacer sus necesidades.

—Pero no sabemos cómo ni dónde las localizó. Cada pista que tenemos nos la ha puesto él en las manos, prácticamente, salvo el haber sido visto por Astrid, y eso de todos modos nos ha llevado a otro callejón sin salida. Lo único que no pudo controlar fue que el ciclista lo oyera hablar consigo mismo mientras se llevaba a Jayne Magee. —Callanach se acercó a una alcantarilla y dejó caer su cigarrillo arrugado al agua del fondo mientras Tripp hojeaba su libreta.

—Quería ponerlo al corriente de una cosa —murmuró Tripp mientras seguía leyendo—. El club nocturno, The Lane, nunca tuvo a Buxton y Magee entre sus clientes. También hay una tienda en el centro llamada Goodies in The Lane, pero me parece irrelevante. —Tripp pasó un par de páginas.

—¿Qué dijo exactamente el ciclista? Refréscame la memoria —pidió Callanach, dándole patadas a una lata contra la pared como un niño pequeño, para descargar su ira contra el metal y

los ladrillos.

—Algo sobre volver a Lane… —murmuró Tripp, con la voz ahogada por el ruido de la lata golpeando el hormigón.

Callanach dejó de dar patadas y fijó la vista en la pared.

—Repítelo —le ordenó—. Lo que acabas de decir, repite exactamente las mismas palabras.

—Liam Granger le oyó decir algo sobre volver con Lane. —Callanach se volvió hacia Tripp, que le devolvió la mirada—. ¿Seguro que está bien, señor? Su rostro ha adquirido un color extraño.

Callanach se inclinó, con la cabeza casi sobre las rodillas, jadeando como un tren de mercancías, al borde del colapso. Se había saltado varias comidas y echaba de menos el sueño incluso más que la comida. Pero la nicotina fantasma, sacada de las profundidades de su memoria, había obrado su magia.

—No están muertas —susurró—. Tripp, no están muertas.

Tripp le puso una mano en el hombro, suavemente.

—¿Le traigo un vaso de agua, señor? Debería sentarse.

—Escúcheme. El ciclista oyó la palabra *Lane*, pero lo que dijo en realidad fue: «Te voy a llevar con Elaine». Es lo que me ha parecido oírle decir antes cuando no le estaba prestando atención.

—Pero en ese momento el cuerpo de Elaine Buxton ya había aparecido. No podía estar llevando a Jayne Magee con ella.

—Yo creo que sí. Y Jonty Spurr estará de acuerdo conmigo. Suba al coche.

Spurr dejó lo que estaba haciendo y contestó inmediatamente al teléfono.

—Inspector Callanach —saludó—. ¿Hay alguna novedad?

—No —respondió él—, pero hay esperanza. Como suponíamos, los dientes se extrajeron antes de quemar el

cuerpo y, si no recuerdo mal, ninguno estaba unido al hueso de la mandíbula.

—Correcto —confirmó Spurr—. Aunque algunos estaban rotos de una manera compatible con el uso de un bate de béisbol.

—¿Es posible que los dientes y la mandíbula se rompieran con el bate después de la extracción? —preguntó Callanach. Al otro lado de la línea hubo unos segundos de silencio.

—Sí —dijo Spurr.

—Así que nos dio un cuerpo destruido por el fuego hasta el punto de que era imposible recuperar el ADN, abandonado en un lugar donde no sería descubierto demasiado pronto, pero lo bastante intacto como para indicar que los restos pertenecían a una mujer y conseguir una estimación de la edad. Había sangre, pero no en cantidades tales como para suponer que la mató allí…

—Exacto —aprobó Spurr.

—Un bate de béisbol colocado de manera que pareciera escondido, pero lo bastante cerca como para que pudiéramos encontrarlo, y un diente con tejido blando adherido para obtener el ADN. Además, por suerte para nosotros, un trozo de pañuelo que no estaba quemado por los bordes. Dígame, Jonty, ¿cuál de estas pruebas indica que el cuerpo era de Elaine Buxton?

—Todas —respondió Spurr, dudoso—, si estuviéramos tratando con un asesino normal. —En la larga pausa que siguió, el forense cayó la conclusión a la que le había llevado Callanach —. O ninguna, si fuera determinado, además de perfeccionista, preciso y obsesivo; absolutamente decidido a hacernos creer que era Elaine Buxton, asesinando para tal fin a otra mujer que usaría como una especie de cadáver sustituto. Cree que siguen

vivas, ¿verdad?

—Sí —respondió Callanach—, porque esa es la única conclusión que él no quería que sacáramos de ninguna manera.

—Dígame cómo puedo ayudar —fue la respuesta de Spurr.

—Compare sus notas con las de Ailsa Lambert sobre los supuestos restos de Jayne Magee. Esta hipótesis podría explicar por qué los huesos y los dientes del bidón se descompusieron en momentos diferentes, y por qué no había rastro de los dientes superiores. Ha sido su identificación de las marcas dejadas por las herramientas en el esmalte la que ha hecho esto posible. Nunca podré agradecérselo lo suficiente.

—Me basta con que encuentren a la inspectora Turner todavía con vida.

—No es Ava quien me preocupa —dijo Callanach—, si no las identidades de las dos mujeres muertas y el hecho de que necesitará un tercer cadáver para poner en lugar de Ava.

Capítulo 41

Era domingo y hacía día y medio que Ava Turner no pisaba su casa. King había perdido la noción del tiempo, despertándose sobresaltado porque creía que llegaba tarde al trabajo. Agotado como estaba, volvió a dormirse y no había vuelto a abrir los ojos hasta bien entrada la tarde. Estaba demasiado nervioso para comer y la interrupción de su rutina lo molestaba. Peor aún, había intentado llamar varias veces a la comadreja del concesionario sin éxito porque la línea estaba ocupada o porque no le cogía la llamada y le saltaba el contestador. Encima, no podía llamarlo desde su móvil, así que se veía obligado a utilizar un teléfono público diferente cada vez. Al final, tuvo que conformarse con cambiar la matrícula de su coche y añadir unas pegatinas repugnantes en los laterales. Era lo mejor que había podido hacer para disfrazarlo con lo que tenía a su disposición. Desde el principio sabía que no podría contar con la comadreja durante mucho tiempo. En una hora, al anochecer, estaría de camino a Dundee. Necesitaba un favor de una chica.

King fue a darles de comer a sus damas antes de marcharse. En la habitación reinaba un silencio antinatural, como si al entrar hubiera interrumpido un aquelarre de brujas. Todas clavaron sus ojos tensos y suspicaces en él cuando entró en la

habitación.

—¡Bu! —gritó de repente, provocando un chillido de terror de Elaine, que estaba debajo de la cama, temblando, rodeada de cojines y mantas. Soltó una carcajada tan profunda que lo hizo sentirse tan bien que se preguntó por qué no había ido a verlas antes.

—Jayne, tu pobre lengua, me había olvidado… —dijo, y le quitó el clip con un chasquido. Ella retrocedió, aplastando la almohada que tenía detrás, con la boca bien cerrada. King imaginó que no volvería a abrirla en su presencia—. Veo que la inspectora Turner ha aprendido a controlar su mal genio. Y espero que Elaine salga de vez en cuando de su cueva para traeros el orinal. —Se sentó junto a Ava y le acarició el pelo, esperando que se apartara, pero no lo hizo—. Tienes una piel preciosa. Y la hinchazón ya ha bajado. Esta noche, cuando pase la parte desagradable, te daré un baño. Te he traído ropa limpia, de calidad.

—Gracias —contestó Ava—. ¿Qué va a pasar esta noche?

—Te arrancará los dientes —murmuró Jayne. Con la lengua hinchada era difícil entenderla. King apretó los labios e hizo un ruido de desaprobación.

—Muy mal, no queremos asustar a nuestra nueva invitada, se está adaptando muy bien.

—Así fue como convenciste a los forenses de sus identidades —murmuró Ava—. Muy inteligente.

—¿De verdad lo crees, Ava? ¿Cómo es esa frase…? «La alabanza sincera suele obtenerla el hombre modesto; pero la alabanza falsa es privilegio solo del hombre poderoso». Siempre he deseado ser un hombre poderoso. Al parecer, por fin he conseguido uno de mis objetivos.

—Séneca, consejero del emperador Nerón. No necesitas

mostrarnos lo poderoso que eres. ¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Ava; se agachó y estiró los dedos de sus manos, aún atadas.

—¿Has leído a Séneca? —preguntó.

—Un poco —respondió ella—. No has respondido a mi pregunta.

—No hay una respuesta. Lo hice porque llegó un momento en el que ya no podía resistirme.

—Pero ¿por qué Elaine? —insistió ella. Él le colocó las mantas, como si fuera una amable enfermera, y luego cogió un cepillo de una estantería y comenzó a cepillarle el pelo.

—Era brillante, decidida, metódica. Eso era lo que más me gustaba de ella. Lograba dominar al público como nunca he visto hacer a nadie más. Asistí a varios seminarios impartidos por ella. Se trataba de habilidades adquiridas tras muchos años en los tribunales, supongo. Al final, se habría convertido en jueza.

—Querías a alguien de quien pudieras estar orgulloso —comentó Ava.

—Exactamente. Orgulloso. Es un cumplido. Las otras dos no lo han entendido. Cuando te vi en la conferencia en el Departamento de Filosofía, inmediatamente sentí que congeniaríamos.

—Entonces, ¿por qué no te acercaste a mí ni me invitaste a cenar ni hablaste conmigo? ¿Era tan difícil?

—¿Habrías aceptado? —preguntó él, entrecerrando los ojos, convencido de que le iba a mentir.

—No —reconoció Ava—, pero te habría respetado por preguntar. Es difícil respetarte cuando estoy atada a una cama.

—No será por mucho tiempo —dijo él—. Eres una mujer que da más importancia a la mente que al cuerpo, capaz de analizar

y comprender. Podrás ver el mundo desde una nueva perspectiva.

—Quieres decir desde tu perspectiva —masculló Ava—. ¿Y qué pasa si no estoy de acuerdo?

—Aquí todos los puntos de vista tienen el mismo valor —respondió él—. Nos escucharemos los unos a los otros y compartiremos lo que hemos aprendido.

—¿A través del miedo? Nadie aprende así. Eso se llama condicionamiento.

—El miedo solo aparecerá si es necesario un castigo, y este será consecuencia únicamente de un comportamiento indebido. Sin uno, no habrá necesidad del otro.

—Tú eres quien pone las reglas —replicó Ava.

—Así es. —Le besó la mano y volvió a dejar el cepillo en la estantería.

—Entonces, no somos todos iguales. Si nosotras no podemos contribuir a las normas, esto no va a funcionar.

—Tengo que irme —anunció King—, pero he disfrutado mucho de esta charla.

—Libéranos —pidió Ava con calma—. Elaine está a punto de colapsar. Hace horas que no sale de debajo de la cama. Incluso ha dormido ahí. Jayne tiene úlceras de decúbito y sus muñecas llevan esposadas demasiado tiempo.

—La culpa es solo suya —soltó él—. No esperes compasión.

—Creía que eras nuestro protector —dijo Ava—. ¿A quién más podemos recurrir?

—Eres una pitonisa muy inteligente. No va a funcionar —sonrió.

—Carl Sandburg escribió: «La mayor astucia es no tener ninguna». ¿Detrás de qué te escondes cuando solo te estamos diciendo la verdad? —preguntó Ava. King se fue sin contestar.

Capítulo 42

Los detectives Salter y Tripp estaban en el despacho de Callanach, rodeados de papeles.

—Entonces, ¿estás diciendo que esas mujeres siguen vivas, pero que él les extrajo los dientes? —recapituló Salter—. ¿Sigue Hand bajo custodia?

—Sí —le respondió Tripp—, pero solo por habernos proporcionado información falsa y por las imágenes obscenas encontradas en su ordenador. El sargento Lively se está ocupando de ello. El comisario Begbie está a punto de anunciar la reducción de los cargos contra Hand en una rueda de prensa. El profesor Harris está dentro con él. Les he dicho que usted todavía estaba en Causewayside.

—Bien —aprobó Callanach—. Eso debería darnos algo de tiempo. Hay que pedir a Harris que devuelva los expedientes de las personas desaparecidas sin hacerle saber lo que ocurre y evitando que interfiera. Salter, ¿puede encargarse? —En respuesta, salió decidida de la habitación—. Mantenga una unidad de vigilancia en el garaje, Tripp. Aún podría volver allí. Pídale a Salter que me traiga esos expedientes al coche. Los leeré en casa. Entender quiénes son las mujeres muertas es la única manera de atraparlo y necesito un poco de paz y tranquilidad. Quédese aquí y mantenga a todos los demás

alejados de mí. ¿De acuerdo?

Tripp asintió.

—Señor —dijo—. Ha hecho un buen trabajo.

—Todavía no —respondió Callanach—. Pero seguimos teniendo esperanza.

Cuando regresó a casa el sol se estaba poniendo. Todos los telediarios informarían de la puesta en libertad bajo fianza de Hand y de la reducción de los cargos de asesinato a obstrucción a la justicia. Pero los titulares de primera plana hablarían sobre la incompetencia de la policía y el fantasma de un asesino que seguía actuando impunemente. Pensó que se lo merecían.

Callanach empezó a sentir el peso de aquella jornada, en la que a cada paso adelante le seguían varios pasos atrás. Progreso, fracaso, revelación, frustración. Y en medio de todo eso había estado Astrid. Verla había sido lo último que había esperado, pero extrañamente no había pensado en ella en toda la tarde.

Solo, en la oscuridad, mientras conducía, volvió a verla en la celda de la comisaría de Lyon. Podía oír a su abogado diciéndole que se declarara culpable porque así el juez tendría en cuenta que no había obligado a Astrid a pasar por el trauma de declarar. Un acuerdo con la Fiscalía significaba una reducción sustancial de la pena de cárcel. El hecho de que fuera un agente de la Interpol habría sido un factor agravante en la sentencia. Había considerado la oferta, una falsa admisión de culpabilidad para minimizar su tiempo en prisión, con la esperanza de que lo enviaran a un ala segura de la cárcel. Sabía qué tratamiento lo esperaba una vez dentro. Entonces, veinticuatro horas antes de la apertura del caso, sin previo aviso, Astrid había anunciado que no iba a aportar ninguna prueba. Parecía una broma de mal gusto. En ese momento, lo

único que se le había ocurrido había sido alejarse lo más posible, y rápido. Las caras de sus colegas siempre tendrían la máscara de la primera reacción a su detención. Conmiseración, complacencia, incredulidad, horror. Tras meses de libertad condicional —toque de queda de seis de la tarde a nueve de la mañana, entrega del pasaporte, prohibición de salir de Lyon y de entrar en las oficinas de la Interpol—, se sintió como si ya hubiera cumplido una condena.

Su madre había hecho todo lo posible por permanecer cerca de él al principio, pero a medida que le iban llegando los detalles del caso, se distanciaba cada vez más. Era la única relación que creía que no podía debilitarse. Ella había permanecido inquebrantable en los primeros días tras la muerte de su padre, cuando él había superado la rabia que sentía por su pérdida. Ni siquiera su comportamiento en la universidad y la turbulenta transición a la edad adulta habían hecho tambalear la fe de su madre en que acabaría siendo un hombre de provecho. Pero después de que él demostrara que todos estaban equivocados, después de que tomara las riendas de su vida y emprendiera una carrera en la que solo pretendía hacer el bien, ella lo había abandonado cuando más la necesitaba. Fue la pérdida más dolorosa que había sentido nunca. Lo más cerca que estuvo su madre de dar una explicación fue un mensaje de voz entrecortado en el que decía que ya no soportaba ver cómo se autodestruía, que cada vez que pensaba que había cambiado, llegaba otro golpe. Era como si finalmente le faltaran las fuerzas para quererlo.

El problema era que lo habían absuelto de los cargos por un tecnicismo. Astrid no había admitido haber mentido. La verdad nunca había salido a la luz. Y en ese momento volvía a enfrentarse a los mismos demonios que había intentado dejar

atrás. Astrid Borde había puesto en peligro a vida de Ava y había desperdiciado la oportunidad de atrapar a un asesino por su obsesión con él. Volvía a estar como al principio.

Miró hacia el asiento del copiloto. Era el mismo montón de papeles que iba a leer antes de que el comisario se los entregara al profesor Harris. En aquel momento, le pareció bien que hubiera algo que mantuviera ocupado al profesor en lo que entonces le parecía una tarea de importancia secundaria. En ese instante sufrían las consecuencias. Estaban revisando de nuevo los casos sin resolver, avanzando a ciegas, dando rodeos sin llegar a ninguna parte. No había hecho ningún progreso y su amiga y colega estaba en manos de un psicópata. Dos mujeres estaban muertas y seguramente habría más víctimas hasta que lo atraparan.

Estaba seguro de que Ava seguía en Edimburgo. No sabía si Elaine Buxton y Jayne Magee estaban con ella y no podía imaginar lo que habían sufrido. La única certeza era que había otra víctima esperando a ser salvada. Una mujer que no tenía ni idea de lo que estaba a punto de ocurrir y que no había hecho nada para merecer su destino.

De regreso en casa, Callanach se dio una ducha e intentó calmarse antes de empezar a leer. En el armario que había junto al lavabo estaban guardadas un montón de toallas, encima de las cuales había un pisapapeles, un llavero con un globo terráqueo y una tablilla con una oración infantil. Si alguien los hubiera encontrado, lo habrían acusado de coleccionar trofeos; era innegable que era culpable de hurto. Pero sostener aquellos objetos y sentir la presencia de las manos de quienes los habían poseído lo habían ayudado a mantenerlas con vida en su cabeza. Sabía que lo más probable era que estuvieran vivas y se preguntaba qué haría con aquel

botín de tesoros secretos.

Fue a su escritorio y ordenó en fila los expedientes de las personas desaparecidas. Las vidas de más de cien mujeres, alejadas de sus seres queridos, habían quedado reducidas a escuetos resúmenes. Algunas habían huido. Sospechaba que la mayoría. Había indicios de drogadicción, de alcoholismo, de parejas violentas y de enfermedades mentales. Muchas habían cogido una tarjeta de crédito o algo de ropa o una fotografía a la que le tenían cariño. No era mucho, pero lo suficiente para sugerir que, dondequiera que estuvieran, se habían marchado por decisión propia. Solo el timbre de la puerta lo distrajo del letargo que le había provocado leer todas esas historias tan parecidas y deprimentes.

En la puerta estaba Natasha. Si se la hubiera encontrado en la calle en ese estado, no la habría reconocido.

—Lo siento, Luc. No podía seguir sentada en casa esperando noticias —sollozó.

—Entra —pidió él—. Te traeré algo de beber, luego llamaré a un agente para que te lleve a casa. Eres una testigo y yo todavía estoy en plena investigación.

—¿Estás trabajando? —preguntó ella, mirando fijamente los papeles esparcidos sobre el escritorio—. ¿Puedo ayudarte?

—No —sonrió—. Pero si te apetece cocinar… Te pido disculpas por la implicación sexista de ese comentario.

—Me encanta cocinar. No me mandes a casa. No quiero volver a poner un pie en esa calle.

—No te culpo —aceptó él—. Hay huevos y salmón, y creo que también espárragos y queso *brie*.

—Haz como si no estuviera —dijo—. Necesito mantenerme ocupada. Prometo no molestarte. —Se fue a la cocina y Callanach reanudó la lectura de los expedientes donde la había

dejado.

Dos adolescentes de las Highlands, grandes amigas, al parecer habían hecho las maletas y habían desaparecido. El padre de una de ellas había hecho una declaración hablando de su hija en pasado, como si estuviera recitando un discurso fúnebre, lleno de autoglorificación sobre la extraordinaria relación que tenía con ella. Callanach tuvo la escalofriante sensación de que las chicas llevaban muertas mucho tiempo, que no estaban divirtiéndose con sus novios secretos en una ciudad lejana, pero no estaban dentro del grupo de edad de Elaine y Jayne. Apartó el expediente para solicitar comprobaciones adicionales.

El siguiente expediente era de una tal Grace Smith, de Glasgow. La denuncia de su desaparición había sido firmada por un hombre con apellido de Europa del Este que afirmaba ser su socio comercial. A Callanach le pareció un eufemismo interesante. Las numerosas condenas anteriores por prostitución, junto con la calle en la que había desaparecido la mujer, bastaban para sugerir que la denuncia había sido hecha por su proxeneta. Para ir a pedir ayuda a la policía tenía que estar sin blanca o acostándose con ella. Natasha salió de la cocina con dos platos; en uno había una tortilla y en el otro una ensalada.

—Ya está. ¿Cuándo comiste por última vez? —preguntó.

—No me acuerdo —respondió él.

Mientras comía, echó un vistazo a la denuncia, leyendo el relato de la última vez que el proxeneta había visto a su prostituta. Quizá fuera un paripé. A veces, cuando un proxeneta no recibía todo el dinero que esperaba tras una noche de trabajo, se ponía violento. No sería el primero ni el último que después de matar a la chica de un puñetazo mal

dado intentaba encubrir el crimen denunciando su desaparición. Sin embargo, había detalles interesantes en su declaración. Una luz del habitáculo rota, la chica estaba nerviosa, el chulo había pedido que le pagaran por adelantado… Callanach pensó que era todo muy extraño. Estaba admitiendo que era proxeneta. No eran las acciones de un hombre contando una historia inventada. Aparte de la descripción de un olor rancio y a limón procedente del interior del vehículo, el proxeneta había dado pocos detalles sobre el cliente. Hombre y blanco, era todo lo que se había podido obtener de su declaración. Tampoco estaban la marca ni el modelo del coche y Grace no llevaba el móvil con ella.

—Quizá aprovechó la oportunidad para escapar en busca de una vida mejor —murmuró.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó Natasha.

—Hablaba solo —respondió él, sin dejar de leer—. Debe de ser contagioso.

—Dicen que es la primera señal de locura —bromeó ella.

—Olor a limón —murmuró él.

—¿A limón? —se hizo eco Natasha mientras rellenaba su copa de vino.

Callanach se levantó y corrió hacia otro montón de carpetas apiladas en un sillón. Tiró las dos primeras al suelo, pero cogió la tercera, deslizando el dedo por el índice.

—Aquí está, Isabel Yale —anunció.

Natasha había abandonado su tortilla y se había girado para mirarlo.

—¿Quién es? —preguntó.

—La testigo que vio a un hombre con una maleta con ruedas alejarse de la calle de Jayne Magee. —Leyó rápidamente la declaración, pasó las páginas y finalmente deslizó el dedo

índice por debajo de una línea—. Natasha, ¿a qué huele la naftalina?

—Tiene un olor ácido, supongo. Es un poco desagradable, nauseabundo. Cítrico podría ser un adjetivo más amable.

—Grace Smith —murmuró Callanach para sí mismo—. La franja de edad adecuada, presa fácil. Rompió la luz deliberadamente.

Natasha había empezado a recoger los expedientes descartados y a volver a colocarlos en el sillón para no pisarlos al ir a la cocina.

—Odio ese olor —comentó—. Me recuerda al administrativo de mi departamento. ¿Lo conociste en la conferencia de Ava?

Capítulo 43

Había sido un viaje desastroso y Reginald King estaba fuera de sí. Dundee le había parecido una elección fácil: estaba lo bastante cerca y nunca había estado allí antes, así que no se arriesgaba a ser reconocido por algún chulo con ojos de lince que buscara nuevos clientes habituales para sus chicas.

Había encontrado a la prostituta, iluminada por su cigarrillo mientras, con fines publicitarios, ensuciaba una acera con su presencia, vestida con una chaqueta de piel sintética con la capucha calada sobre la cara, medias de red y una falda invisible. No había podido verle bien la cara porque estaba demasiado lejos, pero por la curvatura de su espalda y sus hombros caídos, había deducido tenía bastante experiencia. Al menos la altura era correcta.

Él había bajado la ventanilla y ella le había gritado.

—¡¿Qué quieres?!

Odiaba esa parte, las obscenidades, la negociación.

—Sexo normal —había respondido—. Será rápido.

—Y tanto que será rápido —había dicho ella—. Enséñame la pasta.

Él había sacado los billetes por la ventanilla. Pensó que serían los últimos que vería en su vida. La chica se había tambaleado borracha hasta su coche, había abierto la puerta de golpe y se

había desplomado en el asiento.

—Ten cuidado —había siseado él—. No me ensucies el coche. —Estaba de mal humor porque se había visto obligado a utilizar su propio coche. La chica olía a licor barato y a orina. Tenía las manos llenas de costras. Quemaduras de cigarrillo, sin duda. Probablemente le estaba haciendo un favor. Al menos, quienquiera que abusara de ella se vería privado de su pasatiempo. Ella había arrastrado sus pequeñas manos como arañas repugnantes hasta su regazo y había jugueteado con la cremallera, balanceándose y despotricando—. Suéltame —le había ordenado, incapaz de continuar aquella farsa debido al hedor tan intenso que desprendía la chica. Fue entonces cuando vio su rostro. Tenía la mirada de una anciana, los ojos hundidos, sin vida, como si él ya hubiera completado su tarea. El resto pertenecía a una niña. Estaba maquillada como una muñeca de un *sex-shop,* de forma grotesca, con las pestañas postizas cayendo sobre una mejilla en un lado y demasiado levantadas en el otro, y la piel completamente desprovista de arrugas. No tenía más de catorce años. En ese momento, había vomitado—. ¡No! —había gritado King, dándole un puñetazo sin pensarlo, para alejar su cabeza lo más posible. Cuando ella se había estrellado contra la ventanilla, él se había dado cuenta de que podía prescindir del cloroformo. Parecía como si un animal hubiera irrumpido en el asiento, que estaba cubierto del contenido viscoso y goteante de su estómago y de la sangre que le chorreaba por la nariz. Brotaba a borbotones, y sin embargo ella aún no había recuperado el conocimiento. Aunque no tuviera la edad adecuada, no podía dejarla marchar. Había visto demasiado. Y tenía que pagar por los daños de su coche.

King se reprendió a sí mismo. No mataba por razones triviales ni por ira ni por venganza. Mataba solo para liberar a

las mujeres de su vida, para darles la coartada suprema y definitiva. La chica tenía que morir. Incluiría su asesinato en el plan, lo utilizaría para profundizar en su trabajo. Por otro lado, Ava Turner aún no había experimentado su autoridad de primera mano.

Pero, ante todo, tenía que transportar lo que quedaba de una chica a la que seguramente nadie echaría de menos. King la enderezó en el asiento, le levantó la capucha para dar la impresión de que estaba dormida e intentó limpiar la suciedad de la ventanilla. En cuanto llegara a casa y a su garaje, podría limpiarlo todo bien en privado. Por primera vez, se alegró de no haber podido alquilar un coche. Normalmente, cuando recogía a las prostitutas o se deshacía de sus cuerpos, dejaba su coche en el garaje de Causewayside y cogía el de alquiler, pero con todos esos fluidos corporales no habría sido práctico. Le habría llevado al menos dos días devolver el coche a unos estándares aceptables. Y eso significaba que dispondría de dos días menos con sus mujeres. En ese momento, le pareció una razón suficiente para matar a la chica. Una hora más tarde estaba en casa. Eran las once de la noche.

Capítulo 41

Callanach estaba al teléfono con la central mientras Natasha hablaba con la seguridad de la universidad para conseguir los números de los miembros del personal. Terminaron sus respectivas llamadas y se pusieron al día con las notas en la mano.

—Reginald Andrew King —dijo Callanach—. Nacionalidad escocesa, cincuenta y tres años, sin antecedentes penales, ni siquiera una simple multa por exceso de velocidad. ¿Está casado?

—No —respondió Natasha—. No tiene pareja ni hijos, que yo sepa. Pero he encontrado algo. Jayne Magee dio una conferencia en la Facultad de Teología hace ocho meses. Me lo acaba de confirmar el director del departamento. Recuerdo que King habló mucho de ello al día siguiente. En aquel momento no presté mucha atención a quién había dado la conferencia.

—¿Y Elaine? —preguntó Callanach; cogió sus zapatillas y se las ató con nerviosismo.

—Organizó un seminario para estudiantes en la Facultad de Derecho de Edimburgo hace poco más de un año. No hacía falta invitación, así que King pudo haber asistido —contestó Natasha.

—Bonitas coincidencias. Las tres. —Callanach cogió las llaves del coche que estaban sobre la mesa—. ¿Tienes su dirección? —

preguntó.

—Voy contigo.

—No, tú te quedas aquí, Natasha. Puede que no sea él.

—Pide refuerzos —insistió ella.

—Todavía no. He llegado a esta conclusión saltando de una corazonada a otra. Quizás es solo lo que quiero creer. El comisario Begbie está en medio de una tormenta de mierda mediática. Acabamos de soltar a un hombre que había confesado los asesinatos. No hay pruebas forenses ni testimonios que vinculen a King con los crímenes. En términos legales, ni siquiera puedo justificar un registro de su propiedad. Si involucro a las otras unidades y manejan mal la situación, terminaremos por asustarlo, arriesgándonos a no encontrar nunca más a esas mujeres. Y quizá tampoco podamos encontrar a Ava.

—Mide un metro setenta, tiene la piel clara, barriga y se hace llamar doctor King como si fuera el hombre más importante del mundo. Tuvo acceso a mi despacho e intentó presentarse a Ava la tarde de la conferencia. ¿Qué más necesitas? —preguntó—. Si le abre a alguien voluntariamente, será a mí.

—No voy a correr ese riesgo —respondió él.

—¿Crees que te invitará a entrar? —preguntó Natasha, incrédula.

Callanach le sostuvo la puerta abierta y después la cerró con llave. Bajaron corriendo las escaleras, recorrieron el pasillo y se adentraron en la noche.

—Mi coche está ahí —anunció Callanach, señalándolo, y arrancó el motor antes incluso de cerrar la puerta—. Vamos a echar un vistazo antes de hacerlo oficial, ¿vale? Nada de heroísmos —insistió antes de adentrarse en el tráfico. —Natasha introdujo la dirección en el navegador—. ¿A qué

distancia está de Ravelston Park? —le preguntó Callanach.

—A unos diez minutos, más o menos, si no te quedas atascado en el tráfico.

—O quizá doce —reflexionó él—. Puede que exactamente doce minutos en el coche, si mantienes el límite de velocidad y paras en los semáforos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Natasha, poniendo el teléfono en silencio.

—Eso es lo que dijo el secuestrador de Jayne Magee mientras la arrastraba dentro de una maleta con ruedas. «Te llevaré a casa con Elaine, llegaremos en doce minutos». Es un planificador obsesivo y puntual. ¿Alguna vez has escuchado al doctor King hablar solo?

Natasha lo miró con los ojos muy abiertos.

—Acelera, Luc —pidió—. Más rápido.

Capítulo 45

Al acercarse a la casa y girar en el camino de entrada, King abrió la puerta del garaje con un mando a distancia y esta se levantó en silencio. Tenía mucho cuidado de mantenerla bien engrasada. Condujo unos metros en la oscuridad y cerró. Para las luces del interior del garaje tuvo que salir del coche y encenderlas manualmente. En el pasado había tenido un sistema automático, pero lo desactivó cuando su vida se complicó. No tenía sentido llamar la atención de vecinos entrometidos.

Bajó del coche en la oscuridad y estaba buscando a tientas el interruptor de la pared cuando la joven intentó escapar por la única puerta que había en el garaje. La que conducía a su casa meticulosamente sellada y cerrada con llave. Creía que seguía inconsciente. Al parecer, su instinto de supervivencia la había despertado. No la había atado, no quería parar el coche con ella en ese estado, seguro de que estaría fuera de combate durante varias horas; era más: dudaba de que se despertara nunca, dada la ferocidad con la que se había visto obligado a tratarla.

King encendió la luz y sacó un martillo del soporte para herramientas que había en la pared. Pensó que ese despertar había sido realmente providencial. Por lo menos no tendría que arrastrarla dentro de la casa. Desde luego, no temía que

pudiera escapar. Se quitó los zapatos y la siguió.

—No te haré daño —dijo con voz melosa, encendiendo las luces a su paso, revisando todos los rincones y armarios—. Son solo negocios. Me disculpo por golpearte, ha sido un error. Sal, déjame limpiarte la cara. —No obtuvo ninguna respuesta, aunque tampoco la esperaba. Ella, por su parte, había previsto que él dijera exactamente esas cosas, y siempre era una ventaja comportarse según las expectativas de los demás. Te daba más oportunidades de sorprenderlos. Una puerta crujió en el pasillo, un sonido que solo podía proceder de un lugar. Había entrado en el armario que había bajo la escalera. Era la única puerta que nunca había engrasado. Quería saber si alguien entraba allí o si inesperadamente salía alguien. Empuñando el martillo, fue en busca de la chica— . ¿Tienes miedo? —preguntó mientras avanzaba. El hombrecillo que se había inclinado ante Natasha Forge durante tanto tiempo había desaparecido. Casi no reconoció su propia voz, tan segura, llena de una despreocupación que podía asimilar sin analizarla. La mano que había escrito tantas notas, que las había roto y había reescrito innumerables veces por miedo a que no estuvieran a la altura de los perfeccionistas estándares de Natasha, no temblaba mientras empuñaba un arma. Por primera vez, sus pies estaban felizmente descalzos, libres de sus brillantes zapatos; sintió la madera del suelo y clavó los dedos en ella, sin hacer ruido. Y se hizo el silencio. Ya no hablaba solo. Sabía que no volvería a ocurrir. El nerviosismo, la necesidad desesperada de impresionar, de ser querido y apreciado, habían desaparecido como los excrementos por el desagüe. Por fin era él mismo. Era lo que Reginald King estaba destinado a ser. Sin títulos, sin certificados, sin pretensiones. Solo eso.

Apoyando una mano firme sobre el picaporte, levantó el

martillo con la otra. Hizo una serie de respiraciones profundas, embriagándose con el flujo de oxígeno, y abrió la puerta de par en par. No estaba allí. Empezó a darse la vuelta para marcharse cuando un cuchillo le corto el brazo, continuando por el pecho hasta acabar en la parte trasera de un hombro. King apretó el martillo, se giró y asestó un golpe; se sacó el cuchillo de la espalda y lo lanzó volando hacia el pasillo. Se acercó a la chica, siguió golpeándola con el martillo y le dio de lleno; vio cómo la sangre salpicaba y estropeaba el papel pintado, la alfombra, el techo. Era precioso.

—¡Ven aquí, putita! —gritó. El martillo la había hecho perder el equilibrio, pero ya estaba volviendo a la carga: apuntaba de nuevo con el cuchillo y aullaba con un dolor y una furia que reflejaban los suyos propios—. ¿Quieres derramamiento de sangre? —gruñó—. ¿Quieres pintar mi casa de rojo? Pues adelante. —Avanzó hacia la chica, lanzando golpes a diestro y siniestro. Ella se agachó, luego cayó y se arrastró lateralmente sobre manos y pies como un cangrejo demente. Finalmente se detuvo, con la espalda apoyada en la puerta principal, jadeando como la perra que era. Como una bestia sarnosa con rabia—. ¡Levántate! —exclamó, sosteniendo el martillo delante de su cara mientras se exploraba el corte horizontal que tenía en la espalda con la otra mano. Debería dolerle más, y probablemente lo haría a la mañana siguiente, pero el corte no era peligrosamente profundo y la verdad era que el dolor le resultaba vivificante. Era bueno sentir algo distinto de la vergüenza, el rechazo o la certeza de ser un eterno segundón—. Debiste apuñalarme, no cortarme. Si me hubieras perforado el pulmón, habría muerto. Menuda imbécil. —Caminó hacia atrás, cogió el cuchillo que ella le había robado de la cocina y se lo metió en los pantalones—. Levántate —le dijo. Ella no se movió,

las lágrimas dejaban un rastro en la sangre que le manchaba la cara—. Eso significa que te ayudaré yo. —Avanzó hacia ella; la agarró del pelo y tiró, arrastrando el resto del cuerpo. Ella chilló —. ¿No te gusta así? No pasa nada. No tiene por qué gustarte. Solo tienes que moverte.

King sostuvo el martillo delante de sus ojos para que no le quedara ninguna duda de lo que ocurriría si volvía a atacarlo. La arrastró al armario que había bajo las escaleras. Era un espacio estrecho para dos personas, pero a él no le importaba que ella estuviera ensuciando las paredes. De todos modos, había que volver a pintar la casa. Incapaz de abandonar ni a la chica ni el martillo, abrió de una patada la puerta del fondo, dejando al descubierto las escaleras que conducían al sótano.

—Por favor, no me hagas daño, solo tengo catorce años. Mi madre me obliga a hacer la calle, te pagará si me llevas de vuelta. Tenía miedo, no quería hacerte daño con el cuchillo. Por favor, no, por favor. —No dejaba de lloriquear. King sintió cómo le ardía el corte mientras la arrastraba por las escaleras del sótano. Se sentía inmortal.

Al llegar al final, la arrojó contra la pared, sacó la llave del bolsillo y abrió la puerta que había en el revestimiento de madera.

—No —dijo ella—. No pienso subir. ¿Qué hay? ¿Qué me vas a hacer?

«Perro ladrador, poco mordedor», pensó King. Estaba triste teniendo en cuenta lo increíble que había estado antes. Había que tener agallas para atacarlo en lugar de esconderse.

—Debes de haber tenido una vida terrible —le dijo—. Tu propia madre te obliga a prostituirte. ¿Te da drogas para hacerlo más llevadero? —Ella asintió—. ¿Y no vas al colegio? —La chica negó con la cabeza—. Entonces, ¿para qué sirves? —

preguntó. Su rostro mostró confusión, luego ira y después miedo de nuevo—. ¿Para qué te necesito? Eres una persona inútil, salvo para la bruja de tu madre.

—No quiero morir —dijo ella llorando.

—Es natural. —King arqueó las cejas—. Nadie quiere morir. —Volvió a agarrarla por el pelo, dejó que la pesada puerta se cerrara tras él y la arrastró, dando un golpe tras otro, escaleras arriba.

Después de abrir la última puerta, con cuidado de que no hubiera sorpresas inoportunas esperándolo detrás, la empujó al interior de la habitación.

—¿Qué le has hecho a esa chica? —preguntó Jayne, consternada.

—No empieces —respondió King, y lanzó el martillo sobre la cama de Ava, evitando el área donde ella podría atraparlo con los pies—. ¿Dónde está Elaine?

—Debajo de mi cama —respondió Jayne. King vio una temblorosa madeja de sábanas apoyada en la pared del fondo, bajo el cabecero.

—Deja de hacerle daño a esa chica —pidió Ava con calma—. Es solo una niña. No me importa que comparta la cama conmigo, cuidaremos de ella.

—¿Sabes lo que es? —preguntó King, subiendo el volumen de la música clásica que había puesto.

—Una niña vulnerable, inocente, que está aterrorizada. Eso es lo que es. Déjala en paz. —Ava se esforzó por aflojar las ataduras de sus muñecas.

—Es un despojo humano. Esta chica es la prueba viviente de lo que ocurre cuando los malos genes se juntan con la pobreza y la falta de voluntad para educarse o trabajar en uno mismo para salir de la miseria. ¿Ves lo que me ha hecho? —Levantó el

brazo y se inclinó para mostrarle el corte. Ella no se inmutó.

—Se estaba protegiendo a sí misma —replicó—. Es la naturaleza humana. ¿Qué le has hecho?

—Le he roto la nariz, probablemente le he reventado un tímpano, sin duda le he causado una conmoción cerebral y le he irritado el cuero cabelludo. La traje para ti, pero no sirve. Y he acabado con un corte que necesitaba puntos, un coche que limpiar y un pasillo que pintar. Por no hablar del exceso de invitadas. Al menos sobran dos. Me parece que he creado una especie de harén —se rio. La chica empezó a arrastrarse hacia la puerta. King le dio una patada en las costillas sin romper el contacto visual con Ava—. ¿Te caigo bien, inspectora Turner? No, eso es imposible, qué pregunta más estúpida. Probemos esto: ¿te parezco gracioso?

—No pienso jugar a esto —respondió ella, concentrándose en la niña que se estaba retorciendo, intentando respirar.

—Sí que lo vas a hacer. No tengo intención de justificarme ni de persuadirte. No tienes elección. ¿Qué se siente? —preguntó mientras le pasaba una mano por la cara, dejando vetas rojas en su piel clara. No sabía si la sangre era suya o de la chica. Le gustaba cómo lo miraba Ava, ferozmente, como un animal herido.

King cogió una cuerda y empezó a atarla alrededor de los pies de la chica.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó—. La última que tuve aquí se llamaba Grace. Por favor, dime que tu madre te ha puesto un nombre más apropiado.

—Billie —respondió ella—. ¿Por qué estás haciendo esto? Para. ¿Puedo ir con esa señora? Me portaré bien. Te dejaré hacer lo que quieras. Ya no me opondré.

King lanzó la cuerda a una viga del techo, dio un paso atrás y

empezó a tirar. Era muy ligera. Probablemente consumía más drogas que comida. O a lo mejor era más fuerte de lo que creía. El ardor de la herida había desaparecido. Saboreó el dolor sordo de los músculos y se preguntó por qué durante tantos años había tenido miedo del ejercicio físico. Al fin y al cabo, solo se trataba de encontrar la actividad adecuada.

Billie intentó agarrarse a algo en un intento desesperado por mantenerse en el suelo, pero King era imparable. La izó, la arrastró y tiró de ella hasta que estuvo donde quería, con los pies a dos metros del suelo, con la cabeza gacha, meciéndose mientras luchaba, con sus lágrimas cayendo al suelo formando un embarazoso charco de desesperación.

—Tengo un problema desde hace un tiempo, inspectora Turner, pero se me acaba de ocurrir una forma de resolverlo. Me preguntaba si deshacerme de Jayne la Devota o de Elaine la Loca. Las oraciones incesantes me molestan, pero al menos la reverenda está lúcida. Elaine, por otro lado, me resulta útil porque sigue órdenes sencillas con un mínimo gasto de palabras, pero nunca recuperará sus facultades mentales. Carece de resistencia natural. La elección me ha tenido muy ocupado, pero de repente ya no es necesaria. —Cogió el cuchillo de cocina y se acercó a Ava, le cortó las bridas de las muñecas y retrocedió rápidamente—. Coge el martillo —ordenó—. Y si se te pasa por la cabeza la idea de hacerme daño, debes saber que la chica morirá si lo intentas. —Volvió junto a Billie y sostuvo el cuchillo contra su cuello expuesto, presionando la punta de la hoja lo justo para hacer brotar una gota de sangre—. Tú eliges, Ava. ¿Quién está destinada a abandonarnos? Debería bastar con un solo golpe. Apunta bien para minimizar el dolor. Si tienes agallas, puedes salvar la vida de la chica. Tienes cinco minutos. Si no matas a una de ellas, degollaré a la pequeña

Billie como si fuese un cerdo. Por cierto, tiene catorce años. Es demasiado joven para morir, estoy seguro de que estará de acuerdo. Solo recuerda que me importa una mierda a quién elijas. Alguien tiene que morir.

Capítulo 46

Callanach aparcó un par de casas antes de la dirección de King. Él y Natasha abrieron y cerraron las puertas en silencio, y luego se detuvieron a observar la casa desde la entrada oculta tras los arbustos.

—Es una mansión muy respetable para un administrativo de la universidad—comentó Callanach.

—Lo heredó de sus padres. Créeme, lo sé todo. Una vez me invitó a tomar café, pero le puse una excusa.

—Voy a llamar a uno de mis agentes para pedirle que nos mande refuerzos. Pero necesito encontrar un lugar con cobertura. Espérame aquí. —Callanach recorrió unos metros calle arriba con la mirada fija en el teléfono.

—No hay motivos suficientes para obtener una orden de registro, lo has dicho tú mismo. La única manera es encontrar una excusa para una visita sorpresa —dijo Natasha, siguiéndolo.

—Es demasiado arriesgado —respondió él cuando alguien contestó a su llamada—. Tripp, soy Callanach. Estoy a punto de darle una dirección. Coja papel y lápiz… —Cuando terminó, Natasha ya se había ido. Callanach fue corriendo tras ella, que ya estaba llamando al timbre de King.

—Natasha —siseó—. ¡No te atrevas a entrar! —Ella apoyó las

manos en la vidriera de la puerta y se puso de puntillas para mirar dentro. No hubo respuesta. Miró a su alrededor e hizo un gesto a Callanach, señalando las ventanas de la parte delantera mientras empezaba a moverse. En equilibrio sobre una maceta, miró a través de un hueco que había entre las cortinas, agachando la cabeza como si quisiera estudiar un detalle más de cerca. Se quedó inmóvil. Empezó a sacudir la cabeza, primero suavemente y luego con más violencia. Callanach entendió lo que estaba diciendo sin tener que acercarse. El lenguaje corporal era bastante explícito. «No. No, no, no». Él se puso a correr antes de que pudiera detenerlo; era demasiado tarde para tener precaución. Miró por la ventana de al lado. Un rastro de sangre coagulada zigzagueaba por el salón, brillando en el suelo de madera. Natasha dirigió su mirada hacia una puerta que daba al pasillo. El elegante papel pintado con rayas azules y blancas estaba manchado de gotas de sangre.

Callanach corrió a su coche y regresó segundos después con la misma palanca que había utilizado en Causewayside. Corrió hacia el garaje adosado que había en un lateral de la casa y deslizó la barra bajo la puerta, haciendo palanca hacia arriba. Esta vez sabía que no se iría con las manos vacías. Natasha estaba detrás de él cuando se levantó la puerta. Las luces del garaje estaban encendidas y la puerta del copiloto estaba abierta. Natasha se llevó una mano a la nariz.

—Dios, qué peste —dijo. Callanach comprobó el coche. El suelo del asiento del copiloto estaba manchado de vómito y de un líquido negruzco y pegajoso.

—Vete a esperar a Tripp a la calle —ordenó él.

—Ava está ahí —replicó ella—. No puedes impedirme que vaya contigo.

Callanach intentó abrir la puerta de la casa. No estaba

cerrada. Pensó que King debía de haberse enfrentado a un acontecimiento dramático e inesperado si se había olvidado de cerrar con llave. Entró de puntillas, agarrando la palanca, y enseguida vio el rastro de sangre. La tocó.

—No está coagulada —susurró—. Alguien ha sangrado, pero debe de haber sucedido muy recientemente.

Era un ambiente austero y tranquilo. No había ninguna televisión ni radio encendidos ni una taza olvidada sobre la mesa de café ni un abrigo colgado descuidadamente en la barandilla. Pero bajo la reciente y explosiva contaminación de fluidos corporales, en la residencia de King permanecía un olor que Callanach se había esperado percibir. A esas alturas, el propietario ya no podía percibirlo, pues llevaba años impregnando cada fibra y tejido de su hogar. Se parecía al olor del detergente, pero era más nauseabundo, dulce y acre. Se agarró a una cortina al pasar junto a una ventana, inhaló profundamente y el agrio olor a naftalina le quemó los pulmones, haciéndole estremecerse. Ciertamente, Reginald King había dejado de olerlo desde hacía años, como un perfume usado con demasiada frecuencia.

Las salpicaduras de sangre conducían a una puerta del sótano, que estaba abierta. Callanach se armó de valor.

—Abre la puerta principal —le dijo a Natasha. Mientras ella hacía lo que él le decía, él abrió de golpe la puerta del armario del sótano, esperando lo peor, pero solo encontró abrigos colgados y una hilera de zapatos. —Aquí no hay nada. ¡Joder! —exclamó. Natasha pasó junto a él y empezó a sacar los abrigos de las perchas, mientras que él se dirigió a la cocina. La puerta trasera estaba cerrada por dentro, así que King no había podido salir por ahí—. Voy a mirar arriba. —Asomó la cabeza dentro del armario, pero no obtuvo respuesta. Dio un paso, luego otro.

Una mano surgió de detrás de los abrigos y lo agarró. Tardó un segundo en darse cuenta de que era Natasha—. No vuelvas a hacer eso, he estado a punto de darte un puñetazo.

—Shhh —lo acalló ella—. Conduce al sótano. Venga.

Estaba oscuro y una humedad gélida impregnaba el aire, aunque no hacía frío. Callanach alargó una mano y palpó una pared de paneles de madera.

—Es un callejón sin salida —dijo Natasha desde el final de la escalera—. Ni siquiera hay una rejilla de aire.

—Comprueba el suelo —sugirió Callanach—. Quizá haya una trampilla. —Se arrastraron a cuatro patas y palparon el suelo en busca de grietas o palancas invisibles, pero no encontraron nada—. Espera —pidió Callanach—. ¿Has oído eso?

Permanecieron completamente inmóviles, con la cabeza ladeada, conteniendo la respiración.

—No oigo nada —contestó Natasha.

—Hace un momento… Había algo, muy débil. Creo que eran voces. —Callanach regresó a la escalera, subió unos peldaños y volvió a quedarse quieto.

Era un sonido vago, como si estuvieran bajo el agua, como una vibración del aire. Pero esa vez Natasha también lo oyó. Callanach la vio enderezar el cuello para escucharlo mejor.

—Hay una linterna —anunció ella, cogiendo el mango negro de un estante y moviendo el haz de luz de un lado a otro.

—Por aquí —ordenó Callanach—. El ruido viene de detrás de la pared. —Natasha apuntó su linterna hacia el revestimiento de paneles en busca de un pasadizo—. Aquí, en el suelo. —Callanach estaba de rodillas y señaló un punto negro—. La luz reveló un color rojizo. Pasó un dedo por encima y se lo puso delante de la cara—. Sangre —dijo—. Dame la linterna. —Callanach golpeó suavemente los paneles de madera. Eran

sólidos cerca de los escalones, pero en la base un eco respondía a sus golpes. Había encontrado lo que estaba buscando—. Marcas de dedos—reveló—. Mira las huellas que hay en este panel, son bastantes. Y aquí hay una muesca en la madera. —Deslizó el cuadrado de madera para revelar el ojo de una cerradura—. ¡Mierda! —maldijo—. Hace falta la llave. —Natasha gritó de rabia, empujó el panel y se estampó contra la pared que había al otro lado. Callanach la ayudó a levantarse—. Probablemente tenía las manos ocupadas y no pudo cerrar. Quién sabe lo que encontraremos allí arriba —susurró—. Por favor, Natasha, vuelve fuera. Alguien tiene que enseñarles a los refuerzos dónde estamos.

Por encima de ellos comenzaron a oír gritos, tan fuertes y claros como si estuvieran en la propia habitación.

Callanach subió los escalones de dos en dos con Natasha corriendo tras él. Las escaleras eran muy estrechas y asfixiantes. En la parte superior había otra puerta de madera, gruesa y sólida, con un candado enorme.

Se armaron de valor y empujaron, esperando que por pereza King también se hubiera olvidado de cerrarlo, pero al final la suerte los había abandonado.

Capítulo 47

—No lo haré —se plantó Ava—. No me harás responsable de la muerte de una persona, ya sea de la chica o de una de ellas. —Señaló a Jayne. A Elaine no se la veía por ninguna parte.

—¿Crees que es un farol? —preguntó King, presionando el cuchillo más profundamente en el cuello de Billie—. ¿Crees que no voy a hacerlo porque es demasiado joven? Déjame decirte lo que las mujeres jóvenes piensan de mí, Ava. Caminan detrás de mí por los pasillos de la universidad, riéndose. Fruncen el ceño por cómo me visto, susurran comentarios desagradables sobre mi pelo. Luego enseñan sus piernas desnudas y sus pechos subdesarrollados a los chicos inmaduros que se pavonean por el campus como si fueran dioses. Bueno, ¿quién es el dios aquí?

—Baja el cuchillo —ordenó Ava—. Ya basta.

—Coge ese martillo o le corto el cuello —respondió él—. El tiempo se está acabando.

—¡No! —gritó Ava—. ¿Qué harás cuando le hayas cortado el cuello? No quieres ser tú el que mate a Jayne o Elaine. Por eso intentas obligarme a mí a hacerlo.

—¿De verdad me consideras tan blandengue? —le espetó King —. Ya he matado a dos mujeres en esta habitación. ¿Dudas de que matará a dos más, o a tres, o a veinte? —Apartó el cuchillo del cuello de Billie y dio un paso hacia ella, apuntándole—.

¿Crees que no te mataré? —Se acercó rápidamente a Ava, haciéndola jadear y retroceder de una forma que él encontró inesperadamente excitante—. ¿Quieres saber por qué lo hago? Porque quiero ver a la mejor amiga de Natasha Forge despedazar a otra mujer a sangre fría. Quiero oírte gritar por algo que no sea un dolor trivial. Quiero ver cómo te despojas de tu humanidad.

—¿De eso se trata? —preguntó Ava con calma—. ¿De llamar la atención de Natasha? Seguro que te desprecia.

—Coge el martillo —le ordenó. Su voz era gélida—. Quedan veinte segundos. Elige a una o recogeré la sangre de la chica en un cubo y te obligaré a bebértela.

—¡No! —gritó Ava. King volvió al cuerpo que colgaba bocabajo. La cara de Billie estaba hinchada y morada. Ava lo miró fijamente—. Por favor, no la mates.

—No te preocupes, Ava. Elígeme a mí —intervino Jayne—. Tápame la cara y dame un golpe certero. No tengo miedo a morir. La verdad es que me da más miedo verlo matar de nuevo.

—Jayne, no. No voy a hacer eso —se negó Ava, poniéndole con suavidad una mano en la frente.

—No es por heroísmo. Créeme, pensar en el dolor es aterrador. Pero no puedo permitir que quite otra vida. Es una niña y ya ha sufrido bastante. Sálvala. Hazlo por mí.

—Diez segundos —dijo King.

—Coge el martillo —le pidió Jayne—. Estoy cerrando los ojos.

—No —murmuró Ava; se acercó de repente a la cama y extendió la mano. Las lágrimas inundaron sus mejillas. King intentó evitar que una sonrisa de satisfacción se dibujara en su rostro, pero fracasó y se permitió disfrutar del momento.

—Estás haciendo lo que deseo, que te quede claro —dijo Jayne

—. Todo el mundo pensará que hiciste lo correcto. Dile a mi madre que la quiero. Pídele a mi congregación que perdone a este hombre. Es cierto que no se puede vencer el odio con odio.

Ava estaba frente a ella; el mango de madera del martillo era áspero y la cabeza de metal estaba manchada por los años de uso. Miró a King, con ojos suplicantes, con una mirada que decía más de lo que las palabras podían expresar. Él respondió solo colocándose detrás del cuerpo de Billie, le agarró la cintura con un brazo y con la otra mano hizo el gesto de cortarle la tráquea con la hoja del cuchillo. Su mensaje no podía ser más claro.

—Que Dios me perdone —susurró Ava, cubriendo el rostro de Jayne con una sábana. Luego levantó el martillo, sujetándolo con ambas manos y sin dejar de llorar, separó los pies para encontrar el equilibrio, apuntar y dar un golpe limpio. No podría golpearla dos veces y sabía que cuando el martillo cayera, ella moriría allí mismo con Jayne.

De repente, alguien llamó a la puerta con golpes fuertes e insistentes.

Por un momento King y Ava cruzaron sus miradas, se estudiaron mutuamente, planeando su siguiente movimiento. King dudó. Al principio apartó el cuchillo del cuello de Billie para correr hacia la puerta, pero luego volvió a aferrarse a su cuerpo colgante, sabiendo que necesitaría un rehén.

¡No toques esa maldita puerta! —gritó, pero el martillo había caído al suelo y Ava había abandonado su puesto de verduga y había corrido a abrirla. La llave estaba insertada en la cerradura. King se maldijo a sí mismo. La culpa era de Billie. Se había resistido demasiado, lo había enfadado. Se preguntó cómo lo habrían descubierto—. Abre esa puerta y solo sobrevivirá unos segundos. ¿Es eso lo que quieres? —exclamó

—. ¿Quieres verla desangrarse cada vez que cierras los ojos?

—Abre la puerta —ordenó una voz masculina, con un acento que King reconoció.

—¡Luc, no puedo! —chilló Ava—. Tiene a una chica colgada del techo. Si abro, la matará.

—La matará de todos modos —la contradijo Callanach desde el otro lado—. Ya ha asesinado a dos mujeres. Yo me haré responsable, Ava. Abre la puerta.

—¿Ava? —llamó una voz femenina—. Ava, tienes que hacer lo que dice Luc. Tienes que dejarnos entrar para que podamos ayudarte.

—¿Natasha? —preguntó King, antes de que la palabra saliera de la boca de Ava—. ¿Eres tú?

—Sí —respondió ella. Se produjo un silencio. Todos estaban esperando. Incluso Billie se calló y dejó de forcejear.

—Abre la puerta —ordenó King—. No le haré daño a la chica. Me gustaría ver a la profesora Forge.

Ava estiró los dedos temblorosos y giró la llave. La puerta se abrió y Callanach y Natasha miraron dentro.

Capítulo 48

Apenas se abrió la puerta, Callanach se puso delante de Natasha. Había captado una nota inquietante en la voz de King, que había pronunciado su nombre de forma infantil y amenazadora, como un matón que ofrece caramelos para atraer a un niño más pequeño detrás de un árbol y hacerle daño sin ser visto.

La cara de Ava estaba destrozada. Tenía una mejilla terriblemente hinchada, pero seguía en pie. Era una buena señal. Al otro lado de la habitación, había una mujer atada por las muñecas al cabecero de una cama metálica, como las de los hospitales. Tenía la cara y el cuerpo cubiertos por una sábana. Solo se le veían los brazos. Estaba gimiendo y canturreando algo.

King solo era visible parcialmente, ya que estaba protegido por otra mujer, colgada bocabajo de una viga, con una cuerda atada a los tobillos. El estado del suelo demostraba que ya había perdido mucha sangre. Se iba a desmayar si no la bajaban inmediatamente. King le estaba apretando contra el cuello un largo cuchillo de cocina dentado. Un paso en falso y ya no podrían ayudarla.

—Reginald —dijo Callanach—. Me llamo Luc. ¿Podemos hablar sin ese cuchillo?

—No empiece con esos trucos de psicología barata, inspector Callanach. No tienen ningún efecto sobre mí. Es con Natasha con quien quiero hablar. Puedo llamarte por tu nombre de pila, ¿verdad? —preguntó con sarcasmo—. Como estoy en mi casa, no eres mi jefa. Y de todos modos, supongo que ya no seré bienvenido en la universidad. No creo que en Recursos Humanos tengan una carta de advertencia estándar para una situación como esta. —Estalló en una carcajada y Natasha apartó la mano que la sujetaba del brazo y entró en la habitación.

—No le hará daño a esa chica, ¿verdad, doctor King? —dijo.

—¿Qué más te da? —replicó—. Nunca te ha importado nada de mí, nunca me has pedido mi opinión, y ni una sola vez, en todo el tiempo que llevamos trabajando juntos, me has preguntado cómo estaba. En cambio, te importa esta chica, este excremento en el zapato de la humanidad.

—Teníamos una relación profesional, la misma que tengo con los otros miembros del departamento. Lo siento si le ha parecido que no le prestaba suficiente atención. —Dio otro paso hacia Billie, demostrándole a King que no le tenía miedo. Callanach intentó rodearlo para sorprenderlo por la espalda.

—No se atreva a acercarse más, inspector. Recuerde lo que está en juego —lo amonestó King.

—Déjeme bajarla —imploró Natasha—. Ya ha demostrado de lo que es capaz. Me ha demostrado que lo había subestimado. No hay necesidad de continuar.

—No voy a dejar que la bajes, todavía no —dijo él—; pero puedes consolarla si eso te hace sentir mejor, si quieres demostrarle a tu amiga lo buena y compasiva que eres. Adelante. —Natasha cogió una de las manos de la chica. Seguía con vida. Callanach la oyó suspirar y en sus ojos brillantes captó

la mirada de gratitud que dirigió a Natasha—. ¿Ves? Puedes ser amable. No entiendo por qué siempre has sido tan zorra conmigo.

Con un golpe largo y rápido, le cortó la yugular. La cara de Billie no tuvo tiempo de registrar el dolor. Al desaparecer la tensión de su cuello, su cabeza cayó hacia atrás con la frente hacia el suelo. Natasha intentó entender lo que acababa de ocurrir, estiró las manos para detener la sangre y echó hacia atrás la cara de la chica.

—¡No! —gritó—. Oh, Dios mío. Por favor, no. ¿Por qué has hecho eso? —Ava corrió hacia ellas. Callanach se lanzó sobre King, pero era demasiado tarde. Llegó a la cama de Jayne antes de que pudiera interceptarlo.

El cuerpo de Billie se vació del resto de su fluido vital. Natasha estaba de rodillas, gritando de rabia y dolor mientras Ava la abrazaba con fuerza.

Callanach observó cómo King arrancaba la sábana de la cabeza de Jayne. Tenía la cara roja y sudorosa. King estaba disfrutando, la muerte lo excitaba. No se detendría.

—No —dijo Ava—. No se te ocurra hacerle daño a Jayne o no saldrás vivo de aquí.

—¿Quieres venir a consolarla, Natasha? —preguntó—. Puedes sostener su mano mientras la destripo. —Natasha apretó la cara contra el hombro de Ava—. Tu valentía ha tenido una vida bastante corta. Qué pena. Jayne, no te importa morir, ¿verdad? Probablemente pienses que el paraíso te está esperando. ¿Pero si en el más allá estuviéramos solo nosotros dos, en esta habitación, atrapados juntos para siempre, en el instante en que te destripo, repetido durante toda la eternidad? —Jayne no contestó. Callanach oyó un ruido a sus espaldas, echó una mirada alrededor y apoyó una mano en el marco de la puerta.

King estaba acariciándole la mejilla a Jayne con el cuchillo. Ella temblaba, con los ojos muy abiertos por el terror. Callanach avanzó hacia Ava y Natasha y las protegió con su propio cuerpo —. ¿Va a intentarlo, inspector? —le preguntó King con sorna—. Aunque me parece que puedo cortar más rápido de lo que corre el mejor agente de la Interpol. ¿Sorprendido? Bueno, no es el único que ha investigado. Salió de Francia de manera bastante turbulenta, ¿verdad? Aunque me atrevería a decir que a sus colegas no les importó que se marchara. Era el chico de oro y lo perdió todo. ¿Qué sintió? Permítame hacer un resumen… Graduado con buenas calificaciones, trabajó un tiempo como modelo, para revistas, periódicos, y tuvo contacto con más de una celebridad. Después, un breve pero impresionante periodo con la policía de París, y luego un traslado a la Interpol. Y de repente la gran caída. Por supuesto, tuve que leerlo todo en francés, que estudié de forma autodidacta y hablo con fluidez. De hecho, tenemos más cosas en común de lo que imagina. A mí también me robaron cruelmente el futuro, ¿verdad, Natasha? —King lanzó una breve mirada en su dirección. Ella abrió la boca para responder, pero de sus labios solo salieron un susurro y un lamento. Callanach hizo todo lo posible por permanecer impasible ante los detalles que King había logrado descubrir sobre su vida. La fanática capacidad de investigación era la marca distintiva del asesino al que habían dado caza. Su carácter obsesivo era lo que había dificultado tanto su captura. Debió de planear los secuestros durante meses, reuniendo toda la información posible sobre Elaine y Jayne—. Entonces, ¿lo intentamos, Callanach? —continuó King, señalando con el cuchillo el espacio que los separaba—. Ava se negó a jugar mi juego. Tal vez usted sea un mejor oponente.

—De acuerdo —aceptó Callanach—. ¿Cuál crees que es la

distancia que nos separa? Conoces este lugar mejor que yo.

—Así es —respondió King—. Mide unos seis metros y medio. Tendré tiempo suficiente para matarla y volver el cuchillo contra usted. ¿Aún quiere probar suerte?

Callanach asintió.

—¡Luc, no! —gritó Ava—. Nunca lo conseguirás. Por el amor de Dios, ¡para!

—¿Te gustaría decir tus últimas oraciones, reverenda? El inspector está jugando con tu vida y puede que haya llegado el momento de que te prepares para lo peor. —Jayne empezó a sacudir furiosamente las esposas que tenía alrededor de sus muñecas y a sacudir las piernas.

King colocó la hoja sobre su cuello con diligente cuidado, tratando de encontrar el ángulo adecuado y añadiendo presión como si estuviera a punto de cortar un asado.

Miró a Callanach y abrió la boca para darle la señal de que empezaba la carrera.

El inspector sacó la mano de detrás de la espalda y disparó. La pistola eléctrica alcanzó a King en pleno pecho, descargando doce mil voltios en su cuerpo. Cayó como una piedra y el cuchillo cayó con él.

La cara de Tripp emergió de las escaleras.

—¿Le ha dado? —Callanach asintió—. Los paramédicos y los refuerzos llegarán en un minuto.

Callanach se dirigía hacia el cuerpo de King cuando una mujer que no había visto antes, al menos no en carne y hueso, se levantó y extendió una mano para detenerlo.

—No —susurró—. No te acerques más. Debe morir. —En sus manos estaba el martillo que Ava había tirado al suelo.

—Elaine —dijo Ava—. Se acabó. Vamos a arrestarlo. King irá a la cárcel y se quedará allí el resto de su vida, te lo prometo.

—No es suficiente —respondió ella—. No me importa que lo encierren y lo torturen todos los días durante cien años. Nunca será suficiente.

Se quitó la dentadura postiza de las encías inflamadas y la tiró. Aterrizó a los pies de Callanach.

—Elaine —murmuró Jayne—. Cariño, no puedes matarlo. Tú no eres así.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que nos ha hecho? ¿Después de lo que les hizo a otras mujeres? —preguntó, con una pronunciación ceceante y escupiendo saliva.

—Quiero que vaya a juicio —dijo Jayne—. Necesito que se haga justicia. No nos corresponde a nosotras quitarle la vida. Por favor, desátame y deja que te ayude.

Elaine levantó el martillo y miró a Callanach directamente a los ojos.

—¿No me merezco algo por esto? —preguntó, señalando las llagas de su boca—. ¿No es justo que pague, en vez de esconderse detrás de abogados e informes psiquiátricos? Sé cómo va esto. He estado en el otro lado. Me acuerdo de cuando di una conferencia en la facultad de Derecho, él se levantó al final y se acercó, adulándome. Me asustó. Ya entonces se le notaba en los ojos. Tiene que pagar.

—Elaine —dijo Callanach—. No puedo permitir que le hagas daño. Y tengo que esposarlo mientras aún está inconsciente.

Callanach vio en su rostro la vívida cicatriz del terror que nunca la abandonaría, ni en el trabajo ni en el coche ni siquiera mientras estuviera durmiendo. Había cosas de las que una persona no podía recuperarse. En su mano derecha tenía la pistola eléctrica que Max Tripp le había dado desde las escaleras. La tenía preparada por si King llegaba a moverse. Señaló con la cabeza su propia mano izquierda, viendo que

Elaine seguía su mirada. Lentamente, sin decir nada, levantó el dedo índice. Solo uno. Por primera vez, una emoción distinta al miedo cruzó el rostro de Elaine. Ella asintió para decirle que lo entendía.

No levantó demasiado el martillo ni golpeó con demasiada fuerza. No corrió el riesgo de matarlo ni de causarle daños cerebrales. Apuntó con cuidado y el golpe fue certero. Cuando bajó la cabeza metálica de la herramienta, le partió los labios, las encías y la mayor parte de los dientes centrales.

Ava se acercó a ella, le pasó el brazo por los hombros, le quitó el martillo de la mano y la acompañó fuera. Tripp llevó a Natasha al final de las escaleras, donde los esperaba el personal médico. Callanach liberó a Jayne, puso a King de lado y lo esposó. No podía hacer nada por la pobre chica que colgaba de la viga, excepto quedarse con ella mientras esperaba a que la bajaran y la trataran con dignidad. Se había acabado.

Capítulo 49

Callanach se negó a participar en la rueda de prensa. Ya había recibido bastante atención por parte de los medios. El comisario jefe Begbie se encargó del asunto con la concisión adecuada y sin ningún atisbo de autocomplacencia. Tres mujeres habían muerto. No había motivo para celebrarlo.

Las familias y amigos de Elaine Buxton y Jayne Magee estaban abrumados por la emoción, después del funeral, el luto y el llanto. Se recurrió a un equipo especial de apoyo psicológico para ayudar a las mujeres secuestradas a aceptar sus experiencias. Callanach, en privado, pensaba que solo el tiempo podría aliviar la agonía de unos recuerdos de ese tipo. Se descubrió que el cadáver de la suplente de Elaine Buxton era otra prostituta que había desaparecido en Glasgow. La semana siguiente se celebró un funeral por las tres víctimas.

Tripp entró en su despacho con una caja alargada en la que solo cabía una botella. Callanach se sintió mal. Se había olvidado de Astrid en los días posteriores a la detención de King. La idea de que llegaran más regalos anónimos era demasiado difícil de soportar. Quería que lo dejaran en paz.

—Es para usted, señor. Acaba de llegar —dijo Tripp.

Callanach abrió la caja y extrajo una botella de Lagavulin con una nota manuscrita.

«Es su turno —decía la nota—. Ha sido un placer colaborar con usted. Compártalo con su equipo. Jonty Spurr».

El comisario Begbie entró cuando Tripp se iba.

—¿Tiene intención de quedarse en Escocia un poco más, Luc? —preguntó.

—¿He dimitido sin darme cuenta? —respondió Callanach.

—No —dijo Begbie, cogiendo el Lagavulin y mirándolo con aprecio—, pero vino aquí para alejarse de lo que había pasado en Lyon. Por experiencia, una persona que está huyendo difícilmente logra detenerse. Quiero que sepa que no quiero perderlo.

—No voy a ninguna parte, comisario. Me ha costado mucho acostumbrarme a la lluvia, al café y al acento. Quiero quedarme aquí.

El comisario asintió.

—El profesor Harris no tenía mala intención. Pero a veces todos nos pasamos de la raya.

—¿La próxima vez podré elegir con quién trabajar? —preguntó Callanach.

—No. Hay restricciones presupuestarias y límites a las horas extraordinarias. Nuestros recursos están reducidos al mínimo. Vaya acostumbrándose. —Dejó la botella y se fue. Lively llamó a la puerta dos minutos después.

—Hoy soy muy popular —comentó Callanach—. Debería poner un cartel en la puerta. —Lively no respondió a la broma, le entregó un sobre y dio un paso atrás—. ¿Qué es esto? —preguntó Callanach.

—Mi dimisión —respondió el sargento—. He cruzado la línea con usted más de una vez. E hice algo aún peor, perjudiqué la investigación. Asumo mi culpa.

—Es curioso —dijo Callanach—, pero esta es la segunda

conversación sobre dimisiones que tengo en menos de diez minutos. El comisario no quiere la mía y yo no quiero la suya. Fue grosero, muy grosero, y es justo que se disculpe, pero no quiero dirigir a un grupo de aduladores. La próxima vez mi instinto estará equivocado y el suyo acertará. Debería haberlo sacado del caso en cuanto me di cuenta de lo involucrado que estaba, y asumo la responsabilidad por ello. No me pise los pies, sargento, y yo lo dejaré en paz. Lleve esta botella a la sala de reuniones y felicite a todos de mi parte. —Tiró el sobre de Lively al cubo de la basura—. Y dígale a la agente Salter que empiece a prepararse para el examen de sargento. Podría expiar sus culpas siendo su mentor.

—¿No quiere tomar una copa con nosotros, señor? —le preguntó Lively.

—Tengo otros compromisos —respondió Callanach—. Pídale disculpas al equipo de mi parte.

Cuando llegó a casa de Ava, se sentía al borde del colapso. El hospital había llamado para decir que había pedido el alta voluntaria, ignorando la voluntad de los médicos de mantenerla en observación un día más. A saber por qué, pero él ya se lo esperaba.

Natasha abrió la puerta y le rodeó el cuello con los brazos, abrazándolo hasta que él logró zafarse. Sin embargo, fue capaz de tolerar el contacto físico durante más tiempo de lo habitual, sin sentirse amenazado ni claustrofóbico. Era un progreso.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Finge que está bien. Ya sabes cómo es —respondió Natasha —. Está en el salón. Me quedaré con ella unos días, a mí también me vendrá bien. Estoy cocinando, por si tienes hambre.

Natasha regresó a la cocina y Callanach asomó la cabeza por

la puerta del salón.

—¿Te sientes capaz de recibir visitas? —preguntó.

—Solo si traes flores, bombones y güisqui puro de malta —respondió Ava.

—Me he olvidado de las flores, he decidido que no te comerías los bombones y he regalado el güisqui —replicó Callanach—. Tendrás que conformarte con mi compañía.

—¡Mierda! —exclamó ella, apagando la televisión—. Está bien, me conformaré.

—Lo siento —dijo; se sentó a su lado en el sofá e intentó no mirar los moratones amarillentos de su cara—. Si hubiera hecho bien mi trabajo, no te habría pasado nada.

—Tu ego es increíble —se burló ella—. Me involucré emocionalmente en un caso, me suspendieron, no me quedé en casa como debía y abrí la puerta del coche a un desconocido por la noche. ¿Y sigues diciendo que es culpa tuya? Baja un poco los humos, Luc.

—Bueno, una cosa menos —dijo él. Hubo un momento de silencio—. ¿Quieres hablar de ello?

—No —respondió ella—. Quizás en otra ocasión. Ahora no. ¿Y tú qué tal? ¿Has tenido algún problema por el golpe que Elaine le dio a King?

—No pude hacer nada para detenerla —contestó él—. Estoy seguro de que Elaine tenía miedo de que King se levantara; eso explica por qué sintió la necesidad de golpearlo. Pero si le hubiera sugerido que solo se le permitía un martillazo por venganza, aún tendría la conciencia tranquila. King es perverso. Y Elaine tenía razón. Ha solicitado la incapacidad mental.

—Era de esperar —comentó Ava.

—No asesinó solo a las tres mujeres que sabemos. Al parecer,

hace cuarenta años su hermana se cayó por las escaleras y se rompió el cuello. King, que entonces tenía trece años y era solo un año menor que su hermana, estaba solo en casa con ella cuando ocurrió el accidente. Las notas del agente investigador muestran que nunca se creyó su versión de los hechos. Su hermana tardó en morir, pero él no llamó a una ambulancia hasta que fue demasiado tarde. Afirmó que estaba conmocionado. Sin embargo, no había pruebas, ya sabes, la historia de siempre. Su padre murió doce años después, al parecer de un infarto. Otros dos años después, la anciana madre viuda resbaló al salir de la bañera y se ahogó, dejando a King como único heredero. No había indicios claros de violencia. No se lo acusó de nada, pero en las declaraciones de los agentes se puede leer que King parecía bastante…le di un complacido, me parece que era la palabra. Pero no fue posible refutar su historia, como en las demás ocasiones. No tenemos idea de cuáles fueron sus motivos para matar a su hermana, pero son muchas muertes para una sola casa.

—Sabía que era mejor no preguntar.

—¿Qué te parece si hablamos de algo más alegre? Felicity Costello ha sido trasladada con su hijo a una unidad especial para madres e hijos. Los servicios sociales están evaluando cómo proceder.

—Qué buena noticia —dijo Ava—. ¿Y la encantadora hermana Ernestine?

—Pasará varios años en la cárcel. Se enfrenta a varios cargos de agresión con acusaciones que abarcan toda una década. Has descubierto una monstruosidad. Las niñas están recibiendo la atención médica adecuada. Deberías estar muy orgullosa.

—Gracias por los ánimos, inspector. ¿Qué te ha pasado en los dedos?

Callanach la miró directamente a los ojos.

—Le di un puñetazo a la pared. A tu pared, en realidad. Puede que haya una pequeña abolladura. Te pagaré el arreglo.

—No es necesario. Me gusta que mi casa tenga personalidad. Has sido muy sincero al decírmelo. Como si por fin hubieras entendido que somos amigos de verdad. ¿Has hecho paracaidismo recientemente?

Callanach se frotó los ojos.

—No —dijo—. Creo que no seré bienvenido en el centro de Strathallan hasta dentro de unos meses. Y en cuanto a…

—¿Vas a contarme toda la verdad? —preguntó ella—. ¿Sin actitudes de indignación ni evasivas ni mal humor? —Callanach era incapaz de responder. No podía mentir a Ava después de haber estado a punto de perderla. Sus problemas físicos seguían sin resolverse, pero al menos había dejado de pensar en ellos durante un tiempo. Se limitó a negar con la cabeza—. Creo que un lago para pescar es un buen lugar para desnudar el alma. Por fin ha llegado la primavera, los lagos escoceses están más bellos que nunca en esta estación. Nada más que un barquito entre tú y las fuerzas de la naturaleza. Nadie te juzgará, salvo las truchas, que no son precisamente buenas oyentes. Yo, en cambio, sí.

—Me gusta pescar con caña —dijo él—. ¿Llueve mucho en Kinross?

—Estamos en Escocia —respondió ella—. Si no llueve, no se pesca bien. He oído que recibiste una visita inesperada desde Francia.

—Fue ella quien envió el champán y las rosas, y eran para mí, no para ti. Excepto la amenaza de muerte. No tengo ni idea de por qué te la envió Astrid. —Era una mentirijilla. Sí que lo sabía. Astrid había visto algo entre él y Ava, algo en su forma de

comunicarse. Natasha también se había dado cuenta—. Es mentalmente inestable. Me temo que tendré que aceptar inmunidad judicial.

—Gracias a Dios. ¿Crees que quiero llevar el caso a juicio, donde todos descubrirán que solo atraigo a acosadores de segunda categoría? Prefiero al mío, en lugar de a tu chiflada. Bueno, ¿cómo es la vida de un agente franco-escocés expolicía de la Interpol en la salvaje Escocia?

—Nadie aprecia mi sensibilidad —bromeó él—. Y estoy pensando en pedirle un aumento al comisario solo porque tu acento es demasiado difícil de entender. —Ava se echó a reír y él sonrió. Durante un tiempo, aunque nunca lo admitiría, había temido no volver a oírla reír—. Entonces, como gesto caritativo, ¿te gustaría ir al cine esta semana? —le preguntó—. Creo que tus películas me ayudan con el insomnio.

—Eres un ignorante —rezongó—. Esta semana ponen *Solo ante el peligro* en la sesión nocturna. Ni siquiera tú podrás dejar de apreciar su brillantez.

—¿Sale Steve McQueen? —preguntó Callanach, aferrando la tablilla que estaba decidido a devolverle. Pero volvió a dejarla caer en su bolsillo y se cruzó de brazos.

—Desgraciadamente no —dijo Ava—. Probablemente es el único actor que podría haberla mejorado. Tengo hambre. Haz algo útil y averigua qué está pasando con la cena.

Callanach se levantó.

—¿De verdad piensas que es más guapo que yo?

—Rubio, ojos azules… —dijo ella—. Mi tipo.

Callanach se miró en el espejo del pasillo de camino a la cocina.

—Steve McQueen —murmuró, pasándose una mano por el pelo—. No me lo creo.

Agradecimientos

Agradezco a Helen Huthwaite y al equipo de Neon por haber hecho posible esta novela y por haber garantizado que la redacción fuera increíblemente agradable (todavía estoy llorando). Y a mi brillante agente, Caroline Hardman, que calmó mi maltrecho ego, respondió a interminables correos electrónicos y leyó y releyó la novela sin dejar de creer; tienes la paciencia de una santa.

A mis lectores beta (que tuvieron que corregir errores terribles y luchar contra mis estúpidos fallos), nunca podré agradecérselo lo suficiente. Jessica Corbett, me has escuchado divagar durante horas sobre este libro y nunca te has quedado dormida (incluso me llevaste tarta cuando la necesitaba desesperadamente; quizá la mejor contribución que podías hacer). Allison Spyer, lo leíste, te entusiasmó, creíste en él, lo adoraste y lo apoyaste con una lealtad tal que podrías derrotar a un ejército de escépticos. Andrea Gibson, viviste cada golpe y triunfo conmigo y por eso estoy en deuda contigo. Cada día estoy más agradecida de que tú sepas muchísimo más de química que yo. Siempre positiva, siempre segura, me ayudaste a llegar a la meta. También tengo que darle las gracias a Mark Thomas por las pinceladas de odontología (asumo la responsabilidad de cualquier error). Ruth Chambers,

compañera de viaje, que ha pasado más horas intentando comprender las distintas tramas y personajes de las que puede recordar (te pido mil disculpas).

A mi madre, Christine, por haberme enseñado que podía ser al mismo tiempo esposa, madre y lo que yo quisiera. A la bellísima, sorprendente, evocadora y fantástica ciudad de Edimburgo, que ocupa un lugar especial en mi corazón por sus locales y restaurantes, y que me emociona cada vez más con cada visita. A los amigos demasiado numerosos para enumerar que me permiten seguir adelante.

Y a David, que me dio el tiempo, el espacio, las herramientas y el valor para poner mis ideas por escrito. Gracias.